Andrew Lang, compilador

El libro naranja de las hadas

Traducción de
Ana Aurora Cruz Yáñez
Eva Cruz Yáñez

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

El libro naranja de las hadas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo
Ejemplar de cortesía
Prohibida su venta
Libros UAM

El libro naranja de las hadas

Editado por Andrew Lang

Traducción de Ana Aurora Cruz Yáñez
y Eva Cruz Yáñez

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General
Salvador Vega y León

Secretario General
Norberto Manjarrez Álvarez

Coordinador General de Difusión
Walterio Francisco Beller Taboada

Director de Publicaciones y Promoción Editorial
Bernardo Ruiz

Subdirectora de Publicaciones
Paola Castillo

Subdirector de Distribución y Promoción Editorial
Marco Moctezuma

Edición en inglés: *The Orange Fairy Book*, edición de Andrew Lang, conforme a The Project Gutenberg ebook (www.gutenberg.org/ebooks/540)

Diseño y formación: Ma. de Lourdes Pérez Granados
Diseño de portada: Guadalupe Urbina Martínez

Ilustraciones de H. J. Ford, tomadas de *The Orange Fairy Book*, edición de Andrew Lang, Dover Publications Inc., Nueva York, 1968, (edición facsímil de la primera edición publicada por Longmans, Green and Co., Londres, 1906).

D. R. © 2015, Universidad Autónoma Metropolitana
Prolongación Canal de Miramontes 3855,
Ex Hacienda San Juan de Dios, delegación Tlalpan,
14387 México, D. F.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni toda ni en partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de los editores.

ISBN de la colección: 978-970-620-770-8
ISBN de la obra: 978-607-28-0515-6

Impreso en México/Printed in Mexico

Índice

Prefacio	9
La historia del héroe Makoma	13
El espejo mágico	26
La historia del rey que quería ver el Paraíso	34
De cómo Isuro el conejo engañó a Gudu	38
Ian, el hijo del soldado	46
La zorra y el lobo	64
De cómo obtuvo Ian Direach el halcón azul	71
El patito feo	85
Los dos cofres	97
La fortuna del orfebre	112
La guirnalda encantada	116
El tejedor tonto	129
El gato listo	132
La historia de Manus	146
Pinkel, el ladrón	153
Las aventuras de un chacal	165
Las aventuras del hijo mayor del chacal	172
Las aventuras del hijo menor del chacal	178

Los tres tesoros de los gigantes 183
El nómada de la llanura 195
La cierva blanca 206
La sirena 230
El búho y el águila 242
La rana y el Hada León 248
Las aventuras de Covan, el del cabello castaño 271
La princesa Bella Flor 286
El pájaro de la verdad 297
El visón y el lobo 310
Aventuras de un indio bravo 316
¿Cómo engañaron a los Stalos? 323
Andras Baive 333
La zapatilla blanca 339
El libro mágico 353

Prefacio

Los niños que leen cuentos de hadas, o a quienes les han leído cuentos de hadas, no leen los prefacios, y los padres, tías, tíos y primos que leen estos cuentos a sus hijas, sobrinas y primas, también dejan los prefacios sin leer. ¿Para quién, entonces, se escriben los prefacios? Cuando un autor publica un libro 'salido de su cabeza' escribe el prefacio para su propia satisfacción. Después de volver a leer su libro impreso, para asegurarse que las "u" no se imprimieron como "n" y las "n" como "u" en los nombres propios, entonces el autor dice, modestamente, en su prefacio lo que piensa de su propio libro y lo que pretende demostrar —si es que pretende demostrar algo— y por qué no es un mejor libro de lo que es. Pero quizás, nadie lee los prefacios excepto otros autores y los críticos que esperan que la lectura del prefacio sea suficiente para no tener que leer todo el libro.

Ésta parece ser la filosofía que rige los prefacios en general, y tal vez los autores podrían ser más audaces y sinceros de lo que son para beneficio propio, y escribir en sus prefacios las críticas habituales de sus propios libros, porque nadie puede ser tan buen crítico de sí mismo como el autor, en caso de que tenga sentido del humor. Si no lo tiene, cuanto menos diga en su prefacio, mejor.

Estos libros de cuentos de hadas, sin embargo, no 'salieron de la cabeza' del editor, como lo ha explicado a menudo. Las historias las tomó de aquellas contadas por las abuelas a sus nietos en muchos países y en muchos idiomas: francés, italiano, español, catalán, gaélico, islandés, cherokee, africano, indio, australiano, eslavo, esquimal y demás. Las historias no son literales o traducciones palabra por palabra, sino que han sido modificadas de muchas maneras para adecuarlas a los niños. Se han omitido muchas cosas y la narración se ha fragmentado en conversaciones en las que los personajes se dicen unos a otros cómo van las cosas y hablan para sí mismos, como lo hacen los niños y algunas personas mayores. En muchos cuentos ocurren hechos bastante crueles y salvajes, los cuales se han suavizado lo más posible; sin embargo, es imposible, aunque deseable, ocultar el hecho de que los cuentos populares nunca pretendieron ser tratados morales y nada más. Aunque comúnmente se ponen del lado del valor y la bondad, y así como de las virtudes en general, los antiguos narradores admiran la astucia que triunfa tanto como Homero lo hace en la *Odisea*. Al menos, si el astuto héroe, humano o animal es el más débil, como Ulises, Brer Rabbit y muchos otros, el narrador se enfoca menos en el intelecto que en la gran astucia mediante la cual el pequeño Jack vence a los gigantes. En los cuentos de hadas de ningún país son comunes los incidentes 'inapropiados', lo que habla a favor de la naturaleza humana, ya que, obviamente fueron compuestos principalmente para niños. No es difícil eliminar estos elementos cuando aparecen en los cuentos populares.

El antiguo enigma sigue siendo un enigma, ¿por qué los cuentos de los pueblos más remotos se asemejan tanto entre sí? Ciertamente, en el pasado inconmensurable las razas conquistadoras los han llevado por el mundo y a su vez los han aprendido de los pueblos vencidos. Los esclavos arrancados

de sus hogares trajeron sus historias al cautiverio. Los trotamundos, los viajeros, los náufragos, los comerciantes y las esposas robadas de tribus lejanas han difundido sus historias; los gitanos y los judíos las han diseminado; los soldados romanos de diferentes razas, que se trasladaban de un lado a otro del Imperio, las circularon. Desde los más remotos tiempos los hombres han sido nómadas, y dondequiera que iban les acompañaban sus historias. El comercio de esclavos podría llevar un griego a Persia, un persa a Grecia; una mujer egipcia a Fenicia; alguien de Babilonia a Egipto; un niño escandinavo podría ser trasladado con el ámbar del Báltico al Adriático; o un sidonio a Ofir, dondequiera que Ofir estuviera; mientras que los portugueses podían haber llevado sus cuentos a Sudáfrica o a Asia, y de allí traer otras historias a Egipto. Las historias viajaron con los budistas misioneros a dondequiera que fueron, y los primeros viajeros franceses las contaron a los indios pieles rojas. Estos hechos ayudan a explicar la similitud de los cuentos de acá y acullá; y la uniformidad de la imaginación humana en las sociedades tempranas debe ser la causa de muchas otras semejanzas.

En este volumen hay cuentos de los nativos de Rhodesia, recogidas por el señor Fairbridge, que habla la lengua nativa, y una fue traída por el señor Cripps de alguna otra parte de África, Uganda. Tres cuentos del Punjab los recogió y tradujo el mayor Campbell. Varios cuentos salvajes, que fueron necesario adecuar, se derivan de las páginas eruditas extraídas de la Revista del Instituto de Antropología. Con estas excepciones, incluyendo *El libro mágico*, traducido por la señora Pedersen, tomado del *Æventyr fra Jylland* del señor Ewald Tang Kristensen (*Historias de Jutlandi*a), todos los cuentos han sido tomados de diversas fuentes y modificados por el señor Lang, donde lo consideró pertinente.

La historia del héroe Makoma*

Hace mucho tiempo, en la ciudad de Senna, a orillas del Zambeze, nació un niño. No era como otros niños, pues era muy alto y fuerte; al hombro llevaba un gran costal y en la mano un martillo de hierro. También hablaba como un hombre adulto, pero casi siempre era muy callado.

Un día su madre le dijo:

—¿Hijo mío, ¿qué nombre te pondremos?

Y él respondió:

—Llama a los principales de Senna aquí, a la orilla del río.

Y su madre llamó a los principales de la ciudad; cuando llegaron el muchacho los condujo a una poza negra y profunda en el río, donde vivían los más feroces cocodrilos.

—¡Oh grandes hombres! —dijo, mientras todos escuchaban— ¿quién de ustedes saltará dentro de la poza y vencerá a los cocodrilos?

Pero nadie se ofreció a hacerlo. El muchacho entonces se volvió y saltó al agua y desapareció.

Los presentes contuvieron el aliento, pues pensaban: "¡Seguro que el muchacho está embrujado y no le importa su

* Cuento originario de Rhodesia.

vida, pues los cocodrilos se lo comerán!" Luego, de repente, la tierra tembló y el agua se arremolinó, tornándose roja con sangre, y finalmente el muchacho subió a la superficie y nadó hacia la orilla.

¡Pero ya no era sólo un muchacho! Era más fuerte que cualquier hombre, muy alto y bien parecido, de modo que cuando la gente lo vio gritó de júbilo.

—¡Ahora, oh pueblo mío! —gritó, agitando la mano—, saben mi nombre: soy Makoma, el "Más Grande"; ¿pues acaso no he matado a los cocodrilos en la poza donde nadie se atrevía a entrar?

Luego le dijo a su madre:

—Queda tranquila, madre mía, porque voy a construirme una casa y convertirme en un héroe.

Entonces entró en su choza, tomó a Nuendo su martillo de hierro y, echándose el saco sobre el hombro, se marchó.

Makoma cruzó el Zambeze y, durante muchas lunas, vagó hacia el norte y el poniente hasta que llegó a un país montañoso donde, un día, se encontró con un gigante enorme que estaba haciendo montañas.

—Saludos —gritó Makoma—, ¿tú eres tú?

—Yo soy Chi-eswa-mapiri, el que hace montañas —respondió el gigante—, ¿y tú quién eres?

—Yo soy Makoma, que significa el más grande —respondió.

—¿Más grande que quién? —preguntó el gigante.

—¡Más grande que tú! —respondió Makoma.

El gigante rugió y se abalanzó sobre él. Makoma no dijo nada pero, blandiendo a Nuendo, su gran martillo, golpeó al gigante en la cabeza.

Lo golpeó con tanta fuerza que el gigante se encogió hasta quedar del tamaño de un hombrecillo y cayó de rodillas diciendo:

Makoma cae en el estanque de cocodrilos.

—¡Ciertamente eres más grande que yo. Oh, Makoma; llévame contigo para ser tu esclavo!

Así que Makoma lo levantó y lo metió en el costal que llevaba a la espalda.

Ahora era más grande que nunca, porque toda la fuerza del gigante se le había transmitido; y reanudó su viaje llevando su carga sin dificultad, tal como un águila podría llevar una liebre.

Poco después llegó a un país cuyo paisaje se veía fracturado por enormes piedras y montones inmensos de tierra. Al mirar por encima de uno de los cúmulos vio envuelto en el polvo a un gigante que arrastraba la tierra misma y la lanzaba a puñados a cada lado.

—¿Quién eres tú? —exclamó Makoma—, ¿qué levanta la tierra de esta manera?

—Yo soy Chi-dubula-taka —dijo el gigante—, y estoy haciendo los lechos de los ríos.

—¿Sabes quién soy yo? —dijo Makoma—. ¡Yo soy el que llaman el "Más Grande"!

—¿Más Grande que quién? —tronó el gigante.

—¡Más Grande que tú! —respondió Makoma.

Con un grito, Chi-dubula-taka tomó un gran terrón de tierra y lo lanzó a Makoma. Pero el héroe tenía el costal sobre el brazo izquierdo y las piedras y la tierra cayeron inofensivamente sobre éste y agarrando su martillo de hierro con fuerza, corrió y golpeó al gigante hasta hacerlo caer al suelo. Chi-dubula-taka se arrastró ante Makoma, mientras se iba empequeñeciendo más y más; y cuando alcanzó un tamaño conveniente Makoma lo recogió y lo puso en el costal junto a Chi-eswa-mapiri.

Makoma siguió su camino aún más grande que antes, ya que todo el poder del hacedor de ríos se había vuelto suyo; y

al fin llegó a un bosque de bao-babs y de árboles espinosos. El tamaño de estos árboles le sorprendió, pues todos eran árboles más grandes que cualquier árbol que hubiera visto en su vida, y cerca vio a Chi-gwisa-miti, el gigante que estaba plantando el bosque.

Chi-gwisa-miti era más alto que cualquiera de sus hermanos, pero Makoma no tenía miedo y le gritó:

—¿Quién eres tú, oh, Grande?

—Yo —dijo el gigante—, soy Chi-gwisa-miti, y estoy plantando estos bao-babs y árboles espinosos como alimento para mis hijos los elefantes.

—Deja lo que estás haciendo —gritó el héroe—, ¡porque yo soy Makoma, y quisiera intercambiar algunos golpes contigo!

El gigante arrancó de raíz un bao-bab enorme y lo lanzó con fuerza a Makoma; pero el héroe saltó a un lado y, mientras el arma se hundía profundamente en la tierra blanda, giró a Nu–endo, el martillo, encima de su cabeza y derribó al gigante de un solo golpe.

Tan terrible fue el golpe que Chi-gwisa-miti se encogió igual que los otros gigantes; y cuando recuperó el aliento le rogó a Makoma tomarlo como su siervo.

—Porque —dijo—, es un honor servir a un hombre tan grande como tú.

Makoma, después de colocarlo en su costal, siguió su camino y viajó durante muchos días hasta que por fin llegó a un país tan árido y rocoso que nada crecía ahí: una desolación sombría reinaba por doquier. Y en medio de esta tierra inhóspita encontró a un hombre tragando fuego.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Makoma.

—Estoy comiendo fuego —respondió el hombre, riendo—; y mi nombre es Chi-idea-moto, porque yo soy el es-

píritu del fuego, y puedo arrasar y destruir lo que se me antoje.

—Te equivocas —dijo Makoma—; ¡porque yo soy Makoma, "más grande" que tú… y no puedes destruirme.

El tragafuegos rió de nuevo, y lanzó una llama hacia Makoma. Pero el héroe saltó atrás de una roca, justo a tiempo, pues el aliento ardiente del espíritu de la llama había convertido el suelo donde estaba parado en vidrio fundido, como una olla recocida.

Entonces el héroe arrojó su martillo de hierro contra Chi-idea-moto, y lo golpeó tan fuerte que lo dejó indefenso; Makoma lo echó en el costal, Woronowu, con los otros gigantes que había vencido antes.

Y ahora, en verdad, Makoma era un gran héroe; ya que tenía la fuerza para hacer montañas, la industria para llevar ríos a tierras áridas, la visión y sabiduría para plantar árboles, y el poder de producir fuego cuando así lo deseara.

Siguiendo su camino llegó un día a una gran llanura, bien regada y llena de animales de caza; y en el centro mismo de la llanura, cerca de un gran río, había un claro cubierto de hierba, muy agradable, donde construir una casa.

Makoma estaba tan encantado con el pequeño prado que se sentó bajo un gran árbol y descolgándose el costal, sacó a todos los gigantes y los puso delante de él.

—Mis amigos —dijo—, he viajado mucho y estoy cansado. ¿No es éste un lugar apropiado para la casa de un héroe? Vayamos mañana, entonces, y traigamos madera para hacer un kraal.*

* *Kraal* (en lengua zulú: umuzi) es un asentamiento de chozas esparcido en forma de círculo, en cuyo centro existe un espacio para encerrar ganado (N. del T).

Así, al día siguiente Makoma y los gigantes fueron a buscar troncos para construir el kraal, dejando sólo a Chi-eswa-mapiri para cuidar el lugar y cocinar un poco de carne de un venado que habían matado. Por la noche, cuando todos regresaron, encontraron al gigante indefenso y atado a un árbol con un enorme pelo.

—¿Cómo es —dijo Makoma, asombrado—, que te encontramos así, atado e indefenso?

—Oh jefe —respondió Chi-eswa-mapiri—, al mediodía un hombre salió del río; era de gran estatura, ¡y sus bigotes grises eran tan largos que no podía ver donde terminaban! Este hombre me preguntó: "¿Quién es tu amo?" Y le respondí: "Makoma, el más grande de los héroes". Entonces el hombre me atrapó, y arrancándose un pelo del bigote, me ató a este árbol, así como me ves.

Mucho se encolerizó Makoma, pero no dijo nada, y cortando con la uña el pelo (que era tan grueso y fuerte como una cuerda de palma) liberó al hacedor de montañas.

Los tres días siguientes pasó exactamente lo mismo, sólo que con un miembro diferente del grupo cada vez; y en el cuarto día Makoma se quedó en el campamento cuando los otros fueron a cortar troncos, diciendo que iba a ver por sí mismo qué clase de hombre era el que vivía en el río y cuyos bigotes eran tan largos que se extendían más allá de la vista de los hombres.

Así que cuando se fueron los gigantes barrió y limpió el campamento y puso a asar un poco de carne de venado en el fuego. Al mediodía, cuando el sol estaba en lo alto, escuchó el retumbar del río, y levantando la vista, vio la cabeza y los hombros de un hombre enorme saliendo del río. Y ¡he aquí que a todo lo largo del río, hasta desvanecerse en el horizonte azul, se extendían los bigotes grises del gigante!

Makoma se enreda con un cabello del Chin-debou Mau-giri.

—¿Quién eres? —gritó el gigante, tan pronto como salió del agua.

—Yo soy el que llaman Makoma —respondió el héroe—; y antes de que te mate, dime también cómo te llamas y qué haces en el río.

—Mi nombre es Chin-debou Mau-giri —dijo el gigante—. Mi casa está en el río, pues mi bigote es la bruma gris que se cierne sobre el agua y con la que atrapo a todos aquellos que se acercan a mí para que mueran.

—¡Tú no puedes atraparme! —gritó Makoma—, precipitándose sobre él y golpeándolo con su martillo. Pero el gigante del río era tan viscoso que el golpe resbaló de su pecho verde sin hacerle daño y, mientras Makoma tropezaba y trataba de recuperar el equilibrio, el gigante lo lazó con uno de sus largos pelos y lo tiró al suelo.

Por un momento Makoma estuvo indefenso, pero al recordar que el poder del espíritu del fuego había entrado en él, exhaló una llama ardiente sobre el pelo del gigante y se liberó.

Al inclinarse Chin-debou Mau-giri para atraparlo, el héroe arrojó su costal Woronowu sobre la resbaladiza cabeza del gigante y, agarrando su martillo de hierro, lo golpeó de nuevo; esta vez el golpe dio sobre el costal seco y Chin-debou Mau-giri cayó muerto.

Cuando los cuatro gigantes volvieron al atardecer con los troncos, se regocijaron al ver que Makoma había vencido al espíritu de la bruma y festejaron con carne de venado asada hasta bien entrada la noche; pero por la mañana, cuando despertaron, Makoma ya estaba calentando sus manos al fuego, y su rostro era sombrío.

—En la oscuridad de la noche, oh amigos míos —dijo en seguida—, los espíritus blancos de mis padres vinieron a mí

y me hablaron, diciendo: "Sigue adelante, Makoma, porque sólo podrás descansar cuando que hayas encontrado y luchado con Sakatirina, el de las cinco cabezas y es muy grande y fuerte; de modo que despídete de tus amigos, porque has de ir solo".

Entonces, los gigantes se pusieron muy tristes y lloraron la pérdida de su héroe; pero Makoma los consoló y les regresó a cada uno los dones que había tomado de ellos. Así, dijo adiós a sus amigos y siguió su camino.

Makoma viajó lejos hacia el oeste; sobre montañas escarpadas y pantanos anegados, vadeando ríos profundos y atravesando durante muchos días áridos desiertos donde la mayoría de los hombres habrían muerto, hasta que por fin llegó a una choza construida cerca de unos picos muy altos, y en el interior de la choza encontró dos mujeres hermosas.

—¡Salve! —dijo el héroe—. ¿Es éste el país de Sakatirina, de las cinco cabezas, a quien estoy buscando?

—Te saludamos, ¡oh grande! —respondieron las mujeres—. Somos las esposas de Sakatirina; tu búsqueda ha terminado, porque ahí está el que buscas. Y señalaron hacia lo que Makoma pensó eran dos altos picos montañosos. Esas son sus piernas, le dijeron; su cuerpo no puede verse, porque está oculto en las nubes.

Makoma se sorprendió cuando vio cuán alto era el gigante; pero sin intimidarse, caminó hasta llegar a una de las piernas de Sakatirina, la cual golpeó fuertemente con Nuendo. Nada pasó, así que golpeó de nuevo y luego otra vez hasta que finalmente oyó a lo lejos una voz cansada que dijo:

—¿Quién es ese que araña mis pies?

Y Makoma, gritando tan fuerte como pudo, contestó:

—¡Soy yo, Makoma, a quien llaman el "Más Grande"!

Y aguzó el oído, pero no hubo respuesta.

Makoma en las manos del Sakatirina.

Entonces Makoma recogió toda la maleza y árboles secos que pudo encontrar, y haciendo una enorme pila alrededor de las piernas del gigante le prendió fuego.

Esta vez, el gigante habló; su voz era terrible, porque era el retumbar de un trueno entre las nubes.

—¿Quién hace que el fuego arda a mis pies?

—¡Soy yo, Makoma! —gritó el héroe—. Y he venido de muy lejos para verte, Oh Sakatirina, porque los espíritus de mis padres me ordenaron que te buscara y luchara contigo, para que no engordara y me invadiera el hastío.

Hubo silencio por un rato, y entonces el gigante habló con voz suave:

—¡Eso es bueno, oh Makoma! —dijo—. Porque yo también estoy hastiado. No hay hombre más grande que yo; por lo tanto, estoy completamente solo.

—¡Ponte en guardia! Entonces inclinándose tomó al héroe en sus manos y lo lanzó al suelo.

Y ¡he aquí que en lugar de morir, Makoma encontró la vida! Porque se puso en pie más poderoso, con mayor fuerza y estatura que antes, y abalanzándose tomó al gigante por la cintura y luchó contra él.

Lucharon hora tras hora, y las montañas rodaron bajo sus pies como guijarros en una inundación; a veces Makoma se retiraba, recuperaba su fuerza y golpeaba al gigante con Nu–endo, su martillo de hierro, y Sakatirina arrancaba las montañas arrojándolas sobre el héroe, pero ninguno podía acabar con el otro. Por fin, al segundo día lucharon con tanto ímpetu que no podían separarse; pero su fuerza menguaba y, justo cuando el sol se ponía, ambos cayeron al suelo, sin sentido.

En la mañana, cuando despertaron, Mulimo el Gran Espíritu estaba parado junto a ellos y les dijo:

—¡Oh, Makoma y Sakatirina! Ustedes son héroes tan grandes que ningún hombre puede enfrentarlos. Por lo tanto, abandonarán este mundo y establecerán su casa conmigo en las nubes.

Y mientras hablaba, los héroes se volvieron invisibles para los pobladores de la Tierra, y no se les volvió a ver entre ellos.

El espejo mágico*

Hace mucho, mucho tiempo, antes de que nadie hubiera visto nunca al hombre blanco en Senna, vivía ahí un hombre llamado Gopani-Kufa.

Un día, mientras cazaba, se encontró con un extraño espectáculo. Una serpiente pitón enorme había atrapado a un antílope y se había enredado alrededor de su cuerpo; el antílope, dando golpes desesperados con sus cuernos, inmovilizó el cuello de la pitón contra un árbol, y sus cuernos se hundieron tan profundamente en la madera blanda que ninguna de las dos criaturas podía liberarse.

—¡Auxilio! —gritó el antílope—, yo no hacía daño a nadie; sin embargo, fui atrapado, y hubiera sido devorado, si no me defiendo.

—¡Ayúdame! —dijo la pitón—, pues soy Insato, Rey de todos los reptiles, y te recompensaré bien.

Gopani-Kufa reflexionó por un momento, y entonces, apuñalando al antílope con su azagaya, liberó a la pitón.

—Te lo agradezco —dijo la pitón—; regresa a este mismo lugar con la luna nueva y cuando me haya comido al antílope, te recompensaré como te lo prometí.

* Cuento de Senna.

—Sí —dijo el antílope moribundo—, te recompensará, y ¡ya lo verás! ¡Tú recompensa será tu propia perdición!

Gopani-Kufa volvió a su kraal, y con la luna nueva regresó de nuevo al lugar donde había salvado a la pitón.

Insato estaba tumbado en el suelo, todavía con sueño por los efectos de su enorme comida, y cuando vio al hombre le dio las gracias de nuevo y dijo:

—Ven conmigo ahora a Pita, que es mi país, y de entre todos mis bienes te daré lo que tú quieras.

Gopani-Kufa al principio sintió temor, pensando en lo que el antílope había dicho, pero finalmente aceptó y siguió a Insato por el bosque.

Viajaron durante varios días, y al fin llegaron a un agujero que llevaba a las profundidades de la tierra. No era muy ancho, pero era lo suficientemente amplio para dejar pasar a un hombre.

—Agárrate a mi cola —dijo Insato—, y yo bajaré primero, así te voy jalando detrás de mí.

El hombre obedeció, e Insato entró.

Durante varios días bajaron y bajaron, adentrándose cada vez más profundamente en la tierra, hasta que al fin la oscuridad terminó y descendieron en un hermoso país; a su alrededor crecía la hierba verde, donde pastaban rebaños de vacas, ovejas y cabras. Gopani-Kufa vio a lo lejos un vasto caserío, todas cuadradas, construidas de piedra y muy altas, y sus techos brillaban con oro y hierro bruñido.

Gopani-Kufa se volvió hacia Insato pero, en lugar de la pitón, se encontró con un hombre, fuerte y apuesto, cubierto con la piel de la gran serpiente; y en los brazos y el cuello llevaba aros de oro puro.

El hombre sonrió.

—Yo soy Insato —dijo—, pero en mi país tomo la forma de un hombre, así como me ves, pues aquí es Pita, la tierra de la que soy rey.

Entonces tomó a Gopani-Kufa de la mano y lo condujo a la ciudad.

En el camino pasaron ríos donde se bañaban, pescaban y navegaban hombres y mujeres; y más adelante llegaron a unos plantíos con abundantes cultivos de arroz y maíz y muchos otros granos de los que Gopani-Kufa ni siquiera conocía el nombre. A su paso, la gente que cantaba mientras trabajaba en el campo, abandonó su labor para saludar a Insato con gusto, llevándole también vino de palma y cocos verdes como refrigerio, tal como se hace con alguien que regresa de un largo viaje.

—¡Estos son mis hijos! —dijo Insato, señalando a la gente.

Gopani-Kufa estaba asombrado con todo lo que veía, pero no dijo nada. Poco después llegaron a la ciudad; todo aquí también era hermoso, y era todo lo que un hombre desearía obtener. Incluso los granos de polvo en las calles eran de oro y plata.

Insato condujo a Gopani-Kufa al palacio y, después de mostrarle sus habitaciones y a las doncellas que le servirían, le dijo que esa noche tendrían una gran fiesta, y al día siguiente podría decirle cuál de las riquezas de Pita había elegido y le serían concedidas. Entonces se retiró.

Ahora bien, Gopani-Kufa tenía una avispa llamada Zengi-mizi. Zengi-mizi no era una avispa común, pues el espíritu del padre de Gopani-Kufa había entrado en ella, por lo que era sumamente sabia. En momentos de duda Gopani-Kufa siempre consultaba a la avispa sobre lo que sería mejor hacer, por lo que en esta ocasión la sacó de la pequeña cesta de mimbre en la que la llevaba, diciendo:

—Zengi-mizi, ¿cuál es el regalo que debo pedir a Insato mañana, cuando quiera saber la recompensa que habrá de concederme por haberle salvado la vida?

—Biz-zz —zumbó Zengi-mizi—. Pídele el espejo Sipao.

Y voló de regreso a su cesta.

Gopani-Kufa se sorprendió por esta respuesta; pero sabiendo que las palabras de Zengi-mizi eran palabras ciertas, decidió pedir lo que la avispa le sugirió. Así que esa noche festejaron, y a la mañana siguiente Insato llegó con Gopani-Kufa y, saludándole alegremente, dijo:

—¡Ahora mi amigo, dime qué has elegido de entre mis bienes y será tuyo!

—¡Oh rey! —respondió Gopani-Kufa—, de todos tus bienes deseo quedarme con el Espejo, Sipao.

El rey se alarmó.

—Oh amigo Gopani-Kufa —dijo—, ¡pide cualquier cosa menos eso! Nunca pensé que me pedirías aquello que es lo más precioso para mí.

—Entonces déjame pensarlo otra vez, ¡Oh, rey! —dijo Gopani-Kufa—, y mañana te haré saber si he cambiado de parecer.

Pero el rey estaba muy preocupado, temiendo la pérdida de Sipao, porque el espejo tenía poderes mágicos; todo aquel que lo poseyera sólo tenía que pedir y su deseo se cumpliría; a esto debía Insato todo lo que poseía.

Tan pronto como el rey lo dejó, Gopani-Kufa sacó nuevamente a Zengi-mizi de su cesta.

—Zengi-mizi —dijo—, el rey parece renuente a concederme el Espejo. ¿No hay alguna otra cosa de igual valor que pudiera pedir?

Y la avispa le respondió:

—No hay nada en el mundo, Oh, Gopan-Kufa, que tenga el valor de este espejo, porque es un Espejo de los Deseos, y cumple los deseos de quien lo posee. Si el rey vacila, ve con él al día siguiente, y el día después, y al final accederá a regalarte el espejo, a ti que le salvaste la vida.

Y así ocurrió. Durante tres días Gopani-Kufa le dio la misma respuesta al rey y, por fin, con lágrimas en los ojos, Insato le regaló el espejo, que era de hierro pulido, diciendo:

—Llévate pues a Sipao, Oh, Gopani-Kufa, y que tus deseos se hagan realidad. Vuelve ahora a tu tierra; Sipao te mostrará el camino.

Gopani-Kufa se alegró en gran manera y, despidiéndose del rey, dijo al Espejo:

—¡Sipao, Sipao, deseo regresar nuevamente a la Tierra!

Al instante se encontró de pie sobre la tierra; pero, como no conocía el lugar en el que estaba, le dijo de nuevo al espejo:

—Sipao, Sipao, ¡quiero que me señales el camino hacia mi propio kraal!

Y ¡he aquí que justo ante él se extendía el camino!

Cuando llegó a su casa encontró a su esposa e hija de luto por él, porque pensaban que se lo habían comido los leones; pero las consoló diciéndoles que se había perdido cuando seguía a un antílope herido y había vagado durante mucho tiempo antes de encontrar de nuevo el camino de regreso.

Esa noche le preguntó a Zengi-mizi, que albergaba el espíritu de su padre, ¿cuál sería el siguiente deseo que debía pedir a Sipao?

—Biz-zz —dijo la avispa—. ¿No te gustaría ser un jefe tan grande como Insato?

Gopani-Kufa sonrió y tomando el espejo le dijo:

—¡Sipao, Sipao, quiero una ciudad tan grande como la de Insato, el Rey de Pita; y deseo gobernar en ella!

Entonces, a todo lo largo del cercano río Zambeze surgieron calles con edificios de piedra y techos que brillaban con oro y hierro bruñido como los de Pita; y por las calles caminaban hombres y mujeres, y los muchachos llevaban las ovejas y el ganado a pastar; y del río llegaban los gritos y las risas de los jóvenes y las doncellas que habían echado al agua sus canoas y estaban pescando. Cuando la gente de la nueva ciudad vio a Gopani-Kufa se regocijó grandemente y lo aclamó como su jefe.

Gopani-Kufa era ahora tan poderoso como lo había sido Insato, el rey de los reptiles, y él y su familia se mudaron al palacio que se elevaba por encima de los otros edificios, justo en el centro de la ciudad. Su esposa estaba tan sorprendida por todas estas maravillas que no atinaba a hacer pregunta alguna, pero su hija Shasasa le perseguía rogándole le dijera cómo era que de repente se había vuelto tan grande; por lo que al final le reveló todo el secreto, e incluso confió a Sipao, el Espejo, a su cuidado, diciendo:

—Contigo estará más seguro, hija mía, pues tú no vives aquí, donde muchos hombres vienen a consultarme sobre asuntos de Estado y podrían robarme el espejo.

Entonces Shasasa tomó el Espejo Mágico y lo escondió debajo de su almohada; a partir de ese día, Gopani-Kufa gobernó a su pueblo con sabiduría y prudencia durante muchos años, por lo que todos los hombres lo amaban, y ni una sola vez tuvo que pedir a Sipao que le concediera un deseo.

Y sucedió que después de muchos años, cuando el cabello de Gopani-Kufa encaneció con la edad, llegaron los hombres blancos a ese país. Remontaron el Zambeze y lucharon larga y ferozmente contra Gopani-Kufa; pero gracias al poder del espejo mágico, los venció y huyeron a la costa. El principal entre ellos era un tal Rei, un hombre de

gran astucia, que buscaba descubrir de dónde venía el poder de Gopani-Kufa. Así que un día llamó a un criado de su confianza llamado Butou y le dijo:

—Ve a la ciudad y averigua cuál es el secreto de su grandeza.

Y Butou, vestido de harapos, se puso en camino, y cuando llegó a la ciudad de Gopani-Kufa preguntó por el jefe; y la gente lo llevó a la presencia de Gopani-Kufa. Cuando el hombre blanco lo vio, se arrodilló ante él y dijo:

—¡Oh, jefe! ¡Ten piedad de mí, porque no tengo casa! Cuando Rei marchó contra ti, fui el único que se mantuvo ajeno, porque sabía que toda la fuerza del Zambeze estaba en tus manos, y cuando vio que no quería luchar contra ti ¡me abandonó en el bosque para que muriera de hambre!

Gopani-Kufa creyó la historia del hombre blanco, y lo acogió, lo agasajó y le regaló una casa.

Así fue como llegó el fin: Shasasa, la hija de Gopani-Kufa, entregó su corazón a Butou el traidor, y por ella supo el secreto del espejo mágico. Una noche, cuando todo el pueblo dormía, buscó bajo la almohada, donde encontró el espejo, lo robó y huyó con él, regresando con Rei, el jefe de los hombres blancos.

Así aconteció que un día, mientras Gopani-Kufa contemplaba el río desde una ventana del palacio, vio de nuevo las canoas de guerra de los hombres blancos; y al ver esto su espíritu se llenó de recelo.

—¡Shasasa! ¡Hija mía! —gritó con desesperación—, tráeme el espejo, porque los hombres blancos están cerca.

—¡Ay de mí, padre mío! —dijo entre sollozos—. ¡El Espejo ha desaparecido! ¡Me enamoré de Butou el traidor, y éste me ha robado a Sipao!

Entonces Gopani-Kufa se calmó y sacó a Zengi-mizi de su cesta de mimbre.

—¡Oh espíritu de mi padre! —dijo.

¿Y ahora qué voy a hacer?

—Oh Gopani-Kufa! —zumbó la avispa—, no hay nada que se pueda hacer ahora, porque las palabras del antílope que mataste se están cumpliendo.

—¡Ay de mí! ¡Soy un hombre viejo, lo había olvidado! —se lamentó el jefe—. Las palabras del antílope eran palabras ciertas, mi recompensa será mi perdición, ¡sus palabras se están cumpliendo!

Entonces los hombres blancos cayeron sobre el pueblo de Gopani-Kufa y los mataron a todos junto con el jefe y su hija Shasasa; y desde entonces todo el poder de la Tierra está en manos de los hombres blancos, porque ellos poseen a Sipao, el Espejo Mágico.

La historia del rey que quería ver el Paraíso*

Érase una vez un rey que, un día cuando cazaba, se encontró con un faquir en un lugar solitario en las montañas. El faquir estaba sentado en un pequeño y viejo camastro, leyendo el Corán, con su túnica remendada echada sobre los hombros.

El rey le preguntó qué estaba leyendo, a lo que el faquir contestó que estaba leyendo acerca del Paraíso, y rezando para que pudiera ser digno de entrar en él. Entonces comenzaron a hablar y, después de un rato, el rey le preguntó al faquir si podía mostrarle un atisbo del Paraíso, porque le resultaba muy difícil creer en lo que no podía ver. El faquir le contestó que estaba pidiendo algo muy difícil, y tal vez muy peligroso; pero que iba a orar por él, y quizá podría hacer lo que le pedía; sólo le advirtió al rey de los peligros de su incredulidad, así como de la curiosidad que lo llevaba a pedir semejante cosa. Sin embargo, el rey no se apartó de su propósito y prometió al faquir que le proporcionaría comida, siempre y cuando el faquir rezara por él. A lo que el faquir accedió, y así se separaron.

* Cuento pashtúm contado al comandante John F. Campbell.

Pasó el tiempo y el rey, fiel a su promesa, le enviaba siempre su comida al viejo faquir; pero cada vez que mandaba a alguien a preguntarle cuándo le iba a mostrar el Paraíso, el faquir respondía invariablemente:

—¡Aún no, aún no!

Transcurridos uno o dos años, el rey escuchó un día que el faquir estaba muy enfermo, en realidad se creía que se estaba muriendo. De inmediato se apresuró para ir a verlo y se encontró con que era cierto, pues el faquir estaba exhalando en ese instante su último aliento. Entonces el rey le suplicó que recordara su promesa y le mostrara un atisbo del Paraíso. El faquir, moribundo, respondió que si el rey asistía a su funeral y ponía la mano sobre su tumba una vez que estuviera tapada y todos se hubieran retirado, cumpliría su palabra y le mostraría un atisbo del Paraíso. Al mismo tiempo, le rogó al rey que no lo hiciera, que se conformara con ver el Paraíso cuando Dios lo llamara. Aun así la curiosidad del rey era tan intensa que no cedía en su propósito.

Por lo tanto, después de que el faquir murió y lo hubieron enterrado, el rey se quedó atrás cuando los demás se retiraron; y así, cuando estuvo completamente solo, dio un paso adelante, y ¡puso su mano sobre la tumba! Al instante se abrió la tierra. Entonces, atónito, el rey se asomó y vio unas gradas toscas y, en el fondo ¡al faquir sentado, tal como solía hacerlo, en su camastro desvencijado, leyendo el Corán!

Al principio, el rey estaba tan sorprendido y tan asustado que sólo se quedó mirando fijamente; pero el faquir le hizo una seña para que bajara; por lo que, reuniendo todo su coraje, bajó resuelto a la tumba.

El faquir se levantó y, haciéndole una seña al rey para que lo siguiera, caminó unos pasos a lo largo de un pasadizo oscuro. Luego se detuvo, se volvió solemnemente a su

acompañante y, con un movimiento de la mano, como si descorriera una cortina pesada, reveló… Nadie sabe lo que ahí se le mostró al rey, ni el rey se lo dijo nunca a nadie; pero, cuando el faquir al fin dejó caer la cortina, y el rey se volvió para abandonar el lugar, ¡había logrado vislumbrar el Paraíso! Temblando de pies a cabeza, regresó tambaleándose por el pasadizo y a trompicones subió por las escaleras para salir de la tumba al aire fresco.

El alba estaba rompiendo. Al rey le pareció extraño que hubiera pasado tanto tiempo en la tumba. Le parecía que hacía sólo unos minutos que había descendido, atravesado unos pocos pasos hasta el lugar donde se había asomado más allá del velo, y regresado de nuevo, ¡después de unos cinco minutos quizá de contemplar esa vista maravillosa! Y ¿qué era lo que había visto? El Rey se devanaba los sesos para recordar, ¡pero no podía traer una sola cosa a su mente! ¡Qué curioso parecía todo! ¿Por qué su propia ciudad, a la que ahora estaba entrando, le parecía distinta y le era extraña? El sol ya había salido cuando llegó a la puerta del palacio y entró en la sala de audiencia pública. Estaba llena; un chambelán se le acercó y le preguntó por qué se había sentado sin permiso en presencia del rey.

—¡Pero yo soy el rey! —exclamó.

—¿Qué rey? —dijo el chambelán.

—El verdadero rey de este país —dijo con indignación.

A continuación, el chambelán se fue, y habló al rey que estaba sentado en el trono, y el viejo rey oyó palabras como "loco", "edad", "compasión". Entonces, el rey sentado en el trono le pidió que se acercara y, al hacerlo, se vio a sí mismo reflejado en el escudo de acero pulido del guardia, y ¡se sobresaltó con horror! ¡Se vio viejo, decrépito, sucio y harapiento! Su larga barba blanca y su cabello estaban desaliña-

dos y sucios y se desparramaban sobre su pecho y hombros. Sólo quedaba como signo de su realeza el anillo de sello en su mano derecha. Lo sacó con dedos temblorosos y lo sostuvo frente el rey.

—¡Dime quién soy! —exclamó—. ¡Éste es mi sello, el de quien hace tiempo se sentó donde estás sentado… apenas ayer!

El rey lo miró compasivamente y examinó el sello con curiosidad. Entonces a una orden suya trajeron los registros y archivos polvorientos del reino, y las monedas antiguas de reinados anteriores y los compararon cuidadosamente. Al fin el rey se volvió hacia el viejo, y le dijo:

—Anciano, un rey como el que cuyo sello posees, reinó hace setecientos años; pero se dice que desapareció, nadie sabe dónde. ¿En qué lugar encontraste el anillo?

En seguida el anciano se golpeó el pecho y lloró con grandes lamentos; porque comprendió que él, que no se contentó con esperar pacientemente para ver el Paraíso de los fieles, ya había sido juzgado. Se volvió y salió de la sala sin una palabra y se fue a la selva, donde vivió una vida de oración y meditación durante veinticinco años, hasta que por fin el Ángel de la Muerte vino por él y, misericordiosamente lo liberó, redimido y purificado mediante su castigo.

De cómo Isuro el conejo engañó a Gudu*

En un país cálido, muy lejano, donde los bosques son muy espesos y oscuros y los ríos muy rápidos e impetuosos, vivió una vez un extraño par de amigos. Ahora bien, uno de ellos era un gran conejo blanco llamado Isuro y el otro era un babuino alto llamado Gudu. Sentían tanto afecto el uno por el otro que rara vez se les veía separados.

Un día, cuando el sol calentaba más que de costumbre, el conejo despertó de su siesta del mediodía y vio a Gudu, el babuino, de pie junto a él.

—Levántate —dijo Gudu—; voy de cortejo y tienes que venir conmigo, así que pon un poco de comida en un saco y cuélgalo alrededor de tu cuello, porque tal vez no encontremos nada para comer en un largo rato.

Entonces, el conejo se frotó los ojos y reunió varias cosas verdes y frescas que sacó debajo de los arbustos, y hecho esto le dijo a Gudu que estaba listo para el viaje.

Caminaron muy contentos cierta distancia, y al fin llegaron a un río con rocas esparcidas aquí y allá.

* Cuento Mashona, Zimbabwe.

—Nunca podremos saltar esos espacios tan separados si vamos cargados con la comida —dijo Gudu—; tenemos que tirarla al río si no queremos caer nosotros.

Y agachándose, sin ser visto por Isuro, que iba delante de él, Gudu cogió una gran piedra y la tiró en el agua con un fuerte chapaleo.

—Es tu turno ahora —gritó a Isuro.

Y con un profundo suspiro, el conejo desató su saco de comida que cayó al río.

Al otro lado, el camino se adentraba en una avenida de árboles y, antes de que hubieran avanzado mucho, Gudu abrió el saco que llevaba escondido entre su pelambre, alrededor del cuello, y comenzó a comer un fruto de aspecto delicioso.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Isuro con envidia.

—Oh, descubrí que después de todo podía cruzar por las rocas con bastante facilidad, por lo que pensé que sería una pena no conservar mi saco —respondió Gudu.

—Bueno, como me engañaste para que tirara la mía, ahora deberías compartir conmigo —dijo Isuro.

Pero Gudu fingió no escucharlo y avanzó a grandes zancadas por el camino.

Poco después entraron en un bosque, y justo enfrente de ellos vieron un árbol tan cargado de fruta que sus ramas barrían el suelo. Algunos de las frutas todavía estaban verdes, y otras amarillas. El conejo saltó hacia adelante con alegría, porque tenía mucha hambre; pero Gudu le dijo:

—Corta la fruta verde, verás que es, por mucho, la mejor. Te voy a dejar todo a ti, porque no has comido, y yo me quedaré con la amarilla.

Así que el conejo tomó una de las naranjas verdes y empezó a morderla, pero su cáscara era tan dura que apenas podía hincarle el diente.

—Su sabor no es nada agradable —gritó haciendo una mueca—, preferiría comer una de las amarillas.

—¡No, no! En verdad no podría permitirlo —respondió Gudu—. Sólo te harían daño. Confórmate con la fruta verde.

Y como era todo lo que podía obtener, Isuro se vio obligado a aceptarlas.

Después de que esto ocurriera dos o tres veces, Isuro por fin abrió los ojos y decidió que sin importar lo que Gudu le dijera, iba a hacer exactamente lo contrario. Sin embargo, para entonces ya habían llegado a la aldea donde vivía la futura esposa de Gudu y, cuando iban entrando, Gudu le señaló unos matorrales y le dijo a Isuro:

—Siempre que esté comiendo y me escuches gritar que mi comida me está quemando, corre tan rápido como puedas y recoge algunas de esas hojas para que sanen mi boca.

Al conejo le hubiera gustado preguntarle por qué comía alimentos que sabía que le iban a quemar, pero le dio miedo y se limitó a asentir en respuesta; pero cuando habían caminado un poco más le dijo a Gudu:

—He dejado caer mi aguja; espera aquí un momento mientras voy a buscarla.

—Apúrate, entonces —respondió Gudu, subiéndose a un árbol.

Y el conejo se apresuró a regresar a los arbustos, y reunió una cierta cantidad de las hojas que escondió entre su pelaje. "Así", pensó, "si las recojo ahora me ahorraré la molestia de una caminata más tarde".

Una vez que arrancó todas las que quería regresó con Gudu, y siguieron su camino. El sol casi se había puesto cuando llegaron al final de su viaje y como estaban muy cansados se acomodaron de buena gana junto a un pozo. Entonces la prometida de Gudu, que lo había estado esperando, trajo una

jarra con agua que derramó sobre ellos para quitarles el polvo del camino, así como dos porciones de comida. Pero una vez más las esperanzas del conejo cayeron por tierra, pues Gudu dijo apresuradamente:

—La costumbre de la aldea te prohíbe comer hasta que yo haya terminado.

Isuro no sabía que Gudu estaba mintiendo, y que sólo quería más comida, así que se quedó mirando hambriento, esperando hasta que su amigo estuvo satisfecho.

Poco después Gudu gritó en voz alta:

—¡Me quemo! ¡Me quemo! —aunque para nada se estaba quemando.

Ahora bien, a pesar de que Isuro tenía las hojas con él, de último momento no se atrevió a sacarlas, por temor a que el babuino se diera cuenta de que se había quedado atrás. Así que se alejó por un rato, y luego regresó saltando con gran prisa. Sin embargo, aunque fue muy rápido, Gudu fue más veloz aún, y no quedaba nada más que algunas gotas de agua.

—Qué mala suerte tienes —dijo Gudu, arrebatándole las hojas—; tan pronto como te fuiste, llegó muchísima gente, se lavaron las manos y, como ves, se comieron tu porción.

Aunque Isuro sabía que no debía creerle no dijo nada y se fue a la cama más hambriento que nunca en su vida.

Temprano a la mañana siguiente se dirigieron hacia otra aldea, y en el camino pasaron un gran huerto, donde la gente estaba muy ocupada juntando cacahuates.

—Por fin podrás tener un buen desayuno —dijo Gudu, señalando un montón de cáscaras vacías, sin dudar por un segundo que Isuro tomaría mansamente la porción que le mostraba, y le dejaría los cacahuates a él; pero, cuál no sería su sorpresa cuando Isuro respondió:

—Gracias, pero creo que preferiría éstos.

Y volviéndose a los granos, no se detuvo hasta que no quedó uno solo. Y lo peor de todo fue que, con tanta gente alrededor, Gudu no pudo quitarle los cacahuates.

Era de noche cuando llegaron a la aldea donde vivía la madre de la prometida de Gudu, que les sirvió carne y potaje.

—Creo que me dijiste que te gustaba el potaje —dijo Gudu.

Pero Isuro respondió:

—Me estás confundiendo con alguien más, porque yo siempre como carne cuando la puedo conseguir.

Y de nuevo Gudu se vio obligado a contentarse con el potaje, que detestaba.

Sin embargo, mientras se lo comía, una idea cruzó repentinamente por su mente y se las arregló para volcar una gran olla de agua que colgaba frente al fuego, apagándolo por completo.

"Ahora", se dijo la astuta criatura, "¡podré robar su carne en la oscuridad!" Pero el conejo se había vuelto tan astuto como él, y parado en un rincón escondió la carne detrás de él, de modo que el babuino no pudo encontrarla.

—¡Oh Gudu! —exclamó, riendo a carcajadas—, eres tú quien me ha enseñado a ser astuto.

Y llamando a la gente de la casa les pidió que encendieran el fuego, pues Gudu dormiría a un lado, mientras que él pasaría la noche con unos amigos en otra choza.

Aún estaba bastante oscuro cuando Isuro oyó que le llamaban en voz baja y, al abrir los ojos, vio que Gudu estaba de pie junto a él. Poniendo su dedo en la nariz, en señal de silencio, le hizo señas a Isuro para que se levantara y lo siguiera, y no fue hasta que estuvieron a cierta distancia de la cabaña que Gudu habló:

—Tengo hambre y quiero comer algo mejor que ese horrible potaje que tuve que cenar, así que voy a matar a una de estas cabras, y como eres un buen cocinero deberás hervir la carne para mí.

El conejo asintió, y Gudu desapareció detrás de una roca, pero pronto regresó arrastrando a la cabra muerta. Entonces los dos se dieron a la tarea de desollarla. Después rellenaron la piel con hojas secas, de modo que nadie hubiera podido adivinar que estaba muerta, y la pararon en medio de unos matorrales. Mientras Gudu hacía esto, Isuro recogió varas para hacer fuego, y cuando lo encendió, Gudu corrió a otra choza para robar una olla que llenó con agua del río y clavando dos ramas en el suelo, pusieron la carne dentro y la colgaron sobre el fuego.

—No estará lista para comer en al menos dos horas —dijo Gudu—, por lo que tenemos tiempo para una siesta.

Diciendo esto se tendió en el suelo, y fingió quedarse profundamente dormido; pero, en realidad sólo estaba esperando hasta que fuera seguro tomar toda la carne para él. "Estoy seguro que lo oigo roncar", pensó; y se acercó sigilosamente al lugar donde Isuro estaba tendido sobre una pila de leña, aunque los ojos del conejo estaban bien abiertos.

—Qué fastidio —murmuró Gudu, mientras regresaba a su lugar—; y después de esperar un poco más, se levantó y echó otra mirada, pero los ojos color rosa del conejo seguían completamente abiertos. Si tan sólo Gudu hubiera sabido que Isuro dormía todo el tiempo; sin embargo, esto nunca se le ocurrió y finalmente se cansó tanto de estar vigilando que se quedó dormido. Poco después Isuro despertó, y también sintió hambre, así que se acercó sin hacer ruido hasta la olla y se comió toda la carne, mientras hacía un atado con los huesos que colgó en la pelambre de Gudu. Luego de hacer eso regresó a la pila de leña y se volvió a dormir.

Por la mañana, la madre de la prometida de Gudu salió a ordeñar sus cabras, y cuando llegó a los arbustos donde aparentemente se había enredado la más grande, descubrió el truco. La mujer se lamentó tanto que la gente de la aldea llegó corriendo, y Gudu e Isuro también se levantaron de un salto, y fingieron estar tan sorprendidos e interesados como los demás. Aunque, después de todo, se han de haber visto culpables, porque de repente un anciano los señaló, y exclamó:

—Esos son los ladrones.

Y al escuchar su voz el gran Gudu tembló de arriba a abajo.

—¿Cómo te atreves a decir tales cosas? Te desafío a que lo demuestres —respondió Isuro resueltamente. Y bailó, se volteó de cabeza y se sacudió delante de todos.

—Me precipité al acusarte; tú eres inocente —dijo el anciano—; pero ahora que el babuino haga lo mismo que tú.

Y cuando Gudu comenzó a saltar los huesos de la cabra sonaron y la gente gritó:

—¡Es Gudu quien mató a la cabra! Pero Gudu respondió:

—No, yo no maté a su cabra; fue Isuro, quien se comió la carne, y colgó los huesos alrededor de mi cuello. ¡Por tanto es él quien debe morir!

Y la gente se miró entre sí, pues no sabían qué creer. Al fin un hombre dijo:

—Que mueran los dos, pero pueden elegir su propia muerte.

Entonces Isuro respondió:

—Si tenemos que morir, llévenos al lugar donde se corta la leña, apílenla a nuestro alrededor, de manera que no podamos escapar, y prendan fuego a la leña; y si uno se quema y el otro no, entonces el que se quemó será el que mató a la cabra.

La gente aceptó la propuesta de Isuro. Pero Isuro sabía que debajo de la pila de leña había un agujero, y cuando encendieron el fuego se metió en él, pero Gudu murió allí.

Cuando el fuego se hubo consumido y sólo quedaban las cenizas donde había estado la leña, Isuro salió de su agujero y dijo a la gente:

—¡Miren! ¿Acaso no dije bien? Aquel que mató a su cabra se halla entre esas cenizas.

Ian, el hijo del soldado*

Había una vez un caballero que vivía en Grianaig de las tierras del occidente, que tenía tres hijas cuya bondad y belleza no tenían paralelo en todas las islas. Todos las amaban y grande fue el llanto cuando un día, en que las tres doncellas estaban sentadas en las rocas, mojándose los pies a la orilla del mar, surgió una gran bestia de entre las olas y se las llevó a las profundidades del océano. Nadie supo dónde ni cómo buscarlas.

Ahora bien, en un pueblo a unas millas vivía un soldado que tenía tres hijos, jóvenes apuestos y fuertes y los mejores jugadores de *shinny*** en ese país. En la Navidad de ese año, época en que las familias se reúnen y celebran grandes fiestas, Ian, el más joven de los tres hermanos, dijo:

—Vamos a jugar un partido de *shinny* en el jardín del caballero de Grianaig, porque es más grande y su césped más uniforme que el nuestro.

Pero los otros respondieron:

* Tomado de *Cuentos de las altas tierras escocesas*, de John. F. Campbell.

** *Shinny* (también *shinney*, *hockey*, *pick-up*, *hockey* acuático, o "*puck* al aire libre") es un tipo informal de *hockey* que se juega sobre hielo. También se utiliza como otro término para *hockey* de calle (N. del T).

—No, porque está de luto, y recordará cuando sus hijas veían los partidos que jugábamos allí.

—No importa lo contento o enojado que esté —dijo Ian—; hoy pondremos a rodar nuestra pelota en su jardín.

Así lo hicieron, Ian les ganó tres juegos a sus hermanos. Pero el caballero se asomó por la ventana, se encolerizó y ordenó a sus hombres que trajeran a los jóvenes a su presencia. Su corazón se ablandó un poco al verlos entrar a su salón; pero su rostro mostraba enojo cuando preguntó:

—¿Por qué eligieron jugar *shinny* enfrente de mi castillo, cuando saben muy bien que eso me haría recordar a mis hijas? El dolor que me han infligido lo sufrirán ustedes también.

—Puesto que te hemos causado un agravio —contestó Ian, el más joven—, construye un barco e iremos a buscar a tus hijas. No importa si es a barlovento o a sotavento o debajo de los cuatro pardos confines del mar; las encontraremos antes de que transcurra un año y un día, y las traeremos de regreso a Grianaig.

El barco se construyó en siete días y a bordo del mismo se almacenó gran cantidad de comida y vino. Los tres hermanos lo echaron al mar y zarparon y en siete días el barco fue a dar a una playa de arena blanca donde los hermanos desembarcaron. Ninguno de ellos había visto esa tierra antes y miraron a su alrededor. Entonces vieron, a poca distancia de ellos, un grupo de hombres trabajando en un peñasco, vigilados por un hombre.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó el hermano mayor.

El hombre que estaba vigilando respondió:

—Aquí es donde viven las tres hijas del caballero de Grianaig, quienes mañana se casarán con tres gigantes.

—¿Cómo podemos encontrarlas? —preguntó el joven otra vez.

A lo que el capataz respondió:

—Para llegar a donde están las hijas del caballero de Grianaig deben meterse en esta canasta para que los suban por la vertiente de este peñasco con una cuerda.

—Oh, eso será fácil —dijo el hermano mayor, saltando dentro de la canasta—. De inmediato comenzó a subir, subir y subir hasta que a la mitad de camino, un cuervo negro y gordo voló hacia él y lo picoteó hasta dejarlo casi ciego, de manera que se vio obligado a regresar del mismo modo como había venido.

Después de esto el segundo hermano se metió en la canasta; pero no le fue mejor, pues el cuervo voló sobre él, y regresó igual que lo había hecho su hermano.

—Ahora es mi turno —dijo Ian.

Pero a medio camino el cuervo también se lanzó sobre él.

—¡Rápido, rápido! —gritó Ian a los hombres que sostenían la cuerda.

Los hombres tiraron con todas sus fuerzas y en un momento Ian llegó hasta arriba con el cuervo detrás de él.

—¿Me darás un poco de tabaco? —preguntó el cuervo, que ahora estaba bastante tranquilo.

—¡Granuja! ¿Tengo que darte tabaco por tratar de sacarme los ojos? —respondió Ian.

—Eso fue parte de mis tareas —contestó el cuervo—; pero dame el tabaco y te demostraré que puedo ser un buen amigo.

De manera que Ian tomó un pedazo de tabaco y se lo dio. El cuervo lo escondió bajo su ala y siguió diciendo:

—Ahora te voy a llevar a la casa del gran gigante, donde la hija del caballero se sienta a coser y coser hasta que el dedal queda empapado con sus lágrimas.

El cuervo fue por delante del joven hasta que llegaron a una casa grande, cuya puerta estaba abierta. Entraron y pa-

El caballero y el cuervo.

saron de un salón a otro, hasta que encontraron a la hija del caballero, tal como el ave había dicho.

—¿Qué te trajo hasta aquí? —preguntó la doncella.

A lo que Ian contestó:

—¿Por qué no puedo ir a donde tú puedes ir?

—Un gigante me trajo hasta aquí —respondió ella.

—Eso ya lo sé —dijo Ian—; pero dime dónde está el gigante, para que pueda encontrarlo.

—Él está cazando en el monte —respondió—; y sólo una sacudida de la cadena de hierro que cuelga fuera de la puerta lo traerá a casa. Pero no hay un hombre, ni a sotavento, ni a barlovento, ni en los cuatro pardos confines del mar, que pueda luchar contra él, excepto Ian, el hijo el soldado, quien hoy tiene dieciséis años de edad y ¿cómo podrá enfrentar al gigante?

—En la tierra de donde vengo hay muchos hombres con la fuerza de Ian —contestó.

Salió y tiró de la cadena, pero no pudo moverla, y cayó de rodillas. Entonces se levantó rápidamente, y reuniendo toda su fuerza, asió la cadena, y esta vez la sacudió de tal manera que el eslabón se rompió. El gigante, al escuchar este ruido en el monte, levantó la cabeza, y pensó:

—Parece el ruido que hace Ian, el hijo del soldado —dijo—; pero él tiene apenas dieciséis años de edad. Aun así, mejor voy a echar un vistazo.

Y regresó a casa.

—¿Eres Ian, el hijo del soldado? —le preguntó al entrar al castillo.

—No, te lo aseguro, —respondió el joven, que no quería que lo reconocieran.

—Entonces, ¿quién eres tú a sotavento y a barlovento o en los cuatro pardos confines del mar, que eres capaz de sacudir mi cadena de batalla?

—Esto te quedará muy claro después de que luches conmigo como yo lucho con mi madre, quien una vez me venció, y dos veces no.

Así que lucharon y se enredaron y forcejearon entre sí hasta que el gigante puso a Ian de rodillas.

—Tú eres el más fuerte —dijo Ian; y el gigante respondió:

—¡Eso lo saben todos los hombres!

Una vez más se enzarzaron en combate y finalmente Ian tiró al gigante y deseó que el cuervo estuviera allí para ayudarle. Tan pronto como formuló su deseo el cuervo apareció.

—Pon tu mano debajo de mi ala derecha y encontrarás un cuchillo lo bastante filoso como para cortarle la cabeza —dijo el cuervo.

El cuchillo estaba tan filoso que cortó la cabeza del gigante de un solo tajo.

—Ahora ve y cuéntaselo a la hija del rey de Grianaig; pero ten cuidado de no escuchar sus palabras, porque ella fingirá ayudarte para que le prometas no seguir adelante. En cambio, busca a la hija de en medio, y cuando la hayas encontrado, me darás un pedazo de tabaco como recompensa.

—Bien te has ganado la mitad de todo lo que tengo —respondió Ian.

Pero el cuervo sacudió la cabeza.

—Tú conoces sólo lo que ha pasado y no lo que vendrá. Si no quieres fracasar, lávate en agua limpia, toma el bálsamo de un recipiente que se halla sobre la puerta y frótalo en tu cuerpo; mañana tendrás la fuerza de muchos hombres y te llevaré donde vive la hermana de en medio.

Ian hizo lo que le dijo el cuervo, y a pesar de las súplicas de la hija mayor, partió en busca de la siguiente hermana.

La encontró sentada cosiendo con el dedal empapado por las lágrimas que había derramado.

—¿Qué te trajo hasta aquí? —preguntó la segunda hermana.

—¿Por qué no puedo ir donde tú puedes ir? —contestó—; y ¿por qué lloras?

—Porque en un día me casaré con el gigante que está cazando en el monte.

—¿Cómo puedo traerle a casa? —preguntó Ian.

—Sólo una sacudida de la cadena de hierro que cuelga fuera de la puerta lo traerá a casa. Pero no hay un hombre, ni a sotavento, ni a barlovento, ni en los cuatro pardos confines del mar, que pueda luchar contra él; excepto Ian, el hijo el soldado, que hoy tiene dieciséis años de edad.

—En la tierra de donde vengo hay muchos hombres con la fuerza de Ian —contestó. Salió y tiró de la cadena, pero no pudo moverla, y cayó de rodillas. Entonces se levantó rápidamente y reuniendo toda su fuerza, asió la cadena, y esta vez la sacudió de tal manera que se rompieron tres eslabones. El segundo gigante, al escuchar este ruido en el monte, levantó la cabeza y pensó:

—Parece el ruido que hace Ian, el hijo del soldado —dijo—; pero él tiene sólo dieciséis años de edad. Aun así, mejor voy a echar un vistazo.

Y regresó a casa.

—¿Eres Ian, el hijo del soldado? —le preguntó al entrar en el castillo.

—No, te lo aseguro —respondió el joven, que tampoco quería que este gigante lo reconociera—, pero lucharé contigo como si lo fuera.

Entonces se agarraron de los hombros y el gigante lo hizo caer sobre sus dos rodillas.

—Tú eres el más fuerte —exclamó Ian—; pero aún no me has vencido—, levantándose, echó sus brazos alrededor del gigante.

Se tambalearon hacia atrás y hacia delante, primero uno estaba arriba y luego el otro; pero al fin, Ian trabó su pierna en la del gigante y lo tiró al suelo. Entonces llamó al cuervo que llegó aleteando, y dijo:

—Pon tu mano debajo de mi ala derecha, encontrarás un cuchillo lo bastante filoso como para cortarle la cabeza.

Y filoso era ciertamente, pues de un solo tajo la cabeza del gigante rodó lejos de su cuerpo.

—Ahora lávate con agua caliente y frota tu cuerpo con aceite balsámico; mañana tendrás la fuerza de muchos hombres. Pero cuídate de las palabras de la hija del caballero, porque ella es astuta y tratará de mantenerte a su lado. Así que adiós; pero primero dame un pedazo de tabaco.

—Te lo daré con mucho gusto, —contestó Ian cortando un pedazo grande.

Esa noche se lavó y se untó el aceite como el cuervo le había dicho, y a la mañana siguiente entró en la cámara donde la hija del caballero estaba sentada.

—Quédate aquí conmigo —le dijo ella—, y sé mi esposo—. Hay plata y oro en abundancia en el castillo.

Pero él no prestó atención y siguió su camino hasta llegar al castillo, donde la hija más joven del caballero estaba cosiendo en el salón. Las lágrimas caían de sus ojos sobre su dedal.

—¿Qué te trajo hasta aquí? —preguntó ella.

A lo que Ian contestó:

—¿Por qué no puedo ir a donde tú puedes ir?

—Un gigante me trajo aquí.

—Lo sé muy bien —dijo él.

—¿Eres Ian, el hijo del soldado? —preguntó ella de nuevo.

Y de nuevo él respondió:

—Sí, lo soy; pero dime, ¿por qué lloras?

—Mañana regresará el gigante de cazar en el monte y debo casarme con él, —sollozó.

Ian no prestó atención, y sólo dijo:

—¿Cómo puedo traerlo a casa?

—Sacude la cadena de hierro que cuelga fuera de la puerta.

Ian salió y dio tal tirón a la cadena que por la fuerza de la sacudida cayó cuán largo era. Pero rápidamente se puso en pie y agarró la cadena con tanta fuerza que se quedó con cuatro eslabones en la mano. El gigante lo escuchó en el monte, mientras ponía en una bolsa las piezas de caza que había matado.

—Ni a sotavento, ni a barlovento, ni en los cuatro pardos confines del mar hay alguien que pueda sacudir mi cadena, excepto Ian, el hijo del soldado. Si ha llegado hasta mí, entonces ha dejado muertos tras de sí a mis dos hermanos.

Con ese pensamiento caminó de regreso al castillo, haciendo temblar la tierra su paso.

—¿Eres Ian, el hijo del soldado? —preguntó.

Y el joven respondió:

—No, te lo aseguro.

—Entonces, ¿quién eres a sotavento o barlovento o en los cuatro pardos confines del mar, que eres capaz de mover mi cadena de batalla? Sólo Ian, el hijo del soldado, puede hacer esto, y él tiene sólo dieciséis años.

—Te mostraré quién soy cuando hayas luchado conmigo —dijo Ian.

Se abalanzaron uno sobre otro y el gigante hizo caer a Ian a sobre sus rodillas; pero de inmediato se puso en pie otra

Ian rompe la cadena del gigante.

vez y rodeando la espalda del gigante con la pierna lo arrojó pesadamente al suelo.

—¡Pequeño cuervo negro, ven rápido! —gritó—, el cuervo llegó y batió las alas sobre la cabeza del gigante, de modo que no pudo levantarse.

Luego le dijo a Ian que sacara un cuchillo filoso que traía debajo de sus plumas para cortar bayas, y entonces Ian le cortó la cabeza del gigante. Tan filoso era el cuchillo que de un solo tajo hizo rodar la cabeza del gigante por el suelo.

—Ahora descansa esta noche también —dijo el cuervo—, mañana deberás llevar a las tres hijas del caballero al borde del peñasco que conduce al mundo de abajo. Pero cuida de bajar tú primero y deja que ellas vayan después de ti. Antes de que me vaya, me darás un pedazo de tabaco.

—Tómalo todo —respondió Ian—, pues bien que te lo has ganado.

—No; sólo dame un pedazo. Tú conoces sólo lo que has dejado atrás, pero no lo que te espera.

Tomando el tabaco en su pico, el cuervo se alejó volando.

A la mañana siguiente la hija menor del caballero cargó varios asnos con toda la plata y el oro que había en el castillo y se dirigió con Ian, el hijo del soldado, hacia la casa donde la segunda hermana estaba esperando a ver qué ocurriría. Cuando llegaron al castillo donde había estado prisionera también la segunda hermana tenía asnos cargados con cosas preciosas, al igual que la hermana mayor. Juntos viajaron hasta el borde del peñasco y entonces Ian se echó al suelo y gritó para que subieran la canasta; pero se olvidó de la advertencia del cuervo y les indicó que se fueran por delate, en caso que ocurriera algún accidente. Sólo rogó a la hermana más joven que le permitiera conservar la pequeña cofia de oro que, como las otras hermanas, llevaba en la cabeza. Y

luego ayudó a cada una a entrar en la canasta y las bajaron hasta el fondo.

Esperó por largo rato, pero por más que esperó, la canasta nunca regresó, porque en su alegría por sentirse libres, las hijas del caballero se olvidaron de Ian y zarparon en el barco que había traído a Ian y a sus hermanos a la tierra de Grianaig.

Al fin empezó a comprender lo que le había ocurrido y mientras discurría consigo mismo qué era mejor hacer, llegó el cuervo.

—No prestaste atención a mis palabras —dijo gravemente.

—No, no lo hice y por lo tanto, aquí estoy, —respondió Ian, inclinando la cabeza.

—El pasado no puede deshacerse —continuó el cuervo—. Aquel que no escucha consejo deberá combatir. Esta noche dormirás en el castillo del gigante. Ahora deberás darme un pedazo de tabaco.

—Así lo haré. Pero, te suplico que te quedes conmigo en el castillo.

—Eso no puedo hacerlo, pero vendré en la mañana.

Así lo hizo a la mañana siguiente y le indicó a Ian que fuera al establo del gigante donde se encontraba un caballo al que no le importaba si viajaba por tierra o por mar.

—Pero ten cuidado al entrar al establo —añadió—, porque la puerta oscila sin cesar hacia adelante y hacia atrás y si te toca, te hará gritar. Yo iré primero y te mostraré el camino.

—Ve —dijo Ian.

El cuervo avanzó a brincos y cuando pensó que estaba a salvo, la puerta le golpeó una pluma de la cola y gritó con fuerza.

Entonces Ian corrió hacia atrás y luego hacia adelante y dio un salto, pero la puerta atrapó uno de sus pies y cayó des-

mayado sobre el piso del establo. Rápidamente el cuervo se abalanzó sobre él, lo recogió con su pico y garras y lo llevó de nuevo al castillo, donde aplicó ungüentos en su pie hasta que estuvo tan bien como siempre.

—Ahora sal a caminar —dijo el cuervo—, pero cuida de no hacer preguntas sobre lo que veas; tampoco podrás tocar nada. Y, primero, dame un pedazo de tabaco.

Muchas cosas extrañas contempló Ian en esa isla, más de las que hubiera imaginado. En una cañada tres héroes estaban echados sobre sus espaldas, muertos por tres lanzas que todavía estaban clavadas en sus pechos. Pero se reservó su opinión y no dijo nada, sólo sacó las lanzas y los hombres se sentaron y dijeron:

—Tú eres Ian, el hijo del soldado y hay un hechizo sobre ti para que viajes en nuestra compañía a la cueva del pescador negro.

Así que viajaron juntos hasta que llegaron a la cueva y uno de los hombres entró para ver lo que había allí. Vio una vieja horrible, sentada sobre una roca y antes de que pudiera hablar, lo golpeó con su garrote y lo convirtió en piedra; y lo mismo hizo con los otros tres. Al último entró Ian.

—Estos hombres están hechizados —dijo la bruja—, nunca podrán estar vivos hasta que sean ungidos con el agua que deberás traer de la isla de las Mujeres Grandes. No te demores.

Ian se dio la vuelta con el corazón encogido, pues de buena gana hubiera seguido a la hija más joven del caballero de Grianaig.

—No seguiste mi consejo —dijo el cuervo, saltando hacia él—, por lo tanto has acarreado problemas sobre ti. Pero duerme ahora, mañana deberás montar el caballo que está en el establo del gigante, que puede galopar sobre mar y tierra.

Cuando llegues a la isla de las Mujeres Grandes vendrán a recibirte dieciséis jóvenes, y te ofrecerán comida para el caballo y tratarán de tomar la silla y el freno. Pero cuida que no toquen el caballo, y la comida deberás dársela tú mismo y tú mismo deberás llevar al caballo al establo y cerrar la puerta. Asegúrate de que por cada vuelta de la cerradura que den cada uno de los dieciséis mozos tú des una. Ahora parte un pedazo de tabaco para mí.

A la mañana siguiente Ian se levantó, sacó el caballo del establo, sin que la puerta le hiciera daño y cabalgó a través del mar hasta la isla de las Mujeres Grandes, donde los dieciséis mozos de cuadra lo recibieron, y todos ofrecieron llevar su caballo al establo para darle de comer. Pero Ian sólo respondió:

—Yo mismo lo llevaré y lo cuidaré.

Así lo hizo. Y mientras restregaba sus costados, el caballo le dijo:

—Te ofrecerán todo tipo de bebidas, pero cuídate de no tomar ninguna, excepto suero de leche y agua.

Así aconteció y cuando los dieciséis mozos de cuadra vieron que no iba a beber nada, ellos bebieron todo; y uno por uno, y fueron cayendo sobre la mesa.

Entonces el corazón de Ian se regocijó por haberse resistido a sus palabras obsequiosas, pero se olvidó del consejo que le había dado el caballo diciendo: "Cuida de no dormirte no sea que dejes pasar la oportunidad de regresar a casa otra vez", pues, mientras los mozos dormían, una música dulce llegó a sus oídos y también se quedó dormido.

Cuando esto sucedió el corcel atravesó la puerta del establo, le dio una patada y lo despertó bruscamente.

—No hiciste caso de mi consejo —le dijo—; y quién sabe si no es demasiado tarde para cruzar el mar. Pero antes toma

la espada que cuelga en la pared y corta las cabezas de los dieciséis mozos.

Lleno de vergüenza al haberse demostrado una vez más su descuido, Ian se levantó e hizo lo que le dijo el caballo. Luego corrió hacia el pozo, vertió un poco de agua dentro de una botella de cuero y saltando sobre el lomo del caballo cabalgó sobre el mar hasta la isla donde el cuervo lo estaba esperando.

—Lleva el caballo al establo —dijo el cuervo—, y acuéstate a dormir, pues mañana debes revivir a los héroes y matar a la bruja. Cuida de no ser tan tonto mañana como lo fuiste hoy.

—Quédate para acompañarme —suplicó Ian; pero el cuervo negó con la cabeza y se fue volando.

En la mañana Ian despertó y corrió hacia la cueva donde estaba la bruja, y la golpeó hasta dejarla muerta, antes de que pudiera lanzarle un hechizo. Acto seguido roció el agua sobre los héroes, que volvieron a la vida y juntos viajaron al otro lado de la isla y allí los encontró el cuervo.

—Por fin has seguido el consejo que te fue dado —dijo el cuervo—; ahora, después de haber adquirido sabiduría, puedes ir de nuevo a casa, a Grianaig. Allí descubrirás que las dos hijas mayores del caballero se casarán hoy con tus dos hermanos y la más joven con el jefe de los hombres del peñasco. Pero deberás darme su cofia de oro y, si la quieres, sólo tienes que pensar en mí y te la traeré. Una advertencia más: si alguien te pregunta de dónde vienes, contesta que vienes de atrás de ti; y si alguien te pregunta a dónde vas, di que vas delante de ti.

Ian montó en el caballo y se enfiló al mar, dando la espalda a la costa y el caballo arrancó alejándose cada vez más hasta que llegó a la iglesia de Grianaig; allí, en un campo

de hierba, al lado de un pozo de agua, saltó de su silla de montar.

—Ahora —le dijo el caballo—, desenvaina tu espada y córtame la cabeza.

Pero Ian respondió:

—Malagradecido sería después de toda la ayuda que he recibido de ti.

—Es la única manera para que pueda liberarme de los hechizos que me hicieron los gigantes y el cuervo; ¡yo era una doncella y él un joven que me cortejaba! Así que no temas y haz lo que te pido.

Entonces Ian desenvainó su espada y, como se lo pidió el caballo, le cortó la cabeza y siguió su camino sin mirar atrás. Mientras caminaba vio una mujer parada en la puerta de su casa. La mujer le preguntó de dónde venía, a lo que respondió como el cuervo le había dicho, que venía de atrás. Luego la mujer le preguntó a dónde iba y esta vez respondió que iba delante de él, pero que tenía sed y le gustaría beber algo.

—Eres un hombre insolente —dijo la mujer—; pero te daré beber.

Le dio un poco de leche, que era todo lo que tenía hasta que su esposo no volviera a casa.

—¿Dónde está tu esposo? —preguntó Ian y la mujer le contestó:

—Está en el castillo del caballero tratando de modelar una cofia con oro y plata para la hija más joven, igual a la que usan sus hermanas, como no hay otras en toda esta tierra. Pero, mira, aquí viene de regreso; ahora sabremos cómo le fue.

En eso el hombre entró por la puerta, y al ver a un joven extraño le dijo:

—¿A qué te dedicas, muchacho?

—Soy herrero —contestó Ian.

El hombre respondió:

—Entonces estoy de suerte, pues podrás ayudarme a hacer una cofia para la hija del caballero.

—No puedes hacer esa cofia, y lo sabes —dijo Ian.

—Bueno, debo intentarlo —respondió el hombre—, o me colgarán de un árbol; así que si me ayudas harás una buena obra.

—Te ayudaré si puedo —dijo Ian—; pero guarda el oro y la plata para ti, enciérrame en la herrería esta noche y lanzaré mis hechizos.

De esta manera el hombre, sorprendido, lo encerró.

Tan pronto como dio la vuelta a la llave en la cerradura, Ian pidió que el cuervo apareciera y el cuervo vino a él, llevando la cofia en su pico.

—Ahora córtame la cabeza —dijo el cuervo.

Pero Ian respondió:

—Malagradecido sería después de toda la ayuda que me has dado.

—Es la única manera de mostrarme tu agradecimiento —dijo el cuervo—, porque yo era un joven como tú antes de que me hechizaran.

Entonces Ian sacó su espada y cortó la cabeza del cuervo, y cerró los ojos para no ver nada. Después, se acostó y durmió hasta el amanecer y vino el hombre, abrió la puerta y sacudió al durmiente.

—Aquí está la cofia —dijo Ian soñoliento, sacándola por debajo de su almohada. De inmediato se quedó dormido otra vez.

El sol estaba en lo más alto del cielo cuando despertó nuevamente y esta vez vio a un joven alto, de pelo castaño parado frente a él.

—Yo soy el cuervo —dijo el joven—, los hechizos están rotos. Pero ahora levántate y ven conmigo.

Entonces se fueron juntos al lugar donde Ian había dejado el caballo muerto; pero no había ningún caballo, sólo una hermosa doncella.

—Yo soy el caballo —dijo ella—, los hechizos se han roto, y ella y el joven se alejaron juntos.

Entretanto el herrero llevó la cofia al castillo y le pidió a un sirviente de la hija menor del caballero que la llevara a su señora. Pero cuando los ojos de la joven se posaron en la cofia, exclamó:

—Es falso lo que dice; si no me trae al hombre que realmente hizo la cofia lo colgaré del árbol, a un lado de mi ventana.

El siervo se llenó de miedo al escuchar sus palabras y corrió a decirle al herrero, que se fue tan rápido como pudo en busca de Ian. Cuando lo encontró y lo llevó al castillo, la joven, al principio, se quedó muda de alegría; después dijo que no se casaría con nadie más. Al escuchar esto, alguien trajo al caballero de Grianaig y cuando Ian contó su historia, el caballero aseguró que la doncella tenía razón, y que sus hijas mayores nunca se casarían con hombres que no sólo se habían adjudicado una gloria que no les correspondía, sino que habían abandonado a su suerte a quien verdaderamente había llevado a cabo las hazañas.

Los invitados a la boda dijeron que el caballero había hablado bien y los dos hermanos mayores se dispusieron a abandonar el país, pues nadie quería convivir con ellos.

La zorra y el lobo*

Había una vez, al pie de unas altas montañas, una pequeña aldea, y un poco más lejos dos caminos que se encontraban, uno de ellos iba hacia al este y el otro hacia el oeste. Los aldeanos eran gente tranquila y trabajadora, que se afanaban en el campo todo el día, y por la tarde se dirigían a casa cuando empezaba a sonar la campana en la pequeña iglesia. En las mañanas de verano llevaban a sus rebaños a pastar y de la mañana a la noche se sentían felices y contentos.

Una noche de verano, cuando la redonda luna llena brillaba sobre el camino blanco, un gran lobo dio vuelta a la esquina trotando.

"Definitivamente, debo conseguir una buena comida antes de regresar a mi guarida", se dijo; "hace casi una semana que no pruebo sino migajas, ¡aunque tal vez nadie lo creería al ver mi figura! Por supuesto hay muchos conejos y liebres en las montañas; pero ¡ciertamente hay que ser un galgo para atraparlos y no soy tan joven como solía serlo! Si tan sólo pudiera cenarme a esa zorra que vi hace un par de semanas, hecha un delicioso ovillo peludo, no podría pedir nada mejor;

* Tomado de *Cuentos Populares* de Antonio de Trueba.

me la hubiera comido entonces, pero desafortunadamente su esposo estaba acostado junto a ella, y ya se sabe que los zorros, grandes y pequeños, corren como el viento. En serio, parece que no queda una criatura viviente para cazar, más que un lobo y, como dice el proverbio: lobo no come lobo. Sin embargo, veamos lo que esta aldea puede ofrecer. Estoy tan hambriento como un maestro de escuela".

Así pues, mientras estos pensamientos corrían por la mente del lobo, la misma zorra en la que había estado pensando galopaba por el otro camino.

"Todo el día he escuchado cacarear a esas gallinas de la aldea y ya me es insoportable", murmuró mientras corría por el camino, tan rápido que parecía que apenas tocaba el suelo. "Es la música más dulce cuando eres afecto a las aves de corral y a los huevos. Tan cierto como que hay un sol en el cielo, me apoderaré de algunos esta noche, pues he adelgazado tanto que mis huesos entrechocan, y mis pobres bebés piden comida a gritos". Y mientras hablaba llegó a una pequeña parcela de hierba, donde los dos caminos se unían y se tiró debajo de un árbol para descansar un poco y trazar sus planes. En ese momento apareció el lobo.

A la vista de la zorra echada a su alcance, se le empezó a hacer agua la boca, pero su alegría se redujo un poco cuando se dio cuenta de lo delgada que estaba. El oído agudo de la zorra escuchó el sonido de sus patas, a pesar de que eran suaves como el terciopelo, y volviendo la cabeza dijo cortesmente:

—¿Eres tú vecino? ¡Qué lugar tan extraño para encontrarnos! Espero que estés muy bien.

—Bastante bien en cuanto a mi salud —respondió el lobo, cuyos ojos brillaban con avidez—, por lo menos tan bien como se puede estar cuando uno está tan hambriento.

Pero ¿qué pasa contigo? ¡Hace dos semanas estabas tan rolliza como podría desear el corazón!

—He estado enferma, muy enferma —contestó la zorra—, y lo que dices es muy cierto. Un gusano es gordo en comparación conmigo.

—Así es. De cualquier modo, estás lo bastante buena para mí, pues para el hambre no hay pan duro.

—¡Oh, tú siempre tan bromista! ¡Estoy segura que no estás tan hambriento como yo!

—Eso lo veremos pronto —exclamó el lobo, abriendo su boca enorme y agazapándose para saltar.

—¿Qué haces? —exclamó la zorra, retrocediendo.

—¿Qué hago? Lo que voy a hacer es convertirte en mi cena en menos tiempo de lo que canta un gallo.

—Bueno, supongo que tienes que bromear —respondió la zorra en tono juguetón, pero sin quitarle la vista al lobo, quien respondió con un gruñido que mostró toda su dentadura:

—¡No quiero bromear, sino comer!

—¡Pero seguramente una persona de tu talento debe darse cuenta que podría comerme hasta el último bocado y sentir que no ha comido nada!

—En este mundo la gente más lista es siempre la más hambrienta —respondió el lobo.

—¡Ah! Cuán cierto es eso; pero…

—No puedo detenerme a escuchar tus "peros" y "aunques" —la interrumpió el lobo con brusquedad—. Vayamos al punto, y el punto es que quiero comerte y no hablar contigo.

—¿No tienes piedad de una pobre madre? —preguntó la zorra, tapándose los ojos con la cola, pero igual espiando disimuladamente.

—Me estoy muriendo de hambre —contestó el lobo, tercamente—; y tú sabes —agregó con una sonrisa—, que la caridad empieza por casa.

—Así es —respondió la zorra—; no sería razonable de mi parte oponerme a que sacies tu apetito a costa mía. Pero si la zorra se resigna al sacrificio, la madre te hace una última petición.

—Pues apresúrate y no me hagas perder el tiempo, porque ya no puedo esperar mucho más. ¿Qué es lo que quieres?

—Debes saber —dijo la zorra—, que en esta aldea hay un hombre rico que en el verano hace suficientes quesos para que le duren todo el año, y los guarda en un viejo pozo, ahora seco, en su patio. Junto al pozo cuelga dos cubos en un poste que, en otros tiempos, se utilizaron para sacar agua. Durante muchas noches me he deslizado hasta el palacio, y he bajado en el cubo y llevado a casa suficiente queso para alimentar a mis hijos. Todo lo que te pido es que vengas conmigo y, en lugar de cazar pollos y esas cosas, haré una buena comida con queso antes de morir.

—¿Pero no se habrán terminado ya esos quesos?

—¡Si tan sólo pudieras ver las cantidades de queso! —rió la zorra—. Y aun si ya se hubieran terminado, siempre me podrías comer a mí.

—Bueno, vamos. Muéstrame el camino, pero te advierto que si intentas escapar o hacerme una jugarreta, no estás tomando en cuenta a tu huésped, es decir, ¡mis patas, que son tan largas como las tuyas!

Todo estaba en silencio en la aldea, y no se veía una sola luz, más que la de la luna, que brillaba luminosa y clara en el cielo. El lobo y la zorra avanzaron sin hacer ruido, cuando de pronto se detuvieron y se miraron uno a la otra; un sabroso olor a tocino frito alcanzó sus narices, y llegó a las narices de los perros dormidos que comenzaron a ladrar con avidez.

—¿Crees que es seguro seguir adelante? —preguntó el lobo en un susurro.

La zorra negó con la cabeza.

—No mientras los perros estén ladrando —dijo—; alguien podría salir para ver qué sucede.

Y le hizo señas al lobo para que se acurrucara en la sombra junto a ella.

Al cabo de media hora los perros se cansaron de ladrar, o tal vez se habían comido el tocino y ya no había olor que los provocara. Entonces el lobo y la zorra se levantaron y corrieron hasta el pie de la pared.

"Yo soy más ligera que el lobo", se dijo la zorra, "tal vez si me apresuro puedo obtener una ventaja y saltar por encima de la pared al otro lado antes que él lo haga". Apretó el paso. Pero si el lobo no podía correr, sí podía saltar, y de un brinco se puso al lado de su acompañante.

—¿Qué ibas a hacer, camarada?

—Oh, nada —respondió la zorra, muy enfadada por el fracaso de su plan.

—Creo que si le doy un mordisco a tu pata saltarías mejor —dijo el lobo, chasqueando mientras hablaba.

La zorra se echó hacia atrás inquieta.

—Ten cuidado o grito —gruñó.

El lobo comprendió todo lo que podría suceder si la zorra cumplía su amenaza, así que hizo una señal a su compañera para que saltara sobre la pared e inmediatamente después hizo lo mismo.

Una vez arriba se agacharon y miraron a su alrededor. En el patio no se veía ni una criatura, y en el rincón más alejado de la casa estaba el pozo, con sus dos cubos suspendidos de un poste, tal como la zorra lo había descrito. Los dos ladrones se arrastraron sin hacer ruido a lo largo de la pared

hasta que estuvieron frente al pozo y, estirando el cuello lo más posible, la zorra pudo percatarse de que había muy poca agua en el fondo, sólo la suficiente para reflejar la luna, grande y redonda y amarilla.

—¡Qué suerte! —le dijo al lobo—. Hay un queso enorme, del tamaño de una rueda de molino. ¡Mira, mira! ¿Alguna vez viste algo tan hermoso?

—¡Jamás! —contestó el lobo, mirando a su vez con ojos ávidos y brillantes—, pues supuso que el reflejo de la luna en el agua era realmente un queso.

—Y ahora, incrédulo, ¿qué tienes que decir? —rió la zorra suavemente.

—Que eres una mujer, quiero decir, una zorra de palabra —contestó el lobo.

—Bueno, entonces, baja en ese cubo y come hasta llenarte —dijo la zorra.

—Ah, ¿ése es tu juego? —preguntó el lobo, con una sonrisa. ¡No, no! ¡La que bajará en el cubo serás tú! Y si no bajas, ¡tu cabeza se irá sin ti!

—Por supuesto que bajaré, con el mayor gusto —contestó la zorra, que esperaba esa respuesta del lobo.

—Asegúrate de no comerte todo el queso, o será peor para ti —continuó el lobo. Pero la zorra lo miró con lágrimas en los ojos.

—¡Adiós, desconfiado! —dijo con tristeza.

Y se metió en el cubo.

En un instante llegó al fondo del pozo y se encontró con que el agua no era lo bastante profunda para cubrir sus patas.

—Mira, es más grande y más rico de lo que pensaba —exclamó la zorra, volviéndose hacia el lobo, que estaba apoyado sobre la pared del pozo.

—Entonces apúrate y tráelo —le ordenó el lobo.

—¿Cómo puedo hacerlo, si pesa más de lo que puedo cargar? —preguntó la zorra.

—Si es tan pesado puedes traerlo en dos partes, por supuesto —dijo.

—Pero no tengo un cuchillo —respondió la zorra—. Vas a tener que bajar para que lo subamos entre los dos.

—¿Y cómo voy a bajar? —preguntó el lobo.

—Oh, ¡en verdad eres muy estúpido! Entra en el otro cubo que está casi encima de tu cabeza.

El lobo levantó la vista, vio el cubo colgando allí y con cierta dificultad se metió en él. Como pesaba por lo menos cuatro veces más que la zorra, el cubo bajó de un golpe y el otro cubo, en el que estaba sentada la zorra, subió a la superficie.

Tan pronto como el lobo se dio cuenta de lo que estaba pasando, comenzó a hablar como un lobo enojado, pero se consoló un poco cuando recordó que aún le quedaba el queso.

—¿Pero dónde está el queso? —le preguntó a la zorra, que a su vez estaba apoyada sobre el parapeto observando sus acciones con una sonrisa.

—¿El queso? —contestó la zorra—; pues lo llevo a casa para mis bebés, que no tienen edad para conseguir comida por sí mismos.

—¡Ah, traidora! —gritó el lobo, aullando de rabia.

Pero la zorra no estaba allí para escuchar este insulto, pues ya se había ido al gallinero vecino, donde el día anterior vio algunos pollos gordos.

"Creo que lo traté bastante mal", se dijo. "Pero parece que se está nublando y, si llueve con fuerza, el otro cubo se llenará y bajará hasta el fondo haciendo subir su cubo. ¡Al menos eso podría suceder!"

De cómo obtuvo Ian Direach el halcón azul*

Hace mucho tiempo había un rey y una reina que gobernaban las islas del oeste, y tenían un hijo a quien amaban entrañablemente. El niño creció alto, fuerte y guapo, y podía correr, disparar, nadar y bucear mejor que cualquier muchacho de su edad en el país. Además, sabía navegar y cantar canciones con el arpa y durante las noches de invierno, cuando todos se reunían alrededor de un gran fuego en el salón forjando sus arcos o hilando tela, Ian Direach les relataba las hazañas de sus padres.

Así pasó el tiempo y el muchacho era casi un hombre, lo que en esos días se consideraba un hombre, cuando su madre, la reina, murió. Hubo un gran duelo en todas las islas y el joven y su padre también la lloraron amargamente; pero antes de que llegara el año nuevo, el rey se había casado con otra mujer y parecía haber olvidado a su anterior esposa. Sólo Ian la recordaba.

Una mañana, cuando las hojas se habían puesto amarillas en los árboles del valle, Ian se colgó el arco al hombro y llenando su aljaba con flechas fue a la colina en busca de

* Tomado de *Cuentos de las altas tierras escocesas*, John F. Campbell.

piezas de caza. No había un pájaro a la vista, hasta que al fin apareció un halcón azul que voló cerca de él, y alzando su arco le apuntó. Tenía el ojo fijo y la mano firme, pero el vuelo del halcón era veloz y sólo alcanzó una pluma de su ala. Como el sol ya se ocultaba en el mar, puso la pluma en su saco de caza y emprendió el regreso.

—¿Me has traído muchas piezas hoy? —preguntó su madrastra cuando entró en el salón.

—Nada, excepto esto —respondió, entregándole la pluma del halcón azul, que ella sostuvo por la punta y miró en silencio. Entonces se volvió a Ian y le dijo:

—¡La pongo sobre ti a modo de conjuros y hechizos y mientras dure el año! Que siempre tengas frío y te sientas mojado y sucio, que tus zapatos tengan siempre charcos, hasta que no me traigas el halcón azul en el que creció esta pluma.

—Si son hechizos los que me estás lanzando yo también puedo lanzarlos —respondió Ian Direach—. Por lo tanto, estarás con un pie en la casa grande y otro en el castillo hasta que regrese y que tu cara permanezca vuelta hacia el viento, por dondequiera que sople.

Entonces se marchó a buscar al ave, como su madrastra le pidió; y al volver hacia su casa desde la colina, vio a la reina parada con un pie en la casa grande y el otro en el castillo, su rostro vuelto hacia donde soplase cualquier tempestad.

Así, viajó a través de colinas y ríos hasta que llegó a una gran llanura, pero nunca vio, aunque fuera brevemente, al halcón. Cada vez estaba más oscuro, por lo que los pájaros pequeños buscaban sus nidos y, cuando finalmente Ian Direach ya no podía ver nada, se recostó debajo de unos arbustos y se durmió. En su sueño una nariz suave lo tocó, un cuerpo tibio se acurrucó junto a él y una voz baja le susurró:

—La fortuna está en tu contra, Ian Direach; sólo tengo el carrillo y la pezuña de una oveja para darte y con esto debes conformarte.

En eso Ian Direach se despertó y vio a Gille Mairtean, el zorro.

Entre ambos encendieron un fuego y comieron su cena. Entonces Gille Mairtean, el zorro, le indicó a Ian Direach que se recostara como antes y durmiera hasta la mañana. En la mañana, cuando despertó, Gille Mairtean dijo:

—El halcón que buscas está bajo la custodia del Gigante de las Cinco Cabezas, los Cinco Cuellos y las Cinco Jorobas. Te mostraré el camino a su casa y te aconsejo que hagas lo que él te ordene, rápido y con gusto, pero sobre todo, que trates a sus pájaros con bondad; si así lo haces, es posible que te deje alimentar y cuidar del halcón. Cuando esto ocurra, espera hasta que el gigante esté fuera de su casa; entonces cubre al halcón con un paño y llévalo contigo. Sólo cuida que ninguna de sus plumas toque cualquier cosa dentro de la casa, o una maldición caerá sobre ti.

—Te agradezco el consejo —dijo Ian Direach—, tendré cuidado de seguirlo.

Entonces tomó el camino a la casa del gigante.

—¿Quién es? —exclamó el gigante, cuando tocaron con fuerza a la puerta de su casa.

—Alguien que busca trabajo como sirviente —respondió Ian Direach.

—¿Y qué puedes hacer? —volvió a preguntar el gigante.

—Puedo alimentar a las aves y cuidar de los cerdos; puedo alimentar y ordeñar una vaca y también cabras y ovejas, si tienes cualquiera de estos animales —respondió Ian Direach.

—Entonces entra, pues tengo gran necesidad de un sirviente así —dijo el gigante.

De modo que Ian Direach entró a la casa y atendió tan bien y con tanto cuidado a todas las aves y bestias que el gigante estaba más satisfecho de lo que nunca había estado, y finalmente pensó que podría incluso confiarle al halcón para que lo alimentara. El corazón de Ian se alegró y cuidó al halcón azul hasta que sus plumas relucieron como el cielo, y el gigante estaba tan complacido que un día le dijo:

—Por mucho tiempo mis hermanos del otro lado de la montaña me han rogado que vaya a visitarlos, pero nunca había podido ir por temor a dejar a mi halcón. Creo que ahora puedo dejarlo un día contigo y estaré de regreso antes de que caiga la noche.

A la mañana siguiente, apenas el gigante estuvo fuera de su vista, Ian Direach tomó al halcón y, cubriendo su cabeza con un paño, corrió a la puerta con él. Pero los rayos del sol atravesaron el grosor del paño y al cruzar el dintel de la puerta, el halcón dio un salto de modo que la punta de una de sus plumas tocó el dintel, el cual lanzó un grito y trajo al gigante de regreso en tres zancadas. Ian Direach tembló cuando lo vio, pero el gigante sólo dijo:

—Si deseas mi halcón primero deberás traerme la Espada Blanca de Luz que se encuentra en la casa de las Mujeres Grandes de Dhiurradh.

—¿Y dónde viven? —preguntó Ian.

Pero el gigante contestó:

—Ah, eso deberás descubrirlo tú.

Ian no se atrevió a decir nada más y se apresuró hacia la tierra yerma. Allí, tal como lo esperaba, se encontró con su amigo Gille Mairtean, el zorro, quien le indicó que se comiera su cena y se acostara a dormir. Cuando despertó a la mañana siguiente, el zorro le dijo:

—Vayamos a la orilla del mar.

La princesa se encuentra a sí misma como prisionera en el barco.

Y a la orilla del mar se dirigieron. Cuando llegaron a la costa y contemplaron el mar que se extendía ante ellos y la isla de Dhiurradh en medio del mismo, a Ian se le fue el alma a los pies y, volviéndose a Gille Mairtean, le preguntó por qué lo había traído hasta aquí, pues el gigante sabía bien, cuando lo envió, que sin una embarcación nunca encontraría a las Mujeres Grandes.

—No te desanimes —respondió el zorro—, ¡es muy fácil! Me convertiré en una embarcación y tú irás a bordo de mí y te llevaré a través del mar hasta las Siete Mujeres Grandes de Dhiurradh. Diles que eres hábil en sacar brillo a la plata y al oro y a la postre te tomarán como su sirviente y si te esmeras en complacerlas te darán la Espada Blanca de Luz para que la dejes brillante y reluciente. Pero cuando intentes robarla, ten cuidado de que la funda no toque nada dentro de la casa, o la mala fortuna caerá sobre ti.

Así que Ian Direach hizo todas las cosas que el zorro le indicó y las Siete Mujeres Grandes de Dhiurradh lo tomaron como su sirviente; durante seis semanas trabajó tan duro que sus siete señoras se dijeron entre sí: "Nunca habíamos tenido un sirviente tan hábil para dejar todo reluciente y brillante. Démosle la Espada Blanca de Luz para que la pula como todo lo demás".

Entonces sacaron la Espada Blanca de Luz del armario de hierro donde estaba colgada y le pidieron que la frotara hasta que pudiera ver su rostro en la hoja lustrosa, y así lo hizo. Pero un día, cuando las Siete Mujeres Grandes estaban ausentes, se le metió en la cabeza que había llegado el momento de llevarse la espada y, colocándola en su funda, se la colgó al hombro. Pero justo al pasar por la puerta la punta de la funda la tocó y ésta dio un fuerte grito. Las Mujeres Grandes lo escucharon y regresaron corriendo, le quitaron la espada y le dijeron:

—Si lo que quieres es nuestra espada, primero debes traernos el potro bayo del Rey de Erin.

Humillado y avergonzado, Ian Direach abandonó la casa y se sentó a la orilla del mar y pronto Gille Mairtean, el zorro, vino a él.

—Veo con claridad que no has prestado atención a mis palabras, Ian Direach —dijo el zorro—. Pero primero come, y con todo, te ayudaré una vez más.

Con estas palabras el alma le volvió a Ian Direach, quien reunió algunas varas, hizo un fuego y comió con Gille Mairtean, el zorro, y durmió sobre la arena. Al amanecer de la mañana siguiente Gille Mairtean dijo a Ian Direach:

—Me convertiré en un barco y te llevaré a través de los mares hasta Erin, a la tierra donde habita el rey. Tú te ofrecerás a trabajar en su establo y atender a sus caballos, hasta que esté tan complacido que te encargará que limpies y cepilles al potro bayo. Pero cuando te escapes con él cuida que nada, excepto las pezuñas, toque cosa alguna dentro de las puertas del palacio, o te perseguirá la mala suerte.

Después de haber aconsejado así a Ian Direach, el zorro se transformó en una embarcación y zarparon hacia Erin. El rey de ese país dejó en manos de Ian Direach el cuidado de sus caballos y nunca antes su pelaje había brillado tanto o su trote había sido más rápido. El rey estaba tan complacido que después de transcurrido un mes mandó llamar a Ian y le dijo:

—Tú me has servido fielmente y ahora te confiaré lo más preciado que hay en mi reino.

Dicho esto, llevó a Ian Direach al establo donde estaba el potro bayo. Ian lo restregó y alimentó, y galopó tanto por todo el reino, hasta que el potro pudo dejar atrás un viento y alcanzar el otro que iba adelante.

—Voy a ir de cacería —dijo el rey una mañana, mientras observaba a Ian atender al potro bayo en su establo—. Los ciervos han bajado de la colina y es hora de darles caza.

Entonces se marchó; cuando lo perdió de vista, Ian Direach condujo al potro bayo fuera del establo y saltó sobre su lomo. Pero al pasar por la puerta que se encontraba entre el palacio y el mundo exterior, el potro rozó el poste con su cola, y éste dio un fuerte grito. En un instante el rey regresó corriendo y sujetó la brida del potro.

—Si quieres mi potro bayo, primero debes traerme a la hija del rey de los Francos.

Con pasos lentos Ian Direach bajó hasta la orilla del mar donde lo aguardaba Gille Mairtean, el zorro.

—Veo claramente que no has hecho lo que te dije, ni lo harás nunca —dijo Gille Mairtean, el zorro—; pero te ayudaré nuevamente y, por tercera vez, me convertiré en un barco y navegaremos a Francia.

Y hacia Francia navegaron, y como él era el barco, el Gille Mairtean iba por donde quería y se fue a meter a la grieta de una roca elevada. Entonces, le ordenó a Ian Direach que fuera al palacio del rey y le dijera que había naufragado, que su barco estaba atorado en una roca y que nadie se había salvado, excepto él.

Ian Direach escuchó atentamente las palabras del zorro y contó una historia tan triste que el rey, la reina y su hija, la princesa, se acercaron a oírla. Después de oírla, no deseaban otra cosa que ir a la playa y visitar la nave, que ya estaba flotando, pues había subido con la marea. Estaba dañada y maltratada como si hubiera pasado por muchos peligros, pero una música dulce y maravillosa emanaba de ella.

—Traigan un bote —exclamó la princesa—, quiero ir y ver por mí misma el arpa de la que emana esa música.

Trajeron el bote y entonces Ian Direach se subió para remar hasta el costado de la nave.

Remó al otro extremo del barco, para que nadie pudiera verlo y cuando ayudó a la princesa a subir a bordo, le dio un empujón al bote para que ella no pudiera volver a él. La música sonaba cada vez más dulce, aunque ellos no podían ver de dónde venía y buscaron de un lado a otro de la embarcación. Cuando por fin llegaron a la cubierta y miraron a su alrededor, no se veía tierra por ninguna parte, ni otra cosa que no fueran las aguas torrentosas.

La princesa guardó silencio, y su rostro se volvió sombrío. Por fin dijo:

—¡Me has jugado una mala pasada! ¿Qué es lo que me has hecho y adónde nos dirigimos?

—Una reina es lo que serás —respondió Ian Direach—, pues el rey de Erin me ha enviado por ti, y en recompensa me dará su potro bayo para que se lo lleve a las Siete Mujeres Grandes de Dhiurradh, a cambio de la Espada Blanca de Luz. Ésta deberé llevarla al gigante de las Cinco Cabezas, Cinco Cuellos y Cinco Jorobas y, en su lugar, él me otorgará el halcón azul, que le he prometido a mi madrastra para que me libere del hechizo que ha lanzado sobre mí.

—Preferiría ser tu esposa —respondió la princesa.

Poco tiempo después, el barco llegó a un puerto en la costa de Erin y ahí echó anclas. Gille Mairtean, el zorro, le indicó a Ian Direach que le dijera a la princesa que debía esperar todavía un rato en una cueva entre las rocas, porque ellos tenían asuntos en tierra y regresarían más tarde por ella. Entonces tomaron un bote y remaron hasta unas rocas, donde, al tocar tierra, Gille Mairtean se convirtió en una mujer hermosa que con una sonrisa le dijo a Ian Direach: “Le daré al rey una buena esposa”.

Así pues, el rey de Erin había estado cazando en la colina y cuando vio un barco extraño navegando hacia el puerto, supuso que podría ser Ian Direach; por lo que abandonó su cacería y corrió colina abajo hasta el establo. Sacó de prisa al potro bayo de su pesebre y puso la silla dorada sobre su lomo y la brida de plata en su cabeza, y con la brida del potro en la mano corrió a encontrarse con la princesa.

—Te he traído a la hija del rey de Francia —dijo Ian Direach.

El rey de Erin miró a la doncella y se sintió muy complacido, sin saber que era Gille Mairtean, el zorro. Se inclinó ante ella y le rogó que le hiciera el honor de entrar en el Palacio; al entrar, Gille Mairtean volvió a mirar a Ian Direach y se rió.

En el gran salón el rey se detuvo y señaló un baúl de hierro que estaba en un rincón.

—En ese baúl está la corona que te ha esperado durante muchos años —dijo—; por fin has venido por ella.

Y se agachó para abrir el baúl.

En un instante, Gille Mairtean, el zorro, saltó sobre su espalda y le dio tal mordisco que cayó inconsciente. Rápidamente, el zorro retomó su propia forma y salió a galope hacia la orilla del mar, donde le aguardaban Ian Direach, la princesa y el potro bayo.

—Me convertiré en barco —exclamó Gille Mairtean—, y ustedes irán a bordo.

Así lo hizo; Ian Direach subió al potro bayo al barco y la princesa los siguió y zarparon hacia Dhiurradh. El viento soplaba detrás de ellos y muy pronto tuvieron delante las rocas de Dhiurradh. Entonces habló Gille Mairtean, el zorro:

—Deja que el potro bayo y la hija del rey se escondan en estas rocas; yo me convertiré en el potro e iré contigo a la casa de las Siete Mujeres Grandes.

Cómo Ian Direach regresa a casa, y cómo su madrastra cae bajo un fardo de palos.

El corazón de las Mujeres Grandes se llenó de alegría cuando vieron el potro bayo conducido a su puerta por Ian Direach. La más joven de ellas trajo la Espada Blanca de Luz y la puso en las manos de Ian Direach, que quitó la silla de oro y la brida de plata y bajó por la colina con la espada, hasta el lugar donde le aguardaban la princesa y el potro verdadero.

—¡Daremos al fin el paseo anhelado! —exclamaron las Siete Mujeres Grandes.

Ensillaron y embridaron al potro y la mayor montó sobre la silla. Entonces, la segunda hermana se posó atrás de la mayor y la tercera atrás de la segunda, y así sucesivamente las siete. Cuando todas estuvieron sentadas, la mayor golpeó el costado del potro con la fusta y el potro arrancó de un salto. Voló sobre los páramos y alrededor de las montañas y las Mujeres Grandes seguían aferradas a su montura y resoplaban de placer. Por fin el potro dio un gran salto en el aire y descendió en la cima de Monadh, la colina alta, donde se encuentra el risco. El potro descansó sus patas delanteras, levantó sus patas traseras y las Siete Mujeres Grandes cayeron y murieron al llegar al fondo del risco. El potro rió y se convirtió en un zorro otra vez. Luego, salió a galope hacia la orilla del mar, donde le aguardaban Ian Direach y la princesa, el potro verdadero y la Espada Blanca de Luz.

—Me convertiré en un barco —dijo Gille Mairtean, el zorro —y te llevaré a ti, a la princesa, al potro bayo y la Espada Blanca de Luz de regreso a tierra.

Cuando llegaron a la orilla, Gille Mairtean, el zorro, tomó de nuevo su propia forma y habló con Ian Direach de esta manera:

—Deja que la princesa, la Espada Blanca de Luz y el potro bayo permanezcan entre las rocas; tomaré la forma de la

Espada Blanca de Luz y me llevarás con el gigante, quien te dará a cambio el halcón azul.

Ian Direach hizo lo que el zorro le indicó y partió hacia el castillo del gigante. Desde ahí, el gigante vio el resplandor de la Espada Blanca de Luz y su corazón se regocijó; tomó el halcón azul, lo puso en una canasta y se lo dio a Ian Direach, quien lo llevó rápidamente al lugar donde la princesa, el potro bayo y la Espada Blanca de Luz lo aguardaban.

Tan contento estaba el gigante de poseer la espada que había deseado por tantos años, que de inmediato la empuñó y comenzó a cortar y partir el aire con ella. Gille Mairtean dejó por un rato que el gigante siguiera jugando con la espada; luego se dio la vuelta y cortó los Cinco Cuellos, de modo que las Cinco Cabezas rodaron por el suelo. Después regresó con Ian Direach y le dijo:

—Ensilla el potro con la silla de montar dorada y embrídalo con la rienda de plata, cuelga la canasta con el halcón sobre tus hombros y sostén la Espada Blanca de Luz con la parte de atrás contra tu nariz. Luego monta el potro, deja que la princesa monte detrás de ti y cabalga así al palacio de su padre. Pero cuida que la parte de atrás de la espada esté siempre contra tu nariz, de otra manera cuando tu madrastra te vea te convertirá en un haz de leña seca. Sin embargo, si haces lo que te digo, será ella quien se convierta en un montón de ramas secas.

Ian Direach puso atención a las palabras de Gille Mairtean y su madrastra cayó como un montón de ramas secas frente a él; le prendió fuego y quedó libre de sus hechizos para siempre. Después se casó con la princesa, quien fue la mejor esposa en todas las islas del oeste. De ahí en adelante estuvo a salvo de cualquier daño, pues ¿no era dueño del potro bayo, que podía dejar atrás un viento y alcanzar el otro, del halcón

azul para que le trajera piezas de caza para comer y de la Espada Blanca de Luz para atravesar a sus enemigos?

Ian Direach sabía que todo esto se lo debía a Gille Mairtean, el zorro, con quien hizo el pacto de que siempre que el hambre lo acosara, podía elegir cualquier bestia de entre sus rebaños y que de ahí en adelante ninguna flecha sería lanzada contra él o cualquiera de su raza. Pero Gille Mairtean, el zorro, se negó a recibir recompensa alguna por la ayuda que le había brindado a Ian Direach, sólo su amistad. Así, Ian Direach fue próspero en todas las cosas hasta su muerte.

El patito feo*

Era verano en el país de Dinamarca y aunque durante la mayor parte del año el campo se veía desnudo y feo, ahora brillaba hermoso. El trigo estaba amarillo; la avena, verde; el heno, seco y delicioso como para rodar en él, y desde la antigua casa en ruinas, que nadie habitaba, hasta el borde del canal, se extendía un bosque de grandes cardillos, tan altos que toda una familia de niños podría vivir entre ellos y nunca se les encontraría.

Fue bajo estos cardillos que una pata construyó un nido cálido y ahora mismo estaba sentada sobre seis bellos huevos todo el día. Cinco de ellos eran blancos, aunque el sexto, el más grande, era de un feo color gris. A la pata le intrigaba este huevo por ser tan diferente de los demás. Otras aves podrían haber pensado que cuando la pata iba al agua en las mañanas y en las tardes, para estirarse y nadar un rato, alguna madre perezosa podía haber estado vigilando para soltar su huevo en el nido. Pero los patos no son nada listos, ni rápidos para contar, de manera que esta pata no se preocupó por el asunto y sólo se encargó de que el huevo grande estuviese tan tibio como los demás.

* Cuento de Hans Christian Andersen.

Ésta era la primera nidada de huevos que la pata había puesto en su vida, y estaba muy contenta y orgullosa, y se reía de las otras madres que descuidaban sus deberes por estar en el chismorreo o por tomar chapuzones extra, además del de la mañana y el de la noche que eran los necesarios para la salud. Pero finalmente se cansó de estar allí sentada todo el día. "Seguramente los huevos toman más tiempo en romperse que antes", se decía a sí misma; y ansiaba un poco de diversión también. Aún así, sabía que si dejaba sus huevos y los patitos morían dentro de ellos, ninguna de sus amigas le volvería a hablar; de modo que ahí se quedó, separándose de los huevos varias veces al día sólo para ver si los cascarones se rompían, lo cual pudo haber sido precisamente la razón por la que los cascarones no se rompieron antes.

Había revisado los huevos por lo menos ciento cincuenta veces, cuando, para su alegría, vio una pequeña grieta en dos de ellos y corriendo al nido. Luego, juntó más los huevos y ya no se movió durante todo ese día. A la mañana siguiente, se vio recompensada al notar grietas en los cinco huevos, y al mediodía dos cabecitas amarillas se asomaron del cascarón. Esto la animó tanto que después de romper los cascarones con el pico para que las pequeñas criaturas pudieran salir, se sentó en el nido sin moverse toda una noche y, antes de que saliera el sol, los cinco huevos blancos quedaron vacíos y diez pares de ojos contemplaron el mundo verde.

Ahora bien, la pata había sido bien criada y no le gustaba la mugre y, además, los cascarones rotos no son nada cómodos para sentarse o caminar sobre ellos, así que los tiró por el borde y se sintió muy contenta de tener con quien hablar hasta que el huevo grande se rompiera. Pero pasó un día y después otro y el huevo no mostraba señales de agrietamiento. La impaciencia de la pata crecía cada vez más y

empezó a sentir deseos de consultar a su marido que nunca venía.

—No me imagino qué pasa con él —se quejó la pata con su vecina que había ido a visitarla—. ¡Podría haber incubado dos nidadas en el tiempo que éste ha tardado en romperse!

—Déjame verlo —dijo la vieja vecina—. ¡Ah, lo que me imaginaba! Es un huevo de pavo. Una vez, cuando era joven, me engañaron para que me echara en una nidada de huevos de pavo, y cuando nacieron las criaturas eran tan estúpidas que no había manera de que aprendieran a nadar. Me desespero nada más de pensarlo.

—Bueno, le daré otra oportunidad —suspiró la pata—, si no sale del cascarón en veinticuatro horas, simplemente lo dejaré ahí y enseñaré a los demás a nadar como se debe y a buscar su propia comida. En verdad no se puede esperar que haga dos cosas a la vez.

Y con una sacudida de sus plumas empujó el huevo al centro del nido.

Todo el día siguiente se echó sobre el huevo, renunciando incluso a su chapuzón matutino por temor a que una ráfaga de frío pudiera dañar el huevo grande. Por la noche, cuando se aventuró a echarle una ojeada, creyó ver una pequeña grieta en la parte superior del cascarón. Llena de esperanza, volvió a su tarea, aunque casi no pudo dormir en toda la noche por la emoción. Cuando despertó con los primeros rayos de luz sintió que algo se movía debajo de ella. Sí, allí estaba por fin; y cuando se retiró, un ave grande y torpe cayó de cabeza en el suelo.

No se podía negar que era feo, incluso la madre tuvo que admitirlo, aunque sólo dijo que era grande y fuerte.

—No necesitarás que te enseñe nada una vez que estés en el agua —le dijo mirando con asombro las plumas café opaco

que cubrían su espalda y el largo cuello desnudo. En efecto, así ocurrió, aun cuando su aspecto no era ni la mitad de bonito a la vista que el de las bolitas amarillas que la siguieron.

Al regreso encontraron a la anciana vecina en la orilla, esperando para llevarlos al corral de los patos.

—No, ciertamente no es un pavo recién nacido —le susurró en confianza a la madre—, pues aunque es flaco y enjuto y no tiene mucho color que digamos, hay algo bastante distinguido en él, y mantiene la cabeza en alto.

—Es muy amable de tu parte decir eso —respondió la madre, que a esas horas tenía en su fuero interno algunas dudas respecto a su belleza—. Es cierto que cuando lo ves solo está bien, aunque, de algún modo, es diferente a los otros. ¡Pero no podemos esperar que todos nuestros hijos sean hermosos!

Para entonces habían llegado al centro del corral, donde estaba sentada una pata muy vieja a quien todas las aves presentes trataban con gran respeto.

—Deben acercarse a ella y hacerle una profunda reverencia —le susurró la madre a sus hijos, señalando con la cabeza en dirección de la anciana—, y mantengan sus patas bien separadas, como lo hago yo. Ningún patito bien educado voltea las patas hacia adentro. Es un signo de padres vulgares.

Los patitos se esforzaban por hacer que sus cuerpecillo regordetes copiaran los movimientos de su madre y la anciana se sintió complacida con ello; pero los demás patos observaban con desagrado y comentaban entre sí:

—¡Vaya, vaya! ¡Ahora son muchos más! El corral ya está lleno, ¿has visto algo tan feo como esa criatura tan alta? Es una vergüenza para cualquier nidada. ¡Iré a echarlo!

En medio de esto, una pata erizó las plumas y corriendo hacia el alto patito le mordió el cuello.

El patito dio un fuerte graznido; era la primera vez que sentía dolor y al escucharlo su madre se volvió rápidamente.

—Déjalo en paz —dijo con fiereza—, o enviaré por su padre. No te estaba molestando.

—No; pero es tan feo y torpe que nadie puede soportarlo —respondió la desconocida.

Aunque el patito no entendía el significado de las palabras, sintió que lo estaban culpando de algo y se sintió todavía más incómodo cuando el viejo pato español que gobernaba el corral intervino:

—Sin duda es una gran lástima que sea tan diferente a estos adorables y lindos patitos. ¡Si tan sólo se le pudiera empollar otra vez!

El pobre pequeño colgó la cabeza sin saber hacia dónde mirar, pero se consoló cuando su madre contestó:

—Puede que no sea tan guapo como los demás, pero nada mejor y es muy fuerte; estoy segura de que se abrirá camino en el mundo tan bien como cualquiera.

—Bueno, siéntanse en casa —dijo la vieja pata alejándose con un contoneo.

Y así fue para todos, menos para el patito, a quien todos mordisqueaban cuando creían que su madre no estaba mirando. Incluso el pavo macho nunca pasaba cerca de él sin burlarse, y sus hermanos y hermanas, que no habrían notado ninguna diferencia si no se la hubieran metido en la cabeza, pronto se volvieron tan groseros y crueles como los demás.

Finalmente, el patito ya no pudo soportar más y un día le pareció ver señales de que su madre también se volvía en su contra; de modo que esa noche, cuando los patos y las gallinas todavía dormían, se escurrió por una puerta abierta y al amparo de las hojas de la bardana corrió por la orilla del canal hasta que llegó a un brezal extenso, cubierto de hierba,

lleno de lugares cenagosos donde crecían los juncos. Ahí se echó, pero estaba demasiado cansado y asustado como para dormirse, así que con los primeros rayos del sol los juncos empezaron a crujir y vio que se había metido en una colonia de patos silvestres, pero como no podía huir otra vez se levantó y se inclinó cortésmente.

—Eres feo —dijeron los patos salvajes, una vez que lo vieron bien—; sin embargo, no es asunto nuestro, a menos que quieras casarte con una de nuestras hijas y eso no lo permitiríamos.

El patito respondió que no pensaba casarse con nadie y no quería nada más que lo dejaran en paz después de su largo viaje, así que durante dos días permaneció echado tranquilamente entre los juncos, comiendo lo que pudiera encontrar y bebiendo el agua de la ciénaga, hasta que nuevamente recuperó sus fuerzas. Hubiera querido quedarse ahí para siempre, estaba tan cómodo y feliz, lejos de todos, sin que nadie lo mordiera y le dijera lo feo que era.

Estaba pensando en ello cuando lo vieron dos jóvenes gansos que disfrutaban de su chapoteo nocturno entre los juncos, buscando algo que cenar.

—Ya nos estamos cansando de este brezal —dijeron—, y pensamos en buscar otro mañana, donde los lagos sean más grandes y la comida mejor. ¿Vienes con nosotros?

—¿Es mejor que éste? —preguntó el patito indeciso.

Apenas habían salido las palabras de su pico, cuando se escuchó ¡Pif, pah! y los dos recién llegados cayeron muertos a su lado.

Al oír el sonido del arma de fuego, los patos silvestres en los juncos volaron por el aire y el fuego continuó durante unos minutos.

Para su buena suerte, el patito no podía volar y atravesó el agua a tropezones para ir a esconderse en medio de unos

helechos altos que crecían en un agujero. Pero antes de llegar se encontró con una criatura enorme de cuatro patas, que luego supo que era un perro que estaba parado y lo miraba con una larga lengua roja colgando del hocico. El patito se quedó helado de miedo y trató de esconder la cabeza debajo de sus pequeñas alas; pero el perro lo olfateó y siguió de largo, por lo que pudo llegar a su lugar de refugio.

"Soy tan feo que ni siquiera un perro me quiere comer" se dijo. "Bueno, eso es una bendición", y se acurrucó en la hierba suave hasta que los disparos se apagaron a lo lejos.

Cuando todo estuvo tranquilo durante un buen rato y sólo las estrellas lo miraban, salió furtivamente y echó una ojeada a su alrededor.

"Nunca volvería a acercarse a un estanque. Nunca". Y viendo que el brezal se extendía a lo lejos, en dirección opuesta a la que había venido, caminó resueltamente hasta que llegó a una pequeña cabaña tan destartalada, que parecía que las piedras no la sostendrían en pie durante mucho más tiempo. Incluso la puerta colgaba sólo de una bisagra, y como la única luz en el cuarto venía de un pequeño fuego, el patito entró cautelosamente y se echó debajo de una silla cerca de la puerta desvencijada, de donde podría salir si fuera necesario. Pero no parecía haber nadie que lo viera u oliera; así que pasó el resto de la noche en paz.

Ahora bien, en la cabaña vivían una anciana, su gato y una gallina, aunque realmente los amos de la casa eran los animales y no ella. La anciana, que pasaba sus días tejiendo hilos que vendía en el pueblo más cercano, amaba al gato y a la gallina como si fueran sus propios hijos y nunca los contradecía; por lo tanto, el patito tendría que congraciarse con ellos y no con la anciana.

Fue hasta la mañana siguiente cuando se dieron cuenta de que tenían un visitante parado ante ellos, temblando con un ojo en la puerta, listo para escapar en cualquier momento. Sin embargo, no parecían muy feroces, y el patito sintió menos temor al ver que se le acercaban.

—¿Puedes poner huevos? —preguntó la gallina.

A lo que el patito respondió tímidamente:

—No; no sé cómo.

La gallina le dio la espalda y el gato se acercó.

—¿Puedes erizar tu piel cuando te enfadas o ronronear cuando estás contento? —preguntó.

Nuevamente el patito tuvo que admitir que no podía hacer nada más que nadar, lo que no parecía de mucha utilidad para nadie.

El gato y la gallina fueron directamente con la anciana, que estaba todavía en la cama.

—Una criatura muy inútil se refugió aquí —le dijeron—. Se llama a sí mismo patito; ¡pero no puede poner huevos ni ronronear! ¿Qué será mejor hacer con él?

—Conservarlo, seguro —contestó la anciana con énfasis—. Es una tontería eso de que no pone huevos. De todos modos, lo dejaremos quedarse por un tiempo, a ver qué pasa.

El patito se quedó por tres semanas y compartió la comida del gato y de la gallina; pero nada pasó en cuanto a los huevos. Al fin salió el sol, el aire se volvió suave y el patito se cansó de estar en una cabaña y deseó con todas sus fuerzas ir a nadar. Una mañana estaba tan inquieto que incluso sus amigos lo notaron.

—¿Cuál es el problema? —preguntó la gallina; el patito le dijo:

—Extraño tanto el agua otra vez. No te imaginas lo delicioso que es meter la cabeza bajo el agua y zambullirse hasta el fondo.

—Creo que no me gustaría —respondió la gallina titubeante—. Ni siquiera le gustaría al gato.

Cuando le preguntaron, el gato estuvo de acuerdo que nada odiaría más que eso.

—No puedo quedarme más tiempo, debo ir al agua —volvió a decir el pato.

El gato y la gallina, que se sintieron lastimados y ofendidos, respondieron secamente:

—Muy bien, entonces vete.

Al patito le hubiera gustado despedirse y darles las gracias por su amabilidad, pues él era educado por naturaleza; pero ambos le habían dado la espalda, así que salió por la desvencijada puerta sintiéndose algo triste. Sin embargo, a pesar de sí mismo, no pudo dejar de sentir un estremecimiento de alegría cuando se encontró al aire libre y en el agua una vez más, y poco le importaron las miradas descorteses de las criaturas con las que se encontró. Por un tiempo se sintió muy feliz y contento; pero pronto llegó el invierno y la nieve comenzó a caer y todo se puso húmedo y se volvió incómodo. El patito pronto descubrió que una cosa es disfrutar estar en el agua y otra muy distinta sentirse mojado en tierra.

Un día que el sol se estaba poniendo, como un gran globo escarlata, y el río, para desconcierto del patito, se estaba haciendo duro y resbaladizo, oyó un batir de alas y arriba en el aire vio una bandada de cisnes en vuelo. Eran tan blancos como la nieve que había caído durante la noche y sus largos cuellos con picos amarillos se tendían hacia el sur, pues allá iban, no sabían muy bien a dónde, pero era un lugar donde el sol brillaba todo el día. ¡Ah!, ¡si tan sólo pudiera ir con ellos! Pero eso no era posible, por supuesto; además, ¿qué clase de compañero podría ser alguien tan feo como él para esas criaturas hermosas? Así que caminó tristemente hasta un estan-

que cubierto y se sumergió hasta el fondo, y pensó que esto sería la mayor felicidad con la que pudiera soñar. Aunque de todos modos, ¡sabía que no era así!

Cada mañana hacía más frío y al patito le costaba mucho trabajo mantenerse caliente. De hecho, sería más atinado decir que nunca estaba caliente; y por fin, después de una noche muy fría, sus patas se movieron tan lentamente que el hielo se acercaba cada vez más, y cuando llegó la luz de la mañana se encontraba atrapado, como en una trampa, y pronto perdió el sentido.

Unas horas más y la vida del pobre patito hubiera llegado a su fin. Pero, para su buena fortuna, un hombre que estaba cruzando el río rumbo al trabajo, vio de inmediato lo que sucedía. Llevaba zapatos de madera gruesos, así que pateó el hielo con tanta fuerza que lo rompió, levantó al patito y lo metió dentro de su abrigo de piel de oveja, donde sus huesos helados comenzaron a descongelarse un poco.

En lugar de ir a su trabajo, el hombre regresó y llevó el ave a sus hijos, que le dieron comida caliente y lo pusieron en una caja junto al fuego. Cuando regresaron de la escuela se encontraba más cómodo de lo que había estado desde que salió de la cabaña de la anciana. Eran niños amables y querían jugar con él, pero, ¡ay, desgraciadamente, el pobre nunca había jugado en su vida!, y creyendo que querían molestarlo, voló primero directo a la olla de la leche, luego al plato de mantequilla, de ahí al barril de harina y, por último, aterrorizado por el ruido y la confusión, salió por la puerta y se escondió en la nieve entre los arbustos atrás de la casa.

Nunca pudo saber después exactamente cómo pasó el resto del invierno. Sólo sabía que se sentía muy mal y que nunca tuvo suficiente comida. Sin embargo, poco a poco las cosas mejoraron. La tierra se volvió más suave, el sol más

caliente, los pájaros cantaban y una vez más las flores aparecieron entre la hierba. Cuando se levantó se sintió diferente de como lo había hecho antes de dormirse entre los juncos, a donde llegó después de escapar de la choza del aldeano. Su cuerpo parecía más grande y sus alas más fuertes. Algo rosa lo miraba desde la ladera de una colina. Pensó en volar hacia allá para ver lo que era.

¡Oh, qué maravilloso se sentía volar a través del aire, girando primero hacia un lado, luego hacia el otro! ¡Nunca pensó que volar fuera así! El patito casi sintió pena cuando se acercó a la nube rosa y descubrió que estaba hecha de flores de manzano que crecían al lado de una cabaña, cuyo jardín llegaba hasta la orilla del canal. Revoloteando descendió lentamente hasta el suelo y se detuvo por unos minutos bajo un arbusto de celindas y, mientras miraba a su alrededor, una bandada de las aves hermosas que había visto meses antes, pasó caminando lentamente.

Fascinado, las observó entrar al canal una a una y flotar tranquilamente sobre las aguas, como si fueran parte de ellas.

—Las voy a seguir —dijo el patito—; aunque soy feo, prefiero que me maten ellas que seguir sufriendo por culpa del hambre y del frío y de los patos y gallinas que debían haberme tratado con amabilidad.

Entonces, volando rápidamente hacia el agua, nadó tras ellas tan rápido como pudo. No le tomó mucho tiempo llegar a ellas, pues se habían detenido para descansar en un verde estanque bajo la sombra de un árbol, cuyas ramas acariciaban el agua. En cuanto lo vieron venir, algunas de las más jóvenes nadaron hasta encontrarse con él con exclamaciones de bienvenida que, otra vez, el patito apenas entendía. Se acercó a ellas contento, aunque tembloroso y, volviéndose a una de

las aves mayores, que para entonces había dejado la sombra del árbol, dijo:

—Si voy a morir, prefiero que tú me mates. No sé por qué me empollaron, pues soy demasiado feo para vivir.

Mientras hablaba, inclinó la cabeza y miró en el agua.

Reflejadas en el tranquilo estanque vio muchas formas blancas con cuellos largos y picos dorados y, sin pensarlo, buscó el cuerpo gris opaco, sin gracia y el cuello flaco y desgarbado. Pero no había tal cosa. En lugar de eso, ¡vio un hermoso cisne blanco!

—¡El nuevo es el mejor de todos! —dijeron los niños cuando vinieron a alimentar a los cisnes con galletas y pastel, antes de ir a la cama—. Su plumaje es más blanco y su pico más dorado que el de los demás.

Cuando escuchó esto, el patito pensó que había valido la pena soportar todo el acoso y la soledad que había sufrido, pues de otra manera nunca hubiera sabido lo que era ser realmente feliz.

Los dos cofres*

Lejos, muy lejos, en medio de un bosque de pinos, vivía una mujer que tenía una hija y una hijastra. Desde que su hija nació, la madre le dio todo lo que pedía, así que creció siendo tan irascible y desagradable como fea. Por otro lado, su hermanastra pasó su infancia trabajando, haciendo el trabajo duro de las labores domésticas en la casa de su padre, quien murió poco después de su segundo matrimonio; y era muy querida por los vecinos, tanto por su bondad y diligencia, como por su belleza.

Al paso de los años, la diferencia entre las dos muchachas se hizo cada vez más marcada; la anciana trataba a su hijastra peor que nunca y buscaba siempre algún pretexto para golpearla o dejarla sin comer. Cualquier tontería era suficiente para ello y un día en que no se le pudo ocurrir nada mejor, puso a ambas jóvenes a hilar sentadas en la pared baja del pozo.

—Es mejor que se fijen en lo que hacen —les dijo—, porque a la primera que se le rompa el hilo la tiraré al fondo del pozo.

* Tomado de *Yule-tide Stories*, de Benjamin Thorpe.
Yuletide ("tiempo de Yule") es un festival religioso, por la época de Navidad, observado por los históricos pueblos germánicos (N del T.)

Aunque por supuesto había tenido buen cuidado de que la fibra de lino de su propia hija fuera fina y resistente, mientras que la hermanastra tenía sólo material burdo, que a nadie se le hubiera ocurrido utilizar. Como era de esperarse, al poco rato el hilo de la pobre joven se rompió y la anciana, que había estado vigilando detrás de la puerta, tomó a su hijastra por los hombros y la arrojó al pozo.

—¡Es tu fin! —dijo.

Pero estaba equivocada, porque era sólo el principio.

La joven cayó y cayó, y cayó tanto que parecía que el pozo llegaría hasta el centro mismo de la tierra; por fin sus pies tocaron piso y se encontró en un campo aún más hermoso que los pastizales de sus montes nativos en verano. Los árboles se mecían en la brisa suave y las flores de los colores más brillantes bailaban en la hierba. Aunque estaba muy sola, su corazón también bailó, pues se sintió más feliz de lo que se había sentido desde la muerte de su padre. Así que caminó por la campiña hasta que llegó a una vieja cerca destartalada, tan vieja que era un milagro que estuviera en pie y parecía que su sostén dependiera de la barba del viejo, la cual trepaba por todas partes.

La joven se detuvo un momento al acercarse a ella y miró a su alrededor buscando un lugar por dónde cruzarla con seguridad. Pero antes de que pudiera moverse un gritó salió de la cerca:

—No me hagas daño, pequeña doncella; soy muy vieja, tan vieja que no me queda mucho tiempo de vida.

La doncella respondió:

—No, no te haré daño; no tienes nada que temer.

Y entonces al ver un lugar donde las clemátides eran menos abundantes, saltó ágilmente sobre ellas.

—Que te vaya muy bien —dijo la cerca, mientras la joven se alejaba.

"Éste es tu final", dijo ella. Pero estaba equivocada, porque era sólo el comienzo.

Pronto dejó la campiña y tomó un camino que corría entre dos setos floridos. Justo frente a ella se hallaba un horno y a través de la puerta abierta pudo ver una pila de hogazas blancas.

—Come toda las hogazas que quieras, pero no me hagas daño, pequeña doncella —suplicó el horno.

La doncella le dijo que no temiera nada, pues nunca le haría daño a nadie y estaba muy agradecida por la bondad del horno al darle una hogaza blanca tan hermosa. Cuando terminó de comer hasta la última migaja, cerró la puerta del horno y dijo:

—Buenos días.

—Que te vaya muy bien —dijo el horno, mientras la joven se alejaba.

Más tarde sintió sed y viendo una vaca con un cubo de leche colgando de uno de sus cuernos se dirigió hacia ella.

—Ordéñame y bebe tanto como quieras, pequeña doncella —exclamó la vaca—, pero cuida de no derramar ni una gota en el suelo y no me hagas ningún daño, porque nunca le he hecho daño a nadie.

—Ni yo —respondió la joven—; no temas.

Entonces se sentó y la ordeñó hasta que el cubo estuvo casi lleno. Luego bebió todo, excepto una pequeña gota en el fondo.

—Ahora tira lo que haya quedado sobre mis pezuñas y cuelga el cubo otra vez en mis cuernos —dijo la vaca.

La joven hizo lo que le pidió, besó a la vaca en la frente y siguió su camino.

Habían pasado muchas horas desde que la joven cayó en el pozo y el sol se estaba poniendo.

"¿Dónde pasaré la noche?" Pensó. De repente vio delante de ella una puerta que no había visto antes y una mujer muy vieja apoyada en ella.

—Buenas noches —dijo la joven amablemente:

La anciana respondió:

—Buenas noches, mi pequeña. Ojalá todo el mundo fuera tan educada como tú. ¿Andas en busca de algo?

—Busco un lugar donde trabajar —respondió la joven:

La mujer sonrió y dijo:

—Entonces detente un momento, peina mi cabello y, mientras lo haces, cuéntame todas las cosas que sabes hacer.

—Con gusto, madre —respondió la joven.

Y empezó a peinar el cabello de la anciana, que era largo y blanco.

Así pasó media hora y, entonces, la mujer dijo:

—Como no te sentiste demasiado importante para peinarme, te mostraré dónde puedes entrar a servir. Sé prudente y paciente y todo saldrá bien.

La joven le dio las gracias y se dirigió a una granja cercana, donde la contrataron para ordeñar las vacas y tamizar el maíz.

A la mañana siguiente, en cuanto hubo luz, la joven se levantó y fue al establo.

—Estoy segura de que debes tener hambre —dijo a cada una de las vacas, dándoles una palmada.

Luego trajo heno del granero y, mientras lo comían, barrió el establo y esparció paja limpia en el suelo. Las vacas estaban tan contentas con el cuidado que les brindaba, que se mantenían muy quietas mientras las ordeñaba, y no le jugaron ninguna travesura, como habían hecho con otras lecheras, que eran bruscas y groseras. Cuando terminó y se iba a levantar de su banquillo, se dio cuenta de que sentados en círculo a su alrededor había unos gatos, blancos y negros, atigrados y concha de tortuga, que exclamaron a una sola voz:

—¡Tenemos mucha sed, por favor danos un poco de leche!

—Mis pobres gatitos —dijo—, por supuesto que les daré un poco.

Entró en la lechería, seguida por todos los gatos y a cada uno le dio un pequeño tazón rojo lleno de leche. Pero antes de beber, todos se frotaron contra sus rodillas y ronronearon agradecidos.

La siguiente tarea que la joven tenía que hacer era ir al granero y pasar el maíz por un tamiz. Mientras estaba ocupada cerniendo el maíz, escuchó un aleteo y una bandada de gorriones entró volando por la ventana.

—Tenemos hambre; ¡danos un poco de maíz, danos un poco de maíz! —exclamaron—, a lo que la joven respondió:

—¡Pobres pajaritos, por supuesto que les daré algo!

Y esparció un buen puñado por el suelo. Al terminar volaron sobre sus hombros batiendo las alas en agradecimiento.

Pasó el tiempo y no había una vaca en el campo vecino que estuviera tan gorda y bien cuidada como las de ella y ninguna lechería que produjera tanta leche. La esposa del granjero estaba tan satisfecha que le aumentó el salario y la trataba como a su propia hija. Al fin, un día, su señora mandó llamar a la joven a la cocina y, cuando llegó, la anciana le dijo:

—Sé que puedes cuidar las vacas y atender la lechería; ahora déjame ver que más sabes hacer. Lleva este tamiz al pozo, llénalo con agua y tráemelo a la casa sin derramar una gota en el camino.

A la joven se le fue el alma a los pies al escuchar esta orden; pues ¿cómo era posible obedecer las órdenes de su señora? Sin embargo, guardó silencio y, tomando el tamiz, lo llevó al pozo. Parándose a un lado, lo llenó hasta el borde, pero en cuanto lo levantó, el agua se salió por los agujeros. Lo intentó

una y otra vez, pero ni una gota se quedaba en el tamiz y justo cuando iba a darse por vencida, una bandada de gorriones voló desde el cielo.

—¡Cenizas, cenizas! —gorjearon; la joven los miró y dijo:

—Bueno, no puedo estar en peor apuro que en el que ya estoy, así que tomaré su consejo.

Corrió de regresó a la cocina y llenó su tamiz con cenizas. Luego, sumergió el tamiz en el pozo una vez más y ¡he aquí que esta vez no desapareció ni una gota de agua!

—Aquí está el tamiz, señora —exclamó la joven, entrando al cuarto donde la anciana estaba sentada.

—Eres más lista de lo que esperaba —respondió—; o alguien que conoce de magia te ayudó.

Pero la joven guardó silencio y la anciana no le hizo más preguntas.

Pasaron muchos días durante los cuales la joven hizo su trabajo como siempre, pero finalmente un día la anciana la llamó y le dijo:

—Tengo algo más que debes hacer. Aquí hay dos hilos, uno blanco, el otro negro. Lo que tienes que hacer es lavarlos en el río hasta que el negro se vuelva blanco y el blanco, negro.

La joven los llevó al río y talló con fuerza durante varias horas; pero, por más que tallaba no cambiaban ni un ápice.

—Esto es peor que lo del tamiz —pensó y, desesperada, a punto de rendirse, oyó un batir de alas en el aire y vio que en cada ramita de los abedules que crecían en la ribera estaba posado un gorrión.

—¡El negro hacia el este, el blanco hacia el oeste! —cantaban todos a la vez.

La joven secó sus lágrimas y recobró el valor. Recogiendo el hilo negro, se paró de cara al este, lo sumergió en el río, y

en un instante se volvió blanco como la nieve; luego se volvió hacia el oeste, metió el hilo blanco al agua y se volvió tan negro como el ala de un cuervo. Alzando la vista sonrió y saludó a los gorriones que, batiendo las alas en respuesta, se alejaron rápidamente.

La anciana se quedó muda a la vista de los hilos; pero, cuando al fin le salió la voz, preguntó a la joven qué mago le había ayudado a hacer lo que nadie antes había hecho. Sin embargo, no recibió ninguna respuesta, pues la doncella temía ocasionar problemas a sus amiguitos.

Durante varias semanas, la señora se encerró en su habitación y la joven realizó su trabajo, como de costumbre. Esperaba que ya hubieran llegado a su fin las tareas difíciles que le habían sido encomendadas, pero estaba equivocada, pues, un día la anciana apareció repentinamente en la cocina y le dijo:

—Hay una prueba más que debo ponerte y si no fracasas te dejaré en paz para siempre. Aquí están los hilos que lavaste. Tómalos y teje un lienzo que sea tan suave como el manto de un rey. Procura que esté terminado cuando se ponga el sol.

"Es la cosa más fácil que he tenido que hacer", pensó la joven, que era buena hilandera. Pero al empezar descubrió que la madeja se enredaba y rompía a cada momento.

—¡Oh, nunca podré hacerlo! —exclamó finalmente y lloró apoyando la cabeza en el telar; pero en ese instante se abrió la puerta y unos gatos entraron en procesión, uno detrás de otro.

—¿Qué pasa, bella doncella? —le preguntaron.

La joven respondió:

—Mi señora me ha dado este hilo para tejer una pieza de tela, que debo terminar antes de que se ponga el sol y ni siquiera he comenzado, pues el hilo se rompe cada vez que lo toco.

—Si eso es todo, seca tus ojos —dijeron los gatos—; lo haremos por ti.

Saltaron sobre el telar y tejieron tan rápido y con tanta habilidad que en muy poco tiempo la tela estaba lista y era tan fina como la que hubiera usado cualquier rey. La joven estuvo tan encantada al verla que le dio un beso en la frente a cada gato, cuando salieron uno detrás de otro, tal como habían entrado.

—¿Quién te ha enseñado tanta sabiduría? —preguntó la mujer, después de pasar sus manos dos o tres veces sobre la tela, sin poder encontrar ninguna aspereza por ningún lado. Pero la joven sólo sonrió y no contestó. Había aprendido con anterioridad el valor del silencio.

Después de unas semanas, la anciana mandó llamar a su doncella y le dijo que, al haber concluido su año de servicio, era libre de regresar a casa, aunque, por su parte, esperaba que pudiera quedarse con ella, dado el buen desempeño que había tenido; pero, al escuchar estas palabras la doncella negó con la cabeza y respondió con deferencia:

—He sido feliz aquí, señora, te agradezco tu bondad para conmigo. He dejado a mi hermanastra y a mi madrastra y deseo estar con ellas de nuevo.

La anciana la miró por un momento y en seguida dijo:

—Bueno, será como tú quieras; pero como has trabajado fielmente para mí, te voy a dar una recompensa. Entra a la buhardilla que está encima del granero y allí encontrarás muchos cofres. Elige el que más te agrade, pero ten cuidado de no abrirlo hasta que lo hayas colocado en el lugar donde desees que se ponga.

La joven salió de la habitación para ir a la buhardilla y, tan pronto como lo hizo, se encontró a todos los gatos que la estaban esperando. Caminando en procesión, como era su

costumbre, la siguieron a la buhardilla que estaba llena de cofres grandes y pequeños, modestos y magníficos. La joven levantó uno, lo miró y lo dejó para examinar otro aún más hermoso. ¿Cuál debería elegir, el amarillo o el azul, el rojo o el verde, el de oro o el de plata? Vaciló durante largo rato, yendo primero a uno y luego a otro, cuando escuchó las voces de los gatos que gritaban:

—¡Toma el negro, toma el negro!

Las palabras la hicieron mirar a su alrededor, pues no había visto ningún cofre negro; pero, como los gatos continuaron con su clamor, se asomó en varios rincones que no había visto y, finalmente, descubrió una pequeña caja negra, tan pequeña y tan negra que fácilmente hubiera pasado inadvertida.

—Éste es el cofre que más me agrada, señora —dijo la joven, llevándolo a la casa.

La anciana sonrió, asintió con la cabeza y le indicó que siguiera su camino. Entonces, la joven se puso en marcha después de despedirse de las vacas, los gatos y los gorriones, los cuales lloraron al decirle adiós.

Caminó y caminó hasta que llegó a una pradera florida y ahí, de repente, sucedió algo inesperado. Nunca supo cómo, pero de pronto se encontró sentada en la pared del pozo en el patio de su madrastra. Luego, se levantó y entró en la casa.

La mujer y su hija la miraban como si se hubieran convertido en piedra; pero al fin la madrastra dijo gruñendo:

—¡Así que estás viva después de todo! ¡Bueno, la suerte siempre estuvo en mi contra! ¿Dónde has estado este año que pasó?

—Entonces, la joven le contó que había servido en el inframundo y que además de su salario, había traído a casa un cofrecillo que le gustaría poner en su cuarto.

—Dame el dinero y llévate esa cajita tan fea al cobertizo —gritó la mujer, fuera de sí por la rabia—. Entonces, la joven, muy asustada por su violencia, salió de prisa con su preciosa caja apretada contra su pecho.

El cobertizo estaba muy sucio, como si nadie se hubiera acercado a él desde que la joven cayó en el pozo; pero lo barrió y refregó hasta que todo quedó limpio de nuevo, y luego colocó el cofrecillo en una repisa del rincón.

"Ahora puedo abrirlo", se dijo; y con la llave que colgaba del asa lo abrió y levantó la tapa; pero, al hacerlo, retrocedió, casi cegada por la luz que cayó sobre ella. ¡Nunca hubiera imaginado que esa cajita negra pudiera guardar tal cantidad de cosas hermosas! Anillos, coronas, ceñidores, collares, hechos con piedras maravillosas y que brillaban de tal manera que no sólo la madrastra y su hija, sino toda la gente de alrededor vino corriendo para ver si la casa se estaba incendiando. Por supuesto que la mujer sintió que moría de codicia y envidia y sin duda se habría llevado todas las joyas, si no hubiera temido la ira de los vecinos, que amaban a su hijastra tanto como la odiaban a ella.

Si no podía robar el cofre y su contenido para sí misma, al menos conseguiría otro igual, tal vez uno más valioso. Entonces, le ordenó a su hija sentarse en el borde del pozo y la arrojó al agua, exactamente como lo había hecho con la otra joven; y, exactamente igual que antes, al fondo se encontraba la pradera florida.

Siguió paso a paso el camino que recorrió su hermanastra y vio las cosas que ella conocía; pero allí terminaban las semejanzas. Cuando la cerca le suplicó que no le hiciera daño, se rió groseramente y rompió algunos de los postes para poder pasar más fácilmente; y, en el momento en que el horno le ofreció de comer, tiró los panes al suelo y los pisoteó y después

de haber ordeñado la vaca y bebido todo lo que quiso. Tiró el resto en el césped y pateó la cubeta hasta hacerla pedazos y nunca oyó cuando le dijeron: "¡Pagarás por lo que has hecho!"

Al anochecer, llegó al lugar donde la anciana estaba apoyada contra el marco de la puerta, pero la pasó sin decir palabra.

—¿En tu país no tienen modales? —preguntó la vieja.

—No puedo detenerme a hablar; tengo prisa —respondió la joven—. Se está haciendo tarde y debo encontrar un lugar donde trabajar.

—Detente y peina mi cabello —dijo la anciana—. Además, te ayudaré a conseguir un empleo.

—¿Peinar tu cabello?, ¡cómo no! ¡Tengo algo mejor que hacer!

Y cerrando la puerta de golpe en la cara de la vieja, siguió su camino. Nunca oyó las palabras que la siguieron:

—¡Pagarás por lo que has hecho!

Poco después la joven llegó a la granja, donde la contrataron para cuidar las vacas y tamizar el maíz, como lo había hecho su hermanastra. Pero sólo hacía su trabajo cuando era observada; las otras veces el establo estaba sucio y las vacas mal alimentadas y golpeadas, por lo que pateaban el cubo y trataban de darle un tope; por eso toda la gente decía que nunca habían visto vacas tan flacas o leche tan mala. En cuanto a los gatos, los ahuyentó y maltrató hasta que ya no tuvieron ganas de perseguir a las ratas y ratones, que ahora corrían por todas partes. Cuando los gorriones vinieron a pedirle un poco de maíz, no les fue mejor que a las vacas y a los gatos, pues la joven les arrojó sus zapatos, y volaron asustados a los bosques a refugiarse entre los árboles.

De esta manera transcurrieron los meses, hasta que un día la señora llamó a la joven.

—Todo lo que te he pedido que hagas lo has hecho mal —le dijo—. Sin embargo, te daré otra oportunidad, pues, aunque no puedes atender las vacas o separar el grano de la paja, tal vez haya otras cosas que puedas hacer mejor. Por lo tanto, lleva este tamiz al pozo, llénalo con agua y cuida de traerlo sin derramar una gota.

La joven tomó el tamiz y lo llevó al pozo, como había hecho su hermana, pero los pajaritos no llegaron a ayudarla y, después de sumergirlo en el pozo, dos o tres veces lo regresó vacío.

—Tal como lo pensé —dijo la señora enojada—; quien es inútil en una cosa es inútil en otra.

Quizás la señora pudo haber pensado que la joven habría aprendido una lección; pero, si lo hizo, estaba muy equivocada, pues el trabajo no lo hacía mejor que antes. Poco después la mandó llamar otra vez y le dio el hilo blanco y el hilo negro para que los lavara en el río. Lamentablemente no hubo nadie que le dijera el secreto mediante el cual el negro se volvería blanco y el blanco, negro; así que los regresó tal como estaban. Esta vez la anciana sólo la miró con desagrado, pero la joven se sentía tan satisfecha de sí misma que no le importaba lo que nadie pensara de ella.

Después de algunas semanas llegó su tercera prueba y la anciana le dio el hilo para tejerlo, como se lo había dado a su hermanastra antes que a ella.

Pero ninguna procesión de gatos entró en el cuarto para tejer un lienzo de tela fina, y al atardecer sólo le entregó a su señora un montón de hilo sucio y enredado.

—Parece que no hay nada en el mundo que puedas hacer —dijo la mujer y la dejó a solas.

Poco tiempo después se cumplió el año, y la joven fue con su señora para decirle que deseaba volver a casa.

—Pocos son los deseos que tengo de que te quedes —contestó la anciana—, pues no has hecho nada como deberías. Aun así, te daré algún pago. Ve a la buhardilla y elige para ti uno de los cofres que se encuentran allí. Pero cuida de no abrirlo hasta que lo coloques en el lugar donde quieres que se quede.

Era lo que la joven se encontraba esperando y estaba tan contenta que ni siquiera se detuvo a darle las gracias a la anciana, y corrió tan rápido como pudo a la buhardilla. Ahí halló los cofres, azul y rojo, verde y amarillo, de plata y de oro; y encontró, en un rincón un cofrecillo negro, igual al que su hermanastra había llevado a casa.

"Si hay tantas joyas en esa cosita negra, este rojo grande debe contener el doble" —se dijo—. Y agarrándolo rápidamente se puso en camino a casa, sin siquiera pasar a despedirse de su señora.

—¡Mira, madre, mira lo que he traído! —exclamó al entrar a la cabaña, sosteniendo el cofre con ambas manos.

—¡Ah! trajiste algo muy diferente a esa cajita negra —respondió la anciana complacida.

Pero la joven estaba tan ocupada buscando un lugar dónde dejarlo que no le prestó mucha atención a su madre.

—Aquí se verá mejor, no, aquí —dijo, poniéndolo primero en un mueble y luego en otro—. No, después de todo es muy fino para que viva en una cocina, pongámoslo en el cuarto de huéspedes.

Así que madre e hija subieron orgullosamente las escaleras y lo pusieron en una repisa sobre la chimenea; luego, desatando la llave del asa, abrieron la caja. Como antes, una luz brillante saltó en cuanto levantaron la tapa, pero no salía del brillo de las joyas, sino de llamas ardientes, que se lanzaron a lo largo de las paredes y quemaron la

cabaña con todo lo que había en ella, incluyendo a la madre y a la hija.

Tal como habían hecho cuando la hijastra llegó a casa, los vecinos corrieron para ver qué pasaba; pero llegaron demasiado tarde. Sólo el gallinero quedó en pie. A pesar de sus riquezas, la hijastra se quedó a vivir ahí y fue feliz hasta el fin de sus días.

La fortuna del orfebre*

Érase una vez un orfebre que vivía en una aldea donde la gente era tan mala, codiciosa y ambiciosa como el que más; sin embargo, a pesar de lo que le rodeaba, era gordo y próspero. Sólo un amigo le simpatizaba: un pastor que cuidaba el ganado de uno de los granjeros de la aldea. Todas las tardes, el orfebre iba hasta a la casa del pastor y le decía:

—¡Ven, vamos a dar un paseo!

Ahora bien, al pastor no le agradaba ir a caminar a esa hora, porque decía que después de estar fuera todo el día llevando a pastar al ganado, le placía sentarse a descansar en la noche; pero el orfebre siempre le importunaba de tal manera que el pobre hombre tenía que salir en contra de su voluntad. Esto le fue tan molesto que trató de buscar la manera de provocar un pleito con el orfebre, para que ya no le insistiera en que lo acompañara. Le pidió consejo a otro pastor que le dijo que lo mejor que podía hacer era ir y matar a la esposa del orfebre; así, de seguro, el orfebre lo consideraría un enemigo; por lo tanto, siendo una persona tonta y no habiendo en ese país ninguna ley que castigara a un hombre por tal cri-

* Historia contada por un pashtúm al comandante John F. Campbell.

men, una noche el pastor tomó un palo grande y fue a la casa de su amigo cuando la señora de orfebre estaba sola y la golpeó en la cabeza con tanta fuerza que murió ahí mismo.

Cuando el orfebre regresó y encontró muerta a su esposa, no dijo nada, sólo la sacó al callejón oscuro y la apoyó contra la pared de su casa. Después, entró al patio y esperó. En breve, un forastero rico apareció en el callejón y al ver a quien supuso era una persona, dijo:

—¡Buenas noches, amigo! ¡Linda noche!

Pero la esposa del orfebre no dijo nada. Entonces, el hombre repitió sus palabras con voz más fuerte; pero no encontró respuesta. Gritó una tercera vez:

—¡Buenas noches, amigo! ¿Estás sordo? —pero la figura nunca respondió.

Entonces el forastero, enojado por lo que pensó era un comportamiento grosero, tomó una piedra grande y la arrojó a la señora, gritando:

—¡Esto te enseñará buenos modales!

Al instante, la pobre señora cayó y el forastero se horrorizó al ver lo que había hecho; de inmediato el orfebre salió gritando y lo atrapó diciendo:

—¡Desgraciado! ¡Mataste a mi esposa! ¡Oh, infeliz!; ¡Pediremos justicia por lo que has hecho!

Con muchas protestas y reproches riñeron, mientras el forastero le suplicaba que no dijera nada y a cambio le pagaría holgadamente para reparar el triste accidente. Por fin el orfebre se calmó y estuvo de acuerdo en aceptarle mil piezas de oro que le permitieron enterrar a su pobre esposa; luego corrió a la casa de huéspedes, empacó sus cosas. Al amanecer ya se había ido, no fuera a ser que el orfebre se arrepintiera y lo acusara de asesinar a su esposa. Así pues, muy pronto fue evidente que el orfebre tenía mucho dinero extra, de modo

que la gente empezó a hacer preguntas y, finalmente, le exigieron saber el motivo de su repentina riqueza.

—¡Ay! —exclamó—. Mi esposa murió y la vendí.

—¿Vendiste a tu esposa muerta? —exclamó la gente.

—Sí —dijo el orfebre.

—¿En cuánto?

—En mil piezas de oro —respondió el orfebre.

De inmediato los aldeanos fueron a sus casas y estrangularon a sus esposas y al día siguiente las fueron a vender. Recorrieron penosamente muchas millas, sin obtener nada de la gente a quien ofrecían sus mujeres muertas, más que palabras duras o burlas o que los mandaran al cementerio más cercano. Por fin se dieron cuenta de que el orfebre los había engañado de alguna forma. Así que corrieron de regreso a la aldea, agarraron al pobre infeliz, sin escuchar sus gritos y súplicas, lo arrastraron hasta la orilla del río y lo arrojaron —¡plop!— en el lugar más hondo, peligroso, repugnante y lleno de hierba que pudieron encontrar.

—Esto le enseñará a no engañarnos —dijeron—. ¡Pues como no sabe nadar se ahogará y ya no nos dará más problemas!

Ahora bien, el orfebre realmente no sabía nadar y tan pronto como lo arrojaron a lo profundo del río se hundió bajo la superficie; de manera que sus enemigos se alejaron creyendo que habían visto lo último de él. Pero, en realidad, la corriente lo arrastró, medio ahogado, más abajo del siguiente recodo en el río, donde afortunadamente se encontró con una rama flotando en el agua (una rama es, como saben, una parte desgajada de un árbol o arbusto que flota muy cerca de la superficie del agua); el hombre se aferró a esta rama y, finalmente, unas dos o tres millas río abajo, por fortuna, alcanzó la orilla. En el lugar al que llegó se encontró con un búfalo gordo y fino; de

inmediato saltó sobre su lomo y cabalgó a casa. Cuando los aldeanos lo vieron, huyeron sorprendidos y dijeron:

—¿Pero cómo, de dónde vienes y de dónde sacaste ese búfalo?

—¡Ah! —dijo el orfebre—. ¡No saben las deliciosas aventuras que he tenido! En ese lugar en el río, donde me arrojaron, encontré prados, árboles, buenos pastos, búfalos y todo tipo de ganado. De hecho, me costó mucho trabajo alejarme de ahí; pero pensé que en verdad debería venir a contárselo a ustedes.

"¡Oh, oh!", pensó la gente codiciosa del pueblo; "si hay búfalos al alcance de la mano, iremos a traer algunos". Alentados por el orfebre, a la mañana siguiente casi todos corrieron al río y, a fin de poder bajar rápidamente al hermoso lugar del que el orfebre les había hablado, ataron grandes piedras a sus pies y cuellos y uno tras otro saltaron al agua tan rápido como pudieron y se ahogaron. Cada vez que alguno de ellos agitaba sus manos y luchaba por salvarse, el orfebre gritaba:

—¡Miren! está haciendo señas a los demás para que vayan; ¡atrapó un buen búfalo!

Los otros que aún dudaban saltaron, hasta que no quedó nadie. Entonces el astuto orfebre regresó, se apoderó de todo el pueblo y, ciertamente, se volvió muy rico. Pero, ¿ustedes creen que era feliz? Ni siquiera un poco. Hasta ahora las mentiras nunca han hecho feliz a nadie. Es cierto que se aprovechó de un grupo de gente malvada y codiciosa, pero sólo porque él mismo era malvado y codicioso; y sucedió que al volverse tan rico se puso muy gordo; tan gordo que no se podía mover, hasta que un día le dio una apoplejía y murió y a nadie en el mundo le importó en lo más mínimo.

La guirnalda encantada*

Hace mucho tiempo, cerca de un bosque, vivían un hombre, su esposa y sus dos hijas; una de las muchachas era hija del hombre, la otra era hija de su esposa; la hija del hombre era buena y hermosa, pero la hija de la mujer era gruñona y fea. Sin embargo, su madre no se había dado cuenta de ello, pues pensaba que su hija era la doncella más seductora que se haya visto jamás.

Un día el hombre llamó a su hija y le pidió que lo acompañara al bosque a cortar leña. Trabajaron duro todo el día; pero, a pesar del esfuerzo realizado sentían mucho frío, porque había llovido mucho y cuando regresaron a casa estaban empapados. Entonces, para su consternación, el hombre se dio cuenta de que había olvidado su hacha y sabía que si la dejaba toda la noche en el lodo, se oxidaría y se echaría a perder. Entonces, le dijo a su esposa:

—Dejé mi hacha en el bosque, dile a tu hija que vaya a buscarla, pues ella ha trabajado duro todo el día y está cansada y mojada.

Pero la esposa respondió:

* Cuento adaptado de *Yule-tide Stories*, de Benjamin Thorpe.

—Si tu hija ya está mojada, mayor razón para que sea ella la que vaya a recoger el hacha. Además, es una joven grande y fuerte, un poco de lluvia no le hará daño, mientras que de seguro mi hija pescaría un resfriado.

Por experiencia, el hombre sabía que de nada serviría decir algo más y con un suspiro dijo a la pobre joven que debía regresar al bosque por el hacha.

La caminata tomó un rato, porque estaba muy oscuro y sus zapatos a menudo se enterraban en el lodo, pero era tan valiente como hermosa y nunca pensó en dar marcha atrás, simplemente porque el camino era difícil y desagradable. Por fin, con el vestido desgarrado por las zarzas que no podía ver y el rostro arañado por las ramas de los árboles, llegó al lugar donde ella y su padre habían estado cortando leña por la mañana y ahí encontró el hacha. Para su sorpresa, vio a tres pequeñas palomas posadas en el mango, que se veían muy tristes.

—Pobrecitas —dijo la joven, acariciándolas—. ¿Qué hacen allí, mojándose? Vuelen a casa, a su nido, estará mucho más cálido que esto; pero primero coman de este pan que guardé; quizá con eso se sientan mejor. El hacha donde están posadas es de mi padre y debo llevarla de regreso tan rápido como pueda o recibiré un regaño terrible de mi madrastra.

Entonces, desmoronó el pan en el suelo y vio complacida que las palomas revolotearon muy alegremente hacia las migajas.

—Adiós —les dijo, recogiendo el hacha, y caminó de regreso a casa.

Cuando se acabaron las migajas, las palomas se sintieron mejor y pudieron volar de regreso a su nido, en la copa de un árbol.

—Esa joven es muy buena —dijo una—, en verdad estaba demasiado débil para estirar un ala antes de que ella llegara. Me gustaría hacer algo para mostrar mi agradecimiento.

—Bien, démosle una guirnalda de flores que no se marchite nunca mientras la lleve puesta —exclamó otra.

—Y que los pájaros cantores más pequeños del mundo se posen entre las flores —replicó la tercera.

—Sí, eso sería magnífico —dijo la primera.

Cuando la joven entró a su cabaña llevaba una guirnalda de capullos de rosa en su cabeza, y entre sus capullos cantaba una multitud de pequeños pájaros invisibles.

El padre, que estaba sentado junto al fuego, pensó que, a pesar de su ropa llena de fango, nunca había visto tan hermosa a su hija; pero la madrastra y la otra joven se pusieron verdes de envidia.

—¡Qué absurdo dar un paseo vestida así en una noche tan lluviosa! —señaló agriamente la madrastra—. Y mientras lo decía, le arrancó la guirnalda para colocarla en la cabeza de su propia hija. Al hacerlo, las rosas se marchitaron y se pusieron cafés y los pájaros volaron por la ventana.

—¡Mira, qué clase de fruslería es ésta! —exclamó la madrastra—; ahora cena y vete a dormir, porque es casi medianoche.

Sin embargo, aunque fingió despreciar la guirnalda, anhelaba una igual para su hija.

Ahora bien, sucedió que a la noche siguiente el padre, que había ido solo al bosque, regresó por segunda vez sin su hacha. El corazón de la madrastra se alegró al ver esto y dijo con dulzura:

—¡Cómo! ¿Has olvidado tu hacha otra vez? ¡Qué hombre tan descuidado! Pero hoy tu hija se quedará en casa y será la mía quien la traiga de vuelta.

Y poniendo un manto sobre los hombros de la joven, le ordenó que fuera corriendo al bosque.

La damisela se puso en marcha de muy mala gana, refunfuñando para sus adentros mientras caminaba, pues, aunque deseaba la guirnalda, no quería tomarse ninguna molestia para conseguirla.

Para cuando llegó al lugar donde su padrastro había estado cortando la leña, la joven estaba de muy mal humor y, cuando encontró el hacha, vio a tres palomas pequeñas posadas en el mango con la cabeza gacha y las plumas llenas de lodo.

—Criaturas inmundas —exclamó—. ¡Aléjense de inmediato o les arrojaré piedras!

Las palomas asustadas extendieron sus alas y volaron hasta la copa de un árbol, temblando de ira.

—¿Qué podemos hacer para vengarnos de ella? —preguntó la más pequeña de las palomas—. Nunca antes nos habían tratado así.

—Nunca —dijo la paloma más grande—. ¡Tenemos que encontrar alguna manera de pagarle con la misma moneda!

—Ya sé, que nunca pueda decir otra cosa que "criaturas inmundas" hasta el fin de su vida —respondió la paloma de en medio.

—¡Ah, qué lista eres! Eso sería magnífico —exclamaron las otras dos.

Y contentas batieron sus alas, cloquearon tan fuerte e hicieron tanto ruido, que despertaron a todos los pájaros en los árboles cercanos.

—¿Pero qué les pasa? —preguntaron los pájaros somnolientos.

—Es nuestro secreto —dijeron las palomas.

Mientras tanto, la joven había llegado a casa más enojada que nunca; pero tan pronto como su madre escuchó que le-

vantaba el pestillo de la puerta, salió corriendo para escuchar sus aventuras.

—Bueno, ¿conseguiste la guirnalda? —le dijo.

—¡Criaturas inmundas! —respondió su hija.

—¡No me hables así! ¿Qué quieres decir? —preguntó la madre.

—¡Criaturas inmundas! —repitió la hija y no pudo decir nada más.

Entonces, la mujer se dio cuenta de que le había caído alguna maldición y descargó toda la ira en su hijastra.

—Tú estás en el fondo de todo esto, lo sé —exclamó.

Como el padre no estaba, tomó un palo y golpeó a la joven hasta que gritó de dolor y se fue a la cama llorando.

Si antes de eso la vida de la pobre joven había sido infeliz, ahora era diez veces peor, pues en el momento en que el padre se daba la vuelta, las otras la molestaban y atormentaban de la mañana a la noche; su furia aumentaba cada vez que veían la guirnalda que las palomas habían colocado nuevamente en su cabeza.

Las cosas siguieron así durante algunas semanas, hasta que un día en que el hijo del rey cabalgaba por el bosque, escuchó algunos pájaros extraños cantando más dulcemente que nunca antes. Ató su caballo a un árbol, se dejó llevar por el sonido y, para su sorpresa, vio ante sí a una hermosa joven cortando leña con una guirnalda de capullos de rosa, de la cual provenía el canto. Debajo de la sombra de un árbol, la observó durante largo rato y, luego, con el sombrero en la mano, se acercó para decirle:

—Hermosa doncella, ¿quién eres? y ¿quién te dio esa guirnalda de rosas cantarinas? —le preguntó—, pues los pájaros eran tan pequeños que no se veían hasta que uno se acercaba a mirar.

La princesa regresa del océano.

—Vivo en una choza a la orilla del bosque —respondió la joven, ruborizándose, pues nunca antes había hablado con un príncipe.

—¡En cuanto a la guirnalda, no sé cómo llegó allí, a menos que sea un regalo de unas palomas que alimenté cuando se morían de hambre!

El príncipe quedó encantado con esta respuesta, que demostraba la bondad del corazón de la joven. Además, se había enamorado de su belleza y no estaría contento hasta que le prometiera regresar con él al palacio y convertirse en su esposa. Por supuesto que el viejo rey se sintió decepcionado por la elección de su hijo, pues deseaba que se casara con una princesa vecina; pero como desde su nacimiento, el príncipe hacía siempre exactamente lo que quería, no dijo nada y se hicieron los preparativos para una espléndida boda.

El día después de su matrimonio, la desposada envió un mensajero con generosos regalos para su padre, contándole la buena fortuna que le había acontecido. Como es de imaginarse, la madrastra y su hija se llenaron de envidia, tanto que se enfermaron y tuvieron que guardar cama y a nadie le hubiera importado, si no se hubieran levantado nunca más; pero eso no ocurrió. Por fin, a pesar de todo, empezaron a sentirse mejor, porque la madre había concebido un plan para vengarse de la joven, que nunca les había hecho ningún daño.

Su plan era el siguiente. En el pueblo donde vivía antes de casarse, había una vieja bruja que tenía más dotes de magia que ninguna otra conocida. Iría con esta bruja para rogarle que le hiciera una máscara con el rostro de su hijastra y, una vez que la tuviera, el resto sería fácil. Le contó a su hija lo que quería hacer y, aunque la hija sólo podía decir "criaturas inmundas", en respuesta asintió con la cabeza, sonrió y la miró complacida.

Todo ocurrió exactamente como la mujer esperaba. Con la ayuda de su espejo mágico, la bruja vio a la nueva princesa en un vestido de seda verde, paseando por su jardín; en pocos minutos había fabricado una máscara tan parecida a la princesa que muy pocas personas hubieran notado la diferencia. Sin embargo, aconsejó a la mujer que cuando su hija la usara por primera vez, pues, por supuesto, eso era lo que pretendía, le convendría fingir que tenía dolor de muelas y cubrirse la cabeza con un velo de encaje. La mujer le dio las gracias, le pagó muy bien y regresó a su choza, llevando la máscara bajo su manto.

A los pocos días escuchó que el príncipe había planeado una gran cacería y saldría del palacio muy temprano en la mañana, de modo que su esposa estaría sola todo el día. Ésta era una oportunidad que no podía perder y, llevando a su hija consigo, fue al palacio donde nunca antes había estado. La princesa estaba tan feliz en su nueva casa que no recordaba todo lo que había sufrido en la antigua y les dio la bienvenida gustosa y les regaló muchas cosas hermosas para llevarse de regreso. Al final las condujo hacia la orilla del mar para que vieran un barco de recreo que su esposo había mandado hacer para ella; y aquí, aprovechando la oportunidad, la mujer se paró sigilosamente detrás de la joven que estaba de pie, sobre una roca, y la empujó a las aguas profundas en las que de inmediato se hundió hasta el fondo. Entonces, sujetó la máscara sobre la cara de su hija, echó sobre sus hombros un manto de terciopelo, que la princesa había dejado caer y, finalmente, colocó un velo de encaje sobre su cabeza.

—Cuando el príncipe regrese, pon la mano en tu mejilla como si sintieras dolor —le dijo su madre—; y pase lo que pase cuídate de no hablar. Volveré con la bruja para ver si te puede quitar el hechizo que te hicieron esos pájaros horribles.

¡Ay! ¿Por qué no lo pensé antes?

Tan pronto como el príncipe entró al palacio, se apresuró hacia los aposentos de la princesa, donde la encontró recostada en el sofá, al parecer con mucho dolor.

—Mi querida esposa, ¿qué te ocurre? —exclamó, arrodillándose a su lado y tratando de tomar su mano; pero ella se la arrebató y señalando su mejilla murmuró algo que no entendió.

—¿Qué es? ¡Dime! ¿Es fuerte el dolor? ¿Cuándo empezó? ¿Quieres que envíe por tus damas para que te apliquen un calmante? —preguntó el príncipe, haciendo éstas y una docena más de otras preguntas, en tanto que la joven sólo meneaba la cabeza.

—Pero no puedo dejarte así —continuó, empezando a levantarse—. ¡Convocaré a todos los médicos de la corte para que te apliquen bálsamos calmantes en donde te duele!

Diciendo esto, se puso de pie para ir en su busca; pero la hermanastra sintió temor de que una vez que se acercaran descubrieran el engaño, así que olvidando los consejos de su madre de no hablar, e incluso el hechizo que pesaba sobre ella, asió la túnica del príncipe y exclamó en tono de súplica: "¡Criaturas inmundas!"

El joven se detuvo, incapaz de creer lo que escuchaba, pero supuso que el dolor había irritado a la princesa, como a veces ocurre. Sin embargo, de alguna manera pensó que deseaba que la dejaran en paz, así que sólo dijo:

—Bueno, supongo que un poco de sueño te hará bien, si es que logras dormir, y que mañana despertarás sintiéndote mejor.

Ahora bien, esa noche resultó ser muy calurosa y sin brisa, y el príncipe, después de intentar descansar en vano, finalmente se levantó y fue hacia la ventana. De pronto, a la luz de la luna, vio surgir del mar una figura con una guirnalda de

rosas en la cabeza que caminaba sobre la arena con los brazos extendidos hacia el palacio.

—Esa doncella tiene un extraño parecido a mi esposa —pensó—. ¡Tengo que verla más de cerca!

Y bajó corriendo hacia el agua. Pero cuando llegó la princesa, pues en efecto era ella, había desaparecido por completo y el príncipe comenzó a preguntarse si sus ojos lo habían engañado.

A la mañana siguiente, fue al cuarto de la falsa desposada, y sus damas le dijeron que se negaba a hablar o a levantarse, pero que había comido todo lo que le pusieron delante. El príncipe estaba sumamente perplejo por lo que pasaba con ella, pues naturalmente no podía adivinar que la joven estaba esperando a que su madre regresara en cualquier momento para quitarle el hechizo de las palomas y, mientras tanto, tenía miedo de hablar, no fuera a ser que se traicionara. Finalmente, el príncipe decidió convocar a todos los médicos de la corte sin decirle lo que iba a hacer, no fuera que esto la hiciera sentir peor, de modo que acudió ahí y les rogó a los cuatro médicos asignados a la persona del rey que lo siguieran a los aposentos de la princesa. Desafortunadamente, cuando entraron, la princesa se enfureció tanto al verlos que se olvidó de las palomas y gritó: "¡Criaturas inmundas!" Lo que ofendió tanto a los médicos que estos salieron de la habitación de inmediato, y nada de lo que el príncipe pudiera decir los convenció para que se quedaran. Luego trató de convencer a su esposa para que les enviara un mensaje disculpándose por su descortesía, pero ella se negaba a decir una sola palabra.

Al anochecer, cuando el príncipe había terminado con todos los deberes tediosos que son responsabilidad de un príncipe, se asomó a la ventana para disfrutar de la brisa que soplaba del mar. Sus pensamientos volvieron a la escena de la

mañana y se preguntó si, después de todo, no había cometido un gran error al casarse con una mujer de cuna humilde por hermosa que fuera. ¿Cómo podía haberse imaginado que la joven tranquila y dulce, que había sido una compañera encantadora durante los primeros días de su matrimonio, podía convertirse, de un día para otro, en la mujer grosera y gruñona que no podía controlar su mal genio ni por su propio bien. Una cosa era clara: "Si no cambiaba su conducta en poco tiempo, tendría que alejarla de la corte".

En eso estaba pensando, cuando sus ojos se posaron en el mar debajo de él, y allí estaba, como antes, la figura que se parecía tanto a su esposa, parada con los pies en el agua, extendiendo sus brazos hacia él.

—¡Espérame, espérame, espérame! —gritó sin percatarse siquiera de que estaba hablando.

Pero cuando llegó a la orilla del mar, no había nada más que las sombras proyectadas por la luz de la luna.

Una ceremonia de estado en una ciudad a cierta distancia, hizo que el príncipe saliera al amanecer sin volver a ver a su esposa.

"Tal vez para mañana haya recuperado el sentido común", se dijo el príncipe; "y, de todos modos, si la voy a mandar de regreso con su padre, será mejor que no nos veamos entre tanto". Entonces, se olvidó del asunto y se concentró en la tarea que debía llevar a cabo.

Era casi medianoche cuando regresó al palacio; pero, en lugar de entrar, bajó a la orilla del mar y se escondió detrás de una roca. Apenas lo había hecho cuando la joven salió del mar y extendió sus brazos hacia su ventana. En un instante, el príncipe atrapó su mano y, aunque luchó temerosa, tratando de alcanzar el agua, pues ella a su vez había sido hechizada, el príncipe la detuvo con fuerza.

—Tú eres mi esposa, y nunca te dejaré ir —le dijo.

Pero apenas habían salido las palabras de su boca cuando se dio cuenta de que lo que sostenía por una pata era una liebre. Luego, la liebre se transformó en un pez y el pez en un pájaro y el pájaro en una viscosa serpiente que se retorcía. Esta vez la mano del príncipe casi se abrió por sí sola; pero, haciendo un gran esfuerzo, mantuvo los dedos cerrados y, sacando su espada, le cortó la cabeza; en ese momento, el hechizo se rompió y vio a la joven parada delante de él, tal como la vio la primera vez, con la guirnalda sobre su cabeza y los pájaros cantando alegremente.

A la mañana siguiente llegó la madrastra al palacio con un ungüento que le había dado la vieja bruja con la intención de ponerlo en la lengua de su hija. Esto rompería con el hechizo de las palomas, si la legítima desposada en verdad se había ahogado en el mar; de lo contrario, sería inútil. La madre le aseguró que ella había visto a su hijastra hundirse en el mar y que no había que temer que regresara alguna vez; pero, para asegurarse le propuso a la vieja hechizar a la joven y así lo hizo. Después de eso, la malvada madrastra viajó toda la noche para llegar al palacio lo más pronto posible y fue derecho al cuarto de su hija.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —gritó triunfalmente y puso el ungüento en su lengua.

—Ahora, ¿qué dices? —preguntó orgullosa.

—¡Criaturas inmundas, criaturas inmundas! —respondió la hija—. La madre se retorció las manos y lloró, pues se dio cuenta de que sus planes habían fallado.

En este momento entró el príncipe con su verdadera esposa.

—Ustedes dos merecen la muerte —dijo—, y si estuviera en mis manos, la tendrían; pero la princesa me rogó que les perdonara la vida, así que serán puestas a bordo de un bar-

co que las llevará a una isla desierta, donde vivirán hasta su muerte.

Entonces, prepararon el barco que abordaron la malvada mujer y su hija y éste se alejó y no se volvió a saber más de ellas. El príncipe y su esposa vivieron juntos y felices durante mucho tiempo y gobernaron bien a su pueblo.

El tejedor tonto*

Había una vez un tejedor que necesitaba trabajo, por lo que entró al servicio de cierto granjero como pastor. El granjero, sabiendo que el hombre era de pocas luces, le dio instrucciones muy precisas de lo que tenía que hacer. Por último, le dijo:
—Si un lobo o cualquier animal salvaje intenta dañar al rebaño, debes tomar varias piedras grandes como ésta (uniendo la acción a la palabra) y arrojárselas. Esto lo asustará y se alejará.

El tejedor dijo que entendía y llevó a los rebaños a la ladera de la colina donde estuvieron pastando todo el día.

Por casualidad, esa tarde apareció un leopardo y, en ese momento, el tejedor corrió a la casa tan rápido como pudo para recoger las piedras que el granjero le había mostrado, y arrojárselas a la bestia. Al regresar, todo el rebaño se había dispersado o estaba muerto, y cuando el granjero escuchó lo que había ocurrido, lo molió a golpes.

—¿Acaso no había piedras en la ladera que tenías que regresar a recogerlas, insensato? —le gritó—; no sirves para cuidar ovejas. Hoy te quedarás en casa y cuidarás a mi madre

* Tomado de Pushto.

que está enferma; ¡a ver si puedes espantar las moscas de su cara, ya que no puedes alejar las bestias de las ovejas!

De este modo, al día siguiente, el tejedor se quedó en casa para cuidar de la madre enferma del granjero. Así pues, mientras ella estaba afuera recostada en una cama, sucedió que las moscas se volvieron muy molestas y el tejedor miró a su alrededor buscando algo con que espantarlas; y como el granjero le había dicho que recogiera la piedra más cercana para alejar a las bestias del rebaño, pensó que esta vez le mostraría lo listo que era para obedecer órdenes. Por consiguiente agarró la piedra más cercana, que era grande y pesada, y la arrojó a las moscas pero, por desgracia, también mató a la pobre mujer; y entonces, temeroso de la ira del granjero, huyó y no se le volvió a ver en la comarca.

Caminó todo el día y toda la noche siguiente y al fin llegó a una aldea donde vivían muchos tejedores.

—Eres bienvenido —le dijeron—. Come y duerme, pues mañana seis de nosotros saldremos en busca de lana nueva para tejer y te invitamos a que nos acompañes.

—Con gusto —respondió el tejedor.

Así que a la mañana siguiente los siete tejedores se dirigieron a la aldea donde comprarían lo que necesitaban. En el camino tenían que cruzar una cañada que hacía poco había estado llena de agua, pero que ahora estaba bastante seca. Sin embargo, los tejedores estaban acostumbrados a cruzar a nado la cañada; por lo tanto, sin importar el hecho de que esta vez estaba seca, se desnudaron y atando sus ropas sobre sus cabezas, procedieron a nadar a través de la arena seca y rocas que formaban el lecho de la cañada. De esta manera llegaron al otro lado sin más daño que codos y rodillas magulladas, y en cuanto cruzaron, uno de ellos comenzó a contar a los integrantes del grupo para asegurarse que no faltaba

nadie. Contó a todos excepto a sí mismo y entonces exclamó que faltaba uno. Esto hizo que todos se pusieran a contar; pero cada uno de ellos cometió el mismo error al contar a todos excepto a sí mismo, por lo que se convencieron que faltaba uno del grupo. Corrieron arriba y abajo del borde de la cañada, retorciéndose las manos con gran zozobra y buscando señales de su camarada perdido. Así los encontró un granjero que les preguntó cuál era el problema. "¡Ay de nosotros!" dijo uno, "partimos siete de la otra orilla y uno debe haberse ahogado en la travesía, ¡pues sólo quedamos seis!"

El granjero los observó un momento, y entonces, levantando su bastón, le dio un golpe a cada uno mientras contaba: "uno, dos, tres" y así hasta siete. Cuando los tejedores vieron que había siete de ellos, se sintieron llenos de gratitud hacia quien consideraron un mago, ya que podía transformar a seis en siete.

El gato listo*

Érase una vez un anciano que vivía con su hijo en una choza pequeña a la orilla de la llanura. Estaba muy viejo y había trabajado muy duro, por lo que cuando por fin lo atacó la enfermedad sintió que nunca volvería a levantarse de la cama.

Así que un día le dijo a su esposa que hiciera venir a su hijo del pueblo cercano donde había ido a comprar pan.

—Ven aquí, hijo mío —dijo—; sé muy bien que me estoy muriendo y no tengo nada que dejarte sino mi halcón, mi gato y mi galgo; pero si haces buen uso de ellos nunca te faltará comida. Sé bueno con tu madre, como lo has sido conmigo. ¡Y ahora adiós!

Entonces volvió su rostro a la pared y murió.

Durante muchos días hubo gran duelo en la choza, pero al fin el hijo se puso en pie y, llamando a su galgo, su gato y su halcón, abandonó la casa diciendo que traería algo para comer. Vagando por la llanura, vio una manada de gacelas y le hizo una señal a su galgo para que les diera caza. Muy pronto el perro trajo una bestia bien gorda y echándosela al hombro, el joven se volvió a casa. Sin embargo, en el camino

* Adaptado de *Nouveaux Contes Berbères*, de René Basset.

pasó por un estanque y al acercarse una bandada de pájaros alzó el vuelo. Entonces, sacudió su muñeca y el halcón posado sobre ella se lanzó por los aires y descendió sobre la presa que había marcado, la cual cayó muerta en el suelo. El joven la recogió, la puso en su morral y se dirigió de nuevo a casa.

Cerca de la choza había un pequeño granero donde almacenaba lo que producía su pequeña parcela de maíz, cerca del jardín. Aquí una rata salió corriendo casi debajo de sus pies, seguida por otra y luego otra; pero rápido como el pensamiento el gato saltó sobre ellas y no dejó escapar ninguna. Cuando todas las ratas estuvieron muertas, el joven salió del granero. Tomó el camino que conducía a la puerta de la choza, pero se detuvo al sentir que una mano se posaba en su hombro.

—Joven —dijo el ogro (pues eso era el extraño)—, has sido un buen hijo y mereces la suerte que te ha llegado el día de hoy. Ven conmigo a ese lago resplandeciente, allá a lo lejos y no temas.

Un tanto intrigado por lo que podría sucederle, el joven hizo lo que el ogro le pidió, y cuando llegaron a la orilla del lago, el monstruo se volvió y le dijo:

—¡Entra en el agua y cierra los ojos! Sentirás que te hundes lentamente hasta el fondo; pero ten valor, todo saldrá bien. Nada más sube tanta plata como puedas cargar y la dividiremos entre los dos.

De modo que el joven se adentró valientemente en el lago y sintió cómo se iba hundiendo, hundiendo, hasta que al fin tocó tierra firme. Frente a él había cuatro montones de plata y, en medio de ellos, una extraña piedra blanca y brillante, grabada con caracteres extraños, como nunca antes había visto. La recogió para examinarla más de cerca y, mientras la sostenía, la piedra habló.

—Siempre que me tengas en tu mano, se harán realidad todos sus deseos —dijo—. Pero escóndeme en tu turbante y después dile al ogro que estás listo para subir.

En pocos minutos el joven estuvo de regreso en la orilla del lago.

—¿Bien, dónde está la plata? —preguntó el ogro, que lo estaba esperando.

—¡Ah!, padre mío, ¿cómo decírtelo? Estaba tan desconcertado y tan deslumbrado con el esplendor de todo lo que veía, que me quedé como una estatua, incapaz de moverme. Luego escuché unos pasos que se acercaban, me asusté y te llamé, como ya sabes.

—¡No eres mejor que los demás! —gritó el ogro y furioso se dio la vuelta.

Cuando se perdió de vista, el joven sacó la piedra de su turbante y la miró.

—¡Quiero el mejor camello que se pueda encontrar y los ropajes más espléndidos! —dijo.

—Entonces, cierra los ojos —respondió la piedra.

Cerró los ojos y, cuando los abrió, el camello que había pedido estaba frente a él, y sobre sus hombros las vestiduras de gala de un príncipe del desierto. Montando el camello, le silbó al halcón para que se posara en su muñeca y, seguido por su galgo y su gato, se dirigió a casa.

Su madre estaba cosiendo en la puerta cuando este magnífico desconocido se acercó y, llena de sorpresa, le hizo una profunda reverencia.

—¿No me reconoces, madre? —dijo con una carcajada.

Al oír su voz la buena mujer casi se desmaya por el asombro.

—¿Cómo conseguiste ese camello y esas ropas? —le preguntó—. ¿Será posible que un hijo mío haya cometido asesinato para obtenerlas?

—No temas; las he adquirido honestamente —respondió el joven—. Después te explicaré todo; pero ahora debes ir al palacio y decirle al rey que deseo casarme con su hija.

Al escuchar estas palabras la madre pensó que su hijo, sin duda, se había vuelto loco y lo miró sin comprender. El joven adivinó lo que estaba en su corazón y respondió con una sonrisa:

—Nada temas. Prométele todo lo que te pida, que de alguna manera se cumplirá.

De modo que fue al palacio, donde encontró al Rey sentado en la Sala de Justicia escuchando las peticiones de su pueblo. La mujer esperó hasta que todos fueron escuchados y la sala estuvo vacía, y entonces se acercó y se arrodilló ante el trono.

—Mi hijo me ha enviado a pedir la mano de la princesa —dijo.

El Rey la miró y pensó que estaba loca; pero, en lugar de ordenar a sus guardias que la sacaran, respondió seriamente:

—¡Antes de que pueda casarse con la princesa deberá construirme un palacio de hielo, que pueda calentarse con fuego y donde puedan vivir los pájaros cantores más raros!

—Así se hará, su Majestad —dijo poniéndose en pie y salió de la sala.

Su hijo la estaba esperando ansiosamente afuera de las puertas del palacio, vestido con la ropa que usaba todos los días.

—Bien, ¿qué tengo que hacer? —preguntó con impaciencia, llevando a su madre a un lado para que nadie pudiera escucharlos.

—¡Oh!, algo bastante imposible y espero que eso te quite a la princesa de la cabeza —le respondió.

—Bueno, pero ¿qué es lo que pidió? —insistió.

—¡Nada menos que construir un palacio de hielo, donde puedan arder fuegos que lo mantengan caliente y donde los pájaros cantores más delicados puedan vivir!

—Pensé que sería algo mucho más difícil que eso —exclamó—. Me ocuparé de ello de inmediato.

Y dejando a su madre, se fue al campo y sacó la piedra de su turbante.

—¡Quiero un palacio de hielo que pueda calentarse con fuego y que esté lleno de los pájaros cantores más raros!

—Entonces cierra los ojos —dijo la piedra—, y los cerró.

Cuando los volvió a abrir, vio el palacio más hermoso que pudiera haber imaginado, mientras las llamas del fuego arrojaban un suave resplandor rosado sobre el hielo.

"Es bueno, incluso para la princesa", pensó para sus adentros.

Tan pronto como el rey despertó a la mañana siguiente corrió hacia la ventana y ahí, al otro lado de la llanura, vio el palacio.

—Ese joven debe ser un gran mago; puede serme útil.

Cuando la madre regresó para decirle que sus órdenes se habían cumplido, la recibió con grandes honores y le indicó que le dijera a su hijo que la boda se había fijado para el día siguiente.

La princesa estaba encantada con su nuevo hogar y con su marido también; así pasaron varios días felices revisando todas las cosas hermosas que contenía el palacio. Pero finalmente el joven se cansó de estar siempre encerrado y le dijo a su esposa que al día siguiente debía dejarla por unas horas para ir de cacería. —¿No te importa? —preguntó.

Y ella respondió como corresponde a una buena esposa:

—Sí, por supuesto que me importa; pero voy a pasar el día ideando algunos vestidos nuevos; y ¡cuando regreses la pasaremos de maravilla, como ya sabes!

Así, el marido se fue a cazar con el halcón en su muñeca y el galgo y el gato detrás de él, pues el palacio estaba tan cálido que aún al gato no le molestaba vivir en él.

No bien se había ido, el ogro, que había estado esperando su oportunidad durante muchos días, llamó a la puerta del palacio.

—Acabo de regresar de un país lejano —dijo—, y traigo algunas de las piedras más grandes y brillantes del mundo. Es bien sabido que a la princesa le gustan las cosas bellas, ¿tal vez le gustaría comprar algunas?

Ahora bien, la princesa había estado pensando durante muchos días cómo adornar sus vestidos para eclipsar los de las otras damas en los bailes de la corte.

Nada de lo que se le ocurría era lo suficientemente bueno, así que, cuando le trajeron el mensaje de que el ogro y sus mercancías esperaban abajo, ordenó al instante que lo trajeran a su aposento.

¡Ah, qué hermosas piedras puso delante de ella; qué preciosos rubíes y qué perlas tan raras! Ninguna otra dama tendría joyas como ésas, de eso estaba segura la princesa; sin embargo, bajó la mirada para que el ogro no pudiera ver cuánto las anhelaba.

—Me temo que son demasiado costosas para mí —dijo con indiferencia—; y además, por ahora no necesito más joyas.

—No tengo particular interés en venderlas —respondió el ogro, con igual indiferencia—. Pero tengo un collar de piedras brillantes que me dejó mi padre, y una de ellas, la más grande, grabada con caracteres extraños, está perdida. He oído que está en posesión de tu marido y si puedes darme esa piedra, te daré cualquier joya que elijas entre éstas. Pero tendrás que hacerle creer que la quieres para ti y, sobre todo, no me menciones, pues él la tiene en gran aprecio y ¡nunca la

entregaría a un extraño! Mañana volveré con algunas joyas aún más finas que las que traje hoy. Así que, señora, ¡adiós!

Cuando se quedó sola, la princesa comenzó a pensar en muchas cosas, pero sobre todo en cómo podría persuadir a su marido para que le regalara la piedra. A veces sentía que ya le había dado tanto que era una vergüenza pedirle el único objeto que él se había guardado para sí. ¡No, eso sería mezquino; no podía hacerlo! Pero entonces, ¡esos diamantes y esos collares de perlas! Después de todo, sólo habían estado casados una semana y el placer de regalársela debería ser mucho mayor que el de guardársela. ¡De eso estaba segura!

Pues bien, esa noche en la cena, después de que el joven había terminado sus platillos favoritos, que la princesa se encargó de que prepararan especialmente para él, se posó a su lado y comenzó a acariciar su cabeza. Durante un rato no habló, sino que escuchó atenta todas las aventuras que le habían ocurrido a su esposo ese día.

—Pero estuve pensando en ti todo el tiempo —dijo el joven al final—, y quería traerte algo que te gustara. Pero, ¡ay! ¿Qué puede haber que no poseas ya?

—¡Qué bueno eres! Aprecio que no te olvidas de mí cuando estás en medio de tantos peligros y dificultades —respondió ella—. Es cierto que tengo muchas cosas hermosas; pero si quieres darme un regalo, hay una cosa que deseo mucho.

—Y ¿qué es eso? ¡Por supuesto lo tendrás de inmediato! —preguntó el joven con vehemencia.

—Es esa piedra brillante que cayó de entre los pliegues de tu turbante hace unos días —respondió, jugando con su dedo—; la pequeña piedra que tiene todas esas marcas curiosas. Nunca antes vi una piedra semejante.

Al principio, el joven no respondió; luego dijo, lentamente:

—Lo he prometido y, por lo tanto, debo cumplir. Pero ¿juras nunca separarte de ella y conservarla siempre a salvo, cerca de ti? Más no puedo decirte, pero te ruego encarecidamente que atiendas mi petición.

La princesa se sorprendió un poco por su actitud y empezó a arrepentirse de haber escuchado siquiera al ogro. Pero no le gustaba retractarse y, fingiendo estar inmensamente feliz con su nuevo juguete, besó y agradeció a su esposo por el regalo.

—Después de todo no tengo que dársela al ogro —pensó al quedarse dormida.

Por desgracia, a la mañana siguiente, el joven salió a cazar otra vez y el ogro, que estaba al acecho, lo supo y llegó mucho más tarde que el día anterior. En el momento en que tocó la puerta del palacio, la princesa se había cansado ya de todos sus quehaceres y sus asistentes estaban fuera de sí tratando de entretenerla; entonces un negro alto, vestido de escarlata anunció que el ogro estaba abajo y deseaba saber si la princesa accedería a hablar con él.

—¡Tráiganlo aquí de inmediato! —exclamó la princesa, levantándose de un salto de sus almohadones y olvidando todas sus resoluciones de la noche anterior. Al minuto siguiente, se inclinaba extasiada sobre las gemas resplandecientes.

—¿La tienes? —le preguntó el ogro en un susurro, pues las damas de la princesa estaban lo más cerca que se atrevían, tratando de echar un vistazo a las hermosas joyas.

—Sí, aquí está —contestó, deslizando la piedra de su ceñidor y colocándola entre las demás.

Entonces alzó la voz y empezó a hablar rápidamente de los precios de las cadenas y collares y, después de algunas negociaciones, para engañar a sus servidores, dijo que le gustaba un collar de perlas más que todo lo demás, y que el ogro

podía llevarse las otras cosas, que no valían ni la mitad de lo que éste suponía.

—Como usted guste, señora —dijo y, haciendo una reverencia, salió del palacio.

Poco después de que se fue, ocurrió algo curioso. La princesa tocó inadvertidamente la pared de su habitación, que normalmente reflejaba la cálida luz roja del fuego de la chimenea, y descubrió que su mano estaba muy mojada. Se volvió. ¿Era su imaginación o el fuego ardía más débilmente que antes? Apresuradamente fue a la galería de pinturas, donde se veían, aquí y allá, charcos de agua en el suelo, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. En ese instante sus damas asustadas bajaron corriendo por las escaleras, gritando:

—¡Señora, señora! ¿Qué ha pasado? ¡El palacio está desapareciendo ante nuestros ojos!

—¡Mi marido llegará a casa muy pronto! —contestó la princesa, que aunque estaba tan asustada como sus damas, sentía que debía dar buen ejemplo—. Esperen hasta entonces y él nos dirá qué hacer.

Así que esperaron, sentadas en las sillas más altas que pudieron encontrar, envueltas en sus prendas más cálidas y con montones de cojines debajo de sus pies, mientras los pobres pájaros volaban de un lado a otro con las alas ateridas, hasta que por suerte encontraron una ventana abierta en un rincón. Salieron por la ventana y no se les volvió a ver nunca más.

Al fin, cuando la princesa y sus acompañantes se vieron obligados a desalojar las habitaciones superiores, donde las paredes y los pisos se habían derretido, y a refugiarse en el vestíbulo, el joven volvió a casa. Había regresado por un camino sinuoso, desde el cual no podía ver el palacio hasta acercarse. Luego se detuvo horrorizado al contemplar el espectáculo que se ofrecía ante él. En

ese instante supo que su esposa debía haber traicionado su confianza, pero no le reprocharía nada, pues ya debía estar sufriendo suficiente. Apresurándose saltó sobre lo que restaba de las paredes del palacio y la princesa dio un grito de alivio al verlo.

—Ven pronto —dijo él—, ¡o morirás congelada!

Y una triste procesión partió hacia el palacio del rey, el galgo y el gato en la retaguardia.

Los dejó a las puertas del palacio, aunque su esposa le rogaba que entrara.

—Me has traicionado y causado mi ruina —dijo con dureza—; me iré solo en busca de mi fortuna.

Y sin una palabra más, se dio la vuelta y la dejó.

Con su halcón en la muñeca, su galgo y su gato detrás de él, el joven caminó muy lejos, preguntando a todos los que encontraba en su camino si habían visto a su enemigo, el ogro. Pero nadie lo había visto. Entonces, le dijo a su halcón que volara lo más alto posible para ver si con su vista aguda podía descubrir al viejo ladrón. El ave subió tan alto que tardó algunas horas en regresar; y cuando lo hizo le dijo a su amo que el ogro estaba durmiendo en el espléndido palacio de un país lejano a orillas del mar. Éstas fueron muy buenas noticias para el joven, que de inmediato compró algo de carne para el halcón, deseándole que disfrutara su comida.

—Mañana —dijo—, volarás hasta el palacio donde se encuentra el ogro y, cuando esté dormido, lo registrarás en busca de una piedra que tiene grabados unos signos extraños; me traerás esa piedra. En tres días te espero de regreso.

—Bien, debo llevar al gato conmigo —respondió el ave.

Antes de que saliera el sol el halcón voló a gran altura, llevando al gato en su lomo agarrado firmemente de su cuello con las patas.

—Mejor cierra los ojos, no sea que te marees —dijo el ave.

Y el gato, que nunca antes había estado lejos del suelo, más que para subirse a un árbol, hizo lo que se le pedía.

Volaron todo ese día y toda esa noche y en la mañana vieron el palacio del ogro debajo de ellos.

—¡Vaya! —dijo el gato, abriendo los ojos por primera vez—, mucho se me figura que lo que hay allá abajo es una ciudad de ratas, vayamos para allá; podrían ayudarnos.

Así que descendieron sobre unos arbustos, en el corazón de la ciudad de las ratas. El halcón se quedó dónde estaba, pero el gato se echó fuera de la puerta principal, provocando gran revuelo entre las ratas.

Al fin, viendo que no se movía, una rata más atrevida que las demás, asomó la cabeza por una de las ventanas superiores del castillo y dijo con voz temblorosa:

—¿A qué has venido aquí? ¿Qué quieres? Si está en nuestro poder, dinos y lo haremos.

—Si me hubieran dejado hablar antes con ustedes, les hubiera dicho que vengo como amigo —respondió el gato—. Les quedaría muy agradecido si enviaran a cuatro de las más fuertes y astutas de entre ustedes para que me hagan un favor.

—Ah, encantadas —respondió la rata, muy aliviada—. Pero si me dices qué es lo que deseas que hagan, me será más fácil decidir quién es la más apta para la tarea.

—Te lo agradezco —dijo el gato—. Bien, lo que tienen que hacer es esto: esta noche deberán cavar bajo los muros del castillo y llegar hasta la habitación donde duerme el ogro. En alguna parte de su persona ha ocultado una piedra que tiene grabados unos signos extraños. Cuando la encuentren deben quitársela sin despertarlo y traérmela.

—Tus órdenes serán obedecidas —respondió la rata.

Y se fue para impartir sus instrucciones.

Cerca de medianoche la rata principal, que no podía decidirse a abrir las puertas, despertó al gato, dormido aún ante la puerta, arrojándole un poco de agua.

—Aquí está la piedra que querías —dijo cuando el gato despertó con un ruidoso maullido—. Si levantas las patas la dejaré caer.

Y así lo hizo.

—Ahora adiós —continuó la rata—. Tienes un largo camino por recorrer y será bueno que empieces antes del amanecer.

—Tu consejo es bueno —respondió el gato, sonriendo para sí mismo; y poniendo la piedra en su hocico se fue a buscar al halcón.

Ahora bien, durante todo este tiempo ni el gato ni el halcón habían comido nada y pronto el halcón se cansó de llevar una carga tan pesada. Cuando llegó la noche dijo que ya no seguiría adelante, sino que pasaría la noche en la ribera de un río.

—Es mi turno de cuidar la piedra —dijo—. De otra forma parecerá que tú hiciste todo y yo no hice nada.

—No, yo la conseguí y yo la guardaré —respondió el gato, que estaba cansado y malhumorado y empezaron una buena pelea. Pero, por desgracia, en medio de la pelea, el gato levantó la voz y la piedra cayó en el oído de un pez gordo que pasó por ahí nadando y, aunque el gato y el halcón saltaron al agua detrás de él, fue demasiado tarde.

Medio ahogados y más que medio atragantados, los dos siervos fieles regresaron a tierra. El halcón voló a un árbol y extendió sus alas al sol para secarlas, pero el gato, después de darse una buena sacudida, comenzó a rascar los bancos arenosos y a tirar pedazos en la corriente.

—¿Para qué haces esto? —preguntó un pececito—. ¿Sabes que estás enturbiando bastante el agua?

—Eso a mí no me importa en absoluto —respondió el gato—. Voy a llenar el río, para que los peces se mueran.

—Eso es muy cruel, puesto que nunca te hemos hecho ningún daño —replicó el pez—. ¿Por qué estás tan enojado con nosotros?

—Porque uno de ustedes tiene una piedra que es mía, una piedra con signos extraños que se cayó al agua. Si me prometes recuperarla, pues, tal vez dejaré tu río en paz.

—Ciertamente lo intentaré —respondió el pez con prisa—. Pero deberás tener un poco de paciencia, porque quizás no sea una tarea fácil.

Y en un instante se pudieron ver sus escamas brillando mientras se alejaba.

El pez nadó tan rápido como pudo hacia el mar, que no estaba lejos, y llamando a todos sus conocidos que vivían en los alrededores, les contó el terrible peligro que amenazaba a los habitantes del río.

—Ninguno de nosotros la tiene —dijeron los peces, sacudiendo la cabeza—; pero allá, en aquella bahía hay un atún que, aunque es muy viejo, siempre va a todas partes. Si alguien puede decirte algo, es él.

El pececillo nadó hasta donde estaba el atún y una vez más contó su historia.

—¡Qué curioso! Hace sólo unas horas estaba en el río —exclamó el atún—; y cuando venía de regreso, algo cayó en mi oído y ahí sigue, pues me fui a dormir cuando llegué a casa y me olvidé del asunto. Tal vez sea lo que quieres.

Y estirando la cola sacó la piedra.

—Sí, creo que ésta debe ser —dijo contento el pez.

Tomando la piedra en la boca, la llevó al lugar donde lo esperaba el gato.

—Te estoy muy agradecido —dijo el gato, cuando el pez puso la piedra sobre la arena—, y para recompensarte, dejaré el río en paz.

Y montó sobre el lomo del halcón y volaron hasta donde se encontraba su amo.

Ah, qué contento se puso al ver que la piedra mágica estaba en su poder. En un instante ya había pedido un palacio, pero esta vez de mármol verde; y luego deseó que la princesa y sus damas lo ocuparan. Y ahí vivieron muchos años y cuando el viejo rey murió, el esposo de la princesa reinó en su lugar.

La historia de Manus*

Muy lejos, más allá del Mar del Occidente, reinaba un rey que tenía dos hijos; uno de ellos se llamaba Oireal y el otro Iarlaid. Cuando los muchachos aún eran pequeños, su padre y su madre murieron, y se celebró un gran Consejo en el que se eligió a un hombre de entre ellos, que gobernaría el reino hasta que los muchachos fueran lo suficientemente mayores para hacerlo por sí mismos.

Los años pasaron y con el tiempo se creó otro Consejo en el que pudo llegarse al acuerdo de que los hijos del rey ya tenían edad para tomar el poder que les correspondía por derecho. Por tanto se convocó a los jóvenes a comparecer ante el Consejo; Oireal, el mayor, era más pequeño y más débil que su hermano.

—No quiero dejar los ciervos en la colina y los peces en los ríos para sentarme a juzgar a mi pueblo —dijo Oireal al escuchar las palabras del jefe del Consejo.

El jefe se enojó mucho y respondió rápidamente:

—Ni un puñado de tierra será tuyo jamás, si el día de hoy no asumes el juramento que hizo el rey, tu padre.

* Versión abreviada de *Cuentos de las altas tierras escocesas*, de John F. Campbell.

Entonces habló Iarlaid, el más joven que dijo:

—Conserva la mitad y dame la otra mitad a mí; así tendrás menos gente que gobernar.

—Sí, así lo haré —respondió Oireal.

Después de esto, la mitad de los hombres de la tierra de Lochlann rindieron homenaje a Oireal y la otra mitad a Iarlaid. Gobernaron los reinos según sus deseos, y en unos años se convirtieron en hombres adultos con barba en el mentón; Iarlaid se casó con la hija del rey de Grecia y Oireal con la hija del rey de las Orcadas. Al año siguiente, Oireal e Iarlaid tuvieron hijos varones; el hijo de Oireal era grande y fuerte, pero el hijo de Iarlaid era pequeño y débil, y cada uno tuvo seis hermanos de crianza que acompañaban a los príncipes a todas partes.

Un día Manus, hijo de Oireal y su primo, el hijo de Iarlaid, llamaron a sus hermanos de crianza para jugar *shinny* en el gran campo cerca de la escuela, donde se enseñaba a los príncipes y nobles todo lo que debían saber. Jugaron por mucho tiempo, y la pelota pasaba rápidamente de uno a otro, cuando Manus la mandó a su primo, el hijo de Iarlaid. El niño, que no estaba acostumbrado a ser tratado con rudeza, ni siquiera en broma, gritó que estaba gravemente lastimado, se fue a casa con sus hermanos de crianza y contó la historia a su madre. La esposa de Iarlaid se puso lívida y enojada al escuchar lo ocurrido y haciendo a un lado a su hijo, fue a la sala del Consejo donde estaba Iarlaid.

—Manus lanzó una pelota a mi hijo y de buena gana lo hubiera matado —dijo—. Hay que ponerle un alto a él y a sus malas acciones.

Pero Iarlaid contestó:

—No, no mataré al hijo de mi hermano.

—Y él no matará a mi hijo —dijo la reina.

Llamó a su chambelán y le ordenó llevar al príncipe a los cuatro pardos confines de la tierra, y dejarlo ahí con un mago que cuidaría de él y no permitiría que le hicieran ningún daño. El mago llevó al niño a la cima de una colina, donde siempre brillaba el sol, y desde la cual podía ver a todos los hombres, pero nadie podía verlo a él.

Entonces, la reina llamó a Manus al castillo y lo retuvo durante todo un año, y ni su propia madre podía hablar con él. Pero al final, cuando la esposa de Oireal cayó enferma, Manus huyó de la torre, que era su prisión, y regresó a su casa.

Durante algunos años se quedó allí en paz y luego la esposa de Iarlaid, su tío, lo mandó llamar.

—Es tiempo de que te cases —le dijo, cuando vio que Manus había crecido alto y fuerte como Iarlaid—. Eres alto, fuerte y bien parecido. Sé de una novia que te conviene, es la hija del poderoso Conde de Finghaidh, que me rinde tributo por sus tierras. Yo misma iré a su casa con un gran séquito y tú irás conmigo.

Así se hizo y, aunque la esposa del conde quería tener a su hija consigo todavía por un tiempo, se vio obligada a ceder, pues la esposa de Iarlaid juró que el Conde no tendría ni la cuarta parte de un acre de tierra, si no hacía lo que ella le pedía. Pero si le entregaba su hija a Manus, le otorgaría la tercera porción de su propio reino, además de gran parte del tesoro. Esto lo hacía, no por cariño a Manus, sino porque deseaba destruirlo. De manera que se casaron y regresaron con la esposa de Iarlaid a su propio palacio. Esa noche, mientras dormía, vino un mago, amigo de su padre, que lo despertó diciendo:

—El peligro acecha cerca de ti, Manus, hijo de Oireal. ¿Te crees afortunado porque tienes como esposa a la hija de un conde poderoso? Pero ¿sabes qué clase de prometida bus-

có la esposa de Iarlaid para su propio hijo? No fue una esposa terrenal la que le buscó, sino el viento veloz de marzo y nunca podrás prevalecer contra ella.

—¿Es así? —contestó Manus.

Y con las primeras luces del alba fue a la cámara donde la reina reposaba en medio de sus doncellas.

—He venido —dijo—, por la tercera parte del reino y por el tesoro que me prometiste.

Pero la esposa de Iarlaid se rió cuando lo escuchó.

—Aquí no tendrás ni un puñado de tierra —le dijo—. Para eso tendrás que ir a la vieja ciudad de Bergen. ¡Tal vez bajo sus piedras y montañas agrestes encuentres un tesoro!

—Entonces dame los seis hermanos de crianza de tu hijo y los míos —respondió.

La reina se los entregó y partieron hacia la vieja ciudad de Bergen.

Después de un año todavía se encontraban en esa tierra salvaje, cazando renos y cavando hoyos para que las ovejas de la montaña cayeran en ellos. Durante un tiempo, Manus y sus compañeros vivieron alegremente, pero Manus por fin se cansó de ese país extraño y todos se embarcaron hacia la tierra de Lochlann. El viento frío soplaba con violencia y el viaje fue largo; pero un día de primavera, atracaron en el puerto que se encontraba debajo del castillo de Iarlaid. La reina miró por la ventana y lo vio subiendo por la colina con los doce hermanos de crianza detrás de él. Entonces le dijo a su esposo:

—Manus ha regresado con sus doce hermanos de crianza. Ojalá pudiera acabar con él y sus asesinatos y matanzas.

—Eso sería una gran lástima —respondió Iarlaid—. Y no seré yo quien lo haga.

—Si tú no lo haces lo haré yo —dijo ella.

Llamó a los doce hermanos de crianza y los obligó a que le juraran lealtad. De manera que Manus se quedó sin un solo hombre y apesadumbrado regresó solo a la vieja ciudad de Bergen. Era tarde cuando puso pie en la costa y tomó el sendero hacia el bosque. En su camino se encontró con un hombre que vestía una túnica roja.

—¿Manus, eres tú, ya de regreso? —le preguntó.

—Sí, soy yo —respondió Manus—; he vuelto solo de la tierra de Lochlann.

El hombre lo miró en silencio por un momento y pronto dijo:

—Soñé que ceñías una espada y te convertías en rey de Lochlann—.

Pero Manus respondió:

—No tengo espada y mi arco está roto.

—Te daré una espada nueva si me haces una promesa —dijo el hombre una vez más.

—Por supuesto que lo haré, si alguna vez llego a ser rey —contestó Manus—. Pero habla y dime cuál es la promesa que debo hacer.

—Yo fui armero de tu abuelo —respondió el hombre y me gustaría ser también tu armero.

—Eso lo prometo de buena gana —dijo Manus y siguió al hombre a su casa, que se encontraba a cierta distancia. Pero la casa no era como otras casas, pues en las paredes de cada habitación colgaban tantas armas que no se podían ver los tablones.

—Elige la que quieras —dijo el hombre y Manus desenganchó una espada, la probó en su rodilla y se rompió y lo mismo ocurrió con la siguiente y la siguiente.

—Deja de romper las espadas —gritó el hombre—. Mira esta espada, casco y túnica viejos que usé en las guerras de tu abuelo. Tal vez te parezcan de un acero más fuerte.

Manus dobló la espada tres veces sobre su rodilla, pero no pudo romperla. Entonces se la ciñó al costado y se puso el viejo casco. Al sujetarse la correa, su mirada se posó sobre un paño que se agitaba fuera de la ventana.

—¿Qué es ese paño? —preguntó.

—Es un paño tejido por la Gente Pequeña del bosque —dijo el hombre—; cuando estés hambriento te dará comida y bebida y si te encuentras con un enemigo, éste no te hará daño, sino se inclinará y besará el dorso de tu mano en señal de sumisión. Tómalo y haz buen uso de él.

De buena gana Manus envolvió el paño alrededor de su brazo y al salir de la casa, escuchó el ruido de una cadena movida por el viento.

—¿Qué cadena es ésta? —preguntó.

—La criatura que tenga esa cadena alrededor de su cuello, no tendrá que temer ni cien enemigos —respondió el armero.

Manus se la enrolló y se dirigió al bosque.

De repente dos leones brincaron de entre los arbustos y junto con ellos, un cachorro de león. Las bestias feroces se abalanzaron sobre él con grandes rugidos, y con gusto se lo hubieran comido, pero Manus se agachó rápidamente y extendió el paño en el suelo. Ante esto los leones se detuvieron e inclinando su gran cabeza, besaron el dorso de su muñeca y siguieron su camino. Pero el cachorro se enrolló en el paño; de modo que Manus los recogió a ambos y los llevó consigo a la vieja ciudad de Bergen.

Transcurrió otro año, y entonces tomó al cachorro de león y se dirigió a la tierra de Lochlann. La esposa de Iarlaid vino a encontrarse con él y trajo consigo un perro de color café, pequeño pero muy bravo. Cuando el perro vio al cachorro de león corrió hacia él, con la intención de comérselo;

pero el cachorro agarró al perro por el cuello, lo sacudió y el perro murió. La esposa de Iarlaid lo lloró mucho, y su ira se enardeció, y muchas veces trató de matar a Manus, lo mismo que a su cachorro, pero no pudo. Por fin los dos regresaron a la vieja ciudad de Bergen y los doce hermanos de crianza también regresaron con él.

—Déjalos que se vayan —dijo la esposa de Iarlaid, cuando lo supo—. Mi hermano el Gruagach Rojo le cortará la cabeza a Manus lo mismo en la vieja Bergen que en cualquier otra parte.

Ahora bien, un mensajero llevó estas palabras a la esposa de Oireal, quien se apresuró a enviar un barco a la vieja ciudad de Bergen para llevarse a su hijo antes que el Gruagach Rojo le cortara la cabeza. Y en la nave iba un piloto. Pero la esposa de Iarlaid hizo que una espesa niebla cubriera la superficie del mar y los remeros no pudieron remar por temor a encallar la nave en una roca. Cuando llegó la noche, el cachorro de león, cuyos ojos eran brillantes y agudos, se acercó sigiloso a Manus, quien se montó sobre su lomo, y el cachorro de león saltó a tierra y le dijo a Manus que descansara sobre la roca y lo esperara. Así que Manus se quedó dormido, y al rato escuchó una voz que le decía: "¡Levántate!" Y vio un barco en el agua y en el barco estaba sentado el león con la forma del piloto.

Entonces zarparon a través de la niebla y nadie los vio; cuando llegaron a la tierra de Lochlann, el cachorro de león, con la cadena alrededor de su cuello, saltó del barco, seguido por Manus. El cachorro de león mató a todos los hombres que custodiaban el castillo, lo mismo que a Iarlaid y a su esposa, de manera que, al final, Manus, hijo de Oireal, fue coronado rey de Lochlann.

Pinkel, el ladrón*

Hace mucho, mucho tiempo, había una viuda que tenía tres hijos. Los dos mayores ya eran adultos, y aunque se sabía que eran unos individuos holgazanes, algunos vecinos les daban trabajo debido a la estima que le tenían a su madre. Pero en la época en que comienza esta historia sus patrones habían decidido despedirlos debido a que eran muy perezosos y descuidados.

Por lo que regresaron a casa con su madre y su hermano menor, a quien consideraban muy poca cosa, porque se ocupaba de la casa, cuidaba de las gallinas y ordeñaba la vaca. Le llamaban "Pinkel" con sorna y poco a poco "Pinkel" se convirtió en su nombre para todos en la aldea.

Los dos jóvenes pensaron que era mucho más agradable vivir en casa y estar de holgazanes que verse obligados a hacer muchas cosas que les desagradaba hacer; y se habrían quedado junto al fuego hasta el final de sus vidas, si la viuda no se hubiera cansado de ellos y les hubiera dicho que como no buscaban trabajo en casa, debían buscarlo en otra parte, porque ella ya no los tendría bajo su techo. Pero se arrepintió

* Tomado de *Yule-tide Stories*, de Benjamin Thorpe.

amargamente de sus palabras cuando Pinkel le dijo que él también era lo suficientemente mayor para salir al mundo y que, cuando hubiera hecho fortuna, mandaría por ella para que administrara su casa.

La viuda lloró mucho al despedirse de su hijo menor, pero como vio que estaba decidido a irse con sus hermanos, no intentó retenerlo. De manera que, una mañana, los jóvenes se pusieron en camino con mucho ánimo, sin dudar que el trabajo que a ellos les gustaría hacer lo encontrarían con solo pedirlo, en cuanto se hubieran gastado sus pequeños ahorros.

Sin embargo, unos cuantos días deambulando por ahí les abrieron los ojos. Nadie parecía querer contratarlos o, si querían, los jóvenes aseguraban que no podían encargarse de todo lo que los granjeros, molineros o leñadores requerían de ellos. El hermano más joven, que era más listo, con gusto hubiera hecho algunas de los trabajos que los otros rechazaban, pero era bajo y delgado y nadie le ofreció ninguno. Por lo tanto fueron de un lugar a otro, viviendo sólo de las frutas y nueces que podían recoger en el bosque y sintiendo más hambre cada día. Una noche, después de haber caminado durante muchas horas y ya muy cansados, llegaron a un gran lago con una isla en el medio. De ella emanaba una luz fuerte, gracias a la cual podían ver todo a su alrededor casi con tanta claridad como si el sol brillara y, medio oculto entre los juncos, divisaron un bote.

—Tomemos el bote y rememos a la isla, donde debe haber una casa —dijo el hermano mayor—; tal vez nos den comida y hospedaje.

Los tres subieron al bote y remaron hacia la luz. Al acercarse a la isla vieron que provenía de una linterna dorada que colgaba sobre la puerta de una choza; mientras que una música dulce y tintineante procedía de unas campanas col-

gadas de los cuernos dorados de una cabra que comía por ahí cerca. El corazón de los jóvenes se regocijó al pensar que al fin podrían descansar sus miembros fatigados y entraron en la choza, pero se quedaron atónitos al ver a una vieja fea, envuelta en un manto de oro que iluminaba toda la casa. Se miraron uno al otro con inquietud cuando la vieja caminó hacia ellos con su hija, pues por el manto supieron que se trataba de una bruja famosa.

—¿Qué quieren? —les preguntó, haciendo al mismo tiempo una señal a su hija para que revolviera la olla grande que colgaba sobre el fuego.

—Estamos cansados y hambrientos y pedimos hospedaje por una noche —respondió el hermano mayor.

—Aquí no lo encontrarán —dijo la bruja—, pero encontrarán comida y hospedaje en el palacio, al otro lado del lago. Tomen su bote y váyanse; pero dejen al muchacho conmigo, puedo darle trabajo, aunque algo me dice que es ágil y astuto y me causará algún daño.

—¿Qué daño puede hacerle un pobre muchacho a un gran Troll como tú? —contestó Pinkel—. Déjame ir con mis hermanos, te lo ruego. Prometo nunca hacerte daño.

Al fin la bruja lo dejó ir y siguió a sus hermanos al bote.

El camino fue más largo de lo que pensaban y era de mañana cuando llegaron al palacio.

Por fin su suerte pareció cambiar, pues mientras que a los dos mayores les dieron trabajo en los establos del rey, a Pinkel lo tomaron como paje del principito. Era un muchacho inteligente y divertido, que observaba todo lo que pasaba ante sus ojos, y el rey se dio cuenta de ello y a menudo lo empleaba en su propio servicio, lo que hizo que sus hermanos sintieran celos.

Las cosas siguieron así por un tiempo y Pinkel crecía cada día en el favor real. Finalmente, la envidia de sus her-

manos llegó a tal grado que no pudieron soportar más tiempo, y entonces deliberaron entre sí sobre cuál sería la mejor manera de desacreditarlo ante el rey. No querían matarlo, si bien no les daría mucha tristeza enterarse que había muerto, únicamente recordarle que después de todo era sólo un muchacho que no alcanzaba ni la mitad de la madurez y sabiduría de ellos.

Su oportunidad llegó pronto. Sucedió que el rey acostumbraba visitar sus establos una vez por semana, para comprobar que sus caballos estaban bien cuidados. En la siguiente ocasión que fue a los establos, los dos hermanos se las arreglaron para estar ahí; y cuando el rey elogió las hermosas pieles satinadas de los caballos a su cargo, y comentó en qué condición tan diferente se encontraban cuando primero llegaron desde el lago sus mozos de cuadra, de inmediato los jóvenes comenzaron a hablar de la maravillosa luz que emanaba de la linterna en la choza. El rey, que tenía pasión por coleccionar todas las cosas raras que pudiera encontrar, cayó directo en la trampa y les preguntó dónde podía conseguir esa linterna maravillosa.

—Señor, envía a Pinkel por ella —le dijeron—. Pertenece a una vieja bruja, que sin duda la consiguió por sus malas artes. Pero Pinkel tiene mucha labia y consigue lo que sea de cualquier mujer, joven o vieja.

—Entonces díganle que vaya esta misma noche —exclamó al rey—; y si me trae la linterna lo haré uno de los principales entre los que me rodean.

A Pinkel le agradó mucho la idea de su aventura, y sin más, pidió prestado un pequeño bote amarrado a la orilla del lago y remó presto a la isla. Era tarde cuando llegó y estaba casi oscuro, pero supo, por el sabroso olor que le llegó, que la bruja estaba cocinando la cena. De manera que subió con

cautela al techo, y asomándose esperó hasta que la vieja se volvió de espaldas. Entonces sacó rápidamente un puñado de sal de su bolsillo y lo arrojó a la olla. Apenas lo había hecho, la bruja llamó a su hija y le dijo que sacara la olla del fuego y sirviera el guiso en un plato, pues ya se había cocinado durante un buen rato y ella tenía hambre. Pero en cuanto lo probó, dejó la cuchara y dijo que seguramente su hija había metido mano, ya que era imposible comer nada hecho de pura sal.

—Ve al arroyo del valle y trae un poco de agua fresca, para que pueda preparar la cena de nuevo –exclamó—, pues estoy medio muerta de hambre.

—Pero, madre —respondió la joven—. ¿Cómo puedo encontrar el pozo en esta oscuridad? Tú sabes que los rayos de luz de la linterna no alumbran hasta allá.

—Bueno, entonces, llévate la linterna —respondió la bruja—, pues tengo que cenar, y no hay agua más cerca.

De modo que la joven tomó el cubo en una mano y la linterna dorada en la otra y se dirigió al pozo, seguida por Pinkel, quien tuvo buen cuidado de mantenerse alejado de los rayos de luz. Cuando por fin la joven se inclinó en el pozo para llenar el cubo, Pinkel la empujó hacia adentro y, arrebatándole la linterna, corrió de vuelta a su bote y se alejó remando de la orilla.

Ya estaba bastante lejos de la isla cuando la bruja, quien se preguntaba qué habría sido de su hija, se dirigió a la puerta para ver qué pasaba con ella. La oscuridad era densa alrededor de la choza, pero ¿qué era esa luz oscilante que brillaba a través del agua? A la bruja se le fue el alma a los pies, pues de inmediato cruzó por su mente lo que había ocurrido.

—¿Eres tú, Pinkel? —gritó y el joven respondió:

—¡Sí, querida madre, soy yo!

—Y ¿no eres un truhán por robarme? —le dijo.

—En verdad, querida madre, sí lo soy —replicó Pinkel, remando más rápido que nunca, pues medio temía que la bruja lo persiguiera. Pero como la bruja no tenía poder en el agua, se regresó a la choza muy enojada, murmurando para sus adentros todo el tiempo:

—¡Ten cuidado, ten cuidado! ¡No escaparás una segunda vez con tanta facilidad!

—El sol aún no salía cuando Pinkel regresó al palacio y entrando en el aposento del rey, levantó la linterna para que sus rayos cayeran sobre el lecho. Al instante despertó el rey y viendo la linterna dorada que derramaba su luz sobre él, saltó de su lecho y abrazó a Pinkel con alegría.

—Ah, que astuto eres —exclamó—. ¡Qué tesoro me has traído!

Y llamando a sus servidores, les ordenó que prepararan las habitaciones contiguas a las suyas para Pinkel y les dijo que el joven podía presentarse ante él cuando quisiera. Además, se le daría un asiento en el Consejo.

Es fácil adivinar que todo esto hizo crecer aún más la envidia de los hermanos y de nuevo estuvieron dándole vueltas en su cabeza a cuál era la mejor manera de destruirlo. Al fin se acordaron de la cabra con cuernos dorados y de las campanas y se alegraron.

—Pues —dijeron—, *esta* vez la vieja estará en guardia y no importa qué tan inteligente sea, seguro que las campanas en los cuernos la alertarán.

Así que cuando, como antes, el rey bajó a los establos y elogió la inteligencia de su hermano, los jóvenes le contaron de esa otra maravilla que poseía la bruja, la cabra con los cuernos dorados.

A partir de este momento, el rey no volvió a cerrar los ojos por la noche sin desear esa criatura maravillosa. Comprendía

un poco el peligro que podía haber al tratar de robarla, ahora que se habían despertado las sospechas de la bruja, y pasaba horas planeando cómo burlarla. Pero de alguna manera nunca se le ocurrió nada que pudiera servir y, por fin, tal como lo habían previsto los hermanos, mandó llamar a Pinkel.

—He oído —dijo—, que la vieja bruja en la isla tiene una cabra con cuernos dorados, de donde cuelgan las campanas que tintinean la música más dulce. ¡Debo tener esa cabra! Pero, dime, ¿cómo puedo obtenerla? Daría la tercera parte de mi reino a cualquiera que me la trajera.

—La traeré yo mismo —respondió Pinkel.

Esta vez fue más fácil para Pinkel acercarse a la isla sin ser visto, pues no había una linterna dorada que arrojara sus rayos sobre el agua. Pero, por otro lado, la cabra dormía dentro de la choza, por lo que tendría que llevársela delante de las narices de la vieja. ¿Cómo iba a hacerlo? Todo el camino, mientras atravesaba el lago, pensó y pensó, hasta que finalmente se le vino a la cabeza un plan que podría dar resultado, aunque sabía que sería muy difícil llevarlo a cabo.

Lo primero que hizo cuando alcanzó la orilla fue buscar un trozo de madera, y una vez que lo encontró, se escondió cerca de la choza hasta que oscureció y casi fue hora de que la bruja y su hija se fueran a la cama. Entonces se acercó con cautela y puso la madera bajo la puerta, que se abría hacia afuera, de manera que cuanto más trataran de cerrarla más firmemente se atorara. Y esto fue lo que ocurrió cuando la joven fue, como de costumbre, a cerrar la puerta, y dejar todo asegurado para la noche.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la bruja, al ver que su hija seguía tirando de la manija.

—Algo le pasa a la puerta que no cierra —respondió.

—Bueno, déjala en paz; no hay nadie que pueda hacer-

nos daño —dijo la bruja, que tenía mucho sueño; la hija hizo lo que se le pedía y se fue a la cama. Muy pronto se podían oír sus ronquidos y Pinkel supo que había llegado la hora. Quitándose los zapatos, entró de puntillas en la choza y, tomando de su bolsillo algo de la comida que más le gustaba a la cabra, la puso delante de sus narices. Entonces, mientras el animal se la comía, rellenó cada campana dorada con lana, que también había traído consigo, deteniéndose a cada minuto para escuchar, no fuera a despertar la bruja y se viera convertido en un horrible pájaro o bestia. Pero los ronquidos continuaron y prosiguió con su tarea lo más rápido que pudo. Cuando terminó con la última campana, sacó otro puñado de comida de su bolsillo y lo ofreció a la cabra, que al instante se levantó y siguió a Pinkel, que retrocedía lentamente hacia la puerta y, en cuanto estuvo fuera, tomó a la cabra en sus brazos y bajó corriendo al lugar donde había amarrado su bote.

Tan pronto como llegó a la mitad del lago, Pinkel quitó la lana de las campanas, que comenzaron a tintinear muy fuerte. Su sonido despertó a la bruja, que gritó como antes:

—¿Eres tú, Pinkel?

—Sí, querida madre, soy yo —dijo Pinkel.

—¿Has robado mi cabra dorada? —preguntó.

—Sí, querida madre, la he robado —respondió Pinkel.

—¿No eres un truhán, Pinkel?

—Sí, querida madre, lo soy —contestó.

La vieja bruja gritó con rabia:

—¡Ah! ¡Cuídate de regresar, pues la próxima vez no escaparás de mí!

Pero Pinkel se rió y siguió remando.

El rey estaba tan feliz con la cabra que la tenía siempre a su lado, día y noche y, como lo había prometido, hizo a

Pinkel gobernador de la tercera parte del reino. Como es de suponer, los hermanos estaban más furiosos que nunca y se pusieron flacos de rabia.

—¿Cómo podemos deshacernos de él? —le dijo uno al otro.

Por fin se acordaron del manto dorado.

—¡Pinkel tendrá que ser muy inteligente para robarlo! —exclamaron ambos, con una risita. Cuando, de nuevo, el rey fue a ver sus caballos, empezaron a hablar de Pinkel y de su astucia extraordinaria, y cómo se las había arreglado para robar la linterna y la cabra, algo que nadie más habría sido capaz de hacer.

—Pero es una lástima que mientras estaba allá no se trajera también el manto dorado —añadieron.

—¡El manto dorado! ¿Qué es eso? —preguntó el rey.

Los jóvenes describieron su belleza con palabras tan llenas de entusiasmo que el rey dijo que no tendría un día de felicidad hasta que tuviera el manto alrededor de sus hombros.

—Y —agregó—, el hombre que me la traiga se casará con mi hija y heredará mi trono.

—Sólo Pinkel puede hacerlo —le dijeron.

Pues no podían creer que la bruja, después de dos advertencias, permitiera que su hermano escapara por tercera vez. Por tanto, Pinkel fue enviado por el manto y partió con un corazón alegre.

Pasó muchas horas inventando primero un plan y luego otro, hasta que tuvo listo uno que pensó podría tener éxito.

Metiendo una gran bolsa dentro de su abrigo, se apartó de la orilla, teniendo cuidado, esta vez, de llegar a la isla durante el día. Al llegar amarró su bote a un árbol, caminó a la choza, con la cabeza gacha y con cara a la vez compungida y avergonzada.

—¿Eres tú, Pinkel? —preguntó la bruja cuando lo vio, sus ojos brillando cruelmente.

—Sí, querida madre, soy yo —respondió Pinkel.

—¡Así que te has atrevido, después de todo lo que has hecho, a ponerte al alcance de mi poder! —exclamó—. Bueno, ¡esta vez no escaparás de mí!

Tomó un cuchillo muy grande y empezó a afilarlo.

—¡Oh, querida madre, perdóname! —chilló Pinkel, cayendo de rodillas y mirando aterrado a su alrededor.

—Perdonarte, ¡sí cómo no, ladrón! ¿Dónde están mi linterna y mi cabra? ¡No, no! ¡Sólo hay un destino para los ladrones!

Y blandió el cuchillo en el aire, de modo que resplandeció a la luz del fuego.

—Entonces, si he de morir —dijo Pinkel, que estaba cada vez más asustado—, al menos déjame escoger la forma en que voy a morir. Tengo mucha hambre, porque no he comido nada en todo el día. Si quieres pon un poco de veneno en la avena, pero por lo menos déjame hacer una buena comida antes de morir.

—No es una mala idea —respondió la mujer—; mientras te mueras, a mí me da lo mismo.

Sirviéndole un gran tazón de avena, mezcló unas hierbas venenosas y se puso hacer tareas pendientes. Entonces, Pinkel puso rápidamente todo el contenido del tazón en su bolsa e hizo un gran ruido con la cuchara, como si estuviera raspando hasta el último bocado.

—Envenenada o no, la avena está excelente. Me he comido hasta el último bocado; dame algo más —dijo Pinkel, volviéndose hacia la bruja.

—Bien, tienes buen apetito, muchacho —respondió la bruja—; sin embargo, como es la última vez que comerás, te daré otro tazón.

Y desbaratando las hierbas venenosas en el tazón le sirvió la mitad de lo que quedaba y fue a la ventana para llamar a su gato.

En un instante Pinkel vació otra vez la avena en el saco y en seguida rodó por el suelo, retorciéndose como si estuviera en agonía, profiriendo fuertes gemidos. De repente se calló y se quedó inmóvil.

—¡Ah! Pensé que una segunda dosis de veneno sería demasiado para ti —dijo la bruja mirándolo—. Te advertí lo que pasaría si volvías. ¡Ojalá todos los ladrones estuvieran tan muertos como tú! Pero, ¿por qué la perezosa de mi hija no viene con la leña que le mandé traer? Pronto estará demasiado oscuro para que encuentre el camino. Supongo que tendré que ir a buscarla. ¡Qué problema son las muchachas!

Y fue a la puerta para ver si había alguna señal de su hija. Pero no se veía ni su sombra y empezaba a llover con fuerza.

—No es noche para usar mi manto –murmuró—; estará cubierto de lodo cuando regrese.

Así que se lo quitó de los hombros y lo colgó con cuidado en un armario en la habitación. Después se puso sus zuecos y salió en busca de su hija. En cuanto cesó el último sonido de los zuecos, Pinkel se levantó de un salto, tomó el manto y se fue remando tan rápido como pudo.

No había ido muy lejos cuando una ráfaga de viento desenvolvió el manto y su brillo arrojó destellos a través del agua. La bruja, que estaba llegando al bosque, se volvió en ese momento y vio los rayos dorados. Se olvidó de su hija y corrió a la orilla, gritando con rabia, al verse burlada por tercera vez.

—¿Eres tú, Pinkel? —exclamó.

—Sí, querida madre, soy yo.

—¿Has tomado mi manto dorado?

—Sí, querida madre, lo he tomado.

—¿No eres un gran truhán?

—Sí, efectivamente, querida madre, lo soy.

¡Y ciertamente lo era!

Pero, como sea, llevó el manto al palacio del rey y como recompensa recibió la mano de la hija del rey en matrimonio. La gente decía que era la novia la que debería haber usado el manto en su banquete de bodas; pero el rey estaba tan contento que no podía apartarlo de su lado y hasta el fin de su vida nunca se le vio sin su manto. Después de su muerte, Pinkel se convirtió en rey; y esperemos que haya dejado de lado sus malos e ímprobos hábitos y haya gobernado bien a sus súbditos. En cuanto a sus hermanos, no los castigó, pero los dejó en los establos, donde refunfuñaban todo el día.

Las aventuras de un chacal*

En un país lleno de bestias salvajes de todo tipo vivían, hace mucho tiempo, un chacal y un puercoespín que, aunque eran tan diferentes, se hicieron grandes amigos y con frecuencia se les veía en mutua compañía.

Una tarde caminaban por un sendero, cuando el chacal, que era el más alto de los dos, exclamó:

—¡Oh! Ahí hay un granero lleno de trigo; vamos a comer algo.

—¡Sí, vamos! —contestó el puercoespín.

De manera que fueron al granero y comieron hasta más no poder. Entonces, el chacal se puso los zapatos, que se había quitado para no hacer ruido, y regresaron al camino.

Después de andar un rato se encontraron con una pantera que se detuvo, e inclinándose cortesmente, dijo:

—Perdonen que me dirija a ustedes, pero no puedo dejar de admirar tus zapatos. ¿Te importaría decirme quién los hizo?

—Sí, creo que son muy bonitos —respondió el chacal—; los hice yo mismo.

* Tomado de *Nouveaux Contes Berbères*, de René Basset.

—¿Podrías hacerme un par como ése? —preguntó la pantera con entusiasmo.

—Haré lo posible, por supuesto —respondió el chacal—; pero tienes que matar una vaca y cuando hayamos comido la carne, tomaré la piel y haré con ella tus zapatos.

Así que la pantera merodeó en los alrededores hasta que vio una vaca pastando, apartada del resto de la manada. La mató al instante y le gritó al chacal y al puercoespín para que vinieran a donde se encontraba. Rápidamente despellejaron a la bestia muerta y extendieron su piel para que se secara, después de lo cual se dieron un gran banquete antes de acurrucarse para la noche y quedarse profundamente dormidos.

A la mañana siguiente el chacal se levantó temprano y se puso a trabajar en los zapatos, mientras que la pantera se sentó cerca, observando con satisfacción. Al fin estuvieron terminados y el chacal se levantó y se estiró.

—Ahora ve y ponlos al sol por ahí —dijo—; en un par de horas estarán listos para que te los pongas; pero no trates de usarlos antes o los sentirás muy incómodos. Pero veo que el sol está en lo alto del cielo y debemos continuar nuestro viaje.

La pantera, que siempre creía lo que todo mundo le decía, hizo exactamente lo que le indicaron y a las dos horas empezó a ponerse los zapatos. Desde luego que le calzaban muy bien, y estirando sus patas delanteras las miró con orgullo. Pero cuando trató de caminar, ¡ah, eso fue otra historia! Estaban tan tiesos y duros que casi lloraba a cada paso que daba, y finalmente se dejó caer donde estaba y de hecho empezó a llorar.

Después de un rato unas pequeñas perdices, que saltaban por ahí, escucharon los gemidos de la pobre pantera y fueron a ver qué ocurría. La pantera nunca había tratado de cenárselas y siempre había sido bastante amigable.

—Parece que tienes mucho dolor —dijo una de ellas, revoloteando cerca de la pantera—, ¿te podemos ayudar?

—¡Oh, es el chacal! Me hizo estos zapatos que están tan duros y apretados que me lastiman las patas y no puedo sacármelos.

—Quédate quieto y los ablandaremos —contestó la pequeña perdiz, amablemente.

Llamó a sus hermanas y todas volaron a la fuente más cercana y trajeron agua en sus picos y la echaron sobre los zapatos. Lo hicieron hasta que el cuero duro se puso suave y la pantera pudo sacar sus patas.

—¡Ah, gracias, gracias! —exclamó, saltando alrededor con alegría—. Me siento una criatura diferente. Ahora iré tras el al chacal y le pagaré mis deudas.

Y se internó en el bosque.

Pero el chacal que era muy astuto, había trotado hacia atrás y hacia delante, hacia dentro y hacia afuera, por lo que era muy difícil saber qué camino había tomado en realidad. Finalmente, sin embargo, la pantera vislumbró a su enemigo, en el mismo momento en que el chacal la divisó a ella. La pantera dio un fuerte rugido y saltó hacia adelante, pero el chacal era demasiado rápido y se escondió en un denso matorral, donde la pantera no pudo seguirlo.

Disgustada con su fracaso, pero más enojada que nunca, la pantera se echó por un rato, a fin de reflexionar sobre lo que debía hacer a continuación y mientras lo consideraba, pasó un anciano.

—¡Oh, padre!, dime cómo puedo hacer que el chacal pague por la forma en que me ha tratado.

Sin más preámbulos le contó su historia.

—Si quieres seguir mi consejo —respondió el anciano—, mata una vaca e invita a todos los chacales a un banquete en

el bosque. Obsérvalos cuidadosamente mientras comen, verás que la mayoría de ellos no le quita la vista a su comida. Pero si uno de ellos voltea a mirarte, sabrás que es el traidor.

La pantera, cuyos modales eran siempre buenos, agradeció al anciano y siguió su consejo. Mató a la vaca y las perdices volaron con las invitaciones para los chacales, que se reunieron en gran número para el banquete. El malvado chacal vino entre ellos; pero como la pantera sólo lo había visto una vez no podía distinguirlo del resto. Sin embargo, todos tomaron sus lugares en los asientos de madera colocados alrededor de la vaca muerta, que se había colocado sobre las ramas de un árbol caído, y comenzaron su cena; cada chacal tenía los ojos fijos con avidez en el pedazo de carne que tenía delante. Sólo uno de ellos parecía incómodo y de vez en cuando miraba en dirección de su anfitrión. La pantera lo notó y de pronto se acercó al culpable y se apoderó de su cola; pero de nuevo el chacal fue demasiado rápido y tomando un cuchillo se cortó la cola y se lanzó hacia el bosque, seguido por el resto de los invitados. Antes de que la pantera se repusiera de su sorpresa, se encontró sola.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó al anciano, que pronto regresó a ver cómo habían salido las cosas.

—Ciertamente es muy lamentable —respondió—; pero creo que sé dónde puedes encontrarlo. Hay una huerta de melones a unas dos millas y, como a los chacales les gustan mucho los melones, es casi seguro que fueron allá para alimentarse. Si ves un chacal sin cola sabrás que es el que buscas.

Así que la pantera le dio las gracias y se fue.

Ahora bien, el chacal había adivinado qué consejo le daría el anciano a su enemigo, por lo que mientras sus amigos devoraban los melones más maduros, en el rincón más soleado del jardín, se puso detrás de ellos sin ser visto y ató sus

colas. Apenas había terminado de hacerlo cuando sus oídos escucharon el crujido de ramas al romperse y exclamó: ¡Rápido, rápido! ¡Aquí viene el dueño del jardín! Los chacales saltaron y huyeron en todas direcciones, dejando tras de sí sus colas. ¿Y ahora cómo iba a saber la pantera cuál era su enemigo?

—Ninguno de ellos tenía cola —dijo con tristeza al anciano—, y ya me cansé de perseguirlos. Voy a dejarlos en paz e iré a buscar algo para cenar.

Por supuesto que el puercoespín no había podido participar en ninguna de estas aventuras; pero tan pronto como hubo pasado el peligro, el chacal fue a buscar a su amigo y tuvo la suerte de encontrarlo en casa.

—Ah, aquí estás —dijo alegremente—. He perdido mi cola desde la última vez que te vi. Y otros también han perdido la suya; ¡pero eso no importa! Tengo hambre, así que ven conmigo a donde está sentado el pastor y vamos a pedirle que nos venda una de sus ovejas.

—Sí, es un buen plan —contestó el puercoespín.

Y caminó tan rápido como sus pequeñas patas lo permitían para seguirle el paso al chacal. Cuando llegaron con el pastor, el chacal sacó su bolsa de debajo de su pata delantera e hizo el trato.

—Sólo que deberás esperar hasta mañana —dijo el pastor—, y te daré la oveja más grande que jamás hayas visto. Pero siempre come a cierta distancia del resto de la manada y me tomará mucho tiempo atraparla.

—Bueno, es una lata, pero supongo que debo esperar —respondió el chacal.

Y él y el puercoespín miraron a su alrededor en busca de una cueva seca y agradable donde acomodarse para pasar la noche. Pero, después de que se fueron, el pastor mató a

una de sus ovejas, le quitó la piel, que cosió apretadamente alrededor de un galgo que tenía con él y le puso una cuerda alrededor de su cuello. Luego, se acostó y se durmió.

Muy, muy temprano, antes de que el sol saliera, el chacal y el puercoespín tiraban de la capa del pastor.

—Despierta —le dijeron—, y danos esa oveja. No hemos comido nada en toda la noche y estamos muy hambrientos.

El pastor bostezó y se frotó los ojos.

—Está atada a ese árbol; vayan y tómenla.

Así que fueron al árbol, desataron la cuerda, y regresaron a la cueva donde habían dormido, arrastrando al galgo. Cuando llegaron a la cueva, el chacal le dijo al puercoespín.

—Antes de matarla déjame ver si esta gorda o flaca.

Dio un paso atrás para poder examinar mejor al animal. Después de mirarlo durante un minuto o dos, con la cabeza de lado, asintió gravemente.

—Está lo suficientemente gorda; es una buena oveja.

Pero el puercoespín, que a veces mostraba más astucia de lo que nadie hubiera imaginado, respondió:

—Mi amigo, estás diciendo tonterías. Es cierto que la lana es de oveja, pero las patas de mi tío el galgo se asoman por debajo.

—Es una oveja —repitió el chacal, que no le gustaba pensar que alguien podía ser más listo que él.

—Sostén la cuerda mientras la examino —contestó el puercoespín.

El chacal de muy mala gana sostuvo la cuerda, mientras el puercoespín caminó lentamente alrededor del galgo hasta que llegó otra vez con el chacal. Sabía muy bien, por las patas y la cola, que era un galgo y no una oveja lo que el pastor les había vendido y puesto que no podía saber cómo se pondrían las cosas, decidió mejor retirarse.

—¡Oh! Sí, tienes razón —le dijo al chacal—; pero no puedo comer si antes no he bebido algo. Sólo voy a saciar mi sed en aquella fuente a la orilla del bosque y entonces estaré listo para el desayuno.

—Bien, no tardes —le dijo el chacal, mientras el puercoespín se alejaba a paso veloz.

Y se metió debajo de una roca a esperarlo.

Pasó más de una hora, y el puercoespín había tenido tiempo de sobra para ir a la fuente y regresar, pero aun así no había rastro de él. ¡Lo cual era muy natural pues se había escondido entre la alta hierba debajo de un árbol!

Por fin, el chacal adivinó que por alguna razón su amigo se había escapado, y decidió no esperar más para desayunar. Así que fue hasta el lugar donde estaba atado el galgo y desató la cuerda. Pero justo cuando estaba a punto de saltar sobre su lomo y darle un mordisco letal, el chacal oyó un gruñido sordo, que no saldría nunca de la garganta de una oveja. Como un rayo el chacal soltó la cuerda y salió volando a través de la llanura; pero aunque sus patas eran largas, los patas del galgo eran aún más largas, y pronto alcanzó a su presa. El chacal se volvió para luchar, pero no era rival para el galgo y en unos minutos yacía muerto en el suelo, mientras que el galgo trotaba tranquilamente de regreso con el pastor.

Las aventuras del hijo mayor del chacal*

Ahora bien, aunque el chacal estaba muerto, había dejado dos hijos, tan astutos y tramposos como su padre. El mayor de los dos era una criatura afable de buen aspecto, que tenía modales agradables y muchos amigos. El animal que veía con más frecuencia era una hiena y un día, cuando tomaban un paseo juntos, recogieron un hermoso manto verde, que evidentemente se le había caído a alguien que cabalgaba por la llanura en un camello. Por supuesto, ambos deseaban quedárselo y casi se pelearon por él; pero al fin acordaron que la hiena podía usar el manto de día y el chacal por la noche. Después de un tiempo, sin embargo, el chacal se sintió descontento con este acuerdo, diciendo que ninguno de sus amigos, que no eran los mismos que los de la hiena, podía admirar el esplendor del manto y que lo justo era que a veces pudiera usarlo de día. A lo que la hiena de ninguna manera accedió y estuvieron a punto de pelear, cuando la hiena propuso que le pidieran al león que actuara como juez. El chacal estuvo de acuerdo, la hiena se envolvió en el manto y se fueron trotando a la madriguera del león.

* Tomado de *Nouveaux Contes Berbères*, de René Basset.

El chacal, quien gustaba de hablar, contó de inmediato la historia y, cuando terminó, el león se volvió a la hiena y le preguntó si era cierto.

—Muy cierto, su majestad —respondió la hiena.

—Entonces pongan la capa en el suelo a mis pies —dijo el león— y daré mi veredicto.

De modo que extendieron el manto sobre la tierra y la hiena y el chacal se pararon a cada lado.

Hubo silencio por unos momentos y entonces el león se sentó, con aires de grandeza y sabiduría.

—Mi veredicto es que la prenda pertenecerá íntegramente al que, mañana al amanecer, toque primero la campana de la mezquita más cercana. Ahora retírense; ¡pues tengo muchos asuntos que atender!

Toda esa noche la hiena permaneció sentada, temiendo que el chacal llegara antes que ella a la campana, pues la mezquita estaba muy cerca. Con las primeras luces del amanecer corrió hacia la campana, justo cuando el chacal, quien había dormido profundamente toda la noche, se levantaba.

—Buena suerte para ti —gritó el chacal.

Y echándose la capa sobre su lomo se alejó corriendo por la llanura y su amiga la hiena no volvió a verlo.

Después de correr varias millas el chacal pensó que estaba a salvo de cualquier persecución y, al ver a un león y a otra hiena hablando, se acercó para unirse a ellos.

—Buenos días —dijo—; ¿se puede saber qué es lo que pasa? Parece que están hablando de algo muy serio.

— Haz favor de sentarte, —respondió el león—. Nos preguntábamos hacia dónde dirigirnos para encontrar la mejor comida. La hiena desea ir al bosque y yo a las montañas. ¿Qué opinas?

—Bien, cuando justo ahora estaba paseando por la llanura, pude ver un rebaño de ovejas pastando y algunas de ellas se habían alejado hacia un pequeño valle, bastante lejos de la vista del pastor. Si se quedan entre las rocas nadie los verá. Pero, ¿me permitirían ir con ustedes para mostrarles el camino?

—En verdad eres muy amable —contestó el león.

Marcharon con cautela hasta que al fin llegaron a la entrada del valle, donde un carnero, una oveja y un cordero pastaban en la abundante hierba, inconscientes del peligro que corrían.

—¿Cómo los repartiremos? —preguntó el león en un susurro a la hiena.

—Oh, será fácil —respondió la hiena—. ¡El cordero para mí, la oveja para el chacal y el carnero para el león!

—Así que ¿yo tengo que quedarme con esa criatura enjuta, que es más cuernos que nada? —exclamó el león furioso—. ¡Te voy a enseñar cómo repartir las cosas!

Y le dio a la hiena dos fuertes golpes, que la dejaron muerta en un instante. Luego se volvió hacia el chacal y le dijo:

—¿Cómo los repartirías?

—De manera muy diferente a la hiena —respondió el chacal—. Tú te almorzarás al cordero, te comerás a la oveja y te cenarás al carnero.

—¡Vaya, qué listo eres! ¿Quién te enseñó tal sabiduría? —exclamó el león, mirándolo con admiración.

—La suerte de la hiena —respondió el chacal riendo y huyó a toda velocidad; ¡pues vio a dos hombres armados con lanzas acercándose detrás del león!

El chacal siguió corriendo hasta que ya no pudo más. Se arrojó bajo un árbol jadeando, cuando oyó un crujido entre la hierba y el puercoespín, un viejo amigo de su padre, apareció ante él.

—Oh, ¿eres tú? —preguntó la pequeña criatura—; ¡qué extraño que nos encontremos tan lejos de casa!

—Acabo de salvar mi vida por un pelito —jadeó el chacal—, y necesito dormir un poco. Después de eso, pensaremos en algo que hacer para divertirnos.

Y se echó de nuevo y durmió profundamente durante un par de horas.

—Ahora ya estoy listo —dijo—. ¿Tienes alguna propuesta?

—En un valle más allá de esos árboles —contestó el puercoespín—, hay una pequeña granja, donde hacen la mejor mantequilla del mundo. Conozco sus costumbres y en una hora la esposa del granjero irá a ordeñar las vacas, que guarda a cierta distancia. Podríamos entrar fácilmente por la ventana del cobertizo donde guarda la mantequilla; yo vigilaré por si alguien viene inesperadamente, mientras tú disfrutas de una buena comida. Luego tú vigilarás y yo comeré.

—Eso parece un buen plan —respondió el chacal y partieron juntos.

Pero cuando llegaron a la granja, el chacal le dijo al puercoespín:

—Entra a buscar los tarros de mantequilla y los esconderé en un lugar seguro.

—¡Oh, no! —exclamó el puercoespín—, en verdad no podría. ¡Se darían cuenta de inmediato! Además, es muy diferente comer sólo un poco de vez en cuando.

—Haz lo que te digo en este instante —dijo el chacal, mirando al puercoespín con tanta dureza que el pequeño animal no se atrevió a decir nada más y se apresuró a rodar los tarros hacia la ventana, de donde los tomó el chacal uno por uno.

Cuando los tuvo todos en fila delante de él, brincó de repente.

—Corre y sálvate —le susurró a su compañero—; ¡veo que la mujer viene por la colina!

Y el puercoespín, con el corazón latiendo de prisa, corrió tan rápido como pudo. El chacal se quedó donde estaba, temblando de risa, pues la mujer no se veía por ningún lado y sólo había alejado al puercoespín porque no quería que supiera dónde enterraba los tarros de mantequilla. Pero todos los días se acercaba a hurtadillas a su escondite y se daba un delicioso festín.

Por fin, una mañana, el puercoespín le dijo de repente:

—Nunca me dijiste lo que hiciste con esos tarros.

—Oh, los escondí en un lugar seguro, hasta que la gente de la granja se olvide por completo de ellos —respondió el chacal. Pero como todavía los están buscando, debemos esperar un poco más y entonces los traeré a casa y los compartiremos.

De modo que el puercoespín esperó y esperó; pero cada vez que le preguntaba si había alguna posibilidad de sacar los frascos de mantequilla, el chacal lo esquivaba con alguna excusa. Después de un tiempo el puercoespín comenzó a sospechar y dijo:

—Me gustaría saber dónde los escondiste. Esta noche, cuando esté bastante oscuro, me muestras el lugar.

—En verdad no puedo decírtelo —contestó el chacal—. Tú hablas tanto que estoy seguro que le contarías el secreto a alguien y entonces tanto esfuerzo habrá sido inútil, y además, corremos el riesgo de que el granjero nos rompa el cuello. Puedo darme cuenta que se está desanimando y muy pronto abandonará la búsqueda. Ten un poco más de paciencia.

El puercoespín no dijo nada más y fingió estar satisfecho; pero pasados unos días despertó al chacal, que dormía a pierna suelta después de cazar durante varias horas.

—Me acaban de avisar —aseguró el puercoespín, sacudiéndolo—, que mi familia tendrá un banquete mañana y te han invitado. ¿Vendrás?

—Por supuesto —contestó el chacal—, será un placer, pero como tengo que salir en la mañana, podemos vernos en el camino.

—Eso estará muy bien —contestó el puercoespín.

Y el chacal se volvió a dormir, porque tenía que levantarse temprano.

El puercoespín llegó puntual al lugar señalado para su reunión y como el chacal no estaba, se sentó a esperarlo.

—¡Ah, ahí estás! —exclamó, cuando la figura amarillo oscuro al fin dio la vuelta al recodo—. ¡Otro poco y desisto de esperarte! De hecho, casi hubiera preferido que no vinieras, porque no tengo idea dónde voy a ocultarte.

—¿Por qué deberías ocultarme en alguna parte? —preguntó el chacal—. ¿Qué es lo que te pasa?

Bien, porque muchos de los invitados han traído sus perros y mulas, por lo que me temo que no será muy seguro para ti. No; no huyas por ese camino —añadió rápidamente—, porque otro grupo viene por la colina. Acuéstate aquí y echaré estos sacos sobre ti y, pase lo que pase, por tu vida, quédate quieto.

Y lo que sucedió fue que, cuando el chacal yacía bajo el montón de sacos, el puercoespín echó a rodar una gran roca que lo aplastó y lo mató.

Las aventuras del hijo menor del chacal*

Ahora que el padre y el hermano mayor habían muerto, todo lo que restaba de la familia chacal era un hijo que no era menos astuto que los otros. Al igual que ellos, tampoco le gustaba quedarse en el mismo lugar y nadie sabía nunca en qué parte del país podría encontrársele.

Un día, cuando estaba vagando por ahí, vio una oveja gorda, que estaba comiendo hierba y parecía muy contenta con su suerte.

—Buenos días —dijo el chacal —me da gusto verte. Te he estado buscando por todas partes.

—¿A mí? —respondió la oveja asombrada—; ¡pero nunca nos hemos visto antes!

—No; pero he oído hablar de ti. ¡Oh!, no sabes cuántas cosas buenas he oído. ¡Ah!, bueno, algunas personas tienen mucha suerte!

—En verdad eres muy amable —respondió la oveja, sin saber hacia dónde mirar—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hay algo que deseo con todo el corazón, aunque me da pena proponértelo con tan poco tiempo de conocernos; pero

* Tomado de *Nouveaux Contes Berbères*, de René Basset.

por lo que me han dicho, pensé que tú y yo podríamos vivir juntos cómodamente, si tan sólo estuvieras de acuerdo en intentarlo. Tengo varios campos que son de mi propiedad y si se mantienen bien regados dan cosechas maravillosas.

—Tal vez podría ir por un tiempo —dijo la oveja, un tanto dudosa—, y si no nos llevamos bien, podemos separarnos.

—Oh, gracias, gracias —exclamó el chacal—; no perdamos ni un minuto.

Y le tendió la pata de una manera tan seductora que la oveja se levantó y trotó a su lado hasta que llegaron a casa.

—Ahora —dijo el chacal—, ve a traer agua del pozo, y yo regaré las zanjas que están entre las parcelas de trigo.

Y mientras lo hacía cantaba con brío. El trabajo era muy duro, pero la oveja no se quejó, y al poco tiempo obtuvo su recompensa cuando vio las cabecitas verdes asomando de la tierra. Después de esto el calor del sol las maduró rápidamente y pronto llegó la época de la cosecha. Entonces se recolectó y se molió el grano y estuvo listo para su venta.

Cuando todo estuvo terminado, el chacal dijo a la oveja:

—Ahora dividámoslo, para que cada uno pueda hacer lo que guste con su parte.

—Tú hazlo —respondió a la oveja—; aquí está la balanza. Debes pesarlo con mucho cuidado.

De modo que el chacal empezó a pesarlo y cuando terminó, contó en voz alta:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete partes para el chacal y una parte para la oveja. Si te gusta puedes tomarla, si no, puedes dejarla.

La oveja miró los dos montones en silencio, uno tan grande, el otro tan pequeño y entonces respondió:

—Espera un minuto, mientras voy a buscar algunos costales para llevarme mi parte.

Pero no eran costales lo que la oveja quería; pues tan pronto como el chacal ya no pudo verla, se dirigió a paso veloz a la casa del galgo, a donde llegó jadeando por lo rápido que corrió.

—¡Oh, buen tío, ayúdame, te lo ruego! —exclamó, en cuanto pudo hablar.

—¿Por qué?, ¿cuál es el problema? —preguntó el galgo, mirándola con asombro.

—Te ruego que vuelvas conmigo y asustes al chacal para que me pague lo que me debe —respondió la oveja—. Durante meses hemos vivido juntos y dos veces al día he acarreado el agua, mientras que el sólo regaba las zanjas. Juntos hemos levantado nuestra cosecha y ahora, llegado el momento de dividirla, él ha tomado siete partes para sí y sólo dejó una para mí.

Terminó y girando un poco, pasó su lanuda cola sobre los ojos, mientras el galgo la observaba, pero sin decir palabra. Luego dijo:

—Tráeme un costal.

Y la oveja se apresuró a buscar uno. Pronto regresó y puso el costal delante de él.

—Ábrelo bien, para que pueda meterme —exclamó, y cuando estuvo cómodamente acurrucado dentro del costal le dijo a la oveja que lo llevara sobre su lomo y se dieran prisa para llegar a donde había dejado al chacal.

Lo encontró esperándola y fingiendo estar dormido, aunque la oveja vio claramente cómo guiñaba un ojo. Sin embargo, no hizo caso y, arrojando el costal al suelo, exclamó:

—¡Ahora pesa!

Ante esto, el chacal se levantó y fue a la pila de grano que estaba cerca, y la dividió como antes en ocho porciones, siete para él y una para la oveja.

—¿Por qué estás haciendo eso? —preguntó, indignada—. Sabes muy bien que fui yo quien sacó el agua y tú sólo la regabas en las zanjas.

—Estás equivocada —contestó el chacal—. Era yo el que sacaba el agua y tú la que regaba las zanjas. ¡Cualquiera podrá decírtelo! ¡Si quieres le preguntamos a esa gente que está cavando por allá!

—Muy bien —respondió la oveja.

Y el chacal gritó:

—¡Hey, cavadores!, díganme: ¿A quién oyeron cantar durante el trabajo?

—¡Pues a ti chacal, por supuesto! ¡Cantabas tan fuerte que todo el mundo podía oírte!

—¿Y quién es el que canta, el que saca el agua o el que riega?

—¡Pues, sin duda el que saca el agua!

—¿Oyes eso? —dijo el chacal, volviéndose a la oveja—. Ahora ven y llévate tu porción o de lo contrario me quedaré con ella.

—Me ganaste —contestó la oveja—; ¡y supongo que debo admitir mi derrota! Pero como no te guardo rencor, ve y come algunos de los dátiles que traigo en ese costal.

El chacal, al que le encantaban los dátiles, regresó corriendo en ese instante y rasgó el costal. Pero justo cuando estaba a punto de clavar el hocico, vio dos ojos cafés mirándolo tranquilamente. En ese momento dejó caer la solapa del costal y regresó de un salto a donde estaba la oveja.

—Sólo estaba bromeando y has traído a mi tío el galgo. Llévate el costal, haremos la división de nuevo.

Y comenzó a reordenar los montones.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, para mi madre la oveja y uno para el chacal —contó, lanzando todo el tiempo tímidas miradas al costal.

—Ahora puedes tomar tu parte e irte —dijo la oveja.

¡Y el chacal no necesitó que se lo dijeran dos veces! Cada vez que la oveja levantaba la vista, podía verlo correr como si volara a través de la llanura, y por lo que sé, todavía podría estar corriendo por ahí.

Los tres tesoros de los gigantes*

Hace mucho, mucho tiempo, vivían un anciano y su mujer que tenían tres hijos; el mayor se llamaba Martin, el segundo Michael y al tercero lo llamaron Jack.

Una noche estaban todos sentados alrededor de la mesa, cenando pan y leche.

—Martin —dijo el anciano de repente—, siento que no viviré mucho tiempo más. Tú, como el mayor, heredarás esta choza; pero, si valoras mi bendición, serás bueno con tu madre y tus hermanos.

—Claro que sí, padre; ¿cómo puedes suponer que les haría daño? —replicó Martin indignado, sirviéndose los mejores bocados del plato mientras hablaba.

El anciano no vio nada, pero Michael lo miró atónito y Jack estaba tan sorprendido que olvidó comer su propia cena.

Poco después, el padre cayó enfermo y mandó llamar a sus hijos, que habían ido de cacería, para que se despidieran de él. Después de darles buenos consejos a los dos mayores, se volvió hacia Jack.

—Hijo mío —dijo—, tú no tienes tanto juicio como otras

* Tomado de *Contes Populaires Slaves*, de Louis Leger.

personas, pero si el cielo te ha privado de algo de razón, te ha dado un buen corazón a cambio. ¡Escucha siempre lo que te diga y presta atención a las palabras de tu madre y hermanos, tanto como te sea posible. Diciendo esto, el anciano cayó sobre sus almohadas y murió.

Los gritos de dolor proferidos por Martin y Michael se escucharon por toda la casa, pero Jack permaneció junto al lecho de su padre, inmóvil y en silencio, como si también estuviera muerto. Al fin se levantó, se dirigió al jardín, se escondió entre algunos árboles y lloró como un niño, mientras sus dos hermanos preparaban el entierro.

Tan pronto como enterraron al anciano, Martin y Michael acordaron que irían juntos por el mundo en busca de fortuna, mientras que Jack se quedaría en casa con su madre. Nada le hubiera gustado más a Jack que sentarse y soñar junto al fuego, pero la madre, que también era muy vieja, dijo que no había trabajo para él y que debería ir a buscarlo con sus hermanos.

De modo que una hermosa mañana partieron los tres; Martin y Michael llevaban dos grandes bolsas llenas de comida, pero Jack no llevaba nada. Esto enojó mucho a sus hermanos, pues el día estaba caluroso y las bolsas pesaban mucho; cerca del mediodía se sentaron debajo de un árbol y empezaron a comer. Jack estaba tan hambriento como ellos, pero sabía que era inútil pedirles nada, por lo que se tiró bajo otro árbol y lloró amargamente.

—A ver si la próxima vez no eres tan perezoso y traes comida para ti —dijo Martin—, pero para su sorpresa Jack respondió:

—¡Ustedes son un buen par! ¡Hablan de buscar fortuna para no ser una carga para nuestra madre y lo primero que hacen es llevarse toda la comida que tiene en la casa!

Esta respuesta fue tan inesperada que por algunos momentos ninguno de los dos hermanos pudo contestar. Entonces le ofrecieron a su hermano algo de su comida y cuando éste terminó de comer, se pusieron otra vez en camino.

Hacia la tarde llegaron a una pequeña choza, tocaron a la puerta y preguntaron si podrían pasar allí la noche. El hombre, que era un leñador, los invitó a pasar y les rogó que se sentaran a cenar. Martin le dio las gracias, pero como era muy orgulloso, le explicó que solo querían hospedaje, ya que traían mucha comida con ellos; él y Michael abrieron sus bolsas en ese instante y empezaron a comer, mientras que Jack se escondió en un rincón. La esposa, al ver esto, se apiadó de él y lo llamó para que compartiera su cena, lo que hizo con gusto y le pareció muy sabrosa. Ante esto, Martin lamentó mucho haber sido tan tonto de rechazarla, pues sus pedazos de pan y queso le parecieron muy duros cuando le llegó el sabroso olor de la sopa que su hermano estaba disfrutando.

"No volverá a tener esa oportunidad" pensó; a la mañana siguiente insistió en adentrarse en un bosque espeso donde no era probable que se encontraran a nadie.

Por un largo rato vagaron de aquí para allá, pues no había un sendero que los guiara; pero al fin llegaron a un extenso claro, en medio del cual había un castillo. Jack gritó de alegría, pero Martin, que estaba de mal humor, dijo con brusquedad:

—¡Seguro que tomamos un camino equivocado! Regresemos.

—¡Idiota! —respondió Michael—, que también tenía hambre y, como mucha gente cuando tiene hambre, también estaba de muy mal humor—. Nos dispusimos a viajar por el mundo, y ¿qué importa si vamos a la derecha o a la izquierda?

Y, sin decir una palabra más, tomó el sendero hacia el castillo, seguido de cerca por Jack y después de un instante también por Martin.

La puerta del castillo estaba abierta, y entraron a una gran sala y miraron a su alrededor. No se veía una sola criatura y, de repente, Martin, no supo por qué, sintió un poco de miedo. Se hubiera salido del castillo en ese instante, pero se detuvo cuando Jack se acercó valientemente a una puerta en la pared y la abrió. Por pura vergüenza no podía permitir que su hermano menor lo superara, y entró detrás de él a otra sala espléndida, llena de piso a techo con grandes piezas de monedas de cobre.

Martin y Michael quedaron tan deslumbrados por la visión, que sacaron todas las provisiones que les quedaban en sus bolsas y, en su lugar, las llenaron con puñados de cobre.

Apenas lo habían hecho cuando Jack abrió otra puerta, que esta vez los llevó a una sala llena de plata. En un instante, sus hermanos voltearon sus bolsas para que el dinero de cobre cayera al suelo y en su lugar metieron puñados de plata. Apenas habían terminado, cuando Jack abrió una tercera puerta y los tres se fueron de espaldas por el asombro, pues en esta habitación había gran cantidad de oro, tan brillante que lastimaba la vista. Sin embargo, pronto se recuperaron de su sorpresa y con gran rapidez vaciaron la plata de sus bolsas y en su lugar las llenaron de oro. Cuando ya no les cabía más, Martin dijo:

—Será mejor que salgamos de aquí pronto, no sea que alguien venga y no sabríamos qué hacer.

Y, seguido de Michael salió precipitadamente del castillo. Jack se quedó atrás unos minutos para poner piezas de oro, plata y cobre en su bolsillo y comerse la comida que sus hermanos tiraron en el primer cuarto. Luego fue tras ellos y

los encontró recostados en medio del bosque. El sol se estaba poniendo y Martin empezó a sentir hambre, así que, cuando Jack llegó, le ordenó que volviera al castillo y trajera el pan y el queso que habían dejado allí.

—No vale la pena hacerlo —respondió Jack—; pues recogí los pedazos y me los comí.

Ante esta respuesta los dos hermanos se pusieron furiosos y se lanzaron sobre el muchacho, golpeándolo e insultándolo, hasta que se cansaron.

—Vete a donde quieras —gritó Martin dándole una última patada—; pero nunca te vuelvas a acercar a nosotros.

El pobre Jack corrió llorando hacia el bosque.

A la mañana siguiente, sus hermanos regresaron a su hogar y compraron una hermosa casa, donde vivieron con su madre como grandes señores.

Jack permaneció escondido durante algunas horas, agradecido de estar a salvo de sus verdugos; pero cuando nadie vino a molestarlo y su espalda ya no le dolía tanto, comenzó a pensar en lo que sería mejor hacer. Por fin se decidió a ir al castillo y llevarse el dinero suficiente para vivir con comodidad el resto de su vida. Una vez decidido esto, se levantó y tomó el sendero que conducía al castillo. Igual que antes, la puerta estaba abierta y continuó hasta que llegó a la sala del oro, donde se quitó la chaqueta y ató las mangas para formar una especie de bolsa. Entonces, comenzó a echar el oro a puñados y, de repente, un ruido parecido a un trueno sacudió el castillo. A esto le siguió una voz, ronca como la de un toro, que gruñó:

—Aquí huele a humano.

Y entraron dos gigantes.

—¡Así que, pequeño gusano, tú eres el que roba nuestros tesoros! —exclamó el más grande—. Bien, ¡ya te atrapamos y te cocinaremos para la cena!

Pero el otro gigante lo llevó a un lado y por un momento estuvieron susurrando entre sí. Por fin, el primer gigante habló:

—Por complacer a mi amigo te perdonaré la vida con la condición de que, de ahora en adelante, cuides nuestros tesoros. Si tienes hambre, toma esa mesita y golpetea en ella diciendo mientras lo haces: "¡La cena de un emperador!" y tendrás toda la comida que desees.

Sintiéndose aliviado, Jack prometió todo lo que se le pedía y durante algunos días se divirtió mucho. Tenía todo lo que podía desear y no hacía nada en todo el día; pero al fin empezó a cansarse de todo.

"Que los gigantes cuiden sus tesoros", se dijo al fin; "yo me voy. Pero dejaré todo el oro y la plata y no me llevaré nada más que a ti, mi buena mesita."

De modo que se puso la mesa bajo el brazo y partió hacia el bosque, pero no se quedó allí por mucho tiempo y pronto se encontró en los campos del otro lado. Allí vio a un anciano que le pidió a Jack algo de comer.

—No pudiste pedírselo a nadie mejor que a mí —contestó Jack alegremente.

Y haciendo una seña para que se sentara con él debajo de un árbol, puso la mesa delante de ellos y la golpeó tres veces, gritando:

—¡La comida de un emperador! Apenas había pronunciado las palabras, cuando sobre la mesa aparecieron pescados y carnes de todo tipo.

—Éste es un buen truco —dijo el anciano, cuando hubo comido todo lo que quiso—. Regálamela a cambio de un tesoro que tengo, que es aún mejor. ¿Ves esta corneta? Bien, sólo tienes que decirle que deseas un ejército y tendrás todos los soldados que necesites.

Los gigantes encuentran a Jack en el cuarto del tesoro.

Ahora bien, desde que fue abandonado a su suerte, Jack se había vuelto ambicioso, por lo que después de dudar un momento, tomó la corneta y entregó la mesa a cambio. El anciano se despidió y echó a andar por un camino, mientras que Jack eligió otro, y durante largo rato se sintió complacido con su nueva adquisición. Entonces, sintió hambre y deseó tener su mesa de nuevo, pues no había una sola casa a la vista y quería algo de cenar con desesperación. De pronto se acordó de su corneta y un mal pensamiento se le metió en la cabeza.

—¡Adelante, doscientos húsares! exclamó. Y el relinchar de caballos y el ruido metálico de las espadas se escucharon cerca. El oficial que iba al frente se acercó a Jack y con cortesía le preguntó quería que hicieran.

—A una milla o dos adelante, por este camino —respondió Jack—, encontrarán a un anciano que lleva una mesa. Quítenle la mesa y tráiganmela.

El oficial saludó y regresó con sus hombres, que se lanzaron a galope para cumplir la orden de Jack.

En diez minutos regresaron, llevando la mesa con ellos.

—Eso es todo, gracias —dijo Jack; y los soldados desaparecieron dentro de la corneta.

Ah, qué buena cena tuvo Jack esa noche, olvidando que se lo debía a una mala acción. Al día siguiente, desayunó temprano y, en seguida, caminó en dirección a la ciudad más cercana. En el camino se encontró con otro anciano, que le pidió algo de comer.

—Por supuesto que tendrás algo para comer —respondió Jack.

Y colocando la mesa en el suelo, gritó:

—¡La cena de un emperador! —entonces aparecieron todo tipo de platillos.

Al principio el anciano comió con avidez sin decir nada; pero, después de satisfacer su hambre, se volvió hacia Jack y le dijo:

—¡Éste es un muy buen truco! Dame la mesa y tendrás algo aún mejor.

—No creo que haya algo mejor —respondió Jack.

—Sí, sí lo hay. Aquí está mi bolsa: te dará tantos castillos como puedas desear.

Jack pensó por un momento, y luego respondió:

—Muy bien, te la cambiaré.

Y entregándole la mesa al anciano, se colgó el saco en el brazo.

Cinco minutos después llamó a quinientos lanceros con la corneta y les ordenó que siguieran al anciano y trajeran la mesa de regreso.

Ahora que gracias a su astucia poseía los tres objetos mágicos, decidió regresar a su lugar de nacimiento. Se embarró la cara con tierra y se rasgó sus ropas con el fin de parecer un mendigo y detuvo a los transeúntes, con el pretexto de pedir dinero o comida, para preguntarles sobre los chismorreos de la aldea. De esta manera se enteró que sus hermanos se habían convertido en hombres importantes, muy respetados en toda la comarca. Tan pronto se enteró de ello, sin perder tiempo se dirigió a la puerta de su elegante casa y suplicó que le dieran comida y hospedaje; pero lo único que recibió fueron palabras duras y la orden de que fuera a mendigar a otro lado. Al final, sin embargo, ante las súplicas de su madre, le dijeron que podía pasar la noche en el establo. Ahí esperó hasta que todos en la casa estuvieron bien dormidos. Entonces, sacó la bolsa de su manto y pidió que apareciera un castillo en ese lugar; y la corneta le dio soldados para custodiar el castillo, mientras que la mesa le proporcionó una buena cena.

Por la mañana, hizo desaparecer todo y, cuando sus hermanos entraron en el establo, lo encontraron echado en la paja.

Jack permaneció ahí durante muchos días, sin hacer nada y, hasta donde todos pudieron ver, sin comer. Mucho desconcertó esta conducta a sus hermanos y le hicieron tantas preguntas que al fin les dijo el secreto de la mesa e incluso les ofreció una cena, que superó con mucho cualquier cosa que hubieran visto u oído. Pero aunque prometieron solemnemente no revelar nada de esto, de alguna manera se filtró la historia y en poco tiempo llegó a oídos del propio rey. Esa misma noche su chambelán llegó a donde Jack estaba viviendo, con una petición del rey de que le prestara la mesa durante tres días.

—Muy bien —contestó Jack—, puedes llevarte la mesa. Pero dile a su majestad que si no la regresa al cabo de tres días le declararé la guerra.

De modo que el chambelán tomó la mesa y se la llevó directamente al rey, transmitiéndole, al mismo tiempo, la amenaza de Jack, lo que hizo reír a ambos hasta que les dolió el estómago.

Ahora bien, el rey estaba tan encantado con la mesa y las comidas que le daba que, cuando pasaron los tres días, no podía decidirse a desprenderse de ella. En su lugar, mandó llamar a su carpintero y le pidió que hiciera una copia exacta y cuando terminó, le dijo a su chambelán que se la devolviera a Jack con su mayor agradecimiento. Coincidió que era la hora de la comida y Jack invitó al chambelán, que no sabía nada del engaño, para se quedara a comer con él. El buen hombre que en los últimos tres días había tenido varias comidas excelentes, proporcionadas por la mesa, aceptó la invitación con placer, aunque iba a comer en un establo, y se posó sobre la paja al lado de Jack.

—¡La cena de un emperador! —gritó Jack.

Pero ni siquiera un bocado de queso apareció.

—¡La cena de un emperador! —gritó Jack con voz de trueno.

Entonces se dio cuenta de la verdad; y, destruyendo la mesa con sus manos, se volvió hacia el chambelán, quien, desconcertado y un tanto temeroso, se preguntaba cómo podría escapar.

—Dile al mentiroso de tu rey que mañana destruiré su castillo con la misma facilidad que he destruido esta mesa.

El chambelán regresó al palacio a toda prisa y le dio al rey el mensaje de Jack, que lo hizo reír más que antes y llamó a todos sus cortesanos para que escucharan la historia. Pero no festejaron tanto cuando despertaron a la mañana siguiente y contemplaron diez mil hombres de a caballo y otros tantos arqueros rodeando el palacio. El rey vio que era inútil resistir y tomó la bandera blanca de tregua en una mano y la mesa verdadera en la otra para después salir a buscar a Jack.

—Cometí un crimen —dijo—; pero haré mi mejor esfuerzo para compensarte por ello. Aquí está tu mesa. Reconozco con vergüenza que la traté de robar. ¡Prometo darte a mi hija por esposa!

No había necesidad de retrasar el matrimonio, pues la mesa podía proporcionar el más espléndido banquete que jamás se hubiera visto; y después que todos comieron y bebieron tanto como quisieron, Jack tomó su bolsa y le ordenó que levantara en el parque un castillo lleno de todo tipo de tesoros para él y su desposada.

Ante esta prueba de su poder, el corazón del rey desfalleció dentro de él.

—Tu magia es más grande que la mía —dijo—; y tú eres joven y fuerte, mientras que yo estoy viejo y cansado. Por lo tanto, toma el cetro de mi mano y la corona de mi cabeza y gobierna mi pueblo mejor que yo.

Por fin, la ambición de Jack se vio satisfecha. No podía esperar nada mejor que ser rey y, mientras tuvo su corneta para proporcionarle soldados, estuvo a salvo de sus enemigos. Nunca perdonó a sus hermanos por la forma en la que lo trataron, aunque a su madre le regaló un castillo hermoso y todo lo que pudiera desear. En el centro de su propio palacio estaba la cámara del tesoro y en esta cámara guardó la mesa, la corneta y la bolsa, como lo más preciado de todas sus posesiones, y no pasaba una semana sin que el rey Jack la visitara para asegurarse que sus tesoros estaban a salvo. Reinó majestuosamente durante largo tiempo y murió siendo un hombre muy viejo, amado por su pueblo. Pero sus hijos y nietos no siguieron su buen ejemplo. Se volvieron tan soberbios que se avergonzaban de pensar que el fundador de su linaje había sido un muchacho pobre; y como ni ellos ni nadie más podían dejar de recordarlo en tanto que la mesa, la corneta y la bolsa se exhibieran en la cámara del tesoro, un rey, más tonto que los demás, los arrumbó en un sótano oscuro y húmedo.

El reino sobrevivió durante algún tiempo, aunque con el paso de los años se volvía cada vez más débil. Entonces, un día le llegó al rey el rumor de que un gran ejército marchaba contra él. Vagamente recordó algunos cuentos que había oído sobre una corneta mágica que podía proporcionar tantos soldados como para conquistar la tierra y que su abuelo había guardado en un sótano. Hacia allá fue pensando que podría renovar su poder una vez más y ciertamente encontró, en ese lugar negro y lleno de lama, los tesoros. Pero la mesa se hizo pedazos cuando la tocó, en la corneta sólo quedaban algunos trozos de cintas de cuero roídas por las ratas y en la bolsa nada sino unos fragmentos de piedra.

El rey inclinó la cabeza ante la destrucción que le esperaba, y en su corazón maldijo la ruina ocasionada por el orgullo y necedad suya y de sus antepasados.

El nómada de la llanura*

En un lugar lejano, cerca de la costa este de África, vivía un hombre con su esposa. Tenían dos hijos, un niño y una niña, a quienes amaban mucho y, al igual que los padres de otros países, a menudo hablaban de los buenos matrimonios que los jóvenes algún día concertarían. En ese lugar los muchachos y las muchachas se casan jóvenes y demasiado pronto, le parecía a la madre; un hombre rico, que moraba al otro lado de las colinas, envió un mensaje ofreciendo un hato de bueyes bien gordos a cambio de la joven. Todos en la casa y en el pueblo se regocijaron, y se envió a la doncella a su nuevo hogar. Cuando todo regresó a la tranquilidad, el padre dijo a su hijo:

—Ahora que somos dueños de esta espléndida manada de bueyes será mejor que te apures y consigas una esposa, no sea que les sobrevenga una enfermedad. Ya hemos buscado en las aldeas de los alrededores una o dos doncellas cuyos padres con gusto las dejarían ir por menos de la mitad del rebaño. Por lo tanto, dinos cuál es la que más te gusta y te la compraremos.

Pero el hijo respondió:

* Tomado de *L'Etude Ethnographique sur les Baronga*, de Henri Junod.

—No, en lo absoluto; las doncellas que he visto no me agradan. Si en efecto, debo casarme, déjenme viajar y buscar por mí mismo una esposa.

—Se hará como tú deseas —dijeron los padres—; pero si a la larga surge algún problema, será tu culpa y no la nuestra.

El joven, sin embargo, no hizo caso y despidiéndose de su padre y de su madre, partió en la búsqueda. Viajó lejos, muy lejos, atravesando montañas y ríos, hasta que llegó a una aldea donde la gente era muy diferente a los de su propia raza. Miró a su alrededor y observó que las muchachas tenían un hermoso aspecto, mientras molían el maíz o cocinaban en ollas de barro algo que olía muy sabroso, sobre todo si uno tenía calor y estaba cansado; y cuando una de las doncellas se volvió y ofreció al extranjero algo de comer, decidió que se casaría con ella y con nadie más.

De modo que envió un mensaje a sus padres pidiendo su permiso para tomarla por esposa y al día siguiente llegaron para traerle su respuesta.

—Te daremos a nuestra hija —dijeron—, si puedes pagar un buen precio por ella. No ha existido nunca una joven más trabajadora; y ¡cómo le vamos a hacer sin ella, no tenemos idea! De cualquier modo, ¿tu padre y tu madre vendrán en persona y traerán consigo el pago?

—No; tengo el pago conmigo —respondió el joven, sacando un puñado de monedas de oro—. Aquí está, tómenlo.

Los ojos de los viejos brillaron con avaricia; pero la costumbre prohibía tocar el pago antes de que estuviera todo arreglado.

—Por lo menos —dijeron, después de una pausa—. ¿Podemos esperar que vengan por tu esposa para llevarla a su nuevo hogar?

—No; ellos no están acostumbrados a viajar —respondió el novio—. Permitan que la ceremonia se lleve a cabo sin demora y nos pondremos en camino de inmediato. Es un largo viaje.

Entonces los padres llamaron a la joven, que estaba tomando el sol fuera de la choza y, en presencia de todo el pueblo, mataron una cabra, tuvo lugar la danza sagrada y se bendijo a los jóvenes. Después de eso, el padre llevó aparte a la novia, para darle algunos consejos antes de la partida.

—Sé buena con los padres de tu esposo —añadió—, y haz siempre la voluntad de tu esposo.

La joven asintió en señal de obediencia. Después tocó el turno a su madre; y, según la costumbre de la tribu, habló con su hija:

—¿A cuál de tus hermanas vas a elegir para que vaya contigo a cortar la leña y acarrear el agua?

—No quiero a ninguna de ellas —respondió—; son inútiles. Dejarán caer la leña y derramarán el agua.

—¿Entonces te llevarás a cualquiera de los otros niños? Hay de sobra, —preguntó la madre otra vez.

Pero la recién desposada dijo rápidamente:

—¡No llevaré a ninguno de ellos! Deberás darme nuestro búfalo, el nómada de la llanura; él será el único a mi servicio.

—¿Qué disparate estás diciendo? —exclamaron los padres—. ¿Darte nuestro búfalo, el nómada de la llanura? ¿Cómo? Tú sabes que nuestra vida depende de él. Aquí está bien alimentado y se echa sobre hierba suave; pero ¿cómo puedes saber cuál será su suerte en otro país? La comida puede ser mala, puede morir de hambre; y, si muere, también nosotros moriremos.

—No, no —dijo la recién desposada—; puedo cuidarlo tan bien como ustedes. Prepárenlo, pues el sol se está poniendo y es hora de que nos pongamos en camino.

Entonces se alejó y preparó una olla pequeña llena de hierbas curativas, un cuerno que utilizaba para curar gente enferma, un pequeño cuchillo y una calabaza que contenía grasa de venado; y, escondiendo todo esto, se despidió de su padre y de su madre y echó a andar a través de las montañas, al lado de su esposo.

Pero el joven no vio al búfalo que los seguía, el que había dejado su casa para ser el sirviente de su esposa.

Nadie supo nunca cómo se difundió la noticia en el kraal de que el joven regresaba, trayendo a su esposa con él; pero, de alguna manera, cuando los dos entraron a la aldea, todos los hombres y mujeres estaban en el camino dando gritos de bienvenida.

—Ah, después de todo no estás muerto —gritaban—, y has encontrado una esposa a tu gusto, aunque no quisiste a ninguna de nuestras muchachas. Bien, bien, tú has elegido tu propio camino y si te trae algún mal, procura no quejarte.

Al día siguiente, el esposo llevó a su esposa a los campos y le mostró cuáles eran suyos, y cuáles le pertenecían a su madre. La joven escuchó atentamente todo lo que le dijo y regresó a la choza con él; pero cerca de la puerta, se detuvo y dijo:

—Se me ha caído mi collar de cuentas en el campo, tengo que ir a buscarlo.

Sin embargo, nada de eso había pasado en realidad, era sólo un pretexto para ir a buscar al búfalo.

Cuando llegó, la bestia estaba agazapada debajo de un árbol y resopló contento al verla.

—Puedes recorrer este campo, éste y éste —dijo—, porque son los que pertenecen a mi esposo, y ése es su bosque, donde puedes esconderte. Pero los otros campos son de su madre, así que ten cuidado de no tocarlos.

—Tendré cuidado —respondió el búfalo y, acariciando su cabeza, la joven lo dejó.

—¡Ah, era mucho mejor sirviente que cualquiera de las niñitas que la recién desposada se había negado a traer! Si quería agua, sólo tenía que cruzar la parcela de maíz detrás de la choza, buscar el lugar donde el búfalo estaba escondido y dejar el cubo junto a él. Luego se sentaba tranquilamente a esperar mientras el búfalo iba al lago y le traía el cubo rebosante. Si quería leña, el búfalo arrancaba las ramas de los árboles y las ponía a sus pies. Cuando los aldeanos la veían regresar cargada, se decían unos a otros:

—¡De seguro las muchachas de su país son más fuertes que las nuestras, pues ninguna de ellas puede cortar leña tan rápido o cargar tanto!

Pero bueno, nadie sabía que tenía un búfalo por sirviente.

Sólo que, en todo este tiempo, nunca le dio nada de comer al pobre búfalo, porque solamente había un plato, en el que ella y su esposo comían; mientras que en su antigua casa había uno reservado expresamente para el nómada de la llanura. El búfalo lo soportó tanto tiempo como pudo; pero un día, cuando su señora le ordenó ir al lago a buscar agua, sus rodillas casi se doblaron por el hambre. Sin embargo, guardó silencio, hasta la tarde, cuando le dijo a su señora:

—Estoy casi muerto de hambre; no he probado bocado desde que llegué aquí. Ya no puedo trabajar más.

—¡Ay qué pena! —respondió ella—, ¿qué puedo hacer? Sólo tengo un plato en la casa. Tendrás que robar algunos granos de los campos. Toma algunos aquí y allá; pero asegúrate de no tomar demasiados de un solo lugar o el dueño podría darse cuenta.

Ahora bien, el búfalo había vivido siempre una vida honesta, pero si su señora no lo alimentaba, tenía que con-

seguir él mismo su comida. Así que esa noche, cuando todo el pueblo dormía, salió del bosque y comió algunos granos de aquí y allá, como su señora le había indicado. Cuando por fin satisfizo su hambre, regresó a hurtadillas a su escondrijo. Pero un búfalo no es un hada y a la mañana siguiente, cuando las mujeres llegaron a trabajar en los campos, se quedaron paralizadas de asombro y se dijeron unas a otras:

—¡Miren esto; una bestia salvaje ha estado destruyendo nuestros cultivos y podemos ver las huellas de sus patas!

Y regresaron corriendo a sus casas para contar su historia.

Por la noche, la joven se dirigió cautelosa hacia el escondite del búfalo y le dijo:

—Se dieron cuenta de lo sucedido, por supuesto; así que esta noche mejor buscas tu cena más lejos.

El búfalo asintió con la cabeza y siguió su consejo; pero en la mañana, cuando estas mujeres salieron otra vez a trabajar, las huellas de sus pezuñas se podían ver claramente, por lo que corrieron a decirle a sus esposos y les rogaron que trajeran sus armas y acecharan al ladrón.

Sucedió que el esposo de la joven extranjera era el mejor tirador en toda la aldea. Entonces éste se escondió detrás del tronco de un árbol y esperó.

El búfalo, pensando que lo buscarían en los campos que había asolado la noche anterior, regresó al campo de grano perteneciente a su señora.

El joven lo vio venir con asombro.

—¡Cómo, es un búfalo! —gritó—; ¡nunca antes había visto uno en esta región!

Y levantando su rifle, le apuntó justo detrás de la oreja.

El búfalo dio un salto en el aire y cayó muerto.

—Fue un buen tiro —dijo el joven.

Y corrió al pueblo para decirles que el ladrón había sido castigado.

Cuando entró en su cabaña encontró a su esposa, que de alguna manera había escuchado la noticia, dando vueltas de un lado a otro y derramando lágrimas.

—¿Estás enferma? —le preguntó.

Y ella respondió:

—Sí; me duele todo el cuerpo.

Pero no estaba enferma en lo absoluto, sólo muy triste por la muerte del búfalo que la había servido tan bien. Su esposo estaba preocupado, y mandó traer al curandero; sin embargo, aunque la joven fingió prestarle atención, tiró todas sus medicinas por la puerta tan pronto como se hubo marchado.

Con los primeros rayos de luz todo el pueblo se despertó, y las mujeres salieron armadas con canastas y los hombres con cuchillos para destazar al búfalo. Sólo la joven se quedó en su choza; y después de un rato ella también se fue a reunir con los demás, gimiendo y llorando mientras caminaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó su esposo cuando la vio—. Si estás enferma es mejor que te quedes en casa.

—¡Ah! No podía quedarme sola en el pueblo —dijo.

Entonces su suegra dejó su trabajo para regañarla, y decirle que se mataría si hacía esas cosas tan tontas. Pero la joven no hizo caso y se puso a observar.

Cuando acabaron de repartir la carne del búfalo y cada mujer tenía la porción de la familia en su canasta, la esposa extranjera se levantó y dijo:

—Déjenme la cabeza.

—No podrías cargar algo tan pesado —respondieron los hombres—, y además estás enferma.

—No saben lo fuerte que soy —respondió ella.

Al fin se la dieron.

No regresó al pueblo con los demás, sino que se quedó atrás y, en lugar de entrar en su choza, se metió en el pequeño cobertizo donde estaban las ollas para cocinar y almacenar el maíz. Puso la cabeza del búfalo en el suelo y se sentó a su lado. Su esposo vino a buscarla y le rogó que saliera del cobertizo y se fuera a la cama, pues seguramente estaba muy cansada; pero la joven no se movió, ni atendió las palabras de su suegra.

—¡Desearía que me dejaran en paz! —respondió enojada—. Es imposible dormir si alguien está entrando todo el tiempo.

Les volvió la espalda, y ni siquiera se comió lo que le trajeron. Así que se fueron y el joven pronto se tendió en su lecho; pero la extraña conducta de su esposa le preocupaba y se quedó despierto toda la noche, por si escuchaba algo.

Cuando todo estuvo quieto, la joven hizo un fuego e hirvió un poco de agua en una olla. Tan pronto como estuvo bien caliente, tomó la medicina que había traído de su casa y, entonces, sosteniendo la cabeza del búfalo, hizo con su cuchillo unas pequeñas incisiones detrás de la oreja y cerca de la sien, donde lo alcanzó el disparo. Después colocó el cuerno en ese sitio y sopló con todas sus fuerzas hasta que, al fin, la sangre comenzó a moverse. En seguida extendió sobre la herida un poco de grasa de ciervo que tomó de la calabaza y que sostuvo sobre el vapor del agua caliente. Por último, cantó en voz baja un canto fúnebre al nómada de la llanura.

Mientras cantaba las últimas palabras, la cabeza se movió y las extremidades regresaron. El búfalo comenzó a sentirse vivo de nuevo, sacudió sus cuernos, se puso de pie y se desperezó. Desgraciadamente, fue justo en este momento que el esposo se dijo:

—¡Me pregunto si todavía sigue llorando, y qué es lo que le pasa! Tal vez sea mejor que vaya a ver.

Se levantó y, llamándola por su nombre, fue al cobertizo.

—¡Vete! ¡No te quiero! —le gritó enojada.

Pero era demasiado tarde. El búfalo cayó muerto al suelo, con la misma herida de antes en la cabeza.

El joven que, a diferencia de los de su tribu, tenía miedo de su esposa, regresó a su cama sin haber visto nada, pero muy intrigado por lo que habría estado haciendo todo este tiempo. Después de unos minutos, la esposa comenzó su tarea una vez más, y al final el búfalo se puso de pie como antes. Pero justo cuando la joven se alegraba porque su trabajo se había terminado, el esposo regresó para ver qué estaba haciendo su esposa y esta vez se sentó en la choza y le dijo que deseaba ver qué estaba pasando. Entonces, la joven tomó la jarra y todas sus cosas y salió del cobertizo, intentando por tercera vez revivir al búfalo.

Era demasiado tarde; estaba a punto de amanecer y la cabeza cayó al suelo, muerta y putrefacta como antes.

La joven entró a la choza, donde su esposo y su madre se estaban preparando para salir.

—Quiero ir al lago y bañarme —dijo.

—Pero nunca podrías caminar tan lejos —le contestaron—. ¡Estás tan cansada que casi no puedes tenerte en pie!

Sin embargo, a pesar de sus advertencias, la joven salió de la choza en dirección al lago. Muy pronto regresó llorando y dijo entre sollozos:

—Me encontré en la aldea a alguien que vive en mi país y me dijo que mi madre está muy, muy enferma y, si no voy a verla en seguida, morirá antes de que llegue. Regresaré tan pronto como pueda y, ahora, adiós.

Y partió en dirección hacia las montañas. Sólo que esto no era verdad; no había tenido noticias de su madre, sólo quería una excusa para ir a casa y decirle a su familia que sus profecías se habían cumplido y que el búfalo estaba muerto.

Balanceando su cesta en la cabeza, se fue caminando y, en cuanto dejó atrás la aldea, empezó a cantar la canción del nómada de la llanura y, por fin, al declinar el día llegó al conjunto de chozas donde vivían sus padres. Todos sus amigos corrieron a su encuentro y, llorando, les dijo que el búfalo estaba muerto.

Esta triste noticia se extendió como un rayo a través de la región, y la gente acudía de todos los lugares para llorar por la pérdida de la bestia que había sido su orgullo.

—Si tan sólo nos hubieras escuchado —exclamaban—, ahora estaría vivo. Pero rechazaste a todas las niñas que te ofrecimos y no quisiste nada que no fuera el búfalo. Recuerda lo que dijo el curandero: "¡Si el búfalo muere tú también te mueres!"

Así que lamentaron su suerte y durante un rato no se percataron de que el esposo de la joven estaba sentado entre ellos, con su arma apoyada contra un árbol. Entonces un hombre, volviéndose, lo miró y se inclinó burlonamente.

—¡Salve, asesino! ¡Salve, nos has matado a todos!

El joven se les quedó mirando, sin saber qué quería decir y contestó, con extrañeza:

—Le disparé a un búfalo; ¿es por eso que me llamas asesino?

—¡Un búfalo, sí; pero era el sirviente de tu esposa! Él era quien llevaba la leña y sacaba el agua. ¿No lo sabías?

—No; no lo sabía —respondió el esposo sorprendido—. ¿Por qué nadie me lo dijo? ¡Por supuesto que no le hubiera disparado!

—Bueno, está muerto —respondieron—, y nosotros moriremos también.

En esto la joven tomó una taza en la que se habían machacado algunas hierbas venenosas y, sosteniéndola en sus manos, se lamentó:

—¡Oh, padre mío, nómada de la llanura!

Luego, tomó un gran trago y cayó muerta. Uno a uno, sus padres, sus hermanos y sus hermanas, bebieron también y murieron entonando un canto fúnebre a la memoria del búfalo.

El esposo de la joven observaba. Regresó muy triste a casa a través de las montañas y, al entrar a su choza, se tiró al suelo. Al principio estaba muy cansado para hablar; pero al fin se levantó y contó toda la historia a su padre y a su madre, que estaban sentados mirándolo. Cuando terminó, movieron la cabeza y dijeron:

—¡Ahora ya comprobaste que no hablamos palabras ociosas cuando te dijimos que algún mal vendría de tu matrimonio! Te ofrecimos una esposa buena y trabajadora y la rechazaste. Y no sólo has perdido a tu esposa, sino también tu fortuna. ¿Pues quién te va a devolver tu dinero, si todos están muertos?

—Es cierto, padre mío —respondió el joven.

Pero en su corazón pensaba más en la pérdida de su esposa, que en el dinero que había pagado por ella.

La cierva blanca*

Había una vez un rey y una reina que se amaban entrañablemente y habrían sido muy felices si tan sólo hubieran tenido un hijo o hija para jugar con ellos. Nunca hablaban de ello y siempre aparentaban que no había nada en el mundo que pudieran desear; pero, a veces, cuando veían a los niños de otras personas, sus rostros se entristecían y sus cortesanos y sirvientes sabían la razón.

Un día la reina estaba sentada sola junto a una cascada que brotaba de unas rocas, en el gran parque contiguo al castillo. Se sentía más triste que de costumbre, y había alejado a sus damas para que nadie pudiera ser testigo de su sufrimiento. De repente oyó un susurro en la poza debajo de la cascada y, al alzar la vista, vio un cangrejo grande trepándose a una piedra cerca de ella.

—Gran reina —dijo el cangrejo—. Estoy aquí para decirte que pronto se te concederá lo que más desea tu corazón. Pero primero deberás permitir que te conduzca al palacio de las hadas, que aunque está muy cerca, nunca ha sido visto por ojos mortales debido a las espesas nubes que lo rodean. Cuando

* Tomado de *Les Contes des Fées*, de Madame d´Aulnoy.

estés ahí sabrás más; es decir, si depositas tu confianza en mí.

La reina nunca antes había escuchado hablar a un animal y enmudeció por la sorpresa. Sin embargo, estaba tan encantada con las palabras del cangrejo que sonrió dulcemente y extendió su mano; pero no la tomó el cangrejo que había estado allí sólo un momento antes, sino una viejecilla elegantemente vestida de blanco y carmesí, con unas cintas verdes en su pelo gris. Y lo más increíble, no caía ni una gota de agua de su ropa.

La anciana corrió ágil por un sendero que la reina había recorrido cientos de veces antes, pero que se veía tan diferente que apenas podía creer que fuera el mismo. En lugar de tener que abrirse paso a través de ortigas y zarzas, jazmines y rosas colgaban sobre su cabeza, mientras que bajo sus pies el suelo olía dulcemente a violetas. Los naranjos eran tan altos y espesos que, incluso a medio día, el sol nunca calentaba demasiado, y al final del camino se podía atisbar algo tan deslumbrante que la reina tuvo que proteger sus ojos y mirar solamente entre los dedos.

—¿Qué puede ser? —preguntó, volviéndose a su guía, quién contestó:

—Ah, es el palacio de las hadas y aquí vienen algunas de ellas a recibirnos.

Mientras hablaba, las puertas se abrieron y se acercaron seis hadas, cada una con una flor hecha de piedras preciosas en la mano, pero tan real que solamente al tocarla se podía notar la diferencia.

—Señora —dijeron—, no sabemos cómo agradecer esta muestra de su confianza, pero nos llena de felicidad decirte que en breve tiempo tendrás una pequeña hija.

La reina estaba tan encantada con esta noticia que casi se desmayó de alegría; y una vez que pudo hablar, volcó toda su gratitud en las hadas por el regalo prometido.

—Y ahora, —dijo—, no debo quedarme más tiempo, pues mi esposo pensará que he escapado o que alguna bestia malvada me ha devorado.

Al poco tiempo sucedió lo que las hadas habían pronosticado y nació una niña en el palacio. Por supuesto, tanto el rey como la reina se sintieron felices y a la niña la llamaron Desirée, que significa "deseada", pues "deseada" había sido durante cinco años antes de su nacimiento.

Al principio la reina sólo pensaba en su juguete nuevo, pero luego se acordó de las hadas que lo habían mandado. Le pidió a sus damas que le trajeran el ramillete de flores de pedrería que le habían regalado en el palacio, tomó cada flor en su mano y empezó a llamar a cada una por su nombre y, cada vez que lo hacía, un hada aparecía ante ella. Pero, por desgracia, como sucede a menudo, se olvidó de aquella a la que más debía, el hada cangrejo, y esto, como es el caso de otros bebés sobre los que ustedes han leído, le trajo muchas desventuras.

Sin embargo, por el momento todo era regocijo en el palacio y todo mundo corría a las ventanas para ver los carruajes de las hadas, pues no había dos iguales. Una tenía un carro de ébano, tirado por palomas blancas, otra estaba recostada en su carroza de marfil, conducida por diez cuervos negros, mientras que las demás habían elegido maderas preciosas o conchas multicolores, con guacamayas escarlatas y azules, pavorreales de larga cola o periquitos en lugar de caballos. Estos carruajes los utilizaban sólo en ocasiones de Estado, pues cuando iban a la guerra dragones voladores, briosas serpientes, leones o leopardos, tomaban el lugar de las hermosas aves.

Las hadas entraron al aposento de la reina, seguidas de enanitos que portaban sus regalos y se veían mucho más or-

gullosos que sus señoras. Uno a uno pusieron su carga sobre el piso y nadie había visto nunca cosas tan hermosas. Todo lo que un bebé pudiera usar o con lo que pudiera jugar estaba allí, y además, tenían otros regalos más preciosos, que sólo los niños que tienen hadas como madrinas pueden aspirar a poseer.

Estaban todos reunidos alrededor de la pila de cojines rosas donde dormía la bebé, cuando una sombra pareció interponerse entre ellos y el sol, y un viento frío sopló en la habitación. Todo el mundo alzó la mirada y allí estaba el hada cangrejo, que en su ira había crecido tanto que llegaba al techo.

—¡Así que me han olvidado! —exclamó con voz tan fuerte que la reina tembló al escucharla—. ¿Quién te consoló en tu aflicción? ¿Quién te condujo a las hadas? ¿Quién te trajo sana y salva a casa de nuevo? Sin embargo, a mí, a mí, me ignoraron, mientras que a éstas, que no han hecho nada en comparación, se les halaga y se les muestra gratitud.

La reina, casi muda de terror, trató en vano de pensar en alguna explicación o disculpa; pero no encontró ninguna, y sólo pudo confesar su falta e implorar perdón. Las hadas también hicieron todo lo posible por aplacar la ira de su hermana y sabiendo que, al igual que muchas personas ordinarias que no son hadas, era muy vanidosa, le rogaron que abandonara su disfraz de cangrejo, para volver a ser la persona encantadora a la que estaban acostumbradas.

Durante algún tiempo, el hada enfurecida no hizo caso de nada; pero al fin los halagos comenzaron a surtir efecto. Se desprendió de la concha de cangrejo, se redujo a su tamaño normal y suavizó un poco su fiera expresión.

—Bueno —dijo—, no causaré la muerte de la princesa, como era mi intención, pero igual tendrá que sufrir el castigo

por la falta de su madre, como muchos otros niños antes que ella. El castigo que le impongo es que si se le permite ver un rayo de luz antes de su decimoquinto cumpleaños, lo lamentará amargamente y podría costarle la vida.

Y con estas palabras desapareció por la ventana por la que llegó, mientras que las hadas consolaban a la llorosa reina y deliberaban cuál sería la mejor manera de cuidar a la princesa durante su infancia.

Después de media hora llegaron a una decisión y, a una orden de las hadas, brotó un hermoso palacio, cercano al del rey y la reina, pero diferente a todos los palacios del mundo en que no tenía ventanas y sólo tenía una puerta justo debajo de la tierra. Sin embargo, una vez dentro, apenas se extrañaba la luz del día, tan brillantes eran las muchas bujías que ardían en las paredes.

Ahora bien, hasta este momento la historia de la princesa ha sido como las historias de muchas princesas que todos han leído; pero, cuando el tiempo de su encierro llegaba casi a su fin, su fortuna tomó otro giro. Por casi quince años las hadas la habían cuidado y la entretenían y educaban para que, cuando se incorporara al mundo, no estuviera en desventaja, ni siquiera un poco, con las hijas de otros reyes, en todo aquello que hace a una princesa encantadora y bien dotada. Todas la amaban entrañablemente, pero el hada Tulip la amaba más que todas; y a medida que el decimoquinto cumpleaños de la princesa se acercaba, el hada comenzó a temer que ocurriera algo terrible, algún accidente no previsto.

—No la pierdas de vista —dijo Tulip a la reina—, y entretanto, pinten su retrato y llévenlo a las cortes vecinas, como es la costumbre, para que los reyes vean cómo su belleza supera con creces la de cualquier otra princesa y entonces la pidan en matrimonio para sus hijos.

Así se hizo y, como lo había augurado el hada, todos los jóvenes príncipes se enamoraron al ver el retrato; pero el último al que se le mostró no podía pensar en otra cosa y se negó a que lo retiraran de su aposento, donde pasaba días enteros contemplándolo.

El rey, su padre, estaba muy sorprendido por el cambio experimentado por su hijo que, por lo general, pasaba todo su tiempo de cacería o cetrería, y su preocupación aumentó al escuchar una conversación entre dos de sus cortesanos que temían que el príncipe se estuviera volviendo loco, tan caprichoso se había vuelto. Sin perder un momento, el rey fue a visitar a su hijo y, en cuanto entró en la habitación, el joven se arrojó a los pies de su padre.

—¡Me has comprometido con una doncella que no podré amar nunca! —exclamó—; pero si no das tu consentimiento para romper el compromiso y pides la mano de la princesa Desireé, voy a morir de tristeza, agradecido de ya no estar vivo.

Estas palabras disgustaron mucho al rey, que pensaba que, si rompía el matrimonio ya arreglado, de seguro atraería una guerra larga y sangrienta sobre sus súbditos; así que, sin responder se retiró, esperando que en unos días su hijo entrara en razón. Pero el malestar del príncipe empeoró tan rápidamente que el rey, desesperado, prometió enviar de inmediato una embajada al padre de Desireé.

Esta noticia curó al joven de todos sus males al instante; y comenzó a planear cada detalle de la vestimenta y de los caballos y carruajes necesarios para hacer que el séquito del enviado, cuyo nombre era Becasigue, fuera lo más espléndido posible. Anhelaba formar parte de la embajada, aunque fuera disfrazado de paje; pero el rey no lo permitió y, por tanto, el príncipe tuvo que contentarse con buscar por todo el reino las

cosas más raras y hermosas para enviárselas a la princesa. De hecho, llegó justo cuando la embajada partía con su retrato, pintado en secreto por el pintor de la corte.

El rey y la reina no deseaban cosa mejor para su hija que se uniera con una familia grande y poderosa, y al embajador que le brindaran una gran bienvenida. Incluso querían que viera a la princesa Desireé, pero el hada Tulip lo impidió, pues temía que de ello sobreviniera algún mal.

—Y asegúrense de advertirle —agregó—, que el matrimonio no puede celebrarse hasta que cumpla los quince años o alguna terrible desgracia podría ocurrirle a la niña.

Por ello cuando Becasigue, rodeado de su séquito, hizo la petición formal para que la princesa Desireé fuera dada en matrimonio al hijo de su señor, el rey reconocío sentirse muy honrado. También dijo que con gusto daría su consentimiento; pero que nadie podía siquiera ver a la princesa, hasta que cumpliera quince años, pues el hechizo lanzado sobre ella en su cuna por un hada rencorosa, no desaparecería hasta que eso ocurriera. El embajador quedó muy sorprendido y decepcionado, pero él sabía mucho acerca de las hadas como para arriesgarse a desobedecer; por lo tanto, se contentó con presentar a la reina el retrato del príncipe, que sin tardanza se lo llevó a la princesa. Cuando la joven lo tomó en sus manos éste empezó de pronto a hablar, como le habían enseñado, y pronunció un elogio de lo más delicado y encantador, que hizo ruborizar a la princesa de satisfacción.

—¿Te gustaría tener un esposo así? —preguntó la reina, riendo.

—¡Como si supiera algo de maridos! —replicó Desireé, que hacía mucho que había adivinado cuál era el asunto del embajador.

—Bien, en tres meses él será tu esposo —respondió la reina—, ordenando que trajeran los regalos del príncipe.

La princesa estaba muy contenta con ellos y los admiró mucho, pero la reina notó que sus ojos se desviaban con frecuencia de las sedas más suaves y de las joyas más brillantes hacia el retrato del príncipe.

El embajador, viendo que no había ninguna esperanza de que le permitieran ver a la princesa, se despidió y regresó a su propia corte; pero he aquí que surgió una nueva dificultad. El príncipe, aunque lleno de alegría al pensar que Desireé en verdad iba a ser su esposa, se encontraba muy decepcionado de que no le hubieran permitido regresar con Becasigue, como tontamente lo había esperado; y como nunca le habían enseñado a privarse de nada o a controlar sus sentimientos, volvió a caer enfermo. No comía nada ni era capaz de sentir placer alguno. Se pasaba el día recostado sobre un montón de cojines, contemplando la imagen de la princesa.

—¡Si tengo que esperar tres meses antes de que me pueda casar con la princesa, moriré! Era todo lo que este muchacho mimado decía; y al fin el rey, desesperado, decidió enviar una nueva embajada al padre de Desireé para implorarle que consintiera que el matrimonio se celebrara de inmediato. "Hubiera presentado mi petición en persona", agregó en su carta. "Pero mi edad y mis enfermedades no me permiten viajar; sin embargo, mi enviado tiene órdenes de aceptar cualquier arreglo que ustedes dispongan".

A su llegada al palacio, Becasigue abogó por la causa de su joven señor, de manera tan ferviente como lo hubiera hecho el rey, su padre, y suplicó que se consultara el asunto con la princesa. La reina fue corriendo a la torre de mármol y le contó a su hija sobre la triste situación del príncipe. Desirée

pensó cómo desposar al príncipe sin arriesgarse a que ocurriera la desgracia proferida por el hada malvada.

—¡Ya sé! —exclamó por fin con alegría—. Que se construya un carruaje en el que la luz no pueda entrar y se le traiga a mi habitación. Entonces me subiré a él y podremos viajar raudos durante la noche y llegar antes del amanecer al palacio del príncipe. Una vez allí, puedo permanecer en una cámara subterránea, donde no entre ninguna luz.

—Ah, qué lista eres —exclamó la reina—, estrechándola en sus brazos.

Y salió corriendo para decirle al rey.

—¡Qué esposa tendrá nuestro príncipe! —dijo Becasigue, haciendo una profunda reverencia—; ahora debo darme prisa en regresar con las noticias y preparar el aposento subterráneo para la princesa.

Y se despidió.

En unos cuantos días estuvo listo el carruaje que ordenó la princesa. Era de terciopelo verde, salpicado con grandes cardos dorados y un tapiz al interior de brocado plateado, con rosas bordadas de color rosa. No tenía ventanas, por supuesto; pero el hada Tulip, a quien se le pidió su consejo, se las había ingeniado para iluminarlo con un resplandor suave que nadie sabía de dónde provenía.

Lo llevaron directo a la gran sala de la torre y la princesa entró en él, seguida por su fiel dama de honor, Eglantina, y por la de compañía, Cerisette, quien también se había enamorado del retrato del príncipe y estaba muy celosa de su señora. El cuarto lugar en el carruaje lo ocupó la madre de Cerisette, a quien la Reina envió para cuidar a las tres jóvenes.

Ahora bien, el Hada de la Fuente era la madrina de la princesa Nera, con quien el príncipe estuvo prometido antes

El hada que no fue invitada.

de que el retrato de Desireé lo hubiera hecho romper su promesa. El hada estaba muy enfadada por el desaire que le hicieron a su ahijada y, desde ese momento, mantuvo cuidadosa vigilancia sobre la princesa. En este viaje vio su oportunidad y fue ella quien, invisible, se sentó cerca de Cerisette y puso malos pensamientos en su mente y en la de su madre.

El camino a la ciudad donde vivía el príncipe corría, en su mayor parte, a través de un espeso bosque y cada noche, cuando no había luna y no se veía una sola estrella a través de los árboles, los guardias que viajaban con la princesa abrían el carruaje para ventilarlo. Esto ocurrió durante varios días, hasta que sólo faltaban doce horas de viaje para llegar al palacio. Entonces, Cerisette persuadió a su madre para que hiciera un gran agujero en un costado del carruaje, con un cuchillo afilado que había traído con ese propósito. En el bosque la oscuridad era tan intensa que nadie se dio cuenta de lo que había hecho, pero cuando dejaron atrás los últimos árboles y salieron a campo abierto, salió el sol y por primera vez desde su infancia, Desireé se encontró cubierta por la luz del día.

Miró sorprendida el deslumbrante brillo que se filtraba a través del agujero; y entonces dio un suspiro que parecía salir del fondo de su corazón. La puerta del carro se abrió, como por arte de magia, y una cierva blanca saltó hacia afuera y al momento se perdió de vista en el bosque. Pero, rápida como era, Eglantina, su dama de honor, tuvo tiempo de ver por dónde se había ido y saltó del carruaje tras ella, seguida a cierta distancia por los guardias.

Cerisette y su madre se miraron con sorpresa y alegría. Apenas podían creer su buena suerte, pues todo había ocurrido exactamente como lo habían deseado. Lo primero que tenían que hacer era ocultar el agujero que cortaron y hecho esto (con

ayuda del hada enojada, aunque ellas no lo sabían), Cerisette se apuró a quitarse sus ropas y ponerse las de la princesa, colocando la corona de diamantes sobre su cabeza. La encontró más pesada de lo que esperaba; pero, a decir verdad, no estaba acostumbrada a llevar coronas, lo cual explica la diferencia.

A las puertas de la ciudad, una guardia de honor que fue enviada por el rey para acompañar a la prometida de su hijo, detuvo el carruaje. Aunque, por supuesto, Cerisette y su madre no podían ver nada de lo que ocurría fuera, escucharon con claridad los gritos de bienvenida de las multitudes en las calles.

El carruaje se detuvo por fin en el gran salón que Becasigue había preparado para recibir a la princesa. El gran chambelán y el mayordomo mayor la aguardaban y cuando la falsa prometida entró en la habitación profusamente iluminada, hicieron una profunda reverencia y le dijeron que tenían órdenes de informar a su alteza de su llegada. El príncipe, a quien el estricto protocolo de la corte le impedía estar presente en la sala subterránea, ardía de impaciencia en sus propios aposentos.

—¡Por fin ha llegado! —exclamó, arrojando al suelo el arco que fingía reparar—. Bien, ¿acaso, no tenía yo razón? ¿No es un milagro de belleza y gracia? ¿Verdad que no tiene igual en todo el mundo?

Los ministros se miraron unos a otros y no respondieron; hasta que al fin el chambelán, que era el más osado de los dos, observó:

—Mi señor, en cuanto a su belleza, puedes juzgar por ti mismo. Sin duda es tan grande como dices; pero en este momento parece haber menguado, como es natural, por la fatiga del viaje.

Sin duda, no era esto lo que el príncipe esperaba escuchar. ¿Sería posible que el retrato la hubiera favorecido? Sa-

bía que esas cosas ocurrían y lo recorrió un escalofrío; pero hizo un esfuerzo para no hacer más preguntas y sólo dijo:

—¿Le han dicho al rey que la princesa está en el palacio?

—Sí, Alteza; y probablemente ya se reunió con ella.

—Entonces iré yo también —dijo el príncipe.

Débil como estaba por su larga enfermedad, el príncipe descendió por la escalera, apoyado por los ministros y entró en la habitación justo a tiempo para oír el grito de asombro y disgusto de su padre al ver a Cerisette.

—Aquí se ha cometido una villanía —exclamó—, mientras el príncipe se apoyaba, mudo de horror, contra el marco de la puerta.

Sin embargo, la dama de honor que estaba preparada para algo por el estilo, avanzó, llevando en su mano las cartas que el rey y la reina le habían confiado.

—Aquí tienen a la princesa Desireé —dijo, fingiendo no haber escuchado nada—, y tengo el honor de presentarles estas cartas de mi señor y señora, junto con el cofre que contiene las joyas de la princesa.

El rey no se movió ni le respondió; por lo que el príncipe, apoyándose en el brazo de Becasigue, se acercó un poco más a la falsa princesa, con la vana esperanza de que sus ojos lo hubieran engañado. Pero cuanto más la veía, más estaba de acuerdo con su padre en que se trataba de alguna artimaña, pues en nada se parecía el retrato a la mujer que tenía delante. Cerisette era tan alta que el vestido de la princesa no le llegaba a los tobillos y tan delgada que sus huesos se veían a través de la tela. Además, su nariz era ganchuda y sus dientes negros y feos.

A su vez, el príncipe se quedó clavado en el lugar. Por fin habló y sus palabras las dirigió a su padre y no a la prometida que había llegado de tan lejos para casarse con él.

—Hemos sido engañados —dijo—, y me costará la vida.

Luego, se apoyó tan pesadamente sobre el enviado, que Becasigue pensó que iba a desmayarse y rápidamente lo recostó en el piso. Durante algunos minutos, nadie pudo poner atención a nada que no fuera el príncipe; pero tan pronto como se repuso la dama de honor se hizo oír.

—Ah, mi hermosa princesa, ¿por qué dejamos nuestro hogar? —exclamó—. Pero el rey, tu padre, vengará los insultos acumulados sobre ti cuando le contemos cómo nos han tratado.

—Yo mismo se lo diré —respondió el rey furioso—; me prometió un portento de belleza y ¡me ha enviado un esqueleto! No me sorprende que la haya tenido oculta a los ojos del mundo durante quince años. Llévenselas a las dos —prosiguió, volviéndose a sus guardias y alójenlas en la prisión del estado. Tengo que averiguar algo más sobre este asunto.

Sus órdenes fueron obedecidas y el príncipe, lamentándose en voz alta de su triste destino, fue conducido a la cama, donde permaneció con una fiebre alta durante varios días. Al cabo de un rato comenzó a recuperar fuerzas poco a poco, pero su pesar era tan grande que no podía soportar la vista de una cara extraña y se estremecía de tan solo pensar en asumir su papel en las ceremonias de la corte. Sin que lo supiera el rey o nadie más que Becasigue, decidió que, tan pronto como estuviera en condiciones, se fugaría y pasaría el resto de su vida en algún lugar solitario. Pasaron algunas semanas antes de que se recuperara lo suficiente para llevar a cabo su plan; pero al fin, una hermosa noche iluminada por las estrellas, los dos amigos se escabulleron, y cuando el rey despertó a la mañana siguiente encontró una carta junto a su cama, diciendo que su hijo se había ido, no sabía adónde.

El rey lloró lágrimas amargas con la noticia, porque su amor por el príncipe era grande; pero pensó que tal vez el joven había actuado juiciosamente y confió en que el tiempo y la influencia de Becasigue traerían al fugitivo de nuevo a casa.

Y mientras esto acontecía, ¿qué había sido de la cierva blanca? Aunque al saltar del carruaje estaba consciente de que algún destino cruel la había transformado en un animal, aun así, no tenía idea de cuál era hasta que se vio en un arroyo.

"¿En verdad soy yo, Desireé?", se dijo, llorando. "¡Qué hada malvada pudo haberme tratado así; y será posible que nunca, nunca más recupere mi propia forma? Mi único consuelo es que, en este gran bosque, lleno de leones y serpientes, mi vida será corta".

Ahora bien, el hada Tulip estaba tan afligida con el triste destino de la princesa como lo estaría la propia madre de Desireé, si lo supiera. Aun así, no podía evitar pensar que si el rey y la reina hubieran escuchado sus consejos, la joven estaría ahora a salvo entre las paredes de su nuevo hogar. Sin embargo, amaba demasiado a Desireé para permitir que sufriera más de lo necesario, y fue ella quien guió a Eglantina hasta el lugar donde estaba la cierva blanca pastando la hierba para su cena.

Al escuchar el ruido de los pasos, la hermosa criatura levantó la cabeza, y cuando vio a su fiel compañera acercándose, brincó hacia ella y frotó su cabeza en el hombro de Eglantina. La dama de honor se sorprendió; pero le gustaban los animales y acarició a la cierva blanca con afecto, hablándole todo el tiempo con dulzura. De pronto, la hermosa criatura levantó la cabeza y miró el rostro de Eglantina con lágrimas en los ojos. Un pensamiento pasó por la mente de la dama de honor y, veloz como un rayo, la joven cayó de rodillas y tomando las patas del animal las besó una por una.

—¡Mi princesa! ¡Ah mi querida princesa! —exclamó; y otra vez la cierva blanca frotó la cabeza contra ella, pues aunque el hada mala le había quitado el poder del habla, ¡no la había privado de la razón!

Todo el día permanecieron juntas y cuando Eglantina sintió hambre, la cierva blanca la llevó a una parte del bosque donde las peras y duraznos crecían en abundancia; pero, al llegar la noche, la dama de honor sintió terror de las bestias salvajes que habían asediado a la princesa durante su primera noche en el bosque.

—¿No hay una choza o cueva en la que pudiéramos quedarnos? —preguntó.

Pero la cierva sólo negó con la cabeza; y las dos se sentaron y lloraron de miedo.

El hada Tulip, que, a pesar de su enojo, era de corazón blando, se conmovió con su aflicción y voló con presteza en su ayuda.

—No puedo deshacer el hechizo por completo —dijo—, ya que el Hada de la Fuente es más poderosa que yo; pero puedo acortar el tiempo de tu castigo y hacerlo menos difícil: en cuanto oscurezca reasumirás tu forma.

Pensar que en unas horas dejaría de ser una cierva blanca, de hecho, dejaría de serlo durante toda la noche, era suficiente alegría para Desireé y dio de saltos sobre la hierba de la manera más graciosa.

—Vete derecho por el sendero frente a ti —continuó el hada, sonriendo mientras la observaba—. Vete derecho y pronto llegarás a una pequeña choza donde encontrarás refugio.

Y con estas palabras desapareció, dejando a sus oyentes más felices de lo que nunca imaginaron volver a ser. Una anciana estaba parada en la puerta de la choza cuando se acercó Eglantina, con la cierva blanca trotando a su lado.

—¡Buenas noches! —dijo—; ¿podrías darnos hospedaje a mí y a mi cierva por una noche?

—¡Claro que puedo!, —respondió la mujer.

Y las condujo a una habitación con dos camitas blancas, tan limpias y cómodas que sólo de verlas daba sueño.

En cuanto la puerta se cerró detrás de la mujer, el sol se hundió en el horizonte y Desireé volvió a ser una joven.

—¡Ah, Eglantina! ¿Qué hubiera hecho si no me sigues? —sollozó.

Y se lanzó a los brazos de su amiga, en un acceso de alegría.

Temprano en la mañana, el sonido de alguien arañando la puerta despertó a Eglantina y, al abrir los ojos, vio a la cierva blanca tratando de salir. La pequeña criatura alzó la vista, la miró a la cara y asintió con la cabeza cuando la dama de honor abrió el pestillo. En seguida corrió a brincos hacia el bosque, perdiéndose de vista en un momento.

Mientras tanto, el príncipe y Becasigue deambularon por el bosque, hasta que al fin el príncipe se sintió tan cansado que se recostó debajo de un árbol y le dijo a Becasigue que lo mejor sería que fuera a buscar comida y algún lugar donde dormir. Becasigue no había ido muy lejos, cuando un recodo en el camino lo llevó cara a cara con la anciana que estaba alimentando a sus palomas frente a su cabaña.

—¿Podrías darme algo de leche y fruta? —preguntó—. Tengo mucha hambre y, además, he dejado atrás a un amigo que está todavía débil a causa de una enfermedad.

—¡Claro que puedo! —respondió la mujer—.

Pero ven y siéntate en mi cocina, mientras agarro a la cabra y la ordeño.

De buen grado Becasigue hizo lo que le pedían y en pocos minutos la mujer regresó con una canasta repleta de naranjas y uvas.

—Si tu amigo ha estado enfermo no debe pasar la noche en el bosque —dijo—. Tengo espacio en mi choza, bastante pequeño, es cierto; pero es mejor que nada y ambos son cordialmente bienvenidos.

Becasigue le dio las gracias con efusividad y, como era casi el atardecer, salió a buscar al príncipe. Fue mientras estaba ausente que Eglantina y la cierva blanca entraron en la choza sin tener idea, por supuesto, de que en la habitación contigua estaba el hombre cuya impaciencia infantil había sido la causa de todos sus males.

A pesar de su cansancio, el príncipe durmió mal, y en cuanto amaneció se levantó para decirle a Becasigue que se quedara donde estaba, pues deseaba quedarse solo. Entonces salió a pasear por el bosque y caminó lentamente, sin rumbo fijo, hasta que, de repente, llegó a un amplio espacio abierto y, en medio, encontró a la cierva blanca comiendo tranquilamente su desayuno. Ésta se alejó cuando vio al hombre, pero no antes de que el príncipe, que había agarrado su arco sin pensar, lanzara varias flechas que el hada Tulip alcanzó a evitar que le hicieran daño. Pero corría tan rápido que pronto sintió que sus fuerzas la abandonaban, pues quince años de vida en una torre no le había enseñado a ejercitar sus extremidades.

Por suerte, el príncipe estaba demasiado débil para seguirla muy lejos y un recodo en el camino la llevó cerca de la choza, donde la aguardaba Eglantina. Jadeando entró en su habitación y se arrojó al suelo.

Cuando volvió a oscurecer y se convirtió en la princesa Desireé otra vez, le contó a Eglantina lo que le había ocurrido.

—Tenía miedo del Hada de la Fuente y de las bestias crueles —dijo—; pero nunca pensé en los peligros que representan los hombres. No sé qué fue lo que me salvó.

—Debes quedarte aquí, tranquila, hasta que termine el tiempo de tu castigo —respondió Eglantina.

Pero cuando amaneció y la joven se convirtió en cierva, la nostalgia por el bosque la invadió y salió trotando como antes.

Tan pronto como el príncipe despertó fue presuroso al lugar donde el día anterior se había encontrado a la cierva blanca comiendo; pero, por supuesto, la cierva había tenido buen cuidado de ir en dirección opuesta. Muy decepcionado, probó primero un sendero verde y luego otro y al fin, cansado de caminar, se echó en el suelo y se quedó profundamente dormido.

Justo en ese momento, la cierva blanca brincó de un matorral cercano y retrocedió temblando cuando vio a su enemigo recostado en el suelo. Sin embargo, en lugar de dar la vuelta para huir, algo la hizo acercarse a mirarlo sin ser vista. Mientras lo miraba, una emoción la recorrió, pues sintió que, aunque consumido y agotado por la enfermedad, su rostro era el del esposo que le estaba destinado. Se inclinó suavemente y lo besó en la frente; al sentir su contacto el príncipe despertó.

Por un momento se miraron uno al otro y para su asombro, el príncipe reconoció a la cierva blanca que se le había escapado el día anterior. Pero, en un instante, se despertó en el animal una sensación de peligro y huyó con todas sus fuerzas a la parte más densa del bosque. Veloz como el rayo el príncipe siguió su rastro, pero esta vez sin el menor deseo de matar o siquiera herir a la hermosa criatura.

—¡Linda cierva! ¡Linda cierva! ¡Detente! No te haré daño —gritó, pero sus palabras se las llevó el viento.

Al fin la cierva no pudo correr más y cuando el príncipe la alcanzó, estaba tendida sobre la hierba, esperando el golpe

mortal. Sin embargo, en lugar de ello, el príncipe se arrodilló a su lado, la acarició y le dijo que no temiera, pues él cuidaría de ella. De modo que trajo un poco de agua del arroyo en su cuerno de caza, después cortó algunas ramas de los árboles, las tejió para hacer una litera que cubrió de musgo, y con cuidado puso encima a la cierva blanca.

Permanecieron así durante un buen rato, pero cuando Desireé vio por la forma en que la luz iluminaba los árboles, que el sol estaba a punto de desaparecer, sintió temor de que oscureciera y el príncipe la viera en su forma humana.

"No, no debe verme por primera vez aquí", pensó. Al instante comenzó a planear cómo deshacerse de él. Entonces abrió la boca y sacó la lengua, como si se estuviera muriendo de sed, y el príncipe, tal como lo esperaba, fue corriendo al arroyo por más agua.

Cuando regresó, la cierva blanca había desaparecido.

Esa noche Desireé le confesó a Eglantina que su perseguidor no era otro que el príncipe, y que lejos de favorecerlo, el retrato nunca le había hecho justicia.

—¿Acaso no es doloroso conocerlo bajo esta forma? —lloró —cuando nos amamos tanto.

Pero Eglantina la consoló y le recordó que en poco tiempo todo estaría bien.

El príncipe estaba muy enfadado con la huida de la cierva blanca, por quien se había tomado tantas molestias. Al regresar a la cabaña confió sus aventuras y su enojo a Becasigue, quien no pudo evitar sonreír.

—No volverá a escapar de mí —exclamó el príncipe—. Si voy tras ella todos los días durante un año, al final la atraparé.

Y en este estado de ánimo se fue a dormir.

Cuando la cierva blanca llegó al bosque a la mañana siguiente, no había decidido si iría al encuentro del príncipe o si lo evitaría escondiéndose entre matorrales desconocidos para él. Decidió que el último plan era el mejor; y así hubiera ocurrido pero el príncipe tomó la misma dirección para ir en su busca.

Sólo por casualidad alcanzó a ver su piel blanca brillando entre los arbustos y, al mismo tiempo ella, oyó una ramita quebrarse bajo sus pies. En un instante escapó, pero el príncipe, que no sabía de qué otro modo capturarla, le dio en la pierna con su flecha, y la hizo caer al suelo.

El joven se sintió como un asesino mientras corría hacia donde estaba tirada la cierva blanca e hizo su mejor esfuerzo para aliviar su dolor, lo que, en realidad, era la última parte del castigo impuesto por el Hada de la Fuente. Primero le llevó un poco de agua, y después recogió algunas hierbas curativas que aplastó en su mano y puso sobre la herida.

—¡Ah! Soy un desgraciado por haberte lastimado, —exclamó, descansando la cabeza de la cierva sobre sus rodillas—; ¡y ahora me odiarás y te alejarás de mí para siempre!

Por un rato la cierva permaneció en silencio donde estaba, pero, como antes, recordó que la hora de su transformación estaba cerca. Con esfuerzo se puso en pie, pero el príncipe se negaba a que caminara y pensando que la anciana podía vendar la herida mejor que él, la tomó en sus brazos para llevarla a la choza. Sin embargo, pequeña como era, se hizo tan pesada que, después de tambalearse unos pasos, la bajó y con algunas de las cintas de su sombrero la ató con firmeza a un árbol. Hecho esto, se marchó en busca de ayuda.

Mientras tanto Eglantina, preocupada por la larga ausencia de su señora, había salido a buscarla. Justo cuando el príncipe se perdía de vista, vio las cintas ondeantes bailar ante sus ojos y pudo distinguir a su hermosa princesa atada a un árbol. Con gran esfuerzo trató de desatar los nudos, pero, aunque parecía tan fácil, no pudo deshacer ni uno solo. Todavía estaba ocupada en ello cuando escuchó una voz detrás que le dijo:

—Perdona, bella señora, ¡pero es mi cierva la que pretendes robar!

—Disculpa, buen caballero —contestó Eglantina, mirándolo apenas, ¡pero es mi cierva la que está atada aquí! Y si deseas una prueba de ello, ve si me conoce o no.

—Toca mi corazón, mi pequeña —continuó cayendo de rodillas.

La cierva levantó la pata delantera y la puso en su costado. —Ahora pon tus brazos alrededor de mi cuello y suspira.

Y, otra vez, la cierva hizo lo que le pidió.

—Tienes razón —dijo el príncipe—, pero es con tristeza que te la entrego, pues, aunque la he herido, la amo profundamente.

Eglantina no respondió nada a esto; sino levantando con cuidado a la cierva, la condujo lentamente a la choza.

Ahora bien, el príncipe y Becasigue no se habían dado cuenta de que la anciana tenía otros huéspedes además de ellos y, siguiéndola de lejos, se sorprendieron mucho al ver a Eglantina y su carga entrar en la cabaña. No perdieron tiempo en interrogar a la anciana, que respondió que ella no sabía nada acerca de la dama y su cierva blanca, quienes dormían en la habitación contigua a la que ocupaban el príncipe y su amigo, excepto que eran muy tranquilas y pagaban bien. Entonces regresó a su cocina.

—¿Sabes? —dijo Becasigue, cuando se encontraron solos—, estoy seguro que la señora que vimos es la dama de honor de la princesa Desirée, a quien conocí en el palacio. Y, como su habitación está al lado de ésta, será fácil hacer un pequeño agujero a través del cual podré confirmar si estoy en lo cierto o no.

De manera que, sacando un cuchillo de su bolsillo, comenzó a cortar la madera. Las jóvenes escucharon el crujido, pero creyendo que era un ratón, no prestaron atención y Becasigue pudo proceder con su trabajo en paz. Al fin el agujero fue lo bastante grande para que pudiera espiar a través de él y vio algo que lo dejó mudo de asombro. Su suposición había sido acertada: la señora alta era la propia Eglantina; pero la otra, ¿dónde la había visto? ¡Ah! ahora lo sabía, ¡era la dama del retrato!

Desireé, en un vaporoso vestido de seda verde, estaba recostada sobre cojines y, cuando Eglantina se inclinó para lavarle la pierna herida, comenzó a hablar:

—¡Ah! ¡Déjame morir! —exclamó—, es preferible a seguir llevando esta vida. No puedes imaginar la desdicha de ser una bestia durante el día y no poder hablar con el hombre que amo, a cuya impaciencia debo mi cruel destino. Sin embargo, a pesar de todo, no puedo odiarlo.

Estas palabras, aunque dichas en voz baja, llegaron a Becasigue, que apenas podía creer lo que oía. Permaneció en silencio por un momento; luego, fue a la ventana por la que el príncipe estaba mirando, tomó su brazo y lo condujo a través de la habitación. Una sola mirada bastó para mostrar al príncipe que, en efecto, era Desireé; y la forma en que otra mujer había llegado al palacio usurpando su nombre, no le importaba en ese momento. Saliendo de la habitación de puntillas, tocó en la puerta de la habitación

contigua, que abrió Eglantina creyendo que era la anciana que traía su cena.

Retrocedió al ver al príncipe, a quien esta vez reconoció. Pero él la hizo a un lado y se arrojó a los pies de Desireé, ¡a quien le abrió su corazón!

El amanecer los encontró conversando todavía; y el sol estaba en lo alto del cielo cuando la princesa se dio cuenta de que conservaba su forma humana. ¡Ah! que feliz se sintió cuando supo que los días de su castigo habían terminado; y con voz alegre contó al príncipe la historia de su hechizo.

De manera que la historia terminó bien después de todo; y el hada Tulip, que resultó ser la vieja de la cabaña, les hizo a los jóvenes un festín de bodas como nunca se había visto desde el principio del mundo. Y todos estaban encantados, excepto Cerisette y su madre, a quienes pusieron en un bote que las llevó a una pequeña isla, donde tuvieron que trabajar duro para ganarse la vida.

La sirena*

Había una vez un hombre y una mujer que vivían en la ribera de un arroyo y tenían una hija. Como era hija única y además muy bonita, nunca se decidieron a castigarla por sus errores o a enseñarle buenos modales. En cuanto al trabajo, se reía en la cara de su madre si le pedía que la ayudara a cocinar o a lavar los platos. Todo lo que la joven hacía era pasar sus días bailando y jugando con sus amigos; y para lo útil que era bien podrían no haber tenido una hija.

Sin embargo, una mañana su madre se veía tan cansada que aun la egoísta joven no pudo dejar de notarlo, y le preguntó si había algo que pudiera hacer para que descansara un poco.

La buena mujer se sorprendió tanto y se mostró tan agradecida por este ofrecimiento, que la joven sintió mucha vergüenza y en ese momento hubiera limpiado toda la casa si así se lo hubieran pedido; pero su madre sólo le dijo que llevara la red de pescar a la orilla del río y remendara algunos de los agujeros, pues su padre tenía intención de ir a pescar esa noche.

* Tomado de *Cuentos Populars Catalans*, de Francisco Maspons y Labróns.

La joven tomó la red y trabajó tanto que muy pronto ya no se veía un solo agujero. Se sintió muy satisfecha de sí misma, pues, a pesar de tanto esfuerzo, se había divertido mucho con toda la gente que se detuvo a charlar con ella. Para entonces el sol ya estaba en lo alto y, justo estaba doblando su red para llevarla a casa, cuando oyó un chapoteo detrás de ella. En seguida, mirando a su alrededor vio un gran pez que saltaba en el aire. Tomando la red con ambas manos, la arrojó al agua donde los círculos se extendían uno detrás del otro, y, más por suerte que por habilidad, sacó el pez.

"¡Vaya, eres una belleza!", exclamó para sí; pero el pez levantó la vista y le dijo:

—¡Más te vale no matarme, porque, si lo haces, yo te convertiré a ti en pez!

La joven se rió con desprecio y corrió directo hacia su madre.

—Mira lo que he pescado —dijo alegremente—; pero es casi una lástima comérselo, pues puede hablar y dice que si lo mato, me convertirá también en un pez.

—¡Ah, regrésalo, regrésalo! —imploró la madre—. Tal vez posea artes mágicas. Me moriría y tu padre también si algo te ocurriera.

—¡Ay, madre, esas son tonterías! ¿Qué poder puede tener una criatura como esa sobre mí? Además, tengo hambre y si no como pronto, me pondré de mal humor.

Y salió a recoger algunas flores para ponerse en el pelo.

Aproximadamente una hora más tarde, el sonido de un cuerno anunció que la cena estaba lista.

—¿No te dije que el pescado estaría delicioso? —exclamó y, hundiendo la cuchara en el plato, se sirvió una gran porción. Pero en el momento de ponerla en su boca un escalofrío recorrió su cuerpo. Su cabeza empezó a aplanarse y sus ojos

tomaron una forma extraña; sus piernas y brazos se pegaron a sus costados y jaló aire desesperada. Con un gran saltó salió por la ventana y cayó al río, donde pronto se sintió mejor y pudo nadar hacia el mar, que estaba cerca.

Tan pronto llegó allí, la tristeza reflejada en su rostro atrajo la atención de algunos de los otros peces que se apiñaron a su alrededor, y le rogaron que les contara su historia.

—En realidad no soy un pez —dijo la recién llegada, tragando una gran cantidad de agua salada mientras hablaba, pues no se puede aprender a ser un verdadero pez en un segundo—. En realidad no soy un pez, sino una doncella; al menos eso era hace unos minutos; sólo que…

Y sumergió la cabeza bajo las olas para que no la vieran llorar.

—Sólo que no creíste que el pez que atrapaste tenía el poder para llevar a cabo su amenaza —dijo un viejo atún—. Bueno, no importa, eso es lo que nos ha pasado a todos nosotros y en realidad no es una vida tan mala. Anímate y ven con nosotros para que veas a nuestra reina, que vive en un palacio que es mucho más hermoso que cualquiera de los que tus reinas puedan presumir.

El nuevo pez sintió un poco de miedo de hacer ese viaje; pero como tenía más miedo de quedarse sola, agitó la cola en señal de consentimiento y todos partieron juntos, cientos de ellos. Al verlos pasar, las personas en las rocas y en los barcos, se decían unos a otros: "¡Mira qué espléndido cardumen!" sin tener idea de que se apresuraban para llegar al palacio de la reina. ¡Pero bueno, los habitantes de la tierra no tienen noción de lo que pasa en el fondo del mar! Por supuesto que el nuevo pececito tampoco la tenía. Había visto medusas y nautilos nadando cerca de la superficie y hermosas algas de

colores flotando; pero eso era todo. Ahora bien, cuando se sumergió más, sus ojos se posaron sobre cosas extrañas.

¡Lingotes de oro, grandes anclas, montones de perlas, piedras preciosas, joyas invaluables, esparcidas en el fondo del mar! También había huesos de hombres muertos y largas criaturas blancas que nunca habían visto la luz, pues vivían sobre todo en las hendiduras de rocas donde no llegaban los rayos del sol. Al principio nuestro pececito se sentía como si también estuviera ciego, pero al fin comenzó a distinguir un objeto tras otro en la penumbra verde, y para cuando hubo nadado durante varias horas, todo se veía claro.

—Por fin llegamos —dijo un pez grande, entrando a un valle profundo, pues el mar tiene sus montañas y valles, igual que la tierra—. Ése es el palacio de la reina de los peces y creo que debes reconocer que el propio emperador no posee nada tan bello.

—Sin duda es hermoso —dijo jadeante el pececito, que estaba muy cansado por el esfuerzo de nadar tan rápido como los demás, y en verdad era hermoso más allá de las palabras. Las paredes eran de coral rosa pálido, pulido por las aguas, e hileras de perlas enmarcaban las ventanas; las grandes puertas estaban abiertas y todo el grupo entró a la sala de audiencias, donde la reina, que resultó ser mitad mujer, estaba sentada en un trono hecho de una concha azul y verde.

—¿Quién eres y de dónde vienes? —le dijo al pececito, a quien los demás empujaron al frente.

Con voz baja y temblorosa, el visitante contó su historia.

—Una vez yo también fui una doncella —le contestó la reina, cuando el pez hubo terminado—; mi padre era el rey de un gran país. Me consiguieron un esposo y el día que me casé, mi madre puso una corona sobre mi cabeza y me dijo que mientras la usara yo también sería una reina. Durante

muchos meses fui tan feliz como podía serlo una joven, sobre todo porque tenía un hijo pequeño con quien jugar. Pero, una mañana, cuando paseaba en mis jardines, vino un gigante y arrebató la corona de mi cabeza. Mientras me sujetaba me dijo que su intención era darle la corona a su hija y hechizar a mi esposo, el príncipe, de modo que no supiera la diferencia entre nosotras. Desde entonces ella se ha hecho pasar por mí y ha sido reina en mi lugar. En cuanto a mí, me sentía tan triste que me lancé al mar y mis damas, que me amaban, dijeron que morirían también conmigo; pero en lugar de morir, un mago que se apiadó de mi suerte nos convirtió a todas en peces, aunque me permitió conservar la cara y el cuerpo de una mujer. ¡Y como peces debemos permanecer hasta que alguien traiga mi corona de vuelta!

—¡Yo te la traeré si me dices qué hacer! —exclamó el pececito, que hubiera prometido cualquier cosa que pudiera regresarlo de nuevo a la tierra.

La reina respondió:

—Sí, te diré lo que debes hacer.

Se quedó en silencio un momento, y luego continuó:

—No corres ningún peligro si sigues mi consejo; primero que nada debes volver a la tierra y subir a la cima de una montaña alta, donde el gigante construyó su castillo. Lo encontrarás sentado en los escalones llorando por su hija, que acaba de morir, en tanto el príncipe anda de cacería. En el último momento, ella le envió mi corona a su padre con un sirviente fiel. Pero te advierto que debes tener cuidado, porque si te ve, puede matarte. Por tanto, te daré el poder de transformarte en cualquier criatura que mejor pueda ayudarte. Sólo tienes que darte un golpe en la frente y decir su nombre en voz alta.

Esta vez el viaje a tierra le pareció mucho más corto que

antes y, cuando el pez alcanzó al fin la orilla del mar, se golpeó la frente con la cola bruscamente y gritó:

—¡Ciervo, ven a mí!

En un momento el cuerpo pequeño y resbaloso desapareció, y en su lugar surgió una hermosa bestia con cuernos como ramas y patas delgadas, ansioso por partir. Echando atrás la cabeza y olfateando el aire, se echó a correr, saltando con facilidad por encima de los ríos y muros que se interponían en su camino.

Sucedió que el hijo del rey había estado cazando desde el amanecer, pero no había matado nada y cuando el ciervo se cruzó en su camino, mientras descansaba bajo un árbol, decidió que lo iba a atrapar. Saltó sobre su caballo, que galopó tan rápido como el viento y, como el príncipe cazaba a menudo en el bosque y conocía todos los atajos, al fin alcanzó a la bestia jadeante.

—Por tu gracia déjame ir y no me mates —dijo el ciervo, volviéndose al príncipe con lágrimas en los ojos—, pues debo ir muy lejos y tengo mucho que hacer.

Y como el príncipe, mudo por la sorpresa sólo se le quedó mirando, el ciervo saltó el siguiente muro y pronto estuvo fuera de su vista.

—Eso no puede ser realmente un ciervo —pensó el príncipe, frenando su caballo sin hacer intento de seguirlo—. Ningún ciervo tiene ojos como esos. Debe ser una doncella hechizada y me casaré con ella y con nadie más.

De modo que dio la vuelta en su caballo y cabalgó despacio de regreso a su palacio.

El ciervo llegó al castillo del gigante sin aliento y el alma se le fue a los pies cuando contempló los muros altos y lisos que lo rodeaban. Entonces se armó de valor y gritó:

—¡Hormiga, ven a mí!

En un momento los cuernos como ramas y la hermosa forma desaparecieron y una pequeña hormiga café, invisible para todos los que no miraran de cerca, subía por los muros.

¡Era increíble lo rápido que la pequeña criatura avanzaba! El muro le parecía de una altura enorme en comparación con su propio cuerpo; sin embargo, en menos tiempo del que pensó que era posible, había llegado hasta arriba y bajado al patio del otro lado. Ahí se detuvo para considerar qué era mejor hacer y, mirando a su alrededor, vio que junto a uno de los muros crecía un árbol alto y en la esquina había una ventana, casi al nivel de las ramas más altas del árbol.

—¡Mono, ven a mí! —gritó la hormiga—; y antes de que nadie pudiera volverse, un mono se balanceaba en las ramas más altas para entrar a la habitación donde roncaba el gigante.

"Es posible que se asuste tanto de verme que se muera de miedo y nunca conseguiré la corona", pensó el mono. "Mejor me convierto en algo más". Y dijo en voz baja:

—¡Loro, ven a mí!

Entonces, un loro de color rosa y gris llegó dando de brincos hasta donde estaba el gigante, quien para entonces se estiraba y daba grandes bostezos que sacudían el castillo. El loro esperó un poco, hasta que estuviera bien despierto y entonces dijo resueltamente que lo habían enviado para llevarse la corona, que ya no era suya, pues su hija, la reina, estaba muerta.

Al oír estas palabras, el gigante saltó fuera de la cama con un rugido furioso y se lanzó contra el loro con la intención de retorcerle el pescuezo con sus grandes manos. Pero el pájaro era demasiado rápido para él y volando a sus espaldas, le rogó al gigante que tuviera paciencia, pues su muerte no le sería de ninguna utilidad.

—Eso es cierto, —respondió el gigante—; pero no soy tan tonto como para darte la corona a cambio de nada. ¡Déjame pensar lo que voy a querer a cambio!

Y se rascó su enorme cabeza durante varios minutos, pues las mentes de los gigantes siempre se mueven lentamente.

—¡Ah, sí, eso quiero! —exclamó el gigante al fin, iluminándosele el rostro—. Te daré la corona si me traes el collar de piedras azules del Arco de San Martín en la Gran Ciudad.

Ahora bien, cuando el loro era una muchacha había oído hablar de ese maravilloso arco y de las piedras preciosas y mármoles que habían quedado dentro. Imaginó que sería algo muy difícil retirarlos de la construcción de la que formaban parte, pero hasta ahora todo le había salido bien y al menos podía intentarlo. Así que se inclinó ante el gigante y se dirigió de nuevo a la ventana, donde el gigante no podía verlo. Luego llamó rápidamente:

—¡Águila, ven a mí!

Aun antes de que pudiera alcanzar el árbol se sintió transportada por fuertes alas, listas para llevarla a las nubes si allá deseaba ir, y semejando una pequeña mancha en el cielo, fue llevada por los aires hasta donde pudo contemplar el Arco de St. Martin, muy abajo, con los rayos del sol brillando sobre él. Entonces se lanzó en picada y escondiéndose detrás de un contrafuerte, de modo que no pudiera ser vista desde abajo, se puso a desenterrar con el pico las piedras azules más cercanas. Era un trabajo más difícil de lo que esperaba; pero al fin estuvo hecho y la esperanza brotó en su corazón. Después sacó un trozo de cuerda que encontró colgando de un árbol y sentándose a descansar ensartó las piedras. Cuando el collar estuvo terminado se lo colgó al cuello y dijo:

—¡Loro, ven a mí!

Poco después, el loro rosa y gris estuvo delante del gigante.

—Aquí está el collar que pediste —dijo el loro.

Los ojos del gigante brillaron al tomar en su mano el montón de piedras de color azul. Pero con todo, no era su intención renunciar a la corona.

—No son tan azules como esperaba —se quejó, aunque el loro sabía muy bien que no decía la verdad—; así que deberás traerme algo más a cambio de la corona que tanto deseas. Si fallas, te costará no sólo la corona sino también la vida.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —preguntó el loro y el gigante respondió:

—Si te doy mi corona debo tener otra más hermosa y esta vez deberás traerme una corona de estrellas.

El loro se dio vuelta y tan pronto como estuvo fuera, murmuró:

—¡Sapo, ven a mí!

Y ciertamente se transformó en sapo y fue en busca de la corona de estrellas.

No había ido muy lejos cuando llegó a un estanque de aguas claras, donde se reflejaban las estrellas con tanto brillo que parecía que se podían tocar. Agachándose, llenó con el agua resplandeciente una bolsa que llevaba consigo y regresando al castillo, tejió una corona con las estrellas reflejadas. Entonces gritó, igual que antes:

—¡Loro, ven a mí!

Y en forma de loro se presentó ante el gigante.

—Aquí está la corona que pediste —le dijo.

Y esta vez el gigante no pudo evitar un grito de admiración. Supo que estaba vencido y todavía sosteniendo la corona de estrellas, se volvió a la joven.

—Tu poder es mayor que el mío: toma la corona; ¡te la has ganado en buena lid!

El loro no necesitó que se lo dijeran dos veces. Tomó la corona y saltó por la ventana, gritando:

—¡Mono, ven a mí!

Al mono no le tomó ni medio minuto bajar por el árbol al patio. Cuando llegó al suelo, dijo otra vez:

—¡Hormiga, ven a mí!

Y una pequeña hormiga empezó a trepar de inmediato el alto muro. Qué gusto le dio a la hormiga salir del castillo del gigante, sosteniendo con firmeza la corona, la cual se había reducido a su tamaño, pero creció de nuevo cuando la hormiga exclamó:

—¡Ciervo, ven a mí!

¡Sin duda ningún venado corrió jamás tan rápido como éste! Sin detenerse, cruzó ríos y atravesó breñas hasta llegar al mar. Ahí gritó por última vez:

—¡Pez, ven a mí!

Y, zambulléndose, nadó por el fondo hasta el palacio, donde la reina y todos los peces estaban reunidos esperando su regreso.

Las horas desde su partida habían transcurrido muy lentamente, como ocurre siempre que la gente espera, y muchos ya habían perdido la esperanza.

—Estoy cansada de estar aquí —se quejó una criaturita hermosa, cuyos colores cambiaban con cada movimiento de su cuerpo—, quiero ver qué está pasando en el mundo de arriba. Parece que han transcurrido meses desde que ese pez se fue.

—Era una tarea muy difícil y seguro que el gigante lo mató o hace mucho que ya habría regresado —subrayó otra.

—Las moscas jóvenes saldrán ahora —murmuró un tercero—, ¡y todas serán devoradas por los peces del río! ¡En verdad es una lástima!

Cuando, de repente, se escuchó una voz desde atrás:

—¡Mira, mira! ¿Qué es esa cosa brillante que se mueve rápidamente hacia nosotros?

Y la reina dio un salto y se paró sobre la cola, por la emoción.

Un silencio cayó sobre la multitud, y aun los que estaban descontentos se callaron y observaron como los demás. El pez avanzaba sin detenerse, sosteniendo la corona con fuerza en su boca; por lo que los demás retrocedieron para dejarlo pasar. Siguió hasta donde estaba la reina, que se inclinó y, tomando la corona, la puso sobre su cabeza. Entonces sucedió algo maravilloso. Su cola se desprendió, o más bien, se dividió y se convirtió en dos piernas y un par de los pies más bonitos del mundo, mientras que sus doncellas, agrupadas a su alrededor, se despojaron de sus escamas y se convirtieron en doncellas otra vez. Todas se volvieron y se miraron primero entre sí y luego al pequeño pez, que recuperó su forma y era más hermosa que cualquiera de ellas.

—¡Eres tú quien nos ha devuelto a nuestra vida! ¡Tú, tú! —clamaron y rompieron en llanto de puro gozo.

Así que todas volvieron a la tierra y al palacio de la reina, y casi se olvidaron del palacio bajo el mar. Pero habían estado lejos durante tanto tiempo que encontraron muchos cambios. El príncipe, el esposo de la reina, había muerto unos años antes y en su lugar estaba su hijo, ¡que ya había crecido y ahora era rey! Aun en medio de la alegría de ver de nuevo a su madre, le rodeaba un aire de tristeza. Al final, la reina ya no pudo soportarlo y le rogó que dieran un paseo por el jardín. Sentados juntos en un emparrado de jazmines, donde ella había pasado largas horas como recién casada, tomó la mano de su hijo y le rogó que le dijera la causa de su tristeza.

—Porque, —dijo—, si yo puedo hacerte feliz, lo haré.

—Es inútil, —contestó el príncipe—; nadie me puede ayudar. Debo soportarlo solo.

—Pero al menos déjame compartir tu pena —insistió la reina.

—Nadie puede ayudarme —dijo—. Estoy enamorado de lo que nunca podré desposar y tengo que seguir adelante lo mejor que pueda.

—Tal vez no sea tan imposible como piensas —respondió la reina—. De todos modos, cuéntame.

Por un momento se hizo el silencio entre ellos; entonces, volviendo la cabeza, el príncipe respondió con voz suave:

—¡Me he enamorado de una hermosa cierva!

—¡Ah, si eso es todo! —exclamó la reina con alegría.

Y le contó, con palabras entrecortadas que, como él lo había imaginado, no era una cierva sino una doncella encantada que había recuperado la corona y la había traído a casa, con su propia gente.

—Ella está aquí, en mi palacio —añadió la reina—. Te llevaré con ella.

Pero cuando el príncipe estuvo delante de la joven, que era mucho más hermosa de lo que jamás había soñado, perdió el valor y se quedó de pie ante ella con la cabeza baja.

Entonces la doncella se acercó y sus ojos, al mirarlo, eran los ojos de la cierva de aquel día en el bosque. Ella susurró en voz baja:

—Por tu gracia déjame ir, y no me mates.

El príncipe recordó sus palabras y su corazón se llenó de felicidad. Y la reina, su madre, los contempló sonriente.

El búho y el águila*

Había una vez un búho y un águila que vivían en un país inhóspito, donde la nieve se acumulaba durante muchos meses del año. A pesar de sus muchas diferencias se hicieron grandes amigos, y finalmente compartieron una casa; uno pasaba el día cazando y el otro, la noche. De este modo no se veían mucho, y quizás por ello congeniaban mejor; de cualquier forma, eran completamente felices, y sólo les hacía falta una cosa, o mejor dicho, dos cosas: una esposa para cada uno.

—Realmente estoy muy cansado cuando llego a casa en la tarde para limpiar la casa —dijo el águila.

—Y yo tengo mucho sueño al amanecer después de una larga noche de cacería para empezar a barrer y sacudir —contestó el búho.

Así que ambos decidieron que debían conseguir una esposa.

En sus ratos libres volaban rondando a las doncellas que conocían, pero las jóvenes afirmaban que preferían tener un esposo que dos. Las pobres aves empezaban a desesperar cuando una noche, después de haber ido juntos a la caza de

* Tomado de *Journal of the Anthropological Institute*.

alguna maravilla, encontraron en sus respectivas camas a dos hermanas bien dormidas. El águila miró al búho y el búho miró al águila.

—Serán unas esposas fantásticas si se quedan con nosotros, —dijeron.

Y se fueron volando a lavarse y acicalarse antes de que las jóvenes despertaran.

Las hermanas durmieron durante muchas horas, pues habían venido de muy lejos, de un pueblo donde casi no había nada que comer, y estaban débiles y cansadas. Pero pasado un rato abrieron los ojos y vieron a las dos aves observándolas.

—¿Descansaron bien, espero? —preguntó el búho cortesmente.

—Oh, sí, gracias —contestaron ellas—. Sólo tenemos mucha hambre. ¿Creen que podrían darnos algo de comer?

—Por supuesto —replicó el águila.

Y se fue volando a una granja a una o dos millas de distancia, y trajo un nido con huevos en su fuerte pico; mientras que el búho, agarrando un pocillo, se fue a una cabaña donde vivía una anciana con su vaca, y entrando al cobertizo por la ventana, metió el pocillo en una cubeta de leche fresca que había ahí.

Las jóvenes estaban tan complacidas por la bondad y astucia de sus anfitriones que, cuando las aves preguntaron si se casarían con ellos y se quedarían ahí para siempre, ellas aceptaron sin pensarlo dos veces. Así, el águila tomó a la hermana más joven por esposa, y el búho tomó a la mayor, y ¡nunca hubo hogar más lleno de paz que el de ellos!

Todo marchó bien durante varios meses, y entonces la esposa del águila tuvo un hijo, en tanto que, el mismo día, la esposa del búho dio a luz a una rana, a la que puso directamente en la orilla de un arroyo cercano, pues no parecía

agradarle la casa. Ambos hijos crecieron pronto, y nunca se cansaban de jugar juntos ni querían otros compañeros.

Una noche de primavera, cuando el hielo se había derretido y no había más nieve, las hermanas se encontraban hilando en la casa, a la espera del regreso de sus maridos. Pero aunque esperaron largo tiempo, ni el búho ni el águila regresaron jamás; ni ese día ni el siguiente, ni el siguiente, ni el siguiente. Al fin las esposas perdieron toda esperanza de su regreso; pero como eran mujeres sensatas, no se sentaron a llorar, sino llamaron a sus hijos y partieron, decididas a recorrer el mundo entero hasta encontrar a los maridos desaparecidos.

Ahora bien, las mujeres no tenían idea de en qué dirección se habían ido las aves perdidas, pero sabían que a corta distancia se hallaba un bosque espeso donde podía encontrarse buena caza. Parecía ser un lugar probable donde encontrarlos, o al menos, podrían saber algo de ellos, así que siguieron caminando rápido, animadas por la idea de que algo estaban haciendo. De pronto, la hermana más joven, que iba un poco adelantada, dio un grito de sorpresa.

—¡Oh, miren ese lago! —dijo—, no podremos cruzarlo nunca.

—Sí lo haremos —respondió la mayor—. Yo sé qué hacer.

Y sacando un largo tramo de cordel de su bolsillo, lo amarró a la boca de la rana, como si fuera un freno.

—Tienes que cruzar el lago a nado —dijo, agachándose para ponerlo en el agua—, y nosotros caminaremos por la cuerda detrás de ti.

Y así lo hicieron hasta que llegaron a la mitad del lago, donde el joven rana se detuvo.

—No me gusta, y no iré más lejos —gritó malhumorado.

Su madre tuvo que prometerle toda clase de cosas lindas antes de que accediera a seguir.

Cuando al fin alcanzaron la otra orilla, la esposa del búho desató la cuerda de la boca de la rana y le dijo que podía descansar y jugar cerca del lago hasta que ellos regresaran. Luego ella, su hermana y el niño siguieron su camino hacia el enorme bosque que se alzaba frente a ellos. Pero para esta hora ya habían caminado un gran trecho y estaban muy cansados, por lo que se alegraron de ver el humo que salía en espiral de una pequeña choza frente a ellos.

—Entremos y pidamos algo de beber —dijo la esposa del águila; y entraron.

El interior de la choza estaba tan oscuro que al principio no podían ver nada; pero enseguida oyeron un débil graznido que venía de un rincón. Las dos hermanas voltearon a ver, y ahí, atados de alas y patas, con los ojos hundidos, se encontraban los maridos que buscaban. Rápidas como el rayo, las esposas cortaron las correas de cuero que los maniataban; pero las pobres aves estaban tan débiles por el dolor y la falta de comida que no hacían otra cosa que ruidos de alegría. Sin embargo, apenas habían sido liberadas, cuando una voz de trueno hizo saltar a las hermanas, mientras el pequeño se abrazaba con fuerza al cuello de su madre.

—¿Qué hacen en mi casa? —gritó.

Y las esposas contestaron con firmeza que ahora que habían encontrado a sus maridos estaban dispuestas a salvarlos de esa malvada bruja.

—Bien, les daré su oportunidad —respondió la ogra, con una mueca horrible—; veamos si pueden deslizarse montaña abajo. Si pueden llegar al fondo de la caverna, podrán tener a sus maridos de regreso.

Y mientras hablaba, las empujó delante de ella por la puerta hasta el borde de un precipicio que descendía varios cientos de pies. Sin ser vista por la bruja, la madre de la rana se amarró un extremo de la cuerda mágica a su alrededor y le susurró al niño que sostuviera con fuerza el otro extremo. Apenas había hecho esto cuando la bruja se dio vuelta.

—No parece agradarles el trato —dijo—; pero la joven contestó:

—Oh sí, estoy lista. Sólo te estaba esperando.

Y se sentó y empezó a deslizarse. Bajó y bajó y bajó a tal profundidad que ni los ojos de la bruja pudieron seguirla; pero ésta dio por hecho que la mujer había muerto y le dijo a la hermana que tomara su lugar. En ese instante, sin embargo, apareció la cabeza de la mayor por encima de la roca, izada por la cuerda mágica. La bruja aulló de indignación y escondió la cara entre las manos; así le dio tiempo a la hermana menor para amarrarse la cuerda a la cintura antes de que la ogra levantara la vista.

—No puedes esperar la misma suerte dos veces, —dijo; y enseguida la joven se sentó y resbaló por el borde. Pero en unos cuantos minutos ella también estaba de regreso, y la bruja se dio cuenta de que había fallado y tuvo miedo de que su poder desapareciera. Aunque temblaba de rabia, no se atrevía a demostrarlo, y sólo rió espantosamente.

—¡No dejaré ir a mis prisioneros con tanta facilidad! —dijo—. Hagan que mi pelo crezca tan abundante y negro como el de ustedes, o sus maridos no verán nunca más la luz del día.

—Eso es muy sencillo —replicó la hermana mayor—; sólo que debes hacer lo que nosotros hicimos… y tal vez no te guste el tratamiento.

—Si ustedes pueden soportarlo, por supuesto que yo también —contestó la bruja.

Y entonces las jóvenes le dijeron que primero se habían embarrado la cabeza con alquitrán y luego habían puesto piedras calientes encima.

—Es muy doloroso —dijeron ellas—, pero no conocemos otra manera. Y a fin de asegurar de que todo saldrá bien, una de nosotros te sujetará mientras la otra vierte el alquitrán.

Y así lo hicieron; y la hermana mayor se soltó el cabello hasta que colgaba sobre los ojos de la bruja, de modo que creyera que era su propio cabello el que crecía. Luego la otra trajo una enorme piedra y, en suma, ése fue el fin de la bruja. Las hermanas eran como salvajes que nunca habían visto a un misionero.

Entonces, cuando las hermanas vieron que la bruja estaba muerta, fueron a la choza y cuidaron de sus maridos hasta que recuperaron las fuerzas. Luego recogieron a la rana, y todos se fueron a construir un nuevo hogar al otro lado del gran lago.

La rana y el Hada León*

Había una vez un rey que siempre estaba en guerra con sus vecinos, lo que era muy extraño, ya que se trataba de un hombre bueno y apacible, satisfecho con su país y sin ningún deseo de apoderarse de tierras que pertenecían a otras personas. Quizás se había esforzado demasiado por complacer a todo el mundo, lo que a menudo termina en que no se da gusto a nadie; pero, en todo caso, al final de una dura lucha, se encontró derrotado en la batalla y obligado a replegarse detrás de las murallas de su ciudad capital. Una vez allí, comenzó a hacer los preparativos para un largo sitio, y lo primero que hizo fue buscar la mejor manera de enviar a su esposa a un lugar seguro.

La reina, que amaba mucho a su esposo, con gusto hubiera permanecido con él para compartir sus peligros, pero él no se lo permitió. Se despidieron con muchas lágrimas, y la reina partió con una fuerte guardia hacia un castillo que se localizaba a la orilla de un gran bosque, a unas doscientas millas de distancia. Lloró casi todo el camino, y cuando llegó lloró aún más, pues todo en el castillo estaba viejo y lleno

* Tomado de *Les Contes des Fées*, de Madame d´Aulnoy.

de polvo; afuera sólo había un patio de grava y el rey le había prohibido cruzar los muros sin por lo menos dos soldados que cuidaran de ella.

Ahora bien, la reina llevaba casada sólo unos meses, y en su casa acostumbraba salir a pasear y montar por las colinas sin servidores; por lo que se sentía muy aburrida de estar encerrada de esa manera. Sin embargo, lo sobrellevó durante un largo periodo, porque era el deseo del rey; pero cuando pasó el tiempo y no se vieron señales de que la guerra pudiera llegar al castillo, se volvió más atrevida y en ocasiones se alejaba fuera de los muros, en dirección al bosque.

Luego vino un periodo terrible, cuando dejó de recibir noticias del rey por completo.

"Seguro está enfermo o muerto", pensó la pobre joven, que en ese momento apenas tenía dieciséis años. "No puedo soportarlo más y si no recibo una carta pronto, dejaré este lugar horrible y volveré para ver qué es lo pasa. ¡Oh, ojalá nunca hubiera venido!"

De manera que, sin decirle a nadie lo que pretendía hacer, ordenó que se construyera un pequeño carruaje, algo parecido a un trineo, sólo que sobre dos ruedas, del tamaño justo para una sola persona.

—Estoy cansada de estar siempre en el castillo —dijo a sus servidores—; y pienso cazar un poco. Por supuesto que sin alejarme mucho —añadió, al ver la mirada de preocupación en sus rostros—. Y no hay ninguna razón para que ustedes no puedan ir también de cacería.

Al escuchar esto, los rostros se iluminaron, pues a decir verdad, todos estaban tan aburridos como su señora; de modo que la reina se salió con la suya y trajeron dos hermosos caballos del establo para tirar del pequeño carruaje. Al principio, la reina tuvo cuidado de mantenerse cerca del resto de

los cazadores, pero poco a poco se fue quedando atrás, hasta que por fin, una mañana, aprovechó la aparición de un jabalí, que hizo que toda su corte lo persiguiera a todo galope, para tomar un sendero en dirección opuesta.

Desafortunadamente, resultó que no conducía al palacio del rey, hacia donde era su intención ir, pero tenía tanto miedo de que notaran su huida, que fustigó a los caballos hasta que emprendieron la carrera.

Cuando comprendió lo que sucedía, la pobre reina se asustó mucho y, dejando caer las riendas, se aferró a un costado de la carroza. Los caballos, quedando sin control, se lanzaron a ciegas contra un árbol y la reina fue arrojada al suelo, donde quedó inconsciente durante unos minutos.

Al fin un crujido cercano la hizo abrir los ojos; ante ella estaba una mujer enorme, casi una giganta, desnuda excepto por una piel de león echada sobre los hombros, y una piel seca de serpiente trenzada en su cabello. En una mano sostenía un garrote sobre el que se apoyaba y en la otra un carcaj lleno de flechas.

A la vista de esta extraña figura, la reina pensó que debía estar muerta, contemplando un ser de otro mundo. Así que, en voz baja, murmuró para sus adentros: "No me sorprende que la gente se resista a morir, si saben que van a ver estas criaturas horribles". Pero a pesar de haber hablado en voz baja, la giganta captó las palabras y empezó a reír.

—Oh, no temas; todavía estás viva y quizás lo lamentes después de todo. Yo soy el Hada León y pasarás el resto de tus días conmigo en mi palacio, que está bastante cerca de aquí. Así que ven conmigo.

Pero la reina retrocedió horrorizada.

—Oh, señora León, llévame de vuelta a mi castillo, te lo ruego, y pide el rescate que quieras, pues mi esposo pagará lo que sea.

Cómo la reina conoce al Hada León.

Pero la giganta negó con la cabeza.

—Ya soy bastante rica —respondió—. Pero a menudo me siento aburrida y creo que tú puedes divertirme un poco.

Y, diciendo esto, se transformó en un león y echándose a la reina en su lomo, bajó los diez mil escalones que conducían a su palacio. El león había llegado al centro de la tierra cuando se detuvo frente a una casa, iluminada con lámparas y construida a la orilla de un lago de mercurio. En este lago podían verse varios monstruos enormes jugando o peleando, la reina no supo bien, y alrededor volaban grajos y cuervos, emitiendo lúgubres graznidos. A lo lejos se veía una montaña por cuyas laderas bajaban aguas lentamente: eran lágrimas de amantes infelices; y más cerca de la puerta había árboles sin frutos o flores, mientras que ortigas y zarzas cubrían el suelo. Si el castillo le había parecido sombrío, ¿qué sentiría la reina al ver esto?

Durante algunos días la reina estuvo tan conmocionada por todo lo ocurrido que yacía con los ojos cerrados, incapaz de moverse o hablar. Cuando se sintió mejor, el Hada León le dijo que si lo deseaba podía construirse una cabaña, ya que tendría que pasar su vida en ese lugar. Al oír estas palabras, la reina se echó a llorar e imploró a su carcelero que la matara antes de condenarla a una vida así; pero el Hada León sólo se rió y le aconsejó que tratara de hacerse agradable, pues muchas cosas peores podrían sucederle.

—¿No hay manera de que pueda tocar tu corazón? —preguntó la pobre joven desesperada.

—Bueno, si en realidad deseas complacerme, hazme una empanada con aguijones de abejas y procura que esté buena.

—Pero yo no veo ninguna abeja —respondió la reina, mirando a su alrededor.

—Oh, no, no hay ninguna abeja —respondió su verdugo—; pero igual tendrás que encontrarlas.

Y, diciendo esto, se fue.

—Después de todo, ¿qué importa? —pensó la reina para sus adentros—, sólo tengo una vida y lo peor que puede pasar es que la pierda.

Entonces, sin importarle lo que hacía, salió del palacio y sentándose bajo un tejo, dejó salir toda su tristeza.

—Oh, mi querido esposo —lloró—, ¿qué vas a pensar cuando vengas al castillo a buscarme y te encuentres que he desaparecido? ¡Prefiero una y mil veces que me creas muerta a que pienses que te he olvidado! ¡Ah, qué suerte sería que el carruaje destruido estuviera tirado en el bosque, así podrías llorarme pensando que he sido devorada por las fieras! Y si alguien más tomara mi lugar en tu corazón… bueno, al menos nunca me enteraré.

Pudo haber continuado de esta manera durante mucho tiempo si la voz de un cuervo, directamente sobre su cabeza, no hubiera atraído su atención. Levantando la vista para ver qué pasaba, vio en la penumbra un cuervo que sostenía en sus garras una rana bien gorda que, evidentemente, pretendía cenarse. La reina se levantó de su asiento a toda prisa y golpeando con fuerza las garras del pájaro con el abanico que colgaba de su costado, lo obligó a soltar a la rana, que cayó al piso más muerta que viva. El cuervo, furioso por ver frustradas sus intenciones, se alejó volando.

Tan pronto como la rana recuperó el sentido, saltó hacia la reina que todavía estaba sentada bajo el tejo. Parada sobre sus ancas traseras y haciendo una profunda reverencia, le dijo con cortesía:

—Bella dama, ¿Qué infortunio te trajo aquí? Eres la única criatura que he visto hacer una buena acción desde que una fatal curiosidad me atrajo a este lugar.

—¿Qué clase de rana eres que conoce el lenguaje de los mortales? —preguntó la reina a su vez—. Pero ya que lo conoces, dime, te lo ruego, si soy la única cautiva, porque hasta ahora no he visto a nadie más que a los monstruos del lago.

—Hubo un tiempo en que fueron hombres y mujeres como tú —contestó la rana—, pero teniendo el poder en sus manos, lo utilizaron para su propia satisfacción. Es por eso que el destino los ha enviado aquí por un tiempo, para que sufran el castigo por sus malas acciones.

—Pero tú, amiga rana, no eres una de esas personas malvadas, estoy segura —inquirió la reina.

—Yo soy mitad hada —replicó la rana—; pero, aunque tengo algunas dotes mágicas, no puedo hacer todo lo que deseo. Y si el Hada León llegara a saber de mi presencia en su reino, me mataría al instante.

—Pero si eres un hada, ¿cómo fue que estuviste a punto de ser asesinada por el cuervo? —preguntó la reina, arrugando la frente.

—Porque el secreto de mi poder está en mi pequeña cofia hecha de pétalos de rosa; sólo que cuando me la quité por un momento, ese horrible cuervo se abalanzó sobre mí. Aunque una vez colocada en mi cabeza no le temo a nada. Pero permíteme repetirlo; si no hubiera sido por ti no habría podido escapar de la muerte y si está en mis manos hacer algo para ayudarte o mitigar tu triste suerte, sólo tienes que decírmelo.

—¡Ay! suspiró la reina, el Hada León me ha ordenado que haga una empanada de aguijones de abeja y, por lo que veo, no hay ninguna por aquí; me pregunto ¿cómo podría haber si no hay flores que las alimenten? Ademas, aunque las hubiera, ¿cómo podría atraparlas?

—Déjamelo a mí —dijo la rana—, yo lo haré por ti—. Y emitiendo un ruido extraño, golpeó el suelo tres veces con

el anca. En un instante aparecieron seis mil ranas, y una de ellas llevaba una pequeña cofia.

—Cúbranse con miel y brinquen cerca de las colmenas—, les ordenó la rana, poniéndose la cofia que su amiga sostenía en su boca.

Y volviéndose a la reina, añadió:

—El Hada León tiene abejas guardadas en un lugar secreto, cerca de donde empiezan los diez mil escalones que conducen al mundo de arriba. No que las quiera para ella, pero a veces le son útiles para castigar a sus víctimas. Sin embargo, esta vez seremos más listas que ella.

Justo cuando terminó de hablar regresaron las seis mil ranas, luciendo tan extrañas con las abejas pegadas a cada parte de su cuerpo que, a pesar de su tristeza, la pobre reina no pudo contener la risa. Las abejas estaban tan atontadas con lo que habían comido que se les podían quitar los aguijones sin tener que perseguirlas. Así fue que, con la ayuda de su amiga, la reina pronto tuvo lista su empanada y se la llevó al Hada León.

—Le falta pimienta —dijo la giganta, tragando grandes bocados, para ocultar su sorpresa—. Bueno, esta ocasión te has escapado y me alegro de saber que tengo una compañía un poco más inteligente que las otras con las que lo he intentado. Ahora, es mejor que vayas y te construyas una casa.

Con esto la reina se alejó y, recogiendo un hacha pequeña que se encontraba cerca de la puerta, empezó cortar, con la ayuda de su amiga la rana, algunos cipreses con ese fin. No contentas con eso, les pidieron a las seis mil ranas sirvientes que también ayudaran; y en muy poco tiempo habían construido la cabaña más bonita del mundo y en un rincón construyeron una cama de helechos secos, recogidos en la parte superior de los diez mil escalones. Se veía suave y

cómoda; por lo que la reina se alegró de acostarse sobre ella, tan cansada estaba con todo lo ocurrido desde la mañana. Sin embargo, apenas se quedó dormida, los monstruos del lago comenzaron a hacer los ruidos más horribles justo afuera, mientras que un pequeño dragón se escurrió dentro y la aterrorizó de tal manera que salió huyendo, ¡que era exactamente lo que el dragón quería!

La pobre reina se agazapó bajo una roca el resto de la noche y a la mañana siguiente, cuando despertó de un sueño inquieto, se alegró al ver a la rana haciendo guardia junto a ella.

—Parece que tendremos que construirte otro palacio —le dijo. Pero, esta vez no lo haremos tan cerca del lago.

Y sonrió con su gran boca chistosa, hasta que la reina se animó y salieron juntas a buscar madera para la nueva cabaña.

El pequeño palacio pronto estuvo listo, así como una cama recién hecha de tomillo silvestre, que olía delicioso. Ni la reina ni la rana dijeron nada al respecto, pero de alguna manera, como ocurre siempre, la historia llegó a oídos del Hada León y envió un cuervo a buscar al culpable.

—¿Qué dioses u hombres te protegen? —le preguntó, con el ceño fruncido—. Esta tierra, reseca por una lluvia constante de azufre y fuego, no produce nada, pero he oído que tu cama está hecha de hierbas aromáticas. Por lo tanto, ya que puedes conseguir flores para ti, seguro que las obtendrás para mí, y en una hora quiero en mi habitación un ramillete de las flores más raras. ¡Si no…! Ahora te puedes ir.

La pobre reina regresó a su casa con un semblante tan triste que la rana, que la estaba esperando, lo notó de inmediato.

—¿Qué sucede ahora? —le preguntó, sonriendo.

—Oh, ¿cómo puedes reírte? —respondió la reina—. Esta vez tengo que traerle un ramillete de las flores más raras en una hora, y ¿dónde las voy a encontrar? Si fracaso, sé que me matará.

—Bueno, ¡veamos si no puedo ayudarte! —contestó la rana—. La única criatura con la que he hecho amistad aquí es un murciélago. Es una buena persona y siempre hace lo que le digo, así que le prestaré mi cofia y si se la pone y vuela a la tierra, traerá de regreso todo lo que queramos. Iría yo misma, sólo que él será más rápido.

Entonces la reina se secó los ojos y esperó pacientemente, y mucho antes de que pasara una hora, el murciélago regresó con las flores más hermosas y dulces que crecían sobre la tierra. La joven saltó de alegría al verlas y se apresuró a llevárselas al Hada León, que se sorprendió tanto que por una vez no tuvo nada que decir.

Ahora bien, el olor y el tacto de las flores hicieron que la reina sintiera gran nostalgia por su casa, y le dijo a la rana que de seguro moriría si no lograba escapar de algún modo.

—Déjame consultar con mi cofia —dijo la rana—; y quitándosela, la puso en una caja y después echó unas ramitas de enebro, algunas alcaparras y dos guisantes, que llevaba debajo de su anca derecha; luego cerró la tapa de la caja y murmuró algunas palabras que la reina no pudo escuchar.

En unos instantes se escuchó una voz proveniente de la caja.

—El destino, que gobierna a todos —dijo la voz—, te prohíbe salir de este lugar hasta que llegue el tiempo en que se cumplan ciertas cosas. Pero, a cambio, recibirás un regalo, que te consolará por todas tus tribulaciones.

Y la voz habló con la verdad, pues, pocos días después, cuando la rana se asomó por la puerta, vio a la bebé más hermosa del mundo acostada a un lado de la reina.

—Así que la cofia cumplió su palabra —exclamó la rana con satisfacción—. ¡Qué mejillas tan suaves y qué pies tan pequeños! ¿Cómo la llamaremos?

Éste era un asunto muy importante y necesitaba discutirse a fondo. Se propusieron mil nombres uno tras otro y fueron rechazados por mil razones insignificantes. Cada uno le recordaba a la reina a alguien que no le simpatizaba; pero al fin una idea le cruzó por la cabeza y exclamó:

—¡Ya sé! La llamaremos Muffette.

—El nombre es perfecto —gritó la rana, dando un gran salto en el aire y quedó decidido.

La princesa Muffette tenía casi seis meses cuando la rana se dio cuenta que la reina empezaba a sentirse triste otra vez.

—¿Por qué tienes esa mirada en tus ojos? —le preguntó un día, cuando llegó a jugar con la bebé, que ya podía gatear.

El juego consistía en dejar que Muffette se acercara a la rana, y entonces la rana daba un gran salto en el aire y caía sobre la cabeza de la niña o la espalda o las piernas, lo que la hacía gritar de alegría. No hay mejor compañero de juegos que una rana; pero debe ser una rana hada o de lo contrario, podría lastimarla y si así fuese, algo terrible podría ocurrirle. Bueno, como dije, nuestra rana se impresionó con la tristeza en el rostro de la reina y no tardó en preguntarle cuál era la razón.

—No sé ahora de qué te quejas; Muffette está muy bien y es muy feliz, incluso el Hada León es amable con ella cuando la ve. ¿Qué pasa?

—¡Oh!, si tan sólo su padre pudiera verla —prorrumpió la reina, juntando las manos—. O si tan sólo pudiera contarle lo que ha sucedido desde que nos separamos. Pero le habrán llegado noticias de la destrucción del carruaje y pudo pensar

que estoy muerta o que fui devorada por las fieras salvajes. Y aunque me llorará por mucho tiempo, lo sé muy bien, con el tiempo lo convencerán de que tome esposa, y será joven y bella, y él me olvidará.

En todo esto, la reina tenía razón, salvo que pasarían nueve largos años antes de que el rey consintiera en poner alguien más en su lugar.

La rana no respondió nada en ese momento, pero dejó de jugar y se fue brincando entre los cipreses, donde se detuvo a pensar largo rato y a la mañana siguiente regresó con la reina y le dijo:

—He venido, señora, para hacerte una propuesta. ¿Quieres que vaya a ver al rey en tu lugar, le cuente de tus sufrimientos y le diga que tiene por hija a la bebé más encantadora del mundo? El camino es largo y viajo con lentitud; pero, seguro que tarde o temprano llegaré. Sólo que, ¿no te da miedo quedarte sin mi protección? Pondera el asunto con cuidado; es tu decisión.

—Oh, no necesito reflexionarlo —exclamó la reina alegremente, juntando las manos y haciendo que Muffette hiciera lo mismo, en señal de gratitud—. Pero para que el rey sepa que vas de mi parte le escribiré una carta.

Y pinchando su brazo le escribió, con su sangre, unas palabras en una esquina de su pañuelo. Luego la arrancó y dándosela a la rana se despidieron.

Un año y cuatro días le tomó a la rana subir los diez mil escalones que la llevaron al mundo de arriba, pero eso fue porque todavía se encontraba bajo el hechizo de un hada malvada. Para cuando llegó arriba, estaba tan cansada que tuvo que permanecer otro año en la orilla de un arroyo para descansar y también para organizar su séquito con el que iba a presentarse ante el rey, pues estaba muy consciente de su

valer y el de sus relaciones, como para comparecer en la corte como si fuera una doña nadie. Por fin, después de muchas consultas con su cofia, el asunto estuvo resuelto y al final del segundo año de haberse despedido de la reina, se pusieron todos en camino.

Primero iba su guardia personal de saltamontes, seguida de sus damas de honor, que eran esas pequeñas ranas verdes que se ven en los campos, cada una montada sobre un caracol y sentadas sobre una silla de terciopelo. Luego venían las ratas de agua, vestidas como pajes y, por último, la rana en una litera hecha de concha de tortuga, llevada por ocho sapos. En ella podía recostarse a sus anchas, con su cofia en la cabeza, porque era bastante grande y espaciosa y cabían fácilmente dos huevos cuando la rana no estaba en ella.

El viaje duró siete años y en todo este tiempo la reina sufrió los tormentos de la esperanza, aunque Muffette hacía lo posible por consolarla. De hecho, probablemente estaría muerta si al Hada León no se le hubiera antojado ir de cacería al mundo de arriba, llevando a la niña y a su madre; y a pesar de sus sufrimientos, siempre era una alegría para la reina ver de nuevo el sol. En cuanto a la pequeña Muffette, para cuando cumplió siete años, sus flechas rara vez erraban el tiro. Así que, después de todo, los años de espera transcurrieron más rápido de lo que la reina se hubiera atrevido a esperar.

La rana siempre se preocupó por mantener su dignidad y nada la hubiera convencido de mostrar su rostro en lugares públicos o, incluso a lo largo del camino, donde podría encontrarse con alguien. Pero a veces, cuando la procesión tenía que cruzar un pequeño arroyo o pasar por un trecho de terreno pantanoso, daba la orden de pararse; se despojaba de sus finas ropas y haciendo las bridas a un lado, los salta-

montes, las ratas de agua, e incluso la rana, pasaban una hora o dos jugando alegremente en el lodo.

Pero ya el final se acercaba y las tribulaciones se olvidaron al ver las torres del palacio del rey; y una luminosa mañana, la procesión entró por las puertas con toda la pompa y circunstancia de una embajada real. Y, ¡en verdad, ningún embajador había causado nunca tal sensación! Las puertas y las ventanas, aun los techos de las casas, se llenaron de gente, cuyos aplausos llegaron a oídos del rey. Sin embargo, en ese momento no tenía tiempo para atender estos asuntos, ya que, después de nueve años, por fin había accedido a los ruegos de sus cortesanos, y estaba en vísperas de celebrar su segundo matrimonio.

El corazón de la rana latió con fuerza cuando su litera se detuvo ante la escalinata del palacio, e inclinándose hacia adelante le hizo señas a uno de los guardias, que estaba en la puerta, para que se acercara.

—Deseo ver a su majestad —dijo.

—Su majestad está ocupado y no puede ver a nadie —respondió el soldado.

—Su majestad me verá a mí —replicó la rana, mirándolo fijamente—; y de alguna manera el hombre se encontró conduciendo la procesión a lo largo de la galería hasta la Sala de Audiencias, donde el rey estaba sentado rodeado de sus nobles, disponiendo las ropas que todo el mundo usaría en la ceremonia de su matrimonio.

Todos miraron con sorpresa cuando entró la procesión y, aún más, cuando la rana saltó de la litera al suelo y con otro brinco aterrizó en el brazo del trono.

—Llegué justo a tiempo, señor —comenzó la rana—. Si llego un día después, hubieras roto el juramento que le hiciste a la reina hace nueve años.

—Su recuerdo me será siempre muy querido —respondió el rey con gentileza, aunque todos los presentes esperaban que increpara a la rana con dureza por su impertinencia. Pero debes saber, señora Rana, que muy pocas veces un rey puede hacer lo que le place, pues debe estar sujeto a los deseos de sus súbditos. Durante nueve años me he resistido a sus deseos; pero ya no puedo hacerlo más y he elegido a la joven y bella doncella que está jugando a la pelota allá a lo lejos.

—No puedes casarte con ella, no importa cuán bella sea, pues la reina, tu esposa, todavía vive y te envía esta carta escrita con su propia sangre —dijo la rana, entregándole el pedacito del pañuelo mientras hablaba—. Y lo que es más, tienes una hija de casi nueve años de edad, más bella que todos los niños del mundo.

El rey palideció al oír estas palabras y su mano temblaba tanto que apenas pudo leer lo que la reina había escrito. Luego besó el pañuelo dos o tres veces y rompió en llanto; pasaron unos minutos antes de que pudiera hablar. Cuando por fin recuperó la voz, dijo a sus consejeros que, sin duda, la letra era de la reina y ahora que había recibido la alegría de saber que estaba viva, no podía, de modo alguno, proceder con su segundo matrimonio. Naturalmente esto disgustó a los embajadores que habían conducido a la prometida a la corte y uno de ellos preguntó indignado si pretendía insultar así a la princesa, basándose en la palabra de una simple rana.

—Yo no soy una "simple rana", y les daré una prueba de ello —replicó la pequeña criatura enojada. Y poniéndose su cofia, gritó: "¡Hadas amigas mías, venid!" Y en un momento, una multitud de hermosas criaturas, cada una con una corona en la cabeza, apareció delante de ella. Por supuesto que nadie podía adivinar que eran los caracoles, las ratas de agua y los saltamontes que había elegido como su séquito.

A una señal de la rana, las hadas bailaron un ballet que agradó tanto a todos los presentes que rogaron que se repitiera; pero ahora no eran jóvenes y doncellas los que bailaban, sino flores. Luego se transformaron en fuentes, cuyas aguas se mezclaron y corrieron a los lados de la sala, bajando en cascada por las escaleras hasta formar un río alrededor del castillo, en el que navegaban los más bellos barquichuelos, todos pintados y cubiertos de oro.

—¡Oh, vamos a navegar en ellos! —exclamó la princesa, que hacía mucho rato había dejado su juego de pelota para contemplar estas maravillas—. Como estaba decidida a hacerlo, los embajadores, que tenían instrucciones de no perderla de vista, se vieron obligados a ir también, aunque nunca subían a un bote de poder evitarlo.

Pero al momento en que ellos y la princesa se sentaron en los suaves cojines, el río y los barcos terminaron desvaneciéndose junto con la princesa y los embajadores. En su lugar, los caracoles, saltamontes y ratas de agua rodeaban a la rana con su forma natural.

—Tal vez —dijo la rana—, su majestad esté ahora convencido de que soy un hada y digo la verdad. Por lo tanto, no pierdas tiempo en ordenar los asuntos de tu reino y ve en busca de tu esposa. Este anillo te llevará ante la reina y al mismo tiempo te permitirá hacer frente, indemne, al Hada León, aunque sea la más terrible criatura que jamás haya existido.

Para entonces el rey se había olvidado por completo de la princesa, a quien sólo había elegido para complacer a su pueblo y estaba tan ansioso de partir en su viaje, como lo estaba la rana para que lo hiciera. Nombró a uno de sus ministros regente del reino y le dio a la rana todo lo que pudiera desear; y con su anillo en el dedo se dirigió a la orilla del bosque.

Ahí desmontó y le ordenó a su caballo que regresara a casa y siguió adelante a pie.

No teniendo nada que lo guiara hacia la entrada del inframundo, el rey caminó de un lado a otro durante un buen tiempo, hasta que, un día, mientras descansaba bajo un árbol, una voz le dijo:

—¿Por qué te complicas tanto por nada, cuando podrías saber lo que quieres saber con sólo preguntar? Tú solo nunca descubrirás el camino que conduce a tu esposa.

Con gran sobresalto, el rey miró a su alrededor. No podía ver nada y, de alguna manera, pensándolo bien, parecía que la voz era parte de él. De repente, sus ojos se posaron en el anillo y comprendió.

—¡He sido un tonto! —exclamó—; y ¡cuánto tiempo precioso he perdido! ¡Querido anillo, te lo suplico, concédeme una visión de mi esposa y de mi hija!

Entonces, mientras hablaba, pasó junto a él, como un relámpago, una enorme leona, seguida de una señora y una joven y bella doncella, montadas en caballos hadas.

Casi desfalleciendo de alegría las contempló y cayó temblando al suelo.

—¡Oh, llévame con ellas, llévame con ellas! —exclamó.

Y el anillo, pidiéndole que tuviera valor, lo condujo a salvo al lugar sombrío donde su esposa había vivido durante diez años.

Ahora bien, el Hada León sabía de antemano de su presencia en sus dominios y ordenó que se construyera un palacio de cristal en medio del lago de mercurio; y con el fin de hacerle más difícil el acceso, lo dejó flotar sin rumbo. En cuanto regresaron de la cacería, donde las vio el rey, llevó a la reina y a Muffette al palacio y las puso bajo la vigilancia de los monstruos del lago, que se habían enamorado de la prin-

cesa. Eran terriblemente celosos y por ella estaban dispuestos a comerse uno al otro, por lo que aceptaron de buena gana el encargo. Algunos se apostaron alrededor del palacio flotante, otros se sentaron junto a la puerta, mientras que los más pequeños y ligeros se encaramaron en el techo.

Por supuesto que el rey ignoraba estos arreglos y entró sin temor al palacio del Hada León, que lo esperaba azotando su cola con furia, pues conservaba aún su forma. Con un rugido que hizo temblar las paredes se arrojó sobre él; pero el rey estaba en guardia y un golpe de su espada cortó la pata que había levantado para matarlo. La leona cayó hacia atrás y el rey, todavía con su casco y su escudo puestos, le puso el pie en el cuello.

—Devuélveme a la esposa y a la hija que me has robado, —dijo—, ¡o no vivirás un segundo más!

Pero el hada contestó:

—Mira ese lago a través de la ventana y ve si está en mi poder devolvértelas.

Y el rey miró, y a través de las paredes de cristal contempló a su esposa e hija flotando en el azogue. Al verlas se olvidó del Hada León y toda su maldad. Quitándose el casco, gritó con todas sus fuerzas. La reina reconoció su voz y ella y Muffette corrieron a la ventana y le tendieron las manos. Entonces el rey juró solemnemente que no se iría de ahí sin llevárselas, así le costara la vida; y lo decía en serio, aunque en ese momento no sabía lo que estaba emprendiendo.

Pasaron tres años y el rey aún estaba lejos de lograr su más caro deseo. Había sufrido todas las dificultades imaginables: las ortigas habían sido su lecho; frutos silvestres, más amargos que la hiel, su alimento y pasaba sus días luchando contra los monstruos horribles que lo mantenían alejado del palacio. No había avanzado un solo paso, ni obtenido ninguna

ventaja. Ya estaba casi desesperado, listo para desafiar lo que fuera y lanzarse al lago.

Fue en ese momento de su más negra desolación que, una noche, un dragón que lo había observado por largo tiempo desde el techo, se deslizó a su lado.

—Pensaste que el amor vencería todos los obstáculos, —le dijo—; bien, ¡ya viste que no es así! Pero si me juras por tu corona y cetro que me darás, siempre que te lo pida, una de esas comidas de las que nunca me canso, te permitiré llegar a tu esposa e hija.

¡Ah, qué contento se puso el rey al escuchar esto! ¿Qué no hubiera jurado con tal de estrechar a su esposa e hija en sus brazos? Con júbilo juró hacer cualquier cosa que el dragón le pidiera; luego saltó sobre su lomo y en un instante sus fuertes alas lo hubieran llevado al castillo si los monstruos más próximos no hubieran despertado al escuchar el ruido de voces y nadado hasta la orilla para dar la batalla. La lucha fue larga y difícil y cuando el rey, al fin, hizo retroceder a sus enemigos, otra lucha lo esperaba. En la entrada, murciélagos, búhos y cuervos gigantes se lanzaron sobre él desde todas partes; pero el dragón tenía dientes y garras, en tanto que la reina, en su afán de ayudar a su esposo, rompió vidrios y con los pedazos asestó puñaladas a diestra y siniestra. Al final las horribles criaturas se alejaron; se escuchó un sonido como de trueno, el palacio y los monstruos desaparecieron, y al mismo tiempo, nadie supo cómo el rey se encontró delante de su esposa e hija en la sala de su propia casa.

El dragón desapareció con todos los demás y durante algunos años no supieron o pensaron en él. Muffette crecía cada día más hermosa y, cuando cumplió catorce años, los reyes y emperadores de los países vecinos enviaron peticiones de matrimonio para ellos o sus hijos. Por mucho tiempo, la

El rey en su dragón encuentra la manera de vencer a los monstruos y encontrar a la reina y a Muffette.

joven prestó oídos sordos a todas las peticiones; pero por fin, un joven príncipe, de raras dotes, tocó su corazón y, aunque el rey la había dejado en libertad para elegir al que sería su esposo, secretamente había deseado que, de todos los pretendientes, éste fuera su yerno. Por lo que se comprometieron ese mismo día con gran pompa y luego, con muchas lágrimas, el príncipe partió hacia la corte de su padre, llevando consigo un retrato de Muffette.

Los días pasaron lentamente para Muffette, a pesar de sus animosos esfuerzos para mantenerse ocupada y no entristecer a otros con sus lamentos. Una mañana estaba tocando su arpa en el aposento de la reina cuando el rey irrumpió en la habitación y tomó a su hija en sus brazos con una fuerza que casi la asustó.

—¡Oh, mi niña, mi querida hija! ¿Por qué tuviste que nacer? —exclamó, tan pronto como pudo hablar.

—¿Ha muerto el príncipe? —balbuceó Muffette, pálida y con un escalofrío.

—¡No, no; pero, ¡ay! ¿cómo decírtelo? Y se dejó caer sobre un montón de cojines, mientras que su esposa y su hija se arrodillaban a su lado.

¡Por fin pudo contar su historia y era terrible! Acababa de llegar a la corte un enorme gigante, como embajador del dragón que había ayudado al rey a rescatar a la reina y a Muffette del palacio de cristal. El dragón había estado muy ocupado todos estos años y se había olvidado de la princesa hasta que llegó a sus oídos la noticia de su compromiso matrimonial. Entonces recordó el trato que había hecho con su padre; y cuanto más sabía de Muffette más seguro estaba que sería un platillo delicioso. Así que ordenó al gigante, que era su siervo, que se la llevara de inmediato.

No hay palabras para describir el horror de la reina y de la princesa al enterarse de este espantoso destino. En ese instante corrieron a la sala donde el gigante los estaba esperando y, arrojándose a sus pies, le imploraron que tomara el reino si quería, pero que tuviera piedad de la princesa. El gigante los miró benévolo, porque no era de corazón duro, pero les dijo que no podía hacer nada y si la princesa no iba con él sin mayores aspavientos, vendría el dragón mismo.

Pasaron varios días y el rey y la reina suplicaron sin cesar la ayuda del gigante, que para entonces ya se estaba cansando de esperar.

—Sólo hay una manera de ayudarlos —dijo al fin— y es que la princesa se case con mi sobrino, que, además de ser joven y guapo, conoce de magia y sabrá cómo mantenerla a salvo del dragón.

—¡Oh, gracias, gracias! —gritaron los padres, estrechando sus grandes manos contra su pecho—. En verdad nos has quitado un peso de encima. Nuestra hija tendrá la mitad del reino como dote.

Pero Muffette se puso de pie y los hizo a un lado.

—No voy a comprar mi vida con una deslealtad —dijo con dignidad—; en este momento iré contigo a la morada del dragón.

Y de nada valieron todas las lágrimas y súplicas de su padre y de su madre para conmoverla.

A la mañana siguiente pusieron a Muffette en una litera, y, custodiada por el gigante y seguida por el rey y la reina y las llorosas damas de honor, partieron hacia el pie de la montaña donde el dragón tenía su castillo. El camino, aunque agreste y pedregoso, se hizo demasiado corto y cuando llegaron al lugar designado por el dragón, el gigante les ordenó a los hombres que llevaban la litera que se detuvieran.

—Es hora que se despidan de su hija —les dijo—; porque veo al dragón que viene hacia nosotros.

Era cierto; una nube parecía tapar el sol, pues entre ellos y el sol apenas podían distinguir un enorme cuerpo de media milla de largo, acercándose cada vez más. Al principio, el rey no podía creer que se tratara de la pequeña bestia que se mostró tan amistosa en la orilla del lago de mercurio, pero, bueno, él sabía muy poco de nigromancia y nunca había estudiado el arte de expandir y contraer el cuerpo. Sin embargo era el dragón y no otra cosa, y sus seis alas lo llevaban tan rápido como era posible, teniendo en cuenta su gran peso y el largo de su cola, que tenía cincuenta vueltas y media.

Venía a gran velocidad, sin duda, pero la rana, montada sobre un galgo y con la cofia puesta, iba más rápido aún. Entrando a una habitación donde el príncipe estaba sentado contemplando el retrato de su prometida, le gritó:

—¿Qué estás esperando aquí, cuando la vida de la princesa se acerca a su fin? En el patio encontrarás un caballo verde con tres cabezas y doce patas y a su lado una espada de dieciocho metros de largo. ¡Apresúrate, no sea que llegues demasiado tarde!

La lucha duró todo el día y la fuerza del príncipe estaba casi agotada, cuando el dragón, pensando que la victoria era suya, abrió sus fauces para dar un rugido de triunfo. El príncipe vio su oportunidad y, antes que su enemigo pudiera volver a cerrar la boca, hundió su espada hasta el fondo de la garganta de su adversario. Hubo un desesperado hundimiento de garras en la tierra, un lento revoloteo de grandes alas, y entonces el monstruo rodó sobre su costado y no se movió más. Muffette estaba salvada.

Después de esto todos regresaron al palacio. El casamiento tuvo lugar al día siguiente y Muffette y su esposo vivieron felices para siempre.

Las aventuras de Covan, el del cabello castaño*

En las costas del occidente, donde las grandes montañas se alzan con sus pies en el mar, vivían un pastor y su esposa, junto con sus tres hijos y una hija. Durante el día los jóvenes pescaban y cazaban, mientras su hermana llevaba las cabras a pastar en la montaña o se quedaba en casa ayudando a su madre y remendando las redes.

Por muchos años vivieron felices juntos, cuando un día, mientras la joven estaba en la montaña con las cabras, el sol se oscureció y un aire frío, como una niebla espesa y blanca, avanzó lenta, lentamente desde el mar. Ella se levantó con un escalofrío y trató de llamar a sus cabras, pero la voz se le ahogó en la garganta y sintió que unos brazos fuertes la sujetaban.

Grandes eran los lamentos en la choza cerca del mar cuando las horas pasaban y la doncella no regresaba. Muchas veces el padre y sus hermanos saltaron, creyendo haber escuchado sus pasos, pero en la oscuridad casi no podían verse las manos, y no podían decir dónde estaba el río, ni dónde la montaña. Una a una, las cabras volvieron a casa y a cada

* Tomado de una historia celta. Traducido por el doctor Macleod Clarke.

balido alguien corría a abrir la puerta, pero nada rompía el silencio. Nadie durmió durante la noche y cuando llegó la mañana y la niebla se retiró, buscaron a la doncella por mar y tierra, pero no hallaron el menor rastro.

Así transcurrió un año y un día. Al final de este tiempo parecía que Gorla y su esposa habían envejecido de repente. Sus hijos también estaban más tristes que antes, porque amaban mucho a su hermana y nunca dejaron de llorarla. Al fin, Ardan el mayor habló y dijo:

—Ha pasado un año y un día desde que nos quitaron a nuestra hermana, y desde entonces, hemos esperado con dolor y paciencia su regreso. Seguro que algún mal le ha ocurrido o, de lo contrario, hubiera enviado una señal para tranquilizar nuestros corazones; y me he jurado que mis ojos no conocerán el sueño hasta que, viva o muerta, la haya encontrado.

—Si lo has jurado, entonces cumple tu juramento —contestó Gorla—. Pero habría sido mejor si hubieras consultado primero con tus padres antes de hacerlo. Sin embargo, ya que así lo hiciste, tu madre horneará una torta para que la lleves contigo en tu viaje. ¿Quién sabe cuánto durará?

Después de lo cual la madre se levantó y horneó no una sino dos tortas, una grande y una pequeña.

—Elige, hijo mío —dijo—. ¿Tomarás la torta pequeña con la bendición de tu madre o la grande sin ella, ya que has hecho a un lado a tu padre y has asumido hacer un juramento por ti mismo?

—Me llevaré la torta grande —contestó el joven—; ¿para qué me serviría la bendición de mi madre si me estoy muriendo de hambre?

Y tomando la torta grande se fue.

Caminó derecho sin permitir que ni montañas ni ríos lo detuvieran. Caminaba rápido, rápido como el viento que

soplaba por la montaña. Las águilas y las gaviotas miraban desde sus nidos cuando pasaba, dejando atrás al ciervo; al fin se detuvo, pues el hambre se había apoderado de él y ya no pudo caminar más. Temblando de fatiga se sentó en una roca y cortó un pedazo de su torta.

—Regálame un bocado, Ardan, hijo de Gorla —le pidió un cuervo, revoloteando hacia él.

—Busca comida en otro lado, oh, portador de malas noticias —respondió Ardan, el hijo de Gorla—; es muy poco lo que hay para mí.

Y se estiró por unos momentos y luego se puso en pie de nuevo. Siguió y siguió hasta que los pajarillos volaron a sus nidos y la claridad murió en el cielo y la oscuridad cubrió la tierra. Siguió y siguió y siguió hasta que al fin vio un rayo de luz que emanaba de una casa y rápido fue hacia ella.

La puerta estaba abierta y entró, pero se detuvo cuando vio a un anciano acostado en una banca junto al fuego, y sentada frente a él a una doncella peinando los rizos de su cabello dorado con un peine de plata.

—Bienvenido, buen joven —dijo el anciano, volviendo la cabeza—. Siéntate y entra en calor y dime qué ocurre en el mundo exterior. Hace mucho tiempo que no sé nada de él.

—Todas mis noticias son que estoy buscando a quién servir —respondió Ardan, el hijo de Gorla—; he venido de lejos, de donde sale el sol, y me alegró ver los rayos de tu lámpara que iluminan la oscuridad.

—Necesito a alguien para pastorear mis tres vacas pardas, que no tienen cuernos —dijo el anciano—. Si por el espacio de un año, puedes traérmelas cada tarde de regreso antes de que se ponga el sol, te haré un pago que dejará tu ánimo satisfecho.

Pero en ese momento la joven levantó la mirada y respondió rápidamente:

—Algún mal le vendrá si escucha tu ofrecimiento.

—Consejo no buscado carece de valor —respondió Ardan, el hijo de Gorla, groseramente—. Muy inútil sería, en verdad, si no pudiera llevar tres vacas a pastar y mantenerlas a salvo de los lobos que pudieran bajar de las montañas. Por lo tanto, buen padre, con las primeras luces del día entraré a tu servicio y no pediré ningún pago hasta el amanecer del nuevo año.

A la mañana siguiente aún no se escuchaba el cencerro de los ciervos entre los helechos, cuando la doncella del cabello de oro ya había ordeñado las vacas y las llevó frente a la cabaña donde el anciano y Ardan, el hijo de Gorla, las aguardaban.

—Deja que vayan por donde quieran —dijo a su siervo—, y nunca trates de apartarlas del camino, pues conocen bien los campos de buena pastura. Pero cuida de ir siempre detrás y no permitas que nada de lo que veas y nada de lo que escuches te haga abandonarlas. Ahora ve y que la sabiduría te acompañe.

Cuando dejó de hablar tocó una de las vacas en la frente y ésta se puso en camino con las otras dos, una a cada lado. Tal como se lo habían indicado, Ardan, el hijo de Gorla, iba detrás de ellas, regocijándose en su corazón porque le había tocado por suerte un trabajo tan fácil. Al final del año, pensó, tendría suficiente dinero en el bolsillo que lo llevaría a países lejanos, donde podría estar su hermana y, en el camino alguien que pasara por ahí podía darle noticias de ella.

Así hablaba para sus adentros, cuando sus ojos se posaron en un gallo dorado y una gallina plateada que corrían velozmente por la hierba, delante de él. En un momento las palabras pronunciadas por el anciano desaparecieron de su mente y fue en su persecución. Estaban tan cerca que casi

podía agarrar sus colas; sin embargo, cada vez que estaba seguro de atraparlos, sus dedos se cerraban en el aire. Por fin ya no pudo correr más y se detuvo para tomar aire, mientras que el gallo y la gallina siguieron como antes. Entonces se acordó de las vacas y, un poco asustado, regresó a buscarlas. Por suerte no estaban muy lejos y se alimentaban tranquilamente en la espesa hierba verde.

Ardan, el hijo de Gorla, sentado debajo de un árbol, vio un bastón de oro y otro de plata doblándose frente a él sobre el prado; por lo que levantándose, corrió hacia ellos. Los siguió hasta que se cansó, pero no pudo atraparlos, aunque parecían estar siempre a su alcance. Cuando por fin abandonó la búsqueda, sus rodillas temblaban de cansancio y se alegró al ver un árbol que crecía cerca, cargado con frutos de diferentes tipos, que comió vorazmente.

El sol se hundía en el horizonte y las vacas dejaron de pastar y se volvieron a casa, seguidas por Ardan, el hijo de Gorla. En la puerta de su establo la doncella las estaba esperando y, sin decirle nada a su rebaño, se sentó y empezó a ordeñarlas. Pero no era leche lo que caía en su cubo; en su lugar, la cubeta se llenó con un delgado chorro de agua y al levantarse de ordeñar la última vaca, el anciano apareció afuera.

—¡Miserable, has traicionado tu palabra! —le dijo a Ardan, el hijo de Gorla—. ¡Ni siquiera por un día pudiste mantenerte fiel! Bien, tendrás tu recompensa ahora, para que otros aprendan de ti.

Y blandiendo su báculo tocó el pecho del joven, convirtiéndolo en una columna de piedra.

Ahora bien, Gorla de los rebaños y su esposa estaban llenos de dolor por haber perdido un hijo y una hija, pues no habían recibido noticia alguna de Ardan, su primogénito.

Por fin, cuando pasaron dos años y dos días desde que la doncella llevó sus cabras a pastar en la montaña y no se la había vuelto a ver, Ruais, el segundo hijo de Gorla, se levantó una mañana, y dijo:

—El tiempo pasa lento sin mi hermana y Ardan, mi hermano. Así que he jurado ir a buscarlos donde se encuentren.

Y su padre respondió:

—Mejor hubiera sido que pidieras primero mi consentimiento y el de tu madre; pero como lo has jurado, debes hacerlo.

Luego le dijo a su esposa que hiciera una torta, y ella en lugar de una hizo dos y le dio a elegir a Ruais, como lo había hecho con Ardan. Al igual que Ardan, Ruais eligió la torta grande, sin bendición, y se puso en camino, haciendo siempre, aunque sin saberlo, lo que había hecho Ardan; por tanto, no hace falta decir lo que le ocurrió hasta el momento en que se convirtió también en una columna de piedra, en la colina detrás de la cabaña, para que todos los hombres vieran el destino que les espera a los que faltan a su palabra.

Pasó otro año y un día, cuando una mañana Covan, el del cabello castaño, el hijo menor de Gorla de los rebaños, habló con sus padres, diciendo:

—Hace más de tres años que mi hermana nos dejó. Mis hermanos también se han ido, nadie sabe a dónde, y de los cuatro no queda nadie más que yo. Por tanto, deseo ir a buscarlos, y te ruego a ti y a mi madre que no pongan ningún obstáculo en mi camino.

Y su padre respondió:

—Vé, pues, con nuestra bendición.

Así que la esposa de Gorla de los rebaños horneó dos tortas, una grande y otra pequeña; Covan tomó la pequeña y partió en su búsqueda. En el bosque sintió hambre, pues ha-

bía caminado mucho y se sentó a comer. De repente, una voz detrás de él exclamó:

—¡Un poco para mí! ¡Un poco para mí!

Y mirando a su alrededor vio al cuervo negro de las tierras salvajes.

—Sí, te daré un poco —dijo Covan, el del cabello castaño—; y cortando un pedazo se estiró hasta el cuervo, que comió con avidez. Entonces Covan se levantó y siguió su camino, hasta que vio la luz que emanaba de la cabaña frente a él y se alegró, pues la noche se acercaba.

"Tal vez allí encuentre algún trabajo", pensó. "Al menos ganaré algún dinero que me ayude en mi búsqueda; ¿pues quién sabe hasta dónde habrán ido mi hermana y mis hermanos?"

La puerta estaba abierta y entró; el anciano le dio la bienvenida, al igual que la doncella de cabellos dorados. Como sucedió antes, el anciano le ofreció pastorear las vacas; y como lo había hecho con sus hermanos, la doncella le aconsejó no aceptar ese trabajo. Pero, en lugar de responder groseramente, como Ardan y Ruais, le dio las gracias con cortesía, aunque no pensaba hacerle caso y prestó atención a las advertencias y las palabras de su nuevo amo.

Al día siguiente, en la madrugada, se puso en camino con las vacas pardas delante de él y las siguió con paciencia a dondequiera que lo llevaban. En el camino vio el gallo de oro y la gallina de plata, que corrieron aún más cerca de él de lo que habían hecho con sus hermanos. La tentación era grande y ansiaba darles caza; pero, recordando a tiempo la advertencia de que no mirara ni a la derecha ni a la izquierda, con un gran esfuerzo volteó hacia otro lado. Después, aparecieron frente a él los bastones de oro y plata como si hubieran brotado de la tierra, pero esta vez también logró sobreponerse; y

aunque la fruta del árbol mágico casi tocó su boca, la apartó y siguió adelante.

Ese día las vacas se alejaron más que nunca antes y no se detuvieron hasta que llegaron a un páramo donde el brezo estaba ardiendo. El fuego era fiero, pero a las vacas no les importó y caminaron a través de él y Covan, el del cabello castaño, las siguió. Después se zambulleron en un río espumoso y Covan hizo lo mismo, aunque el agua le llegaba arriba de la cintura. Al otro lado del río había una vasta llanura, y ahí se echaron las vacas, mientras Covan miraba a su alrededor. Cerca de él había una casa construida de piedra de color amarillo, de donde venían dulces canciones y Covan escuchó y su corazón se aligeró.

Mientras esperaba, un joven se acercó a él, casi sin poder hablar de tan rápido que había corrido; y gritó en voz alta:

—¡Date prisa, Covan, el del cabello castaño, date prisa, tus vacas están en el maizal y debes sacarlas de ahí!

—No—, dijo Covan sonriendo—, hubiera sido más fácil para ti llevártelas que venir hasta aquí a decírmelo.

Y siguió escuchando la música.

Muy pronto, el mismo joven volvió y gritó jadeante:

—¡Acabáramos contigo, Covan, hijo de Gorla, que te quedas ahí pasmado! ¡Nuestros perros están persiguiendo tus vacas y debes apartarlas!

—Por supuesto que no —respondió Covan—. Hubiera sido más fácil para ti llamar a tus perros que venir hasta aquí a decírmelo.

Y se quedó donde estaba hasta que cesó la música.

Luego fue a buscar a las vacas y las encontró echadas en el lugar donde las había dejado; pero cuando vieron a Covan se levantaron y caminaron a casa, tomando una ruta diferente a la que habían andado por la mañana. Esta vez pa-

saron por una llanura tan desnuda que un alfiler no hubiera quedado pasado inadvertido; sin embargo, Covan contempló con sorpresa que un potro y su madre estaban pastando ahí, ambos tan gordos como si se alimentaran de la hierba más abundante. Más adelante cruzaron otra llanura, donde la hierba era espesa y verde, pero en ella comían un potro y su madre. Estaban tan flacos que se podían contar sus costillas. Y más adelante, el camino los llevó por las orillas de un lago sobre el cual flotaban dos botes; uno lleno de jóvenes alegres y felices, que viajaban a la tierra del Sol y el otro con figuras sombrías, vestidas de negro, que se dirigían a la tierra de la Noche.

—¿Qué pueden significar estas cosas? —se preguntó Covan, mientras seguía a sus vacas.

Entonces oscureció, el viento aullaba y la lluvia caía a torrentes sobre ellos. Covan no sabía cuánto faltaba para llegar ni tampoco si iban por el camino correcto. Ni siquiera podía ver a sus vacas y su corazón se encogió al pensar que, después de todo, había fallado en devolverlas sanas y salvas. ¿Qué podía hacer?

Por lo tanto, esperó, pues no podía ir ni para adelante ni para atrás, hasta que una gran pata se posó amistosamente en su hombro.

—Mi cueva está aquí cerca —dijo el Perro de Maol-mor, del que Covan, el hijo de Gorla, había oído hablar mucho—. Pasa la noche aquí y se te dará carne de cordero y podrás deshacerte de tres tercios de tu cansancio.

Covan entró, cenó y durmió, y por la mañana se levantó como nuevo.

—Adiós, Covan —dijo el perro de Maol-mor—. Que el éxito te acompañe, pues tomaste lo que tenía para darte y no te burlaste. Así que cuando el peligro sea tu compañero, llámame, y no te fallaré.

Con estas palabras, el perro de Maol-mor desapareció en el bosque y Covan fue a buscar sus vacas, que estaban en el hueco donde la oscuridad las había sorprendido.

Al ver a Covan, el del cabello castaño, retomaron el camino, y Covan las siguió siempre detrás y sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda. Todo ese día caminaron y, cuando cayó la noche, se encontraron en una llanura árida donde sólo había rocas para refugiarse.

—Debemos descansar aquí lo mejor que podamos —dijo Covan a las vacas—. Éstas inclinaron la cabeza y se echaron en el mismo lugar donde estaban paradas. Entonces llegó el cuervo negro de Corri-nan-Creag, cuyos ojos nunca se cierran y cuyas alas nunca se cansan; revoloteó ante el rostro de Covan y le dijo que él sabía de una grieta en la roca, donde había comida en abundancia y musgo suave para un lecho.

—Ven conmigo —le dijo a Covan—, y podrás deshacerte de tres tercios de tu cansancio y partir fresco en la mañana.

Covan escuchó agradecido sus palabras y, al amanecer, se levantó a buscar sus vacas.

—¡Adiós! —gritó el cuervo negro—. Confiaste en mí, y tomaste todo lo que tenía que ofrecer a cambio de la comida que una vez me diste. Así que si el día de mañana necesitas un amigo, llámame y no te fallaré.

Al igual que antes, las vacas se encontraban en el lugar donde las había dejado, dispuestas a partir. Todo ese día anduvieron sin cesar. Covan, el hijo de Gorla, caminó detrás de ellas, hasta que cayó la noche cuando estaban a las orillas de un río.

—No podemos seguir adelante —le dijo Covan a las vacas.

Y comenzaron a comer la hierba al lado del arroyo, mientras Covan las escuchaba ansiando también algo de cenar, pues habían viajado mucho y sentía las piernas débiles.

Entonces escuchó un rumor de agua a sus pies y la cabeza de la famosa nutria Doran-donn del arroyo se asomó.

—Confía en mí y yo te encontraré calor y refugio —dijo Doran-donn—; y peces en abundancia para comer.

Covan la siguió agradecido, comió y descansó y se deshizo de tres tercios de su cansancio. Al salir el sol abandonó su lecho de algas de mar secas, que flotaron con la marea, y con un corazón agradecido se despidió de Doran-donn.

—Porque confiaste en mí y tomaste lo que tenía que ofrecer, te has ganado mi amistad, Covan —dijo Doran-Donn—. Si estás en peligro y necesitas la ayuda de alguien que pueda nadar en un río o bajo las olas, llámame y yo vendré a ti.

Luego se zambulló en la corriente, y no se le vio más.

Las vacas estaban listas en el lugar donde Covan las había dejado y viajaron todo el día, hasta que, al caer la noche, llegaron a la cabaña. Contento, sin duda, estaba el anciano cuando las vacas entraron en sus establos y contempló la rica leche que caía en el cubo de la doncella de cabellos de oro, con el peine de plata.

—Ciertamente, lo has hecho bien —le dijo a Covan, el hijo de Gorla—. Y ahora, ¿qué deseas como recompensa?

—No quiero nada para mí —respondió Covan, el del cabello castaño—; pero te pido que me devuelvas a mis hermanos y a mi hermana, que han estado perdidos para nosotros desde hace tres años. Tú eres sabio y conoces la tradición de las hadas y de las brujas; dime dónde puedo encontrarlos y lo que debo hacer para traerlos a la vida otra vez.

El anciano se puso serio al escuchar las palabras de Covan.

—Sí, en verdad yo sé dónde están —respondió—, y no digo que no sea posible traerlos de regreso a la vida. Pero

los peligros que tienes que afrontar son grandes, demasiado grandes.

—Dime cuáles son —dijo Covan—, y podré saber si puedo afrontarlos.

—Escucha, pues, y juzga. Allá en la montaña habita un corzo, blanco de pata, con cuernos que se ramifican como la cornamenta de un ciervo. En el lago que lleva a la tierra del Sol, flota un pato que tiene el cuerpo verde y el cuello de oro. En el estanque de Corri-Bui nada un salmón cuya piel brilla como la plata y cuyas branquias son de color rojo; tráemelos y ¡entonces sabrás dónde están tus hermanos y tu hermana!

—¡Mañana cuando cante el gallo habré partido! —contestó Covan.

El camino a la montaña se extendía ante él y cuando llegó a la cima pudo ver, en el pico de enfrente, al corzo de patas blancas y manchas en los costados.

Lleno de esperanza se dispuso a ir tras él, pero para cuando llegó a ese pico, el corzo se había ido y se le podía ver en otro. Y así ocurrió todo el tiempo, pero cuando Covan estaba a punto perder los ánimos, el recuerdo del Perro de Maolmor cruzó por su mente.

—¡Ah, ojalá estuviera aquí! —exclamó.

Y alzando la mirada lo vio.

—¿Por qué me llamaste? —preguntó el perro de Maolmor.

Cuando Covan le contó de su aprieto y de cómo el corzo se alejaba más y más, el Perro se limitó a contestar:

—Nada temas; pronto lo atraparé para ti.

Y en poco tiempo puso al corzo ileso a los pies Covan.

—¿Qué quieres que haga con él? —preguntó el perro.

Covan respondió:

Doran-Donn lleva el salmón a Covan, el de cabello castaño.

—El anciano me pidió que lo llevara a su cabaña, lo mismo que al pato de cuello dorado y al salmón con los costados plateados; no sé si llegaré a atraparlos. Pero lleva al corzo de regreso a la cabaña y amárralo para que no pueda escapar.

—Así se hará —dijo el perro de Maol-mor.

Entonces Covan corrió al lago que llevaba a la tierra del Sol, donde el pato de cuerpo verde y cuello dorado nadaba entre los nenúfares.

"Seguro puedo atraparlo, siendo, como soy, buen nadador", se dijo. Pero si él podía nadar bien, el pato nadaba mejor y al final las fuerzas le fallaron y se vio obligado a regresar a tierra.

—¡Ah, si el cuervo negro estuviera aquí para ayudarme! —pensó.

Y en un momento el cuervo negro estaba sobre su hombro.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó el cuervo.

Y Covan respondió:

—Atrapa y tráeme al pato verde que flota en el agua.

Y el cuervo voló con sus fuertes alas, lo levantó con su poderoso pico y en un instante el ave estaba a los pies de Covan.

Esta vez fue fácil para el joven cargar su trofeo y después de dar gracias al cuervo por su ayuda, continuó su camino hacia el río.

En la profunda oscuridad del estanque del que había hablado el viejo estaba el salmón de costados plateados tumbado bajo una roca.

"Seguro que siendo, como soy, tan buen pescador, lo podré atrapar", dijo Covan, el hijo de Gorla. Y cortando un palo delgado de un arbusto, amarró una cuerda a un extremo. Pero toda su habilidad no le sirvió de nada, porque el salmón ni siquiera miró el anzuelo.

—Por fin estoy derrotado, a menos que Doran-donn me pueda salvar —exclamó.

Y, mientras hablaba, se oyó un rumor de agua y la cara de Doran–donn apareció ante él

—¡Oh, te lo ruego, atrapa para mí el salmón debajo de la roca! —dijo Covan, el hijo de Gorla. Doran-donn se zambulló y agarrando al salmón por la cola, lo trajo de vuelta a donde estaba Covan.

—¡Aquí están el corzo, el pato y el salmón! —le dijo Covan al anciano, cuando llegó a la cabaña.

El anciano sonrió y le dijo que comiera y bebiera, y después de que hubiera saciado su hambre, hablaría con él.

Esto fue lo que el anciano dijo:

—Empezaste bien hijo mío; por lo tanto, las cosas te han salido bien. Valoraste la bendición de tu madre y, por ello, has sido bendecido. Le diste de comer al cuervo cuando tuvo hambre, fuiste fiel a la promesa que me hiciste y no te dejaste desviar por espectáculos vanos. Tuviste la sagacidad para darte cuenta de que el muchacho que te seducía para que abandonaras el templo, contaba puras mentiras, y tomaste con un corazón agradecido lo que los pobres tenían que ofrecerte. Por último, las dificultades te dieron valor, en lugar de llevarte a la desesperación.

Y ahora, en cuanto a tu recompensa, podrás, en verdad, llevar contigo a tu hermana de regreso a casa y tus hermanos serán devueltos a la vida; pero como son flojos y desleales, su suerte será vagar por siempre. Así que, adiós, y que la sabiduría te acompañe.

—Primero dime tu nombre —preguntó Covan en voz baja.

—Yo soy el Espíritu de la Edad —dijo el anciano.

La princesa Bella Flor*

Había una vez un hombre que tenía dos hijos. Cuando crecieron, el mayor se fue en busca de fortuna a un país lejano y por muchos años no se supo nada de él. Entretanto, el más joven se quedó en la casa de su padre, quien al fin murió en su vejez, dejando grandes riquezas.

Durante algún tiempo el hijo que permaneció en casa gastó la fortuna de su padre con liberalidad, creyendo que sólo quedaba él para disfrutarla. Pero un día, al bajar por las escaleras de su hogar, se sorprendió al ver a un extraño entrar al salón, mirando alrededor como si el lugar le perteneciera.

—¿Te has olvidado de mí? —preguntó el hombre.

—No puedo olvidar a una persona que jamás he conocido —fue la respuesta grosera.

—Soy tu hermano —replicó el extraño— y he regresado a casa sin el dinero que esperaba haber ganado. Y, lo que es peor, me dicen en el pueblo que mi padre ha muerto. Daría por bien perdido mi oro si hubiera podido verlo una vez más.

—Murió hace seis meses —dijo el hermano rico—. Y te dejó como herencia el viejo baúl de madera que está en la

* Tomado de *Cuentos, adivinanzas y refranes populares*, de Fernán Caballero.

buhardilla. Será mejor que vayas y lo busques; no tengo más tiempo que perder.

Y pasó de largo.

De modo que el viajero dirigió sus pasos a la buhardilla, que estaba encima del granero, y ahí encontró el baúl de madera, tan viejo que parecía estar cayéndose a pedazos.

—¿De qué me sirve este trasto viejo? —dijo para sus adentros—. Bueno, servirá para encender un fuego y calentarme; las cosas podrían estar peor después de todo.

Poniendo el baúl a su espalda, el hombre llamado José, se encaminó a su posada donde pidió un hacha prestada y empezó a cortar la caja. Al hacerlo descubrió un cajón secreto en el que había un papel. Lo abrió sin saber lo que podría contener, y quedó asombrado al descubrir que era el pagaré por una gran suma que se le debía a su padre. Guardando el valioso documento en su bolsillo, rápidamente le preguntó al posadero dónde podía encontrar a la persona cuyo nombre estaba escrito en el papel, y de inmediato corrió en su busca.

El deudor resultó ser un viejo avaro que vivía al otro lado de la aldea. Durante muchos meses había esperado que el papel que había escrito se hubiera perdido o destruido y, al verlo, con mayor razón no estuvo dispuesto a pagar lo que debía. Sin embargo, el extraño amenazó con arrastrarlo a la presencia del rey, y cuando el avaro vio que no había nada que hacer, contó las monedas una por una. El extraño las recogió y las puso en su bolsillo. Regresó a su posada sintiéndose un hombre rico.

Unas semanas después caminaba por las calles de un pueblo cercano, cuando se encontró con una pobre mujer que lloraba amargamente. Se detuvo a preguntarle qué le sucedía, y ella contestó entre sollozos que su esposo se estaba

muriendo y, para empeorar las cosas, un acreedor al que no podía pagarle estaba impaciente por que se lo llevaran preso.

—Tranquilízate —dijo el extraño con afabilidad—; nadie mandará a tu esposo a prisión ni venderá tus bienes. No sólo pagaré sus deudas, sino el costo del entierro también.

Y ahora ve a casa y cuida de él lo mejor puedas.

Y así lo hizo; pero a pesar de sus cuidados, el esposo murió y fue enterrado por el extraño. Sin embargo, todo costó más de lo que esperaba, y cuando terminó de pagar, sólo le quedaban tres piezas de oro.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se dijo—. Creo que lo mejor será ir a la corte y entrar al servicio del rey.

Al principio sólo era un sirviente que acarreaba el agua para el baño del rey y se ocupaba de que su cama se hiciera de un modo especial. Pero realizó sus tareas tan bien que su señor muy pronto se fijó en él, y en poco tiempo fue ascendido a camarero mayor.

Así pues, mientras esto sucedía, el hermano menor se había gastado todo el dinero de su herencia, y no sabía cómo ganarlo por sí mismo. Entonces se acordó del favorito del rey y fue al palacio a llorarle a su hermano, a quien había tratado tan mal, para que le diera protección y le encontrara una posición. El hermano mayor, que siempre estaba dispuesto a ayudar a todos, intercedió por él ante el rey, y al día siguiente el joven empezó su trabajo en la corte.

Por desgracia, el recién llegado era malintencionado y envidioso por naturaleza, y no podía tolerar que nadie tuviera mejor suerte que él. Como resultado de espiar por los ojos de las cerraduras y escuchar tras las puertas, supo que el rey, viejo y feo como era, se había enamorado de la Princesa Bella Flor, que nada quería saber de él, por lo que se había escondido en algún castillo en la montaña y nadie sabía dónde estaba.

“Esto es muy conveniente”, pensó el granuja, frotándose las manos. “Será muy fácil convencer al rey de que envíe a mi hermano en busca de la princesa, y si regresa sin encontrarla, lo pagará con su cabeza. Como sea, no se interpondrá en mis planes”.

Entonces acudió de inmediato con el Gran Chambelán a quien le imploró una audiencia con el rey, diciendo que quería contarle una noticia de la mayor importancia. El rey lo admitió a la sala de audiencia sin tardanza, y le exigió que dijera lo que tenía que decir y que lo hiciera rápido.

—¡Oh, señor!, la princesa Bella Flor —respondió el hombre y luego se detuvo temeroso.

—¿Qué hay con la Princesa Bella Flor? —preguntó el rey impaciente.

—He oído que se murmura en la corte que su majestad desea saber en dónde se esconde.

—Daría la mitad de mi reino al hombre que me la trajera —exclamó el rey impaciente—. Continúa, bellaco; ¿acaso algún pájaro del aire te ha revelado el secreto?

—No soy yo, sino mi hermano, el que lo sabe —replicó el traidor—; si su majestad se lo pidiera…

Pero antes de que las palabras salieran de su boca, el rey golpeó con su cetro un disco dorado que colgaba en la pared.

—Ordenen a José que acuda ante mí al instante —gritó al sirviente que se apresuró a obedecer sus mandatos—. Tanto era el ruido que su majestad había hecho; y cuando José entró al salón, preguntándose qué podría estar ocurriendo, el rey estaba casi mudo de emoción.

—¡Tráeme a la princesa Bella Flor en este momento! —tartamudeó— ¡porque de regresar sin ella haré que te ahoguen!

Y sin decir otra palabra salió del salón, dejando a José con una mirada atónita y horrorizada.

"¿Cómo puedo encontrar a la princesa Bella Flor, si nunca la he visto siquiera?", pensó. "Pero de nada sirve quedarme aquí, pues sólo me van a ejecutar". Y caminó lentamente al establo para escoger un caballo.

Había filas y filas de buenas bestias con sus nombres escritos en oro encima de sus pesebres, y José iba indeciso de uno a otro, pensando cuál escoger, cuando un viejo caballo blanco volvió la cabeza y le hizo señas de que se acercara.

—Tómame a mí —dijo en un suave murmullo—, y todo saldrá bien.

José se sentía aún tan desconcertado por la misión que el rey le había encomendado, que se olvidó de asombrase al oír hablar al caballo. Mecánicamente puso la mano en la brida y condujo al caballo blanco fuera del establo. Estaba a punto de montar en su lomo cuando el animal volvió a hablar:

—Toma esas tres hogazas de pan que ves ahí, y ponlas en tu bolsillo.

José hizo lo que le pidió y, como tenía gran prisa por irse, sin hacer preguntas se montó en la silla.

Cabalgaron sin toparse con ninguna aventura, pero al fin llegaron a un hormiguero y el caballo se detuvo.

—Desmorona esos tres panes para las hormigas —dijo.

Sin embargo, José titubeó.

Pero… ¡podemos necesitarlos para nosotros! —contestó.

—Eso no importa; dale los panes a las hormigas de todos modos. Nunca dejes pasar la oportunidad de ayudar a otros.

Y cuando las migajas quedaron regadas en el suelo, el caballo siguió galopando.

Al poco rato entraron a un paso rocoso entre dos montañas, y ahí vieron un águila atrapada en la red de un cazador.

—Baja y corta los hilos de la red, y libera a la pobre ave —dijo el caballo.

—Pero tomará mucho tiempo —objetó José— y tal vez no encontremos a la princesa.

—Eso no importa; nunca dejes pasar la oportunidad de ayudar a otros —contestó el caballo.

Y una vez que José cortó los hilos y liberó al águila, el caballo siguió galopando.

Cabalgaron muchas millas y al fin llegaron a un río, en el que vieron a un pececillo boqueando en la arena, y el caballo dijo:

—¿Ves a ese pececillo? Se morirá si no lo devuelves al agua.

—Pero en serio, ¡nunca encontraremos a la princesa Bella Flor si perdemos así el tiempo! —exclamó José.

—Nunca perdemos el tiempo cuando ayudamos a otros —contestó el caballo.

Y muy pronto el pececillo estuvo en el agua y se alejó nadando alegremente.

Un poco después llegaron a un castillo, construido en medio de un bosque muy espeso, y justo frente a él estaba la princesa Bella Flor alimentando a sus gallinas.

—Ahora escucha —dijo el caballo. Voy a hacer toda clase de piruetas y cabriolas para entretener a la princesa Bella Flor. Entonces ella te dirá que le gustaría montar y dar un corto paseo, y tú la ayudarás a subirse. Cuando esté sentada, empezaré a relinchar y a dar de coces, y tú le dirás que nunca antes me ha montado una mujer, y que mejor te subes atrás para poder conducirme. Una vez en mi lomo, nos iremos como el viento al palacio del rey.

José hizo exactamente lo que le dijo el caballo, y todo sucedió como lo anunció el animal; así que la princesa no se

dio cuenta que la habían tomado cautiva hasta que galopaban jadeantes hacia el palacio. No dijo nada, pero con calma abrió el delantal donde guardaba el cereal para las gallinas, y en un momento quedó regado por el suelo.

—¡Oh, se me ha caído todo mi cereal! —exclamó—; por favor baja y recógelo.

Pero José sólo contestó:

—Habrá cereal de sobra a donde vamos.

Y el caballo siguió galopando.

Después estaban atravesando un bosque cuando la princesa sacó su pañuelo y lo arrojó hacia arriba, así que se atoró en una de las ramas más altas de un árbol.

—¡Vaya, qué tonta! Se voló mi pañuelo —dijo—. ¿Puedes trepar al árbol y traérmelo?

Pero José contestó:

—Habrá pañuelos de sobra a donde vamos.

Y el caballo siguió galopando.

Después de pasar el bosque llegaron a un río, y la princesa se quitó un anillo del dedo y lo dejó caer al agua.

—¡Qué descuido el mío! —exclamó y empezó a sollozar—. He perdido mi anillo favorito; por favor detente un momento y ve si lo puedes encontrar.

Pero José contestó:

—Habrá anillos de sobra a donde tú vas.

Y el caballo siguió galopando.

Al fin entraron por las puertas de palacio, y el corazón del rey saltó de alegría al ver a su amada princesa Bella Flor. Pero ésta lo apartó a un lado como si se tratara de una mosca, y se encerró en el cuarto más cercano, negándose a abrir la puerta a pesar de sus súplicas.

—Tráiganme las tres cosas que perdí en el camino, y tal vez lo considere —fue todo lo que dijo.

No pierdas la oportunidad de ayudar a otros.
Nunca perdemos el tiempo cuando ayudamos a otros.

Desesperado, el rey tuvo a pedir el consejo de José.

—No veo que haya otro remedio más que tú, que sabes dónde están, vayas y las traigas de vuelta. Y si regresas sin ellas, haré que te ahoguen —dijo su majestad.

El pobre José se sintió muy consternado al oír estas palabras. Pensaba que ya había hecho todo lo que se requería de él, y que su vida estaba a salvo. Sin embargo, hizo una reverencia y fue a consultar a su amigo el caballo.

—No te aflijas —dijo el caballo, después de haber oído la historia—; súbete e iremos a buscar las cosas.

Y José montó de inmediato.

Cabalgaron hasta que llegaron al hormiguero y luego el caballo preguntó:

—¿Quieres conseguir el cereal?

—¿De qué sirve que quiera? —respondió José.

—Bien, llama a las hormigas y diles que te lo traigan; y si algo del cereal se dispersó con el viento, que en su lugar traigan los granos que había en los panes que les diste.

José escuchó sorprendido. No confiaba mucho en el plan del caballo; pero no podía pensar en nada mejor, así que llamó a las hormigas y les pidió juntar el cereal tan rápido como pudieran.

Luego se posó bajo un árbol a esperar, mientras su caballo recortaba la verde hierba.

—¡Mira ahí! —dijo el animal, alzando de pronto la cabeza; y José miró detrás de él y vio un montoncito de cereal que puso en un saco que colgaba de la silla de montar.

—Las buenas obras dan fruto tarde o temprano —observó el caballo—; pero monta de nuevo, pues el camino es largo.

Cuando llegaron hasta el árbol, vieron el pañuelo revoloteando como un banderín en la rama más alta, y a José se le fue el ánimo a los pies.

—¿Cómo voy a alcanzar ese pañuelo? —exclamó—; ¡vaya, necesitaría la escala de Jacob!

Pero el caballo respondió:

—No te alarmes; llama al águila que liberaste de la red y ella te lo traerá.

Así que José llamó al águila y ésta voló hasta la copa del árbol y trajo el pañuelo en su pico. José le dio las gracias y saltando sobre el caballo, continuaron hacia el río.

Había llovido mucho la noche anterior y el río, en lugar de estar claro como antes, estaba oscuro y turbulento.

—¿Cómo voy a sacar el anillo del fondo del río, si no sé dónde cayó exactamente, y ni siquiera puedo verlo? —preguntó José.

Pero el caballo contestó:

—No te alarmes; llama al pececillo al que salvaste la vida, y él te lo traerá.

Así que llamó al pez, y éste nadó hasta el fondo, deslizándose entre grandes rocas y apartando las pequeñas con su cola; encontró el anillo y se lo llevó a José en la boca.

Satisfecho de todo lo que había hecho, José retornó al palacio; pero cuando el rey llevó los objetos preciosos a Bella Flor, ésta afirmó que no abriría la puerta hasta que el truhán que la había tomado cautiva fuera quemado en aceite hirviendo.

—Lo siento mucho —dijo el rey a José—. Preferiría no hacerlo, pero como ves no tengo opción.

Mientras se calentaba el aceite en un gran caldero, José fue a los establos a preguntarle a su amigo el caballo si no había forma de escapar.

—No te alarmes —dijo el caballo—. Sube a mi lomo y galoparé hasta que todo mi cuerpo se empape de sudor, luego frótalo en toda tu piel. No importa qué tan caliente esté el aceite, pues no sentirás nada.

José no hizo más preguntas y siguió el consejo del caballo; y los hombres se maravillaban al ver su rostro alegre mientras lo bajaban dentro del caldero de aceite hirviente. Lo dejaron ahí hasta que Bella Flor dijo que ya debía estar bien cocido. Entonces, del caldero salió un muchacho tan joven y hermoso que todos se enamoraron de él, y Bella Flor más que nadie.

En cuanto al viejo rey, se dio cuenta de que había perdido el juego y, en desesperación, se arrojó al caldero y se frió en lugar de José. Luego José fue proclamado rey, con la condición de que se casara con Bella Flor, lo que prometió hacer al día siguiente. Pero primero fue a los establos a buscar al caballo y le dijo:

—Es a ti a quien debo la vida y la corona. ¿Por qué has hecho todo esto por mí?

Y el caballo respondió:

—Yo soy el alma de ese hombre infeliz por quien gastaste toda tu fortuna. Y cuando te vi en peligro de muerte, rogué poder ayudarte, como tú lo habías hecho. Así que, como te dije, ¡las buenas obras dan su propio fruto!

El pájaro de la verdad*

Érase una vez un pobre pescador que construyó una choza a la orilla de un río que corría manso entre los árboles y arbustos, huyendo del resplandor del sol y la bulla citadina de los pueblos, y escuchando el canto de los pájaros.

Un día, cuando el pescador había salido como siempre a echar sus redes, vio flotar en la corriente una cuna de cristal que se acercaba hacia él. Pasando su red por debajo, la sacó y levantó una cobija de seda. Adentro, acostados sobre algodones, había dos bebés, un niño y una niña, que abrieron los ojos y le sonrieron. El hombre se llenó de compasión al verlos y, arrojando sus cañas de pescar, llevó la cuna con los bebés a su esposa.

La buena mujer alzó los brazos en desesperación cuando vio el contenido de la cuna.

—¿No son suficientes ocho niños, para que traigas dos más? ¿Cómo crees que los vamos a alimentar?

—¿Hubieras querido que los dejara morir de hambre? —contestó— ¿o que se los tragaran las olas del mar? Lo que alcanza para ocho, alcanza para diez.

* De *Cuentos, adivinanzas y refranes populares*, de Fernán Caballero.

La esposa no dijo más; y la verdad es que su corazón se llenó de ternura por las criaturas. De un modo u otro, nunca faltaba comida en la choza, y al crecer eran tan buenos y afables que, con el tiempo, sus padres adoptivos los amaban igual o más que a sus propios hijos, que eran peleoneros y envidiosos. No les tomó mucho tiempo a los huérfanos darse cuenta de que los otros niños no los querían y siempre les hacían maldades, por lo que acostumbraban irse solos y pasar horas enteras a la orilla del río. Ahí sacaban los pedazos de pan que habían guardado del desayuno y lo desmoronaban para alimentar a los pájaros. En agradecimiento las aves les enseñaron muchas cosas: a levantarse temprano, a cantar y a hablar su lengua, la que, por cierto, muy pocos conocen.

Pero aunque los pequeños huérfanos hacían todo para no reñir con sus hermanos adoptivos, era muy difícil mantener siempre la paz. Las cosas empeoraron más y más hasta que una mañana, el hijo mayor le dijo a los mellizos:

—Está muy bien que finjan tener muy buenos modales y ser mejores que nosotros, pero al menos nosotros tenemos un padre y una madre, mientras que ustedes sólo tienen al río, como los sapos y las ranas.

Los pobres muchachos no respondieron el insulto; pero se entristecieron mucho. Así que en susurros convinieron en que no podían quedarse ahí por más tiempo, sino que tenían que salir al mundo en busca de fortuna.

Por lo tanto, al día siguiente se levantaron tan temprano como los pájaros y bajaron con sigilo las escaleras sin que nadie los oyera. Salieron en silencio por una ventana que estaba abierta y corrieron a la ribera del río. Luego, sintiendo como si hubieran encontrado un amigo, caminaron por la orilla, con la esperanza de encontrar a alguien que los tomara a su cuidado.

Todo ese día caminaron sin avistar un solo ser viviente hasta que, al atardecer, cansados y con los pies adoloridos, vieron delante de ellos una choza pequeña. Esto los animó por un momento; pero la puerta estaba cerrada y la choza parecía estar vacía, por lo que su desencanto fue tan grande que casi lloraron. Sin embargo, el niño contuvo las lágrimas y dijo alegremente:

—Bueno, como sea, aquí hay una banca donde podemos sentarnos, y cuando hayamos descansado pensaremos qué será mejor hacer después.

Entonces se sentaron. Estaban tan cansados que por un rato no pusieron atención a nada; pero en breve vieron que bajo las tejas del techo había unas golondrinas charlando alegres entre ellas. Por supuesto las golondrinas no tenían idea de que los niños entendían su lengua, o no hubieran hablado tan libremente; por lo tanto, decían lo que les venía a la cabeza.

—Buenas noches, mi fina dama de la ciudad —le dijo una golondrina, cuyos modales eran un tanto burdos y campesinos, a otra que se veía particularmente distinguida—. ¡Dichosos los ojos que te ven! ¡Pensar que has regresado a tu país, largo tiempo olvidado, después de vivir por años en un palacio!

—Heredé este nido de mis padres —replicó la otra—, y ya que me lo dejaron, por supuesto que éste será mi hogar. Pero, —añadió cortésmente—. ¿Supongo que tú y tu familia están bien?

—Muy bien por cierto, me alegra decir. Pero mi pobre hija tuvo hace poco una inflamación en los ojos que casi la deja ciega, de no haber encontrado la hierba mágica que la curó de inmediato.

—Y ¿sigue cantando el ruiseñor? ¿Vuela la alondra tan alto como siempre? ¿Y el jilguero se engalana como antes?

En este punto, la golondrina del campo se irguió.

—No suelo contar chismes —dijo muy seria—. Pero nuestras congéneres, que alguna vez fueron tan inocentes y bien portadas, han sido corrompidas por los malos ejemplos de los hombres. Es mil veces una lástima.

—¡Cómo! ¡Ya no hay inocencia y buenas costumbres entre las aves, ni en el campo! Querida amiga, ¿qué estás diciendo?

—La verdad y sólo eso. Imagínate, cuando regresamos aquí nos encontramos a unos jilgueros que, justo cuando habían llegado la primavera, las flores y los días largos, se disponían a ir al norte y al frío. Por mera compasión, tratamos de convencerlos que dejaran esa locura; pero sólo respondieron con la mayor insolencia.

—¡Qué horror! —exclamó la golondrina de la ciudad.

—Así es. Y peor que eso, la cogujada, que antes era tan tímida y apocada, ahora anda robando maíz y trigo dondequiera que haya.

—Lo que dices me deja atónita.

—Lo estarás más cuando te diga que, al llegar aquí para pasar el verano, ¡encontré mi nido ocupado por un gorrión sinvergüenza!

—Este nido es mío —le dije.

—¿Tuyo? —contestó con rudeza y se echó a reír.

—Sí, mío; mis ancestros nacieron aquí y mis hijos nacerán aquí también.

Y con eso, mi esposo se abalanzó sobre él y lo arrojó del nido. Estoy segura de que nada de esto sucede en la ciudad.

—No precisamente, quizás. Pero he visto tantas cosas… ¡si tú supieras!

—¡Oh! sí cuéntanos —exclamaron todas.

Y cuando estuvieron bien acomodadas, la golondrina de la ciudad empezó:

—Han de saber entonces que nuestro rey se enamoró de la hija menor de un sastre, que era tan buena y gentil como hermosa. Sus nobles caballeros esperaban que hubiera escogido a su reina de entre una de sus hijas, por lo que trataron de impedir que se casara, pero el rey se negó a escucharlos y se realizó el matrimonio. A los pocos meses estalló una guerra y el rey partió a la cabeza de sus soldados, mientras la reina se quedó muy triste por la separación. Cuando se pactó la paz y el rey regresó, le dijeron que su esposa había tenido dos bebés en su ausencia, pero que ambos estaban muertos, y que la reina había perdido el juicio y fue encerrada en una torre en las montañas donde, con el tiempo, el aire fresco la curaría.

—¿Y esto no era cierto? —preguntaron impacientes las golondrinas.

—Por supuesto que no —contestó la dama de la ciudad con cierto desprecio por su estupidez—. Los niños estaban vivos en ese momento en la cabaña del jardinero; pero en la noche el chambelán bajó y los puso en una cuna de cristal que echó al río.

—Durante un día entero la cuna flotó a salvo, pues aunque el río era profundo, estaba muy tranquilo y los niños no sufrieron daño alguno. En la mañana, según me cuenta mi amigo el martín pescador, fueron rescatados por un marinero que vivía cerca del río.

Los niños habían permanecido en la banca, escuchando distraídamente la plática hasta este momento; pero cuando oyeron la historia de la cuna de cristal que su madre adoptiva gustaba de contarles, se enderezaron y se miraron uno al otro.

—¡Oh, cómo me alegro de haber aprendido la lengua de los pájaros! —dijeron los ojos de uno a los ojos del otro.

Entretanto, las golondrinas habían vuelto a hablar.

—¡Ciertamente eso fue buena suerte! —exclamaron.

—Y cuando los niños sean mayores pueden volver con su padre y liberar a su madre.

—No será tan fácil como piensas —contestó la golondrina de la ciudad, sacudiendo la cabeza—; pues tendrán que probar que son los hijos del rey, y también que su madre nunca se volvió loca. De hecho, es tan difícil que sólo hay una manera de probárselo al rey.

—¿Y cuál es? —exclamaron todas a la vez—. ¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé —contestó la golondrina de la ciudad—. Porque un día, cuando pasaba por el jardín de palacio, me topé con el cucú que, no tengo que decirles, se ufana de puede ver el futuro. Empezamos a hablar de ciertas cosas que ocurrían en el palacio y de los acontecimientos de los últimos años.

—¡Ah! —dijo él—, la única persona que puede exhibir la maldad de los ministros y mostrarle al rey lo equivocado que ha estado es el Pájaro de la Verdad, que puede hablar la lengua de los hombres.

—¿Y dónde se le puede encontrar a este pájaro? —le preguntó.

—Está encerrado en un castillo custodiado por un feroz gigante que sólo duerme un cuarto de hora al día —replicó el cucú.

—¿Y dónde está ese castillo? —inquirió la golondrina del campo, que, como todas las demás, incluidos los niños, había estado escuchando con gran atención.

—Eso es justo lo que no sé —contestó su amiga—. Lo único que puedo decirte es que no lejos de aquí hay una torre donde vive una vieja bruja, y ella es la que sabe el camino, y sólo se lo mostrará a quien le prometa traer el agua de la

fuente de muchos colores, que es la que usa para sus hechizos. Pero nunca revelará el lugar donde está escondido el Pájaro de la Verdad, pues lo odia y lo mataría si pudiera; pero como sabe bien que este pájaro no puede morir, pues es inmortal, lo mantiene bien encerrado y vigilado noche y día por los Pájaros de Mala Fe, que lo tienen acogotado para que su voz no se oiga.

—¿Y no hay nadie más que le pueda decir al pobre niño dónde encontrar al pájaro, si logra llegar hasta la torre? —preguntó la golondrina del campo.

—Nadie —respondió la golondrina de la ciudad—, salvo un búho que vive como ermitaño en ese desierto, y sólo sabe una palabra en el idioma de los hombres, que es "cruz". Así que incluso si el príncipe lograra llegar ahí, nunca podría entender lo que el búho le dijera. Pero miren, el sol se está poniendo en su nido en el fondo del mar, y yo debo irme al mío. ¡Buenas noches, amigas, buenas noches!

La golondrina alzó el vuelo y los niños, que se habían olvidado del hambre y el cansancio por la alegría de estas noticias extrañas, se levantaron y siguieron el rumbo que habían tomado. Tras dos horas de camino, llegaron a una gran ciudad que pensaron que debía ser la capital del reino de su padre. Al ver a una mujer de aspecto bondadoso parada en la puerta de su casa, le pidieron albergue por una noche y ella, al ver sus caras bonitas y sus buenas maneras, los acogió efusivamente.

No bien había amanecido aún, cuando la niña ya estaba barriendo los cuartos y el niño regando el jardín, de modo que cuando la buena mujer bajó, ya no había nada que hacer. Esto la complació tanto que rogó a los niños que se quedaran a vivir con ella; el niño respondió que dejaría con gusto a su hermana, pero que él tenía pendiente un asunto serio y no debía demorarse en atenderlo. Así que se despidió de ellas y partió.

Durante tres días vagó por los más apartados caminos, pero no vio señal alguna de la torre por ningún lado. La cuarta mañana ocurrió lo mismo y, desesperado, se arrojó al suelo bajo un árbol escondiendo la cara entre las manos. Al rato oyó un crujido encima de su cabeza y cuando alzó la vista, vio una tórtola que lo observaba con ojos brillantes.

—¡Oh, tórtola! —exclamó, dirigiéndose al ave en su propia lengua—. ¡Oh, tórtola!, dime, te ruego, ¿dónde está el castillo de Irás-y-no-volverás?

—Pobre niño —contestó la tórtola—. ¿Quién te ha mandado en tan inútil búsqueda?

—Mi buena o mala fortuna —replicó el niño— no sé cuál.

—Para llegar ahí —dijo la tórtola—. Tienes que seguir el viento, que hoy sopla en dirección del castillo.

El niño le dio las gracias y siguió al viento, siempre con el temor de que cambiara de dirección y lo desviara del camino. Pero el viento al parecer tuvo compasión de él y siguió soplando inalterable.

A cada paso el campo se hacía más lúgubre, pero al caer la noche el niño vio detrás de las rocas oscuras y desnudas algo todavía más oscuro. Era la torre donde vivía la bruja; y tomando la aldaba dio tres fuertes golpes, cuyo eco resonó entre los huecos de las piedras alrededor.

La puerta se abrió lentamente, y en el quicio apareció una vieja sosteniendo una vela que alumbraba su rostro, el cual era tan horrendo que el niño retrocedió involuntariamente, asustado tanto por el tropel de lagartijas, escarabajos y demás sabandijas que la rodeaban, como por la propia mujer.

—¿Quién eres tú que te atreves a tocar en mi puerta y despertarme? —exclamó—. Sé breve y dime qué es lo que quieres, o será peor para ti.

—Señora —contestó el niño—, creo que sólo tú sabes

¿Quién eres tú que te atreves a tocar a mi puerta?

el camino al castillo de Irás-y-no-volverás, y te ruego me lo muestres.

—Muy bien —replicó la bruja, con algo que quiso parecer una sonrisa—. Pero ahora es tarde. Partirás mañana. Ahora entra y dormirás con mis lagartijas.

—No puedo quedarme —respondió—. Debo volver de inmediato para llegar al camino que tomé antes de que amanezca.

—¿Si te digo, prometes traerme esta jarra llena del agua de muchos colores de la fuente que se halla en el patio del castillo? —preguntó la bruja—. Si no cumples tu palabra, te convertiré en una lagartija para siempre.

—Lo prometo —contestó el niño.

Entonces, la anciana llamó a un perro muy flaco y le dijo:

—Conduce a este niño inmundo al castillo de Irás-y-no-volverás, y cuida de advertirle a mi amigo de su llegada.

Y el perro se levantó sacudiéndose y se puso en marcha.

Pasadas dos horas se detuvieron frente a un enorme castillo, grande, negro y sombrío, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, sin que ni luz ni ruido alguno indicara la presencia de alguien allá adentro. El perro, sin embargo, parecía saber qué esperar y, dando un aullido salvaje, avanzó; pero el niño, que no sabía si éste era el cuarto de hora en que el gigante dormía, vaciló en seguirlo, y se detuvo un momento bajo un olivo silvestre que crecía al lado, el único árbol que había visto desde que se despidió de la paloma.

—¡Oh, cielos, ayúdenme! —exclamó.

—¡Cruz! ¡Cruz! —respondió una voz.

El niño dio un salto de alegría al reconocer la nota del búho de la que había hablado la golondrina, y en voz baja dijo en la lengua del ave:

—¡Oh, sabio búho!, te ruego que me protejas y me guíes, pues he venido en busca del Pájaro de la Verdad. Pero primero debo llenar esta jarra con el agua de muchos colores que está en el patio del castillo.

—No hagas eso —contestó el búho—; llena la jarra en el manantial que brota al pie de la fuente con el agua de muchos colores. Después, ve a la pajarera que está frente a la puerta grande, pero ten cuidado de no tocar a ninguno de los pájaros de brillante plumaje que, uno por uno, te dirá que es Pájaro de la Verdad. Sólo elige a un pajarito blanco que está escondido en un rincón, al que los demás tratan de matar sin descanso, pues ignoran que no puede morir. ¡Apúrate! En este mismo instante el gigante se acaba de dormir. Sólo tienes un cuarto de hora para hacer todo eso.

El niño corrió tan rápido como pudo y entró en el patio donde vio las dos fuentes juntas. Pasó de largo por el agua de muchos colores sin siquiera mirarla, y llenó la jarra en la fuente del agua pura y cristalina. Luego corrió a la pajarera y casi ensordeció con el clamor que surgió al cerrar la puerta: voces de pavorreales, cuervos, urracas, todos asegurando ser el Pájaro de la Verdad. Con expresión decidida el niño pasó entre ellos y se dirigió al rincón donde, acorralado por una banda de cuervos feroces, se encontraba el pajarito blanco que buscaba. Lo abrigó dentro de su pecho y salió seguido por los gritos de los pájaros de Mala Fe, que había dejado atrás.

Una vez afuera, corrió sin parar hasta la torre de la bruja, a quien le entregó la jarra que le había dado.

—¡Conviértete en loro! —exclamó la bruja, arrojándole el agua.

Pero en lugar de perder su forma, como tantos antes que él, sólo se volvió diez veces más hermoso, pues el agua estaba

encantada para lo bueno y lo malo. Luego la multitud rastrera que rodeaba a la bruja se apresuró a rodar en el agua y, al levantarse, eran seres humanos de nuevo.

Cuando la bruja vio lo que sucedía, tomó su escoba y se echó a volar.

¿Quién puede imaginar la alegría de la hermana, al ver a su hermano llegar con el Pájaro de la Verdad? Pero aunque el niño había logrado mucho, todavía faltaba algo muy difícil por hacer: ¿cómo llevarle el Pájaro de la Verdad al rey, sin que lo apresaran los malvados cortesanos, que quedarían arruinados al descubrirse el complot?

Nadie supo cómo, pero pronto se esparcieron las noticias de que el Pájaro de la Verdad andaba volando por el palacio, y los cortesanos recurrieron a toda clase de artimañas para impedirle llegar hasta el rey.

Se alistaron con armas, afiladas unas y envenenadas otras; hicieron traer águilas y halcones con el fin de cazarlo, y construyeron jaulas y cajas para encerrarlo si no lograban matarlo. Afirmaban que su blanco plumaje ocultaba en realidad sus negras plumas, en fin, no hubo nada que no hicieran para impedir que el rey viera al pájaro o prestara atención a sus palabras si lo hacía.

Como sucede con frecuencia en estos casos, los cortesanos hicieron realidad lo que temían. Hablaban tanto del Pájaro de la Verdad, que al fin el rey tuvo noticias de él y expresó su deseo de verlo. Entre más obstáculos le ponían, mayor era su deseo, y al final el rey hizo proclamar que quien encontrara al Pájaro de la Verdad debía llevarlo a su presencia sin tardanza.

En cuanto el niño vio este comunicado, llamó a su hermana y se apresuraron a ir al palacio. El pájaro estaba metido entre su túnica, pero como era de esperarse, los cortesanos

no le permitieron la entrada. En vano el niño alegaba que sólo estaba obedeciendo los mandatos del rey; los cortesanos respondieron que su majestad no se había levantado y estaba prohibido despertarlo.

Seguían hablando cuando, de repente, el pájaro zanjó la discusión al volar hacia un balcón en lo alto por el que entró a los aposentos del rey. Descendiendo sobre la almohada, cerca de la cabeza del rey, se inclinó respetuosamente y dijo:

—Mi señor, yo soy el Pájaro de la Verdad a quien deseabas ver, y me he visto forzado a acercarme de esta manera porque tus cortesanos han dejado fuera al niño que me trajo.

—Pagarán su insolencia —dijo el rey.

Y al instante ordenó a uno de sus ayudantes que condujeran al niño a sus habitaciones; y en un momento más entró el príncipe con su hermana, tomados de la mano.

—¿Quién eres tú? —preguntó el rey—; y ¿qué tiene que ver el Pájaro de la Verdad contigo?

—Si le place a su majestad, el Pájaro de la Verdad le explicará todo —contestó el niño.

Y el pájaro explicó todo; y el rey escuchó por primera vez el malvado plan que había tenido éxito durante tantos años. Tomó a sus hijos en sus brazos y se apresuraron a ir hasta la torre en las montañas, donde la reina se encontraba encerrada. La pobre mujer se veía blanca como el mármol, pues había vivido casi en la oscuridad; pero cuando vio a su esposo y a sus hijos, el color le volvió al rostro y se tornó más hermosa que nunca.

Juntos regresaron con gran pompa y ceremonia a la ciudad, donde hubo grandes festejos. A los malvados cortesanos les cortaron la cabeza y todas sus propiedades fueron confiscadas. En cuanto a la pareja de ancianos, se les concedieron riquezas y honores, y fueron amados y respetados hasta el fin de sus días.

El visón y el lobo*

En un gran bosque en el norte de América vivía una gran cantidad de animales salvajes de todo tipo. Siempre eran muy educados cuando se encontraban; pero, a pesar de eso, mantenían una estrecha vigilancia entre ellos, pues cada uno tenía miedo de que otro lo matara y se lo comiera. Pero sus modales eran tan buenos que nadie lo hubiera adivinado.

Un día un lobezno listo salió de cacería, prometiendo a sus abuelos que estaría de vuelta antes de la hora de dormir. Se fue trotando alegremente por el bosque hasta que llegó a su lugar favorito, justo donde el río desemboca en el mar. Allí, tal como lo había esperado, vio al jefe visón pescando en una canoa.

—Quiero pescar también —gritó el lobo.

Pero el visón no dijo nada y se hizo el sordo.

—¡Me gustaría que me llevaras en tu bote! —gritó el lobo más fuerte que antes, y siguió rogándole al visón por un largo rato hasta que éste al fin se cansó y se acercó a la orilla para que el lobo saltara a la canoa.

—Siéntate en silencio en ese extremo o nos volcaremos, —dijo el visón—; y si te gustan los huevos de erizo de mar,

* Tomado de *Journal of the Anthropological Institute*.

encontrarás un montón en esa cesta. Pero procura comer sólo los blancos, porque los rojos te matarían.

Entonces el lobo, que siempre tenía hambre, empezó a comerse los huevos vorazmente; y cuando hubo terminado le dijo al visón que tomaría una siesta.

—Bueno, entonces, acuéstate y descansa tu cabeza en ese pedazo de madera —dijo el visón. Y el lobo hizo lo que le indicó y pronto se quedó bien dormido. Entonces, el visón se le acercó a hurtadillas hasta él y lo apuñaló en el corazón con un cuchillo y murió sin moverse. Una vez en la playa desolló al lobo, llevó la piel a su cabaña y la colgó frente al fuego para secarla.

No muchos días después la abuela del lobo, que, con la ayuda de sus parientes lo había estado buscando por todas partes, entró en la cabaña para comprar algunos huevos de erizo de mar, vio la piel y, al momento, adivinó que era la de su nieto.

—Yo sabía que estaba muerto, ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó, llorando con amargura, hasta que el visón le dijo con rudeza que si quería hacer tanto ruido, sería mejor que saliera, pues a él le gustaba estar tranquilo. De modo que, medio cegada por las lágrimas, la anciana regresó a su casa por donde había venido, entró corriendo por la puerta y se arrojó al suelo frente al fuego.

—¿Por qué lloras? —le preguntaron el viejo lobo y algunos amigos que habían pasado la tarde con él.

—¡Nunca más voy a ver a mi nieto! —respondió ella—. El visón lo ha matado, ¡ay, ay!

Y con la cabeza baja, comenzó a llorar más fuerte que nunca.

—¡Calma! ¡Calma! —dijo su esposo, poniendo su pata sobre su hombro. —Consuélate; si está muerto, lo vengaremos.

Y llamando a los demás procedieron a dilucidar cuál sería la mejor manera de hacerlo. Les llevó mucho tiempo decidirse, pues un lobo proponía una cosa y otro, otra; pero al fin acordaron que el viejo lobo ofrecería un gran banquete en su casa y el visón sería invitado a la fiesta. Y con el fin de no perder tiempo, se acordó además que cada lobo llevaría las invitaciones a aquellos que vivieran más cerca de él.

Ahora bien, los lobos pensaban que eran muy astutos, pero el visón era todavía más astuto; y aunque envió un mensaje con una liebre blanca que iba por ese rumbo, diciendo que estaría encantado de asistir, decidió tomar sus precauciones. Así que fue con un ratón, que a menudo le había hecho favores y lo saludó con su mejor reverencia.

—Tengo que pedirte un favor, amigo ratón —le dijo—, y si me lo concedes te llevaré en mi lomo cada noche durante una semana hasta la parcela de maíz que se encuentra colina arriba.

—El favor es para mí —respondió el ratón—. Dime qué es lo que puedo tener el honor de hacer por ti.

—Ah, algo muy fácil —respondió el visón—. Sólo quiero que, entre hoy y la próxima luna llena, roas los arcos y remos de la manada de lobos, para que se rompan en cuanto los usen. Pero deberás hacerlo de modo que no se den cuenta de nada.

—Por supuesto —respondió el ratón—, nada más fácil; pero como la luna llena es mañana por la noche y no hay mucho tiempo, será mejor comenzar de inmediato.

Entonces, el visón le dio las gracias y se fue; pero antes de haberse alejado mucho regresó.

—Tal vez, mientras estás en la casa del lobo arreglando los arcos, no estaría mal que hicieras un poco más grande el agujero que está en el nudo de la madera de la pared —le

dijo—. No tan grande como para llamar la atención, por supuesto; pero podría ser útil.

Y con otro guiño lo dejó.

La noche siguiente el visón se lavó y cepilló con cuidado y se dirigió al banquete. Sonrió para sí mientras miraba el camino polvoriento y observó que, aunque eran muchas las huellas de patas de lobo, no se veía un solo invitado por ninguna parte. Sabía muy bien lo que eso significaba; pero había tomado sus precauciones y no tenía miedo.

La puerta de la casa estaba abierta, pero a través de una grieta el visón podía ver a los lobos apiñados en el rincón detrás de la puerta. Sin embargo, entró resueltamente y tan pronto como lo hizo, la puerta se cerró de golpe y toda la manada se abalanzó sobre él, con la lengua roja colgando de su hocico. A pesar de ser tan rápidos, fue demasiado tarde, pues el visón se había escapado por el nudo de la madera y corría hacia su canoa.

El nudo de la madera era demasiado pequeño para los lobos y eran tantos en la cabaña que pasó un buen tiempo antes de que pudieran abrir la puerta. Luego tomaron los arcos y flechas que colgaban en las paredes y, una vez fuera, apuntaron al visón que huía veloz; pero cuando tensaron los arcos, éstos se rompieron, así que los tiraron y a toda velocidad se dirigieron a la orilla, donde sus canoas estaban amarradas en la playa.

Ahora bien, aunque el visón no podía correr tan rápido como los lobos, les llevaba una buena ventaja y ya estaba a flote cuando los más veloces se subieron a la canoa más cercana. La empujaron al agua, pero al empezar a remar, los remos se rompieron, al igual que los arcos, y resultaron inservibles.

—Yo sé dónde hay unos nuevos —exclamó un lobo joven, saltando a la orilla y corriendo a una pequeña cueva al fondo

de la playa. El corazón del visón dio un vuelco al escuchar esto, pues nada sabía de ese lugar secreto.

Después de una larga persecución, los lobos consiguieron rodear a su presa y el visón, al ver que no valía la pena resistir más, se entregó. Algunos de los lobos más viejos sacaron unas bandas de cedro, que llevaban siempre alrededor de sus cuerpos, pero el visón se rió con desdén al verlas.

—¿Cómo? Yo podría romperlas en un momento —dijo—, si quieren asegurarse que no escape, será mejor que traigan una cuerda de algas y me aten con ella.

—Tienes razón —contestó el abuelo—; tu sabiduría es mayor que la nuestra.

Y le dijo a sus sirvientes que reunieran suficientes algas de las rocas para hacer una cuerda, pues no habían traído ninguna con ellos.

—Mientras hacen la cuerda podrían dejarme bailar una última danza —observó el visón.

Y los lobos respondieron:

—Muy bien, puedes bailar tu danza; tal vez nos divierta tanto como a ti.

Así que trajeron dos canoas y las colocaron una al lado de la otra. El visón se paró sobre sus patas traseras y empezó a bailar, primero en una canoa y luego en la otra; y era tan gracioso que los lobos se olvidaron que iban a matarlo y aullaban complacidos.

—Separen un poco las canoas; están demasiado cerca para este nuevo baile —dijo, deteniéndose por un momento.

Y los lobos las separaron mientras el visón daba una serie de pequeños brincos, a veces haciendo piruetas parado con una pata sobre la proa de una y otra.

—Ahora más cerca, ahora más lejos —gritaba mientras continuaba la danza—. ¡No! más lejos.

Saltando en el aire, en medio de clamorosos aplausos, se tiró de cabeza al agua y se sumergió hasta el fondo. Y aunque los lobos, cuyos aullidos ahora eran de rabia, lo buscaron por todas partes, nunca lo encontraron, pues se escondió detrás de una roca hasta que se perdieron de vista y luego construyó su hogar en otro bosque.

Aventuras de un indio bravo*

Una vez, lejos, muy lejos, allá al oeste de América, vivía un anciano que tenía un hijo. El lugar estaba rodeado de bosques en los que vivían toda clase de bestias salvajes, y el joven y sus compañeros solían pasar días enteros cazándolas, y de entre todos, él era el mejor cazador de la tribu.

Una mañana que se acercaba el invierno, el muchacho y sus compañeros se dispusieron, como siempre, para traer algunas cabras y ciervos con el fin de conservarlos en sal, pues temían que cayera una tormenta de nieve y, si el viento soplaba y la nieve caía, no se podría pasar por el bosque durante varias semanas. Sin embargo, el anciano y su esposa, no querían salir, así que se quedaron en su tienda haciendo arcos y flechas.

Pronto empezó a hacer tanto frío que al fin uno de los hombres dijo que ya no podían seguir caminando, a menos que lograran calentarse.

—Eso es fácil —dijo el líder, dando una patada a un árbol grande—. En ese instante, brotaron llamas del tronco y, antes de que se quemara por completo, tenían tanto calor como si hubiera sido verano. Entonces se dirigieron al lugar

* Tomado de *Journal of the Anthropological Institute*.

donde podían encontrar el mayor número de cabras y ciervos; y muy pronto habían dado muerte a tantos como quisieron. Pero el líder mató más animales que nadie, pues era el mejor tirador.

—Ahora tenemos que cortar las piezas y repartirlas —dijo—; y eso hicieron, cada quien tomando su parte; luego se enfilaron, uno detrás de otro, hacia la aldea. Pero cuando llegaron a un río muy grande, el muchacho no quiso molestarse en cargar su bulto más tiempo, y lo dejó en la orilla.

—Voy a ir a casa por otro camino —le dijo a sus compañeros.

Y tomando otra senda llegó a la aldea mucho antes que los demás.

—¿Has vuelto con las manos vacías? —preguntó el anciano cuando su hijo abrió la puerta.

—¿Acaso alguna vez lo he hecho, para que me preguntes eso? —respondió el muchacho—. No, he matado bastantes animales para agasajarnos muchas lunas, pero pesaban mucho y dejé el bulto en la orilla del río grande. Dame las flechas, terminaré de hacerlas, y tú puedes ir al río y traerlo.

De modo que el anciano se levantó y fue al río, ató la carne con una correa y se la echó al hombro, pero cuando cruzaba el fiordo, la correa se reventó y el bulto cayó al agua. Se agachó para atraparlo, pero un remolino se lo llevó. Intentó agarrarlo de nuevo, pero al hacerlo perdió el equilibrio y cayó en unos rápidos; su cuerpo se estrelló contra las rocas y se hundió y finalmente se ahogó. El cuerpo fue arrastrado río abajo hasta aguas más tranquilas donde volvió a salir a la superficie. Para entonces había perdido toda semejanza con un hombre y se había transformado en un pedazo de madera.

El madero flotó y el río se fue haciendo más y más grande hasta llegar a un nuevo país. Ahí la corriente arrastró al ma-

dero cerca de la orilla donde una mujer, que estaba lavando su ropa, lo atrapó al pasar y lo sacó, diciéndose: "¡Qué tabla tan buena y tan lisa! La usaré como mesa para poner mi comida." Y recogiendo su ropa se llevó la tabla a su choza.

Al llegar la hora de la cena puso la tabla sobre dos cuerdas que colgaban del techo, y sobre ella colocó la olla con el estofado que olía muy bien. La mujer había trabajado duro todo el día y tenía mucha hambre, así que tomó la cuchara más grande y la sumergió en la olla. Pero ¡cuál no sería su sorpresa y disgusto cuando tanto la olla como la comida se desvanecieron al instante delante de ella!

—¡Ah, tabla horrorosa, me has traído mala suerte! —exclamó.

Y tomándola la arrojó lejos de ella.

La mujer se había sorprendido antes por la desaparición de su comida, pero se asombró aún más cuando, en lugar de la tabla, vio a un bebé. Pero como le gustaban los niños y no tenía ninguno, resolvió quedarse con él y cuidarlo. El bebé creció y se desarrolló como ningún otro bebé en ese país, y en cuatro días era ya un hombre, tan alto y fuerte como cualquiera de los bravos de la tribu.

—Me has tratado bien —dijo—, y nunca faltará la carne en tu casa. Pero ahora debo irme, pues tengo mucho que hacer.

Y partió rumbo a su casa.

Le tomó muchos días llegar allá, y cuando vio a su hijo sentado en su lugar, enfureció y su corazón se llenó de un deseo de venganza. Así que se fue rápidamente al bosque donde derramó lágrimas, y cada lágrima se convirtió en un pájaro.

—Quédense ahí hasta que los requiera —dijo—; y regresó a la choza.

—Vi unos hermosos pájaros desconocidos allá en lo alto de un árbol —comentó.

Y el hijo respondió:

—Muéstrame el camino e iré por ellos para la cena.

Salieron los dos juntos, y después de caminar cerca de media hora, el anciano se detuvo.

—Ése es el árbol —señaló.

Y el hijo empezó a trepar.

Entonces sucedió algo extraño. Entre más trepaba el muchacho, más alto parecían estar los pájaros, y cuando miró hacia abajo, la tierra no se veía más grande que una estrella. Trató de regresar pero no podía, y aunque ya no alcanzaba a ver los pájaros, sentía como si algo lo estuviera arrastrando cada vez más hacia arriba.

Le pareció que había estado trepando ese árbol durante días, y quizás así había sido, pues de pronto frente a sus ojos se extendió un hermoso país, con campos amarillos de maíz, y con gusto se bajó del árbol y entró. Caminaba entre el maíz sin saber a dónde iba cuando oyó un golpeteo y vio a dos ancianas ciegas moliendo su comida entre dos piedras. Se acercó a ellas de puntillas, y cuando una anciana le pasó su comida a la otra, él estiró la mano, la tomó y se la comió.

—Qué lento estás amasando esa torta —exclamó al fin la otra anciana.

—Pero si ya te di tu comida, ¿qué más quieres? —replicó la primera.

—No lo hiciste; al menos nunca la recibí —dijo la otra.

—En verdad pensé que la habías tomado, pero aquí hay un poco más.

Y otra vez el muchacho estiró la mano y las dos ancianas riñeron de nuevo. Pero cuando sucedió por tercera vez las ancianas sospecharon una artimaña, y una de ellas exclamó:

—Estoy segura de que hay un hombre aquí; dime, ¿acaso no eres mi nieto?

—Sí, —contestó el muchacho que quería complacerla, —y a cambio de su buena comida veré si puedo devolverles la vista; pues me entrenó en el arte de sanar el mejor curandero de la tribu.

Y con eso las dejó y caminó por ahí hasta que encontró la hierba que quería. Entonces corrió a donde estaban las ancianas y les rogó que pusieran agua a hervir y echó la hierba. En cuanto la olla empezó a cantar, quitó la tapa y roció los ojos de las mujeres que recuperaron la vista.

En ese país no había noche, así que en lugar de ir a la cama muy temprano, como lo hubiera hecho en su propia choza, el muchacho dio otro paseo. Un chapoteo lo atrajo a un valle atravesado por un gran río, y a una cascada donde brincaban salmones. ¡Cómo brillaban sus costados plateados en la luz, y cómo ansiaba pescar uno de esos ejemplares! Pero ¿cómo podía hacerlo? No había visto a nadie más que a las ancianas, y no era probable que ellas pudieran ayudarlo. Así que con un suspiro dio vuelta para regresar con ellas, pero en el camino se le ocurrió algo. Se arrancó uno de sus cabellos que le llegaba casi a la cintura, y al momento se convirtió en un cordel resistente de casi una milla de largo.

—Tejan una red para que pueda pescar unos salmones, —dijo.

Y las ancianas le tejieron la red que pedía, y durante muchas semanas vigiló el río, y sólo volvía con las mujeres cuando quería que le cocinaran el pescado.

Finalmente un día, cuando comía su cena, la anciana que siempre hablaba primero le dijo:

—Hemos estado muy contentas de verte, nieto, pero ahora es tiempo de que vuelvas a casa.

Y cuando movieron una roca a un lado, vio un hoyo profundo, tan profundo que no podía ver el fondo. Luego arrastraron una cesta fuera de la casa y le amarraron una cuerda.

—Entra ahí, y envuelve tu cabeza con esta manta —dijeron—; y, pase lo que pase, no te descubras hasta que llegues al fondo.

Luego se despidieron, y él se hizo ovillo en la cesta.

Bajó y bajó y bajó; ¿no iba a parar nunca? Pero cuando la cesta se detuvo, el muchacho se olvidó de lo que le habían dicho, y asomó la cabeza para ver qué sucedía. En un instante la cesta se movió, pero para su horror, en lugar de bajar, sintió que lo jalaban hacia arriba, y poco después se encontró con los rostros de las ancianas.

—No volverás a ver a tu esposa y a tu hijo si no haces lo que se te indica —dijeron—. Ahora entra ahí, y no te muevas hasta que oigas el graznido de un cuervo.

Esta vez el muchacho fue más juicioso, y aunque la cesta se detenía con frecuencia, y extrañas criaturas parecían posarse sobre él y tirar de su manta, se aferró a ella hasta que oyó el graznido del cuervo. Entonces arrojó la manta y salió de un salto, en tanto que la cesta se desvanecía en el cielo.

Caminó de prisa por el sendero que conducía a la choza y entonces, delante de él vio a su esposa con su pequeño hijo a la espalda.

—¡Ah, ahí está mi padre al fin! —exclamó el niño; pero la madre le dijo que dejara de decir tonterías.

—Pero madre, es verdad; ahí viene mi padre —repitió el niño.

Y para complacerlo, la mujer dio vuelta y divisó a su marido.

¡Ah, qué contentos se pusieron de volver a estar todos juntos! Y cuando el viento silbaba en el bosque, y la nieve se

acumulaba en grandes montones en la puerta, el padre acostumbraba poner al niño sobre sus rodillas y contarle cómo había pescado salmón en la Tierra del Sol.

¿Cómo engañaron a los Stalos?*

—Madre, he visto a un hombre maravilloso —dijo un día un niño al entrar a una choza en Laponia, llevando en sus brazos el haz de leña que le habían mandado recoger.

—¿En verdad, hijo mío? y ¿cómo era? —preguntó la madre, mientras le quitaba el abrigo de piel de oveja y lo sacudía en la entrada.

—Pues bien, cansado de agacharme a recoger varas, me apoyé contra un árbol para descansar, y entonces oí un ruido como "sh-sh" entre las hojas muertas. Pensé que tal vez era un lobo, así que me quedé muy quieto. Pero de pronto apareció un hombre alto, ¡ah! el doble de alto que mi padre, con una larga barba roja y una túnica roja sujeta con un cinturón de plata, del que colgaba un cuchillo con mango de plata. Detrás le seguía un gran perro, que se veía más fuerte que cualquier lobo o que un oso inclusive. Pero ¿por qué estás tan pálida, madre?

—Era el Stalo —respondió con voz temblorosa—; ¡Stalo, el devorador de hombres! Hiciste bien en ocultarte o nunca hubieras regresado. Pero recuerda que, a pesar de ser tan alto

* Tomado de *Lappländishe Märchen*, de J. C. Poestion.

y fuerte, es muy tonto y más de un lapón ha escapado de sus garras engañándolo con un buen truco.

No mucho tiempo después de que la madre y su hijo tuvieron esta charla, comenzó a murmurarse en el bosque que los hijos de un viejo llamado Patto habían desaparecido uno a uno, nadie sabía adónde. El desdichado padre buscó por toda la comarca sin encontrar siquiera un zapato o un pañuelo que le mostrara por dónde habían pasado; hasta que al fin un niño llegó con la noticia de que había visto al Stalo escondido detrás de un pozo, cerca de donde los niños acostumbraban jugar. El niño había esperado detrás de un macizo de arbustos para ver qué pasaba y después de un rato observó que el Stalo había tendido una ingeniosa trampa en el sendero que llevaba al pozo, de modo que cualquiera que cayera en ella rodaría hasta el agua y se ahogaría.

Entretanto, la hija menor de Patto corría alegremente por el sendero, cuando de pronto su pie quedó atrapado en las cuerdas que se extendían sobre la pendiente más inclinada. Resbaló y cayó y al momento siguiente, rodó hasta el agua al alcance del Stalo.

Tan pronto como Patto escuchó este relato, su corazón se llenó de ira y juró que se vengaría. De manera que de inmediato tomó un viejo abrigo de piel colgado de un gancho y poniéndoselo se dirigió al bosque. Cuando llegó al sendero que conducía al pozo, miró rápido a su alrededor para asegurarse que nadie lo observaba, luego se tiró como si hubiera quedado atrapado en la trampa y hubiera caído dentro del pozo, aunque se cuidó de mantener la cabeza fuera del agua.

Muy pronto escuchó el "sh-sh" de las hojas y allí estaba el Stalo, abriéndose paso entre la maleza para ver si podía encontrar algo de cenar. Al ver la cabeza de Patto en el pozo se rió con fuerza, gritando:

"¡Ja! ¡Ja! ¡Esta vez es el viejo asno! ¿Me pregunto a qué sabrá?".

Y sacando a Patto del pozo, lo echó a su espalda y lo llevó a casa. Luego ató una cuerda alrededor de él y lo colgó sobre el fuego para asarlo, mientras terminaba una caja que estaba haciendo frente a la puerta de la choza, donde pretendía guardar la carne de Patto una vez que estuviera cocida. En muy poco tiempo la caja estuvo casi terminada, sólo hacía falta limar las astillas un poco más con el hacha, pero esta parte del trabajo se hacía más fácil adentro y llamó a uno de sus hijos, que estaban descansando en la casa, para que le trajera la herramienta.

El joven buscó por todas partes, pero no pudo encontrar el hacha, por la sencilla razón que Patto se las había arreglado para tomarla y esconderla entre su ropa.

—¡Muchacho tonto! ¿Para qué sirves? —gruñó su padre enfadado; y le pidió primero a uno y luego otro de sus hijos que le buscaran la herramienta, pero no tuvieron más éxito que su hermano.

—¡Supongo que tendré que ir yo mismo! —dijo el Stalo, haciendo a un lado la caja.

Pero, mientras tanto, Patto se había zafado del gancho y se había ocultado detrás de la puerta, de manera que cuando Stalo entró, su prisionero levantó el hacha y de un solo golpe la cabeza del ogro rodó por el suelo. Sus hijos se asustaron tanto al ver esto que salieron huyendo.

Y de esta manera Patto vengó a sus hijos muertos.

Pero aunque el Stalo estaba muerto, sus tres hijos seguían vivos y tampoco estaban muy lejos. Se habían ido con su madre, que cuidaba algunos renos en los pastizales y le dijeron que por algún arte de magia, no sabían cuál, la cabeza de su padre se había separado de su cuerpo y que habían tenido

tanto miedo de que algo terrible les ocurriera que vinieron a refugiarse con ella. La ogresa no dijo nada. Hacía mucho tiempo que había descubierto lo estúpido que eran sus hijos, así que sólo los mandó ordeñar al reno, mientras ella iba a la otra casa para enterrar el cuerpo de su marido.

Por otra parte, a tres días de camino de la choza en los pastizales, vivían los dos hermanos Sodno en una pequeña cabaña con su hermana Lyma, que cuidaba una gran manada de renos mientras los hermanos iban de cacería. En los últimos tiempos se rumoraba que los tres jóvenes Stalos habían sido vistos en los pastizales, pero a los hermanos Sodno no les preocupaba, pues el peligro parecía estar muy lejano.

Desafortunadamente, un día, cuando Lyma se quedó sola en la cabaña, vinieron los tres Stalos y se la llevaron a su casa junto con el reno. La región era muy solitaria y quizás nadie hubiera sabido en qué dirección se la habían llevado, si la joven no se las hubiera arreglado para amarrar una madeja de hilo a la manija de la puerta trasera de la casa y dejar un rastro tras ella. Por supuesto que la madeja no era lo bastante larga para todo el camino, pero quedó a la orilla de una senda nevada que conducía directamente a la casa de los Stalos.

Cuando los hermanos regresaron de su cacería, encontraron la cabaña y los cobertizos vacíos. Gritaron con fuerza: ¡Lyma! ¡Lyma! Pero ninguna voz les respondió; y empezaron a buscar en los alrededores, por si acaso su hermana hubiera dejado alguna pista para guiarlos. Por fin sus ojos se posaron en el hilo que yacía en la nieve y se dispusieron a seguirlo.

Caminaron y caminaron y cuando al fin el hilo se acabó, los hermanos supieron que en un día más de viaje llegarían a la casa de los Stalos. Por supuesto que no se atrevían a acercarse abiertamente, pues los Stalos tenían la fuerza de los gigantes, y además, eran tres; por lo que los dos Sodnos tre-

El niño pequeño mira a Stalo en el bosque.

paron a un gran árbol muy frondoso cuyas ramas colgaban encima de un pozo.

—Tal vez envíen a nuestra hermana a sacar agua aquí —se dijeron.

Pero no fue hasta que salió la luna que vino la hermana y, cuando bajó el cubo en el pozo, las hojas parecían susurrar "¡Lyma! Lyma!".

La chica se asustó y levantó la vista, pero no vio nada, y en un momento la voz se escuchó de nuevo.

—Ten cuidado, no te alarmes, llena tus cubos, pero mientras tanto, escucha con atención y te diremos qué hacer, para que puedas escapar y liberar también a los renos.

De modo que Lyma se inclinó sobre el pozo aún más que antes y fingió estar más ocupada que nunca.

—¿Sabes? —apuntó su hermano—, cuando un Stalo descubre que algo le ha caído a su comida, no probará ni un bocado y la dará a sus perros. Bueno, después de que la olla esté colgada por un rato sobre el fuego y el caldo esté casi cocido, remueve la leña de modo que algunas cenizas caigan en la olla.

El Stalo pronto se dará cuenta de ello y te llamará para que le des toda la comida a los perros; pero, en lugar de eso, tráela de inmediato, pues hace tres días que no hemos comido ni bebido. Es todo lo que tienes que hacer por ahora.

Entonces Lyma tomó sus cubos y los llevó a la casa e hizo lo que sus hermanos le indicaron. Estaban tan hambrientos que comieron con voracidad, sin hablar, pero cuando ya no quedaba nada en la olla, el mayor dijo:

—Escucha con atención lo que tengo que decirte. Después de que el Stalo mayor haya cocinado y comido la cena recién hecha, se irá a la cama y dormirá tan profundamente que ni siquiera una bruja podría despertarlo. Podrás oír sus ronquidos a una milla de distancia; entonces tienes que ir

a su habitación, quitarle el manto de hierro que lo cubre y ponerlo en el fuego hasta que esté casi al rojo vivo. Una vez que lo hayas hecho, ven con nosotros y te daremos más indicaciones.

—Los obedeceré en todo, queridos hermanos —respondió Lyma; y así lo hizo.

Sucedió que esa misma noche los Stalos trajeron algunos de los renos del pastizal y los ataron a la pared de la casa para tenerlos a mano, pues los matarían para la cena del día siguiente. Los dos Sodnos vieron lo que hacían y dónde amarraban a las bestias; así, a la medianoche, cuando todo estaba en silencio, bajaron del árbol y agarraron a los renos por los cuernos que estaban trabados entre sí. Los animales se asustaron y comenzaron a bufar y patear, como si lucharan entre ellos; fue tal el ruido que incluso el Stalo mayor se despertó y eso era algo que no había ocurrido antes. Levantándose de su cama, llamó a su hermano más joven para que separara a los renos, si no, seguro se matarían.

El joven Stalo hizo lo que se le ordenó y salió de la casa; pero en cuanto salió por la puerta uno de los Sodnos lo apuñaló en el corazón y cayó sin un gemido. Luego volvieron a provocar a los renos y el estruendo creció como nunca y por segunda vez el Stalo despertó.

—Parece que el muchacho no es capaz de apartar a las bestias —le gritó a su segundo hermano—; ve y ayúdale o nunca podré dormir.

De modo que el hermano salió y en un instante la espada del Sodno mayor lo mató de un golpe, cuando salía de la casa. El Stalo esperó en la cama un poco más a que las cosas se tranquilizaran, pero como el estruendo de los cuernos de los renos seguía igual, se levantó enojado murmurando para sí: "Es increíble que no puedan destrabarlos; pero como

nadie parece ser capaz de ayudarlos, supongo que debo ir y hacerlo yo".

Frotándose los ojos, se levantó y estirando sus grandes brazos dio un bostezo que sacudió las paredes. Los Sodnos lo oyeron abajo y se apostaron, uno en la puerta grande y otro en la puerta pequeña de atrás, pues no sabían por cuál saldría su enemigo.

El Stalo estiró la mano para retirar su manto de hierro de la cama, donde siempre lo dejaba, pero el manto no estaba allí. Se preguntó dónde podría estar y quién podría haberlo quitado, y después de buscarlo por todas las habitaciones, lo encontró colgando sobre el fuego de la cocina. Pero el primer contacto lo quemó tanto que lo soltó y salió sin nada, excepto un bastón en la mano, por la puerta de atrás.

El joven Sodno estaba listo para cuando se acercara y cuando el Stalo cruzó el umbral le asestó tal golpe en la cabeza que rodó con gran estruendo y no se movió más. Los dos Sodnos no se preocuparon más por él, sino que rápidamente despojaron a los Stalos más jóvenes de su ropa para vestirse con ella. Después se sentaron muy quietos a esperar el amanecer y luego fueron a averiguar con la madre de los Stalos dónde estaba escondido el tesoro.

Con los primeros rayos del sol el joven Sodno subió las escaleras y entró en la habitación de la vieja. La mujer estaba levantada, vestida y sentada cerca de la ventana tejiendo; el joven entró sin hacer ruido y se puso en cuclillas en el suelo, apoyando la cabeza en su regazo. Por un rato guardó silencio, luego susurró suavemente:

—Dime, querida madre, ¿dónde ocultó mi hermano mayor sus riquezas?

—¡Qué pregunta más extraña! Seguramente tú lo sabes, —le contestó.

—No, lo he olvidado; mi memoria es muy mala.

—Cavó un agujero bajo el umbral de la puerta y lo puso allí, —dijo.

Y hubo otra pausa.

Al poco rato el Sodno preguntó otra vez:

—¿Y dónde podrá estar el dinero de mi segundo hermano?

—¿Tampoco sabes eso? —exclamó la madre, sorprendida.

—Oh, sí; alguna vez lo supe. Pero desde que me caí de cabeza no puedo recordar nada.

—Está detrás del horno, —contestó.

Y de nuevo se hizo el silencio.

—Madre, madre querida —dijo el joven al fin—. Casi siento miedo de preguntarte; pero en verdad me he vuelto muy estúpido en estos últimos días. ¿Dónde escondí mi propio dinero?

Pero con esta pregunta la anciana montó en cólera y juró que si encontraba una vara le refrescaría la memoria. Por suerte, no había una vara a su alcance y el Sodno se las arregló para, después de un rato, ponerla de buen humor otra vez, y por fin le dijo que el Stalo más joven enterró su tesoro en el lugar mismo donde estaba sentada.

—Querida madre —dijo Lyman, que había entrado sin ser vista, y estaba de rodillas frente al fuego—. Querida madre, ¿sabes con quién has hablado?

La vieja se sobresaltó, pero respondió con calma:

—Con un Sodno, supongo.

—Adivinaste —respondió Lyma.

La madre de los Stalos miró a su alrededor en busca de su bastón de hierro, el cual usaba siempre para matar a sus víctimas, pero no estaba allí, pues Lyma lo había puesto en el fuego.

—¿Dónde está mi bastón de hierro? —preguntó la vieja.

—¡Ahí está! —contestó Lyma, señalando las llamas.

La vieja dio un salto y lo agarró, pero su ropa se incendió y en pocos minutos quedó reducida a cenizas.

Así pues, los hermanos Sodno encontraron el tesoro y se lo llevaron, al igual que a su hermana y los renos, a su casa, y fueron los hombres más ricos de toda Laponia.

Andras Baive*

Había una vez en Laponia un hombre tan fuerte y de pies tan veloces que nadie en su aldea natal de Vadso podía alcanzarlo cuando participaban en las carreras, en las tardes veraniegas. El pueblo de Vadso estaba orgulloso de su campeón, y pensaban que no había en el mundo nadie como él, hasta que un día llegó a sus oídos que en las montañas habitaba un lapón, llamado Andras Baive que, según sus amigos, era aún más fuerte y veloz que el mayoral. Por supuesto nadie en Vadso creía eso y lo desechaban diciendo que si los montañeses eran felices diciendo esas tonterías, pues allá ellos.

El invierno fue largo y frío, y los pensamientos de los aldeanos estaban más ocupados con los lobos que con Andras Baive; pero de repente, un día helado, éste hizo su aparición en la pequeña aldea de Vadso. El mayoral se puso muy contento ante la oportunidad de probar su fuerza y, de inmediato, fue a buscar a Andras para instarlo a dar prueba de su vigor. Mientras caminaba sus ojos se fijaron en un gran bote de ocho remos que estaba en la orilla, y su rostro resplandeció de gusto.

* De *Lappländische Märchen*, de J. C. Poestion.

"Justo lo que necesitaba", rió, "haré que salte por encima del bote". Andras estuvo dispuesto a aceptar el reto, y rápidamente acordaron los términos de la apuesta. Aquel que pudiera saltar por encima del bote sin siquiera tocarlo con el talón sería el ganador, y obtendría una buena suma de dinero como premio. Así, seguidos de muchos de los aldeanos, los dos hombres se dirigieron al mar.

Escogieron a un viejo pescador para que se parara cerca del bote para garantizar juego limpio, y levantar las apuestas. Andras, por ser el forastero, debía saltar primero.

Retrocediendo hasta el banderín, que había sido clavado en la arena para marcar la salida, corrió hacia el bote con la cabeza bien echada hacia atrás y lo libró de un gran salto. Los espectadores lo vitorearon y en verdad se lo merecía; pero de cualquier modo esperaban impacientes para ver lo que haría el mayoral. Éste, que era varias pulgadas más alto que Andras, pero de constitución más robusta, arrancó y también brincó alto y muy bien, pero al bajar, su talón alcanzó a rozar el borde del bote. Un silencio profundo reinó entre la gente del pueblo, pero Andras solamente rió y dijo despreocupado:

—Sólo te faltó un poquito, mayoral; la próxima vez tendrás que hacerlo mejor.

El mayoral enrojeció de furia al oír las palabras desdeñosas de su rival y rápido contestó:

—La próxima vez tendrás que hacer algo más difícil.

Y dando la espalda a sus amigos, se fue enfurruñado a su casa. Andras, guardando el dinero que había ganado en su bolsillo, hizo lo mismo.

Y sucedió que la primavera siguiente, cuando Andras conducía su reno por un fiordo al oeste de Vadso, un niño que lo reconoció corrió a decirle al caporal que su enemigo estaba a unas cuantas millas de distancia; el caporal, disfrazado de

Stalo u ogro, llamó a su hijo y a su perro y remó a través del fiordo hasta el lugar donde el niño había visto a Andras.

Ahora bien, el montañés caminaba tranquilamente por la arena, pensando en la nueva choza que iba a construir con el dinero que había ganado el día de su afortunado salto. Iba con los ojos fijos en la arena y no vio al caporal dejar su bote detrás de una roca, mientras se convertía en un montón de desechos que flotaba sobre las olas. Un tropezón en una piedra lo hizo salir de su abstracción, y alzando la vista vio la masa de desechos. "¡Vaya! Eso me puede servir de algo" —dijo—; y corrió hacia el mar con la esperanza de agarrar una cuerda suelta que flotara hacia él. De repente, no sabría decir por qué, un miedo irreconocible se apoderó de él y se alejó huyendo de la orilla como si le fuera en ello la vida. Mientras corría oyó el sonido de una gaita, como las que sólo los ogros del tipo Stalo usaban; y de inmediato se le vino a la mente lo que el caporal le había dicho cuando saltaron por encima del bote: "La próxima vez tendrás que hacer algo más difícil". Así que después de todo no eran desechos lo que había visto, sino al mayoral mismo.

Y resultó que en las largas noches de verano arriba en la montaña, donde el sol nunca se ponía y era muy difícil conciliar el sueño, Andras había pasado muchas horas dedicadas al estudio de la magia, lo que ahora le venía muy bien. El instante en que oyó la música del Stalo pidió que sus pies se convirtieran en los de un reno, y de ese modo galopó como el viento varias millas. Luego se detuvo a recobrar el aliento y a investigar lo que su enemigo estaba haciendo. No podía ver nada, pero hasta sus oídos llegaban, a través de la llanura, las notas de una gaita que, mientras escuchaba, se acercaban cada vez más.

Un escalofrío sacudió a Andras y esta vez pidió que sus pies fueran los de una cría de reno; pues cuando ésta llega a la edad en que empieza a perder pelo, es tan veloz que ninguna bestia ni ave puede alcanzarla. Una cría de reno es la más veloz de todas las criaturas vivientes. Sí, pero no tan veloz como un Stalo, ¡tal como Andras lo descubrió cuando se detuvo a descansar y oyó el sonido de la gaita!

Por un momento se sintió descorazonado, y se dio por muerto, hasta que recordó que, no muy lejos, había dos pequeños lagos unidos por un río corto pero muy ancho. A la mitad del río había una roca que siempre estaba cubierta por agua, excepto en las estaciones de seca, y como las lluvias del invierno habían sido abundantes, estaba seguro de que no se podría ver ni siquiera la punta. Al minuto siguiente, si alguien hubiera estado mirando en esa dirección, habría visto una cría de reno correr hacia el norte a gran velocidad y dar un gran salto hasta en medio del río. Pero, en lugar de hundirse hasta el fondo, Andras se detuvo un segundo para afianzarse y luego dio otro salto que lo puso en la otra orilla. Luego trepó hasta una colina desde donde podía mirar hacia abajo y relinchó muy fuerte, para que el Stalo supiera exactamente dónde estaba.

—!Ah! Ahí estás —exclamó el Stalo, apareciendo en la orilla opuesta—; por un momento pensé que realmente te había perdido.

—Mala suerte para ti —contestó Andras, sacudiendo la cabeza penosamente.

Para entonces ya había recuperado su propia forma.

—Bueno, pero no sé cómo voy a llegar hasta ti —dijo el Stalo, mirando para arriba y para abajo.

—Salta como lo hice yo —contestó Andras—; es muy fácil.

—Pero no podría saltar este río; y no sé cómo lo hiciste tú —replicó el Stalo.

—Me avergonzaría decir esas cosas —exclamó Andras—. ¿Quieres decir que un salto, que para el niño lapón más débil no sería nada, está más allá de tu fuerza?

El Stalo se puso rojo de furia cuando oyó estas palabras, justo lo que Andras quería. Dio un gran salto en el aire y cayó directo en el río. No es que eso hubiera importado, pues era un buen nadador; pero Andras sacó el arco y las flechas que todo lapón lleva y le apuntó. Su puntería era buena, pero el Stalo brincó tan alto que la flecha pasó entre sus pies. Un segundo tiro, dirigido a su cabeza también falló, pues esta vez el Stalo brincó tan alto hasta el otro lado que la flecha pasó entre el índice y el pulgar. Entonces Andras apuntó una tercera flecha por encima de la cabeza del Stalo, y cuando éste brincó, anticipándose apenas un instante, le dio entre las costillas.

Herido mortalmente como estaba, el Stalo aún vivo, logró nadar hasta la orilla. Tendiéndose en la arena, le dijo lentamente a Andras:

—Prométeme que me darás un entierro honorable, y cuando mi cuerpo sea llevado a la tumba, cruza el fiordo en mi bote, ve a mi casa y toma lo que sea que me pertenezca. A mi perro debes matarlo, Andras, pero perdona la vida de mi hijo.

Luego murió; y Andras cruzó el fiordo en su bote y encontró al perro y al niño. Al perro, una criatura feroz de aspecto malvado, lo mató de un golpe con el puño, pues es bien sabido que si el perro de un Stalo lame la sangre que fluye de las heridas de su amo muerto, el Stalo vuelve a la vida. Por eso a ningún Stalo auténtico se le ve jamás sin su perro; pero como el mayoral sólo era medio Stalo, se había olvidado de llevarlo consigo cuando fue en busca de Andras a los lagos.

Después, Andras guardó en sus bolsillos todo el oro y joyas que encontró en el bote y, diciéndole al niño que subiera, lo empujó lejos de la orilla, dejando que la pequeña embarcación fuera a la deriva, en tanto que él corrió de regreso a casa. Con el tesoro que poseía pudo comprar un gran rebaño de renos; y muy pronto se casó con una esposa rica, cuyos padres no lo habían aceptado como yerno cuando era pobre, y los dos vivieron felices para siempre.

La zapatilla blanca*

Érase una vez un rey que tenía una hija de tan sólo quince años de edad. ¡Y qué hija!

Incluso las madres que tenían sus propias hijas no podían dejar de admitir que la princesa era mucho más hermosa y elegante que cualquiera de ellas y, en cuanto a los padres, si uno de ellos la contemplaba alguna vez por accidente, no podía hablar de otra cosa durante todo un día.

Por supuesto, el rey, cuyo nombre era Balancín, se convirtió en esclavo absoluto de su pequeña desde el momento en que la levantó de los brazos de su madre muerta; de hecho, parecía no darse cuenta que en el mundo existía alguien más a quien amar.

Así pues, Diamantina, pues ese era su nombre, no llegó a sus quince años sin recibir propuestas de matrimonio provenientes de todos los países bajo el cielo; pero quienquiera que fuese el pretendiente, el rey siempre decía que no.

Detrás del palacio había un gran jardín que se extendía hasta el pie de unas colinas y más de un río lo atravesaba. Aquí venía la princesa cada tarde, cerca de la puesta de sol,

* Tomado de *Capullos de rosa*, de Enrique Ceballos Quintana.

atendida por sus damas y ella misma recogía las flores que adornarían sus habitaciones. También traía consigo un par de tijeras para cortar las flores muertas y una cesta donde ponerlas, de modo que cuando saliera el sol a la mañana siguiente, no viera nada desagradable. Cuando terminaba esta tarea, daba un paseo por el pueblo, para que los pobres tuvieran la oportunidad de hablar con ella y contarle sus dificultades; luego buscaba a su padre y juntos decidían la mejor forma de ayudar a quien lo necesitara.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la zapatilla blanca? se preguntarán mis lectores.

Tengan paciencia y lo verán.

Después de su hija, Balancín amaba la cacería, y era su costumbre pasar varias mañanas de cada semana persiguiendo a los jabalíes que abundaban en las montañas, a pocas millas de la ciudad. Un día, corriendo cuesta abajo tan rápido como podía, puso el pie en un agujero y rodó dentro de un pozo profundo lleno de zarzas. Las heridas del rey no eran muy graves, se había cortado y arañado la cara y las manos, y sus pies estaban en peores condiciones, ya que, en lugar de botas de caza apropiadas, sólo se había puesto sandalias, para poder correr más rápido.

En pocos días, el rey estaba tan bien como siempre y las huellas de los arañazos casi habían desaparecido; pero tenía un pie todavía muy lastimado, ahí donde una espina se había clavado profundamente y se había infectado. Los mejores médicos del reino trataron la herida con toda su habilidad; la lavaban, le aplicaban emplastos y la vendaban, pero todo era en vano. El pie sólo empeoraba más y más, y cada día estaba más hinchado y adolorido.

Después de que todos habían intentado su propia cura sin éxito, llegaron noticias de un médico maravilloso en una tierra

lejana, que había curado las enfermedades más sorprendentes. Al investigar esto, resultó que nunca salía de las murallas de su propia ciudad y esperaba que sus pacientes fueran a verlo; pero, mediante la oferta de una gran suma de dinero, el rey convenció al famoso médico de que emprendiera el viaje a su corte.

A su llegada, de inmediato llevaron al médico a la presencia del rey y le hizo un examen minucioso de su pie.

—¡Ay!, su majestad —dijo cuando hubo terminado—. No está en poder de ningún hombre sanar la herida; pero aunque no puedo curarlo, puedo al menos mitigar el dolor para que puedas caminar sin tanto sufrimiento.

—¡Oh!, si tan sólo pudieras hacer eso —exclamó el rey cuando terminó de hablar—. ¡Estaré agradecido de por vida! Dinos cuáles son tus órdenes, y serán obedecidas.

—Entonces ordene su majestad al zapatero real que haga un zapato muy ancho y confortable de piel de cabra, mientras preparo un barniz para untarle, ¡del que solamente yo tengo el secreto!

Diciendo esto, el médico se retiró con una reverencia, dejando al rey más contento y lleno de esperanza de lo que había estado durante mucho tiempo.

Los días pasaron muy lentamente para el rey durante la fabricación del zapato y la preparación del barniz, pero en la octava mañana apareció el médico, trayendo el zapato en una caja. Lo sacó para deslizarlo en el pie del rey, y sobre la piel de cabra había frotado un pulimento tan blanco que la nieve misma no era más resplandeciente.

—Mientras uses este zapato no sentirás el más mínimo dolor —dijo el médico—. El bálsamo con el que lo he frotado por dentro y por fuera tiene además de su poder curativo, la virtud de fortalecer el material que toca, de modo que, incluso si su majestad viviera mil años, notaría que la zapatilla se

conservaría tan nueva al término de ese tiempo como lo está ahora.

El rey estaba tan ansioso por ponérsela que apenas le dio tiempo al médico de terminar. La arrancó de la caja y metió el pie en ella, casi llorando de alegría cuando vio que podía caminar y correr tan fácilmente como cualquier niño mendigo.

—¿Qué puedo darte? —exclamó, tendiendo las dos manos hacia el hombre que había hecho esta maravilla—. Quédate conmigo y te daré más riquezas de las que nunca soñaste.

Pero el médico dijo que no aceptaría nada más que lo acordado y que debía regresar de inmediato a su país, donde lo esperaban muchos enfermos. Por lo que el rey Balancín tuvo que contentarse con ordenar que se tratara al médico con honores reales y que una escolta le asistiera en su viaje a casa.

Durante dos años todo transcurrió muy bien en la corte y al rey Balancín y a su hija les parecía que apenas salía el sol cuando ya era hora de que se ocultara. Ahora bien, el cumpleaños del rey era en el mes de junio y como el clima era inusualmente bueno, le dijo a la princesa que lo celebrara como ella quisiera. Diamantina disfrutaba estar en el río y quedó encantada con esta oportunidad de darse gusto. Tendrían un festejo como nunca se había visto antes y al atardecer, cuando se hubieran cansado de navegar y remar, habría música y baile, teatro y fuegos artificiales. Al final, antes de que la gente se fuera a casa, regalarían una hogaza de pan a cada pobre y un nuevo vestido a cada muchacha que fuera a casarse ese año.

A Diamantina le parecía que el gran día estaba muy lejano, pero, como todos los otros días, llegó al fin. Apenas había salido el sol, cuando la princesa, demasiado emocionada para quedarse en el palacio, ya caminaba por las calles, cubierta con tantas piedras preciosas que había que taparse los ojos

antes de poder mirarla. Después de un rato sonó una trompeta y se apresuró a casa, sólo para aparecer de nuevo, en unos minutos, caminando al lado de su padre hacia el río. Ahí una espléndida barca los aguardaba, y desde ella observaron todo tipo de carreras y hazañas de natación y buceo. Cuando esto terminó, la barca subió por el río hasta el campo donde tendrían lugar el baile y los conciertos; y después de que se entregaron los premios a los ganadores y la princesa distribuyó los panes y los vestidos, el rey y su hija despidieron a sus invitados y regresaron a la barca que los llevaría de vuelta al palacio.

Entonces ocurrió algo terrible. Cuando el rey abordaba el bote, una de las cintas de la zapatilla blanca, que se había aflojado, se atoró en un clavo que sobresalía e hizo que el rey se tropezara. El dolor fue tan fuerte que, inconscientemente, se volteó y sacudió el pie, de modo que las cintas se soltaron y al momento el precioso zapato cayó en el río.

Todo había ocurrió tan rápido que nadie se dio cuenta de la pérdida de la zapatilla, ni siquiera la princesa, a quien los gritos del rey atrajeron rápidamente a su lado.

—¿Qué ocurre, querido padre? —preguntó.

Pero el rey no podía hablar y apenas pudo decirle con voz entrecortada:

—¡Mi zapato, mi zapato!

Entretanto los marineros obsrvaban, pensando que su majestad había enloquecido de repente.

Al ver los ojos de su padre fijos en el río, Diamantina rápido se volvió hacia esa dirección. Allí, bailando en la corriente, se veía la punta de algo blanco, que se alejaba con mayor fuerza entre más la contemplaban. El rey no pudo seguir soportando esta vista y, también, ahora que ya no tenía el ungüento curativo del zapato, el pie le dolía peor que nunca; entonces, de repente dio un grito, se tambaleó y cayó al agua por la borda.

En un instante, el río se cubrió de cabezas oscilantes de todos los que nadaban veloces hacia el rey, que había sido arrastrado río abajo por la corriente. Al fin, un nadador, más fuerte que los otros, lo agarró de su túnica y lo llevó a la orilla, donde miles de manos ansiosas estaban listas para sacarlo. Inconsciente, lo llevaron al lado de su hija, que se había desmayado de terror al ver a su padre desaparecer bajo la superficie, y juntos los subieron a un coche para conducirlos al palacio, donde los mejores doctores de la ciudad aguardaban su llegada.

En unas horas la princesa estaba tan bien como siempre; pero el dolor, la mojada y la conmoción por el accidente afectaron gravemente al rey, y por tres días estuvo en cama con fiebre alta. Mientras tanto, su hija, casi enloquecida de angustia, ordenó que buscaran la zapatilla blanca por todas partes; y así se hizo, pero ni los mejores buzos pudieron encontrar rastro de ella en el fondo del río.

Cuando resultó claro que la corriente debía haber arrastrado la zapatilla al mar, Diamantina pensó en otras alternativas; y envió mensajeros en busca del médico que había dado alivio a su padre, rogándole que hiciera otra zapatilla lo más rápido posible, para reemplazar la que se había perdido. Pero los mensajeros regresaron con la triste noticia de que el médico había muerto unas semanas antes y, lo que era peor, su secreto había muerto con él.

Estando tan débil, este conocimiento tuvo tal efecto en el rey que los médicos temieron que se volviera a enfermar. Apenas podían convencerlo de que tocara la comida, y toda la noche yacía gimiendo, en parte por el dolor y, sobre todo, por su propia insensatez al no haberle pedido al médico que le hiciera varias docenas de zapatillas blancas, para que en caso de un accidente, tuviera siempre una que usar. Sin embargo,

poco a poco se dio cuenta que de nada servía llorar y lamentarse, y mandó buscar su tesoro perdido con más diligencia que nunca.

¡Qué espectáculo presentaban las riberas del río en aquellos días! Parecía como si todos los habitantes del reino estuvieran ahí reunidos. Pero esta segunda búsqueda no fue más venturosa que la primera, y al fin el rey emitió una proclama que decía que a quien encontrara la zapatilla perdida se le nombraría heredero de la corona y se casaría con la princesa.

Es cierto que muchas hijas se hubieran rebelado si se dispusiera de ellas de esa manera; y hay que admitir que a Diamantina se le fue el alma a los pies cuando supo lo que el rey había hecho. Aun así, amaba tanto a su padre que no deseaba otra cosa más en el mundo que su bienestar, por lo que no dijo nada y sólo bajó la cabeza.

Por supuesto, el resultado de la proclama fue que las márgenes del río se vieron más llenas que nunca; pues todos los pretendientes de la princesa acudieron de tierras lejanas al lugar, cada uno con la esperanza de tener la fortuna de encontrar la zapatilla. Muchas veces una piedra brillante en el fondo del río se confundía con ella, y todas las tardes se veía una banda de hombres regresar a casa abatidos, chorreando agua. Pero había un joven que siempre se demoraba más tiempo que los demás. De hecho la noche lo encontraba todavía dedicado a la búsqueda, a pesar de que su ropa se pegaba a su piel y sus dientes castañeteaban.

Un día, cuando el rey estaba acostado en su cama atormentado por el dolor, escuchó el ruido de un forcejeo en su antecámara y tocó una campanilla de oro que estaba a su lado para llamar a uno de sus sirvientes.

—Señor —respondió el asistente, cuando el rey preguntó qué ocurría—, el ruido que escuchaste lo causó un joven del

pueblo, que ha tenido el atrevimiento de venir a preguntar si podía medir el pie de su majestad, con el fin de hacer otra zapatilla que remplace la que se perdió.

—¿Y qué le han hecho al joven? —preguntó el rey.

—Los criados lo sacaron a empujones del palacio y, además le dieron unos cuantos golpes para enseñarle a no ser insolente, —respondió el hombre.

—Entonces hicieron muy mal —dijo el rey, con el ceño fruncido—. Vino aquí por un acto de bondad y no había ninguna razón para maltratarlo.

—Oh, mi señor, tuvo la audacia de querer tocar la sagrada persona de su majestad, él, un muchacho bueno para nada, ¡quizás un simple aprendiz de zapatero! Y aun si pudiera hacer zapatos a la perfección, serían inútiles sin el bálsamo calmante.

El rey permaneció en silencio durante unos instantes, y luego dijo:

—No importa. Ve a buscar al joven y tráelo. Con gusto probaré cualquier remedio que pueda aliviar mi dolor.

De modo que, poco después, el joven, que no se había alejado mucho del palacio, fue detenido y conducido a la presencia del rey.

Era alto y guapo y, aunque aseguró que hacía zapatos, sus modales eran buenos y discretos, e hizo una profunda reverencia mientras le rogaba al rey que no sólo le permitiera tomar la medida de su pie, sino que también tuviera a bien consentirle poner un emplasto curativo sobre la herida.

Balancín se mostró satisfecho con la voz y apariencia del joven, por lo que le pareció que sabía lo que estaba haciendo. Entonces extendió su pie enfermo, mismo que el joven examinó con gran atención y luego aplicó el emplasto con suavidad.

En muy poco tiempo el ungüento comenzó a calmar el dolor agudo y el rey, cuya confianza aumentaba a cada momento, le pidió al joven que le dijera su nombre.

—No tengo padres; murieron cuando tenía seis años, señor —respondió el joven, con modestia—. Todos en el pueblo me llaman Jilguerillo, porque cuando era pequeño iba cantando por el mundo a pesar de mis desgracias. Por suerte para mí, nací para ser feliz.

—¿De verdad crees que me puedes curar? —preguntó el rey.

—Completamente, señor —respondió Jilguerillo.

—¿Y cuánto tiempo crees que tomará?

—No es una tarea fácil; pero trataré de terminar en quince días, —respondió el joven.

Quince días le parecían al rey mucho tiempo para hacer una zapatilla. Pero se limitó a decir:

—¿Necesitas algo para ayudarte?

—Sólo un buen caballo, si su majestad fuera tan amable de darme uno —respondió Jilguerillo. Y la respuesta fue tan inesperada que los cortesanos apenas podían contener la risa, mientras el rey se quedó mirando en silencio.

—Tendrás el caballo —dijo al fin—, y te espero de regreso en quince días.

Si cumples lo que dices, sabes cuál será tu recompensa; si no, mandaré que te azoten por tu atrevimiento.

Jilguerillo hizo una reverencia y se volvió para salir del palacio, seguido por los abucheos y burlas de todos al pasar. Pero no hizo caso, pues había conseguido lo que buscaba.

Esperó frente a las puertas hasta que le llevaron un magnífico caballo y, saltando a la silla con una facilidad que sorprendió al asistente, salió rápidamente de la ciudad en medio de las burlas de la multitud reunida, que se había enterado de su audaz propuesta.

Y mientras está en camino hagamos una pausa, por un momento, para decirles quién es.

Tanto el padre como la madre murieron antes que el niño cumpliera seis años y durante mucho tiempo vivió con su tío, quien durante su vida se entregó al estudio de la Química. No pudo dejarle dinero a su sobrino, ya que tenía un hijo propio; pero le enseñó todo lo que sabía y, a su muerte, Jilguerillo entró a una oficina donde trabajaba muchas horas al día. En su tiempo libre, en vez de jugar con otros muchachos, pasaba horas absorto en la lectura de libros y, como era tímido y le gustaba estar solo, lo consideraban medio loco. Por lo tanto, cuando se supo que había prometido curar el pie del rey y se había ido cabalgando, nadie sabía a dónde, un rugido de risas y mofas sonó en todo el pueblo y las burlas y palabras mordaces lo siguieron.

Pero de haber sabido lo que Jilguerillo pensaba, lo hubieran creído más loco que nunca.

La verdad era que la mañana en que la princesa paseaba por las calles antes de hacer la fiesta en el río, Jilguerillo la vio desde su ventana y en ese instante se enamoró de ella. Por supuesto que no sentía ninguna esperanza. Era absurdo imaginar que el sobrino del boticario pudiera casarse con la hija del rey; así que hizo todo lo posible por olvidarla y estudiar más duro que antes, hasta que la proclama real lo llenó repentinamente de esperanza. Cuando tenía tiempo libre ya no pasaba esos preciosos momentos absorto en los libros, sino que podía vérsele, como a los demás, caminando por la orilla del río o zambulléndose en la corriente para ir detrás de algo que brillaba en el agua clara, pero que resultaba ser un guijarro blanco o un trozo de vidrio.

Y al final comprendió que no era cerca del río como iba a ganarse a la princesa y, volviendo a sus libros para consolarse, estudió más duro que nunca.

Hay un viejo proverbio que dice: "Todo llega para quien sabe esperar". No todos los hombres saben esperar, como tampoco todos los hombres pueden aprender por experiencia; pero Jilguerillo fue uno de esos pocos y, en lugar de pensar que su vida era un desperdicio porque no podía tener lo que más deseaba, trató de ocuparse en otras cosas. Así que, un día, cuando menos lo esperaba, su recompensa vino a él.

Sucedió que estaba leyendo un libro de muchos cientos de años de antigüedad, que hablaba de remedios para todo tipo de enfermedades. Casi todos, lo sabía, eran meros cuentos de viejas que trataban de demostrar que eran más sabias que los demás; pero al fin encontró algo que lo hizo enderezarse en su silla y que sus ojos brillaran. Era la descripción de un bálsamo que podía curar todo tipo de llagas o heridas, destilado a partir de una planta que sólo se encuentra en un país tan lejano que un hombre tardaría dos meses en ir y volver a pie.

Cuando digo que el libro aseguraba que el bálsamo podía curar todo tipo de llagas o heridas, tengo que aclarar que había algunas contra las que no tenía ningún efecto, y describía ciertos signos por las que podrían reconocerse. Ésta fue la razón por la que Jilguerillo exigió ver el pie del rey antes de comprometerse a curarlo y para lograr que le permitieran la entrada dijo que era un zapatero. Sin embargo, los temidos signos estaban ausentes, y su corazón dio un vuelco ante la idea de que la princesa estaba a su alcance.

Tal vez así era; pero faltaba mucho por hacer antes de que eso ocurriera, y se había dejado muy poco tiempo para lograrlo.

A su caballo le ahorró sólo el esfuerzo necesario; sin embargo, le tomó seis días llegar al punto donde crecía la planta. Un espeso bosque se encontraba frente a él y, asegurando las riendas a un árbol, se dejó caer sobre sus manos y rodillas y

comenzó a buscar el tesoro. Muchas veces le pareció que estaba cerca y otras tantas resultó ser algo diferente; pero, al fin, cuando la luz se desvanecía y casi había perdido la esperanza, se encontró con un gran lecho de la planta, ¡justo bajo de sus pies! Temblando de alegría recogió hasta la última brizna que podía ver y la puso en su cartera. Entonces, montando en su caballo, regresó a la ciudad a todo galope.

Era de noche cuando entró por las puertas y los quince días otorgados no se cumplían hasta el día siguiente. Sus ojos se cerraban de sueño y el cuerpo le dolía por el prolongado esfuerzo, pero, sin detenerse a descansar, encendió un fuego en la chimenea y llenando de prisa una olla con agua, echó las hierbas y las dejó hervir. Después se acostó y durmió profundamente.

El sol brillaba cuando se despertó, se levantó de un salto y corrió a ver la olla. La planta había desaparecido y en su lugar había un jarabe espeso, tal como decía el libro. Sacó el jarabe con una cuchara y después de extenderlo en el sol hasta que estuvo casi seco, lo puso en un pequeño frasco de cristal. Entonces se lavó muy bien y se vistió con sus mejores ropas, y poniendo el frasco en su bolsillo, se dirigió al palacio y pidió ver al rey sin demora.

Ahora bien, Balancín, cuyo pie le dolía mucho menos desde que Jilguerillo le había aplicado el emplasto, contaba los días que faltaban para el regreso del joven; y cuando le dijeron que Jilguerillo estaba allí, ordenó que lo llevaran a su presencia de inmediato. Cuando entró, el rey se enderezó con impaciencia sobre sus almohadas, pero su rostro se ensombreció cuando no vio señales de una zapatilla.

—¿Me has fallado, entonces? —dijo, alzando los brazos en desesperación.

—Espero que no, su majestad; creo que no —respondió el joven.

Y sacando el frasco del bolsillo, dejó caer dos o tres gotas en la herida.

—Repite esto durante tres noches y verás que estás curado —dijo.

Y antes de que el rey tuviera tiempo de agradecerle, salió con una reverencia.

Por supuesto, la noticia se extendió rápidamente por toda la ciudad, y hombres y mujeres no se cansaban de llamar impostor a Jilguerillo, vaticinando que al término de los tres días lo verían en la cárcel, si no es que en el cadalso. Pero Jilguerillo no prestó atención a sus duras palabras y tampoco lo hizo el rey, que tuvo buen cuidado de que ninguna mano que no fuera la suya aplicara el bálsamo curativo.

La cuarta mañana el rey se despertó e inmediatamente extendió su pie herido para comprobar la verdad o falsedad del remedio de Jilguerillo. Ciertamente la herida estaba curada en ese lado, pero ¿qué pasaba con el otro? Sí, también había sanado; ¡y ni siquiera quedaba una cicatriz que mostrara dónde había estado!

¿Hubo alguna vez un rey más feliz que Balancín cuando se convenció de esto?

Ligero como un ciervo saltó de la cama y comenzó a dar volteretas y hacer todo tipo de cabriolas, a fin de asegurarse que en verdad su pie estaba tan bien como parecía. Y cuando se sintió cansado, mandó llamar a su hija y ordenó a los cortesanos traer al afortunado joven a su habitación.

"Es en verdad joven y guapo", dijo la princesa para sus adentros, dando un suspiro de alivio porque no era un viejo horrible el que había curado a su padre y, mientras el rey anunciaba a sus cortesanos la maravillosa cura que se había

logrado, Diamantina pensaba que, si Jilguerillo se veía tan bien con sus ropas ordinarias, cuánto mejor se vería con las espléndidas vestiduras del hijo de un rey. Sin embargo, guardó silencio y sólo observó divertida cuando los cortesanos, sabiendo que no había nada que hacer, rindieron homenaje y obediencia al hijo del boticario.

Luego le llevaron a Jilguerillo una magnífica túnica de terciopelo verde bordada en oro y un sombrero con tres plumas blancas. Al verlo así engalanado, la princesa se enamoró de él en ese instante. La boda se fijó para celebrarse en ocho días, y más tarde, en el baile, nadie bailó tanto tiempo ni con tanta agilidad como el rey Balancín.

El libro mágico*

Había una vez una pareja de ancianos llamados Peder y Kirsten, que tenían un único hijo llamado Hans. Desde que era pequeño le dijeron que en su decimosexto cumpleaños tenía que salir al mundo a terminar su aprendizaje. Así, una hermosa mañana de verano partió a buscar fortuna, con sólo la ropa que llevaba puesta.

Por muchas horas caminó alegremente, deteniéndose de vez en cuando a beber de algún arroyo claro o a cortar alguna fruta madura de un árbol. Las pequeñas criaturas silvestres lo espiaban desde abajo de los arbustos y él las saludaba con la cabeza, sonreía y les deseaba "buenos días". Después de haber caminado durante algún tiempo, se encontró con un anciano de barba blanca que venía por el sendero. El muchacho no quiso hacerse a un lado y el hombre estaba decidido a no hacerlo tampoco, por lo que chocaron uno contra el otro.

—Me parece, —dijo el anciano—, que un muchacho debería dar paso a un anciano.

* Tomado de *Æventyr fra Zylland samlede og optegnede af Tang Kristensen*. Traducido del danés por la señora Skavgaard-Pedersen.

—El camino es tanto tuyo como mío —contestó el joven Hans con insolencia, pues nunca le habían enseñado buenas maneras.

—Bueno, eso es bastante cierto —respondió el otro amablemente—. Y ¿a dónde vas?

—Voy a buscar trabajo como sirviente —dijo Hans.

—Entonces puedes venir y servirme —respondió el hombre.

—Bueno, Hans puede hacerlo; pero ¿cuál sería su salario?

—Dos libras al año y nada que hacer más que limpiar unas habitaciones —dijo el recién llegado.

Esto le pareció bastante fácil a Hans; por lo que accedió a entrar al servicio del anciano y partieron juntos. En su camino cruzaron un valle profundo y llegaron a una montaña, donde el hombre abrió una trampilla y, diciéndole a Hans que lo siguiera, se metió y comenzó a bajar por una larga escalera. Cuando llegaron hasta abajo, Hans vio un gran número de habitaciones iluminadas por muchas lámparas y llenas de cosas bellas. Mientras miraba a su alrededor, el anciano le dijo:

—Ahora ya sabes lo que tienes que hacer. Debes mantener limpias estas habitaciones y esparcir arena en el suelo todos los días. Aquí tienes una mesa donde siempre encontrarás comida y ahí tienes tu cama. Como puedes, ver hay una gran cantidad de trajes colgados en la pared y puedes usar el que quieras; pero recuerda que no está permitido abrir esta puerta cerrada con llave. Si lo haces, una maldición caerá sobre ti. Adiós, pues voy a partir de nuevo y no sé cuándo volveré.

Tan pronto como el anciano desapareció, Hans se fue y después de eso fue a comer y luego a la cama, donde durmió hasta la mañana siguiente. Al principio no podía recordar

qué le había sucedido, pero al fin se levantó de un salto y recorrió todas las habitaciones, las que examinó con cuidado.

"¡Qué tontería pedirme que ponga arena en los pisos!" pensó, "¡cuando no hay nadie más que yo! No haré nada por el estilo." Y rápido cerró las puertas y solamente limpió y ordenó su propia habitación. Después de los primeros días pensó que eso también era innecesario, porque nadie venía a revisar si las habitaciones estaban limpias o no. Al último ya no hizo nada, sólo se quedó sentado preguntándose qué habría detrás de la puerta cerrada, hasta que decidió averiguarlo.

La llave giró fácilmente en la cerradura. Hans entró, medio asustado por lo que estaba haciendo, y lo primero que vio fue un montón de huesos. Eso no era nada alentador, y estaba a punto de salir cuando su mirada se posó en un estante de libros. Ahí había una buena manera de pasar el tiempo, pensó, pues era aficionado a la lectura, y tomó uno de los libros del estante. Era un libro de magia y decía cómo transformarse en cualquier cosa que uno quisiera en el mundo. ¿Podía haber algo más emocionante o más útil? Así que lo guardó en su bolsillo y corriendo salió de la montaña por una pequeña puerta que había quedado abierta.

Cuando llegó a casa, sus padres le preguntaron lo que había estado haciendo y de dónde había sacado las ropas finas que vestía.

—Oh, me las gané —contestó.

—No pudiste ganártelas en tan corto tiempo —dijo su padre—. ¡Vete! no voy a dejar que te quedes aquí. ¡No tendré ladrones en mi casa!

—Bien, yo sólo vine a ayudarte —respondió el muchacho malhumorado—. Ahora me iré, como es tu deseo; pero mañana temprano cuando te levantes verás un gran perro en la puerta. No lo ahuyentes, más bien llévalo al castillo y vén-

deselo al duque, te darán diez dólares por él; sólo que deberás traer de vuelta a casa la correa con la que lo lleves.

En efecto, al día siguiente el perro se encontraba en la puerta esperando que lo dejaran entrar. El anciano estaba medio temeroso de meterse en problemas, pero su esposa lo urgió a vender el perro, tal como el muchacho le había dicho que hiciera, así que lo llevó al castillo y lo vendió al duque por diez dólares. No se olvidó de quitarle la correa con la que había llevado al animal y llevarla consigo a casa. Cuando llegó, la vieja Kirsten lo recibió en la puerta.

—Bien, Peder, ¿vendiste el perro? —preguntó.

—Sí, Kirsten, y he traído diez dólares, tal como nos dijo muchacho—. Respondió Peder.

—¡Ah! eso está muy bien —dijo su esposa—. Ya viste lo que se consigue cuando uno hace lo que le dicen; si no fuera por mí, hubieras echado al perro y hubiéramos perdido el dinero. Después de todo, siempre sé qué es lo mejor.

—¡Tonterías! —dijo su marido—; las mujeres siempre creen saber qué es lo mejor. Lo mismo hubiera vendido el perro, sin importar lo que me dijeras. Guarda el dinero en un lugar seguro y no hables tanto.

Al día siguiente, Hans vino otra vez; pero a pesar de que todo había salido según lo anticipó, se encontró con que su padre aún no estaba del todo satisfecho.

—¡Vete de aquí! —le dijo—, tú nos meterás en problemas.

—¿No te he ayudado lo suficiente? —respondió el muchacho—. Mañana vendrá una gran vaca gorda, tan grande como la casa. Llévala al palacio del rey y obtendrás hasta mil dólares por ella. Sólo que deberás quitarle el dogal con el que la lleves y traerlo de vuelta; y no regreses por el camino real, sino por el bosque.

Al día siguiente, cuando la pareja se levantó, vieron

una enorme cabeza asomada por la ventana de su dormitorio. Detrás de ella había una vaca casi tan grande como su choza. Kirsten estaba loca de alegría al pensar en el dinero que la vaca les traería.

—Pero, ¿cómo vas a poner la cuerda sobre su cabeza? —preguntó.

—Espera y verás, madre —contestó su marido. Entonces, Peder tomó la escalera que conducía al pajar y la apoyó sobre el cuello de la vaca, trepó y deslizó la cuerda por encima de su cabeza. Una vez que se aseguró que el nudo estaba bien apretado, se pusieron en camino al palacio y se encontraron con el rey mismo paseando en sus jardines.

—He oído que la princesa se va a casar —dijo Peder—. Por lo que he traído a su majestad una vaca, más grande que cualquier vaca que haya visto en su vida. ¿Se dignará su majestad a comprarla?

En verdad que el rey nunca había visto una bestia tan grande y de buena gana pagó los mil dólares, que era el precio requerido; pero Peder recordó que debía quitarle el dogal antes de irse. Después de que se fue, el rey mandó llamar al carnicero y le dijo que matara al animal para el festín de bodas. El carnicero preparó su hacha; pero justo cuando iba a dar el golpe, la vaca se trasformó en una paloma y se fue volando. Así, el carnicero se quedó mirando como si lo hubieran convertido en piedra. Sin embargo, como no pudo encontrar a la paloma, se vio obligado a decirle al rey lo que había sucedido y éste, a su vez, envió mensajeros para capturar al viejo y traerlo de vuelta. Pero Peder estaba a salvo en el bosque y nadie lo pudo encontrar.

Cuando por fin sintió que ya no había peligro, regresó a casa y Kirsten casi se desmaya de alegría al ver todo el dinero que llevaba consigo.

—Ahora que somos ricos debemos construir una casa más grande —exclamó—; y se enfadó cuando Peder sólo movió la cabeza y dijo:

—No; si lo hiciéramos, la gente empezaría con habladurías y dirían que nuestra riqueza es mal habida.

Unos días después Hans volvió por la mañana.

—Vete de aquí antes de que nos metas en problemas —dijo su padre—. Cierto que hasta ahora el dinero ha llegado, pero no confío en ello.

—No te preocupes por eso, padre —dijo Hans—. Mañana encontrarás un caballo fuera de la puerta. Llévalo al mercado y obtendrás mil dólares por él. Sólo que no te olvides de quitar la brida cuando lo vendas.

Pues bien, en la mañana ahí estaba el caballo; Kirsten nunca había visto un animal tan hermoso.

—Peder, ten cuidado que no te lastime —dijo.

—Tonterías, mujer —respondió molesto—. Cuando era un muchacho viví entre caballos y podría montar lo que fuera veinte millas a la redonda.

Pero eso no era del todo cierto, pues nunca en su vida había cabalgado.

Aun así, el animal era bastante tranquilo, de modo que Peder llegó a salvo al mercado montado en su lomo. Allí se encontró a un hombre que le ofreció novecientos noventa y nueve dólares por él, pero Peder no aceptaba menos de mil. Al final llegó un viejo de barba gris que miró al caballo y aceptó comprarlo; pero en cuanto lo tocó, el animal comenzó a cabecear y dar de coces.

Tengo que quitarle la brida —dijo Peder—. No se vende con la bestia, como suele ser el caso.

—Te daré cien dólares por la brida —dijo el viejo, sacando su bolso.

—No, no puedo venderla —respondió el padre de Hans.

—¡Quinientos dólares!

—No.

—¡Mil!

Ante esta espléndida oferta la prudencia de Peder cedió; era una pena dejar ir tanto dinero. Así que aceptó. Pero apenas podía contener al caballo, que estaba incontrolable. Así que le entregó el animal al viejo y se fue a casa con sus dos mil dólares.

Kirsten, por supuesto, estaba encantada con este nuevo golpe de buena suerte e insistió en que deberían construir una casa nueva y comprar tierra. Esta vez Peder aceptó y pronto tuvieron una buena granja.

Entretanto el viejo se alejó con su nueva adquisición y cuando llegó con el herrero le pidió que forjara las herraduras para el caballo. El herrero le propuso que primero se tomaran una copa juntos y ataron el caballo cerca del arroyo, mientras ellos entraban en la casa. Era un día cálido, ambos hombres estaban sedientos y, además, tenían mucho que decir; de esta manera pasaron muchas horas y ellos seguían hablando. Entonces la criada salió a buscar un cubo de agua y como tenía buen corazón, le dio de beber al caballo. Cuál no sería su sorpresa cuando el animal le dijo:

—Quítame el freno y me salvarás la vida.

—No me atrevo —dijo ella—; tu amo se pondrá furioso.

—No puede hacerte daño —contestó el caballo—, y me salvarás la vida.

Entonces le quitó la brida; pero casi se desmayó por el asombro cuando el caballo se convirtió en una paloma y se fue volando, justo cuando el viejo salía de la casa. En cuanto se dio cuenta de lo ocurrido, se transformó en halcón y voló tras la paloma. Volaron a través de bosques y campos y al

final llegaron al palacio de un rey, rodeado de hermosos jardines. La princesa estaba paseando con sus sirvientes en el jardín de rosas, cuando la paloma se transformó en un anillo de oro y cayó a sus pies.

—¡Vaya, aquí hay un anillo! —gritó—, ¿de dónde pudo haber venido? Y recogiéndolo se lo puso en el dedo. Al hacerlo, el viejo de la colina perdió su poder sobre Hans, pues como bien suponen, el perro, la vaca, el caballo y la paloma no eran otros que el propio joven.

—Vaya, esto es en verdad extraño —dijo la princesa—. ¡Me queda como si lo hubieran hecho para mí!

Justo en ese momento, se acercó el rey.

—¡Mira lo que encontré! —exclamó su hija.

—Bueno, no vale mucho, querida —dijo—. Además, creo que tienes suficientes anillos.

—No importa, me gusta —respondió la princesa.

Pero tan pronto como estuvo sola, para su asombro, el anillo se salió de su dedo de repente y se convirtió en un hombre. Pueden imaginarse lo asustada que estaba, como, de hecho, lo hubiera estado cualquiera; pero, en un instante el hombre se convirtió de nuevo en un anillo, y luego se convirtió en hombre. Y así siguió por un tiempo hasta que la princesa comenzó a acostumbrarse a estos cambios repentinos.

—Lamento haberte asustado —dijo Hans, cuando pensó que era seguro hablar con la princesa sin que gritara—. Me refugié contigo, porque el viejo de la colina, a quien he ofendido, pretendía matarme y aquí estoy a salvo.

—Entonces, será mejor que te quedes aquí —dijo la princesa. Así que Hans permaneció ahí y se hicieron buenos amigos; aunque, por supuesto, sólo se convertía en hombre cuando nadie más estaba presente.

Todo iba muy bien; pero, un día, mientras hablaban, el rey entró por casualidad en la habitación y, aunque Hans se convirtió rápidamente en un anillo de nuevo, lo hizo demasiado tarde.

El rey estaba terriblemente enojado.

—¿Así que ésta es la razón por la que te niegas a casarte con los reyes y príncipes que han pedido tu mano? —exclamó.

Y, sin esperar a que la princesa contestara, ordenó que encerraran a su hija en la casa de verano y la dejaran morir de hambre con su amante.

Esa noche encerraron a la pobre princesa, que aún llevaba el anillo, en la casa de verano con comida suficiente para tres días y tapiaron la puerta. Sin embargo, después de una semana o dos, el rey pensó que era tiempo de hacerle un gran funeral, a pesar de su mal comportamiento. Entonces mandó abrir la casa. Apenas podía creer lo que veían sus ojos cuando descubrió que ni la princesa ni Hans estaban ahí. En su lugar, había un gran agujero a sus pies, lo bastante grande para que dos personas pudieran pasar por él.

Ahora bien, esto es lo que sucedió.

Cuando la princesa y Hans perdieron la esperanza y se tiraron al suelo para morir, cayeron por el agujero, atravesando la tierra y al fin aterrizaron en un castillo construido de oro puro, al otro lado del mundo, donde vivían felices. Pero esto, por supuesto, el rey no lo sabía.

—¿Habrá alguien que baje y vea a dónde conduce el pasaje? —preguntó, volviéndose hacia sus guardias y cortesanos—. Recompensaré con largueza al hombre que tenga el valor de explorarlo.

Por un buen rato nadie respondió. El agujero era oscuro y profundo y, si tenía un fondo, nadie podía verlo. Al fin, un

soldado, que era un tipo despreocupado, se ofreció a hacerlo y con cautela descendió en la oscuridad. Pero en un momento también él cayó y cayó y cayó. ¿Iba a caer para siempre? se preguntó. Ah, qué agradecido se sintió al llegar, por fin, al castillo y encontrarse con la princesa y con Hans, que se veían bastante bien y de ningún modo como si hubieran muerto de hambre. Empezaron a hablar y el soldado les dijo que el rey estaba muy arrepentido por la forma en que había tratado a su hija. Por lo que día y noche rogaba por tenerla de vuelta.

Entonces, todos se embarcaron y regresaron a casa y, cuando llegaron al país de la princesa, Hans se disfrazó como el soberano de un reino vecino y se dirigió solo al palacio. El rey le dio una calurosa bienvenida, pues se enorgullecía de su hospitalidad y mandó preparar un banquete en su honor. Esa noche, mientras estaban sentados bebiendo vino, Hans le dijo al rey:

—He oído que su majestad es famoso por su sabiduría y he viajado de muy lejos para pedir su consejo. Un hombre en mi país ha enterrado viva a su hija porque amaba a un joven de origen campesino. ¿Cómo he de castigar a este padre desnaturalizado, si soy yo quien debe dictar la sentencia?

El rey, que todavía estaba verdaderamente afligido por la pérdida de su hija, respondió con prontitud:

—Quémalo vivo y riega sus cenizas por todo el reino.

Hans lo miró fijamente por un momento y a continuación se despojó de su disfraz.

—Tú eres ese hombre —le dijo—; y yo soy quien ama a tu hija y se convirtió en anillo de oro en su dedo. Ella está a salvo, esperando no lejos de aquí; pero tú has dictado tu propia sentencia.

Entonces el rey cayó de rodillas y pidió clemencia; y como en otros aspectos había sido un buen padre, lo perdonaron.

La boda de Hans y la princesa se celebró con grandes fiestas que duraron un mes. En cuanto al viejo de la colina, tenía intención de hacerse presente; pero mientras caminaba por una calle que conducía al palacio, una roca suelta cayó sobre su cabeza y lo mató. Así que Hans y la princesa vivieron en paz y felicidad todos los días de su vida y, cuando el viejo rey murió, reinaron en su lugar.

El libro naranja de las hadas,
se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
de la Dirección de Publicaciones y Promoción Editorial
de Rectoría General de la Universidad Autónoma Metropolitana,
Boulevard Adolfo Ruiz Cortines núm. 6363,
col. Arenal Tepepan, Tlalpan, 14610, México, D.F.
en el mes de noviembre de 2015. El tiraje fue de mil ejemplares
impresos sobre papel cultural de 90 g.

La composición tipográfica se realizó con tipos Baskerville. El cuidado
de la edición estuvo a cargo de Brenda Ríos y Jorge Pablo Graue.

9 786072 803657

Colección Cultura Universitaria

El libro rojo de las hadas es parte del proyecto que emprendió en 1889 Andrew Lang para compilar –en 12 volúmenes, de sendos colores– uno de los más amplios acervos en inglés de la literatura de tradición popular y folklórica del mundo entero.

J. R. R. Tolkien, autor de *El hobbit* y *El Señor de los Anillos*, comentó en su tratado sobre la fantasía que: "El reino de los cuentos de hadas es amplio y profundo, alto y más que abundante: toda clase de bestias y aves se encuentran ahí. Mares sin límite e incontables estrellas; la belleza es su encantamiento y siempre el peligro acecha. Tanto la alegría como la tristeza son filosas como espadas. En ese reino un hombre puede, quizá, saberse afortunado por sus aventuras; pero sus verdaderas riquezas y excentricidades atan la lengua del viajero que deseé dar cuenta de ellas. Y, en tanto que esté ahí, será peligroso formular demasiadas preguntas –a menos que las puertas estén cerradas y las llaves perdidas".

En un mundo que ha sustituido los sueños y las fantasías en favor de la inventiva, la tecnología y las nuevas ciencias, la humanidad se debate entre la intensidad y ensalmo del pensamiento mítico y el embrujo del tiempo profano. Este es un libro que nos devolverá a territorios que alguna vez fueron nuestros y merecemos conservar.

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA